JESS GR

LAGO'S

CULPA, CARIÑO, CICATRICES Y DESEO

Lagos

Jess GR

Copyright © 2024 Jess GR

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como
la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

Corrección: Nia Rincón
Portada: Luce G. Monzant

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Por esas amigas que celebran tus logros y te animan en tus fracasos. Panda para siempre.



Prólogo

Lagos

Sentados alrededor de la mesa del comedor, todos esperamos en silencio a que Zarco hable. Beni no deja de resoplar. Han pasado cuatro meses desde la explosión en la que perdió la mitad de su brazo, la misma en la que falleció mi padre. ¡Que le jodan! No lo echaré de menos. Me duele más lo mal que lo está pasando mi amigo, al que considero parte de mi familia. Estuvo a punto de morir por culpa de ese hijo de puta, y ahora se está convirtiendo en una sombra del hombre que fue.

—Hermano, no tengo todo el día. ¿Vas a decirnos ya por qué nos has reunido aquí? —inquiere Alex con su habitual impaciencia y bravuconería.

Puedo notar la incomodidad de Zarco. Sé que no termina de fiarse de su hermano mayor, pero la intervención de Bailey evita que se cree un nuevo conflicto entre ellos.

—Todo a su tiempo —susurra, lanzándole una mirada de advertencia.

Alex rueda los ojos y repiquetea con las puntas de los dedos sobre la superficie de madera de la mesa. El sonido es molesto, solo que no digo nada. Oscar, a mi lado, parece estar conteniéndose también.

—Hay algo que tengo que contaros —empieza Zarco. Mira de reojo a Bailey y bufa con fuerza—. En realidad, es mi mujer la que va a decíroslo, ya que ella es quien nos ha metido en este lío.

Bailey chasquea la lengua, contrariada, y alza la barbilla de manera desafiante. Contengo una sonrisa. Me encanta cuando hace eso, es un gesto tan suyo… Aún recuerdo la primera vez que la vi. Su belleza y valentía me desarmaron por completo, sin embargo, con el pasar del tiempo pude llegar a conocerla de verdad, y eso fue mi verdadera perdición. He intentado sacarla de mi cabeza, pero no soy capaz. Sé que esto que siento por Bailey está mal. Ella ama a Zarco. Están hechos el uno para el otro, y yo…. Yo solo soy el idiota que no deja de fantasear con la mujer de su mejor amigo. Es patético, y peligroso también. He jurado lealtad a nuestro líder, llevo un tatuaje en mi pecho que lo demuestra, y si él se entera de lo que siento, si sabe que no puedo dejar de pensar en su mujer… Me matará, y con toda la razón.

—Bien, el asunto es el siguiente. —Bailey carraspea y se pone en pie.

Recibo una patada por debajo de la mesa y frunzo el ceño. Busco a quien me ha golpeado y descubro a Alex mirándome de reojo y sonriendo de manera burlona. El miedo me invade. Lo sabe. Se ha dado cuenta de la forma en la que estaba mirando a Bailey. Ella sigue hablando, sin embargo, no soy capaz de prestar atención a lo que dice. ¿Qué voy a hacer ahora? Alex se lo contará a Zarco y… ¡Mierda, estoy muerto! Peor aún, todo el mundo sabrá que soy un traidor.

—No —dice Alex. Sacudo la cabeza para centrarme en la conversación—. No voy a hacerlo.

Zarco resopla de nuevo y se inclina hacia delante para mirar a su hermano con fijeza. Creo que me he perdido algo.

—No te estoy preguntando, Alex. Alguien tiene que casarse con la hermana de Zakharov y tú has sido el elegido.

¿Para eso es la reunión? Sé que el ruso solo accedió a ayudarnos a acabar con el cártel de Sonora a cambio de que alguno de nosotros se casara con su hermana. Jamás entenderé todo el tema de los matrimonios arreglados. Es algo muy común en la mafia rusa e italiana, pero nosotros no actuamos así. En los cárteles, la palabra es lo más importante. «Honor y respeto», esa es nuestra carta de presentación.

—Me importa una mierda el acuerdo que hayas hecho. No voy a casarme —replica Alex.

Zarco está a punto de ponerse en pie, sin embargo, Bailey consigue retenerlo en su lugar y es ella la que toma el mando de la conversación.

—Alex, juraste lealtad a tu hermano. Si lo que quieres es recuperar su confianza, deberías empezar por seguir sus órdenes.

Alex sonríe y se encoge de hombros.

—Me encantaría hacerlo, cuñadita, pero no puedo casarme con la hermana del ruso.

—¿Por qué? —sisea Zarco entre dientes.

—Porque yo ya estoy casado. —Todos lo miramos, sin dar crédito a sus palabras. ¡¿Alex está casado?! ¡¿Con quién?! No me atrevo a hacer las preguntas en voz alta, y él tampoco parece estar dispuesto a dar más explicaciones. Solo se pone en pie y mueve el cuello de un lado a otro—. Si no necesitas nada más, me gustaría volver a México. Estoy intentando recomponer lo que queda del cártel y, aunque no lo creáis, es un trabajo agotador. Vas a tener que buscar a otro a quien endosarle el matrimonio, Gabriel. —Le da un pequeño golpe en el hombro y, tras despedirse con una sonrisa, se marcha del comedor.

—Bien, ¿alguno de vosotros se presenta como candidato? —inquiere Zarco tras suspirar.

Oscar y yo nos miramos con los ojos muy abiertos. No lo veo casado. Oscar es demasiado inestable. Cuando ese monstruo que tanto intenta controlar se libera… No, definitivamente sería una muy mala idea. Otra opción es Beni, aunque creo que es demasiado joven y ahora mismo no está en condiciones de asumir tanta responsabilidad.

—Yo lo haré —dice sorprendiéndome, y creo que también a todos los demás. Se sujeta lo que le queda de brazo contra el pecho y se encoge de hombros—. Si la chica esa es capaz de permanecer casada con un inútil…

—Beni, es suficiente —sisea su hermano.

—¡¿Qué?! Esa es la verdad. Soy un discapacitado, llamémoslo por su nombre.

—Quiero otra opción —masculla Zarco, ignorándolo de forma deliberada.

—Zarco, yo no creo que pueda… —Oscar carraspea, y después inspira hondo—. Apenas soy capaz de controlarme. Si esa chica me pilla en un mal momento…

Nuestro jefe dirige su mirada hacia mí y contengo el aliento. Bailey rodea la mesa y noto su presencia a mi espalda. Inspiro profundo y el aroma de su perfume sube por mi nariz. Es un olor

cítrico y delicioso. Me pregunto si su piel sabe tan bien como huele.

—¿Lagos? —Me sobresalto al escuchar la voz de Zarco. Carraspeo e intento recomponerme—. No te obligaré a hacerlo, hermano. Es tu decisión. Si decides negarte, buscaré la forma de cambiar el trato con Zakharov.

Respiro hondo de nuevo, y esta vez el aroma se vuelve más intenso. Siento el roce de una mano en la parte alta de mi espalda y me contengo para no gemir de puro gusto. Es ella. Bailey me está tocando, y se siente demasiado bien para ser real. ¡Maldita sea! ¡¿Por qué Zarco tuvo que verla primero?! Podría ser mía. Sé que yo la haría feliz. ¡¿Se puede ser más perro traicionero que yo?! Lo dudo mucho.

—Está bien, lo haré —digo con una exhalación.

—¿Estás seguro? —pregunta Bailey a mi espalda. Vuelve a tocarme, y me muevo para apartarme. No quiero sentir de nuevo su mano sobre mi cuerpo sabiendo que jamás será mía—. Lagos, podemos buscar otra solución.

—¡No! —exclamo con más énfasis del que pretendía—. Me casaré con la chica.

—Se llama Vanessa —informa Zarco.

—Vanessa. —Respiro hondo y asiento—. Vale, pues la futura señora Lagos entonces.

—Si estás seguro, llamaré a Zakharov para que nos pongamos de acuerdo en los detalles. Su intención es que la ceremonia se lleve a cabo cuanto antes.

—Estoy de acuerdo. Que ponga una fecha y allí estaré.

—¿No quieres conocer antes a la que será tu esposa? —pregunta Bailey tras rodear de nuevo la mesa para poder mirarme de frente.

Me fijo en su rostro y trago saliva con fuerza. «Si no eres tú, me da igual quién sea», pienso.

—No es necesario. Ocupaos vosotros de todo. Solo decidme dónde y cuándo tengo que comparecer para decir «Sí, quiero».



Capítulo 1

Ness

Me miro en el espejo de cuerpo completo y casi no soy capaz de reconocerme. Me queda bien el pelo negro. Debí teñirlo antes, hace ya unos cuantos años. Supongo que hasta ahora no me importaba llamar la atención, pero la situación ha cambiado. Voy a casarme. Hace ya dos meses que mi hermano Mijaíl logró arreglar un matrimonio con uno de los hombres de Gabriel Urriaga, también conocido como Zarco. Aún no conozco a mi futuro esposo y, sinceramente, me importa una mierda si es gordo, delgado, alto o bajo. Mientras pueda acercarme un poco más a mi objetivo me doy por satisfecha, y si para ello tengo que abrirme de piernas ante un idiota cualquiera, tampoco sería la primera vez.

Escucho como tocan a la puerta y me giro, exhalando con lentitud. La cabeza de Milena asoma en la habitación y fija su mirada en mí. No sé cómo consigue ir tan guapa y arreglada siempre, incluso después de matar y torturar a cualquiera que se cruce en su camino.

—Bonito vestido —comenta, y se acerca con la seguridad que la caracteriza.

A veces me gustaría ser ella. Ambas pasamos por el mismo infierno, y sé que debería sentirme agradecida porque me rescató de él, pero no puedo evitar sentir envidia. Milena encontró a Mijaíl, se enamoraron y ahora son una pareja feliz y unos padres fantásticos para mi sobrina. Yo no tengo nada de eso, y el maldito problema es que tampoco lo deseo. Me giro de nuevo hacia el espejo y estiro la espalda.

—¿Te envía Mijaíl? —inquiero.

Observo su reflejo. Hace una mueca con los labios y se encoge de hombros.

—Solo se preocupa por ti. No entiende lo que estás haciendo, Ness.

—Exagera. Los matrimonios arreglados son muy comunes en la hermandad.

—Sabes que Mijaíl jamás te obligaría a casarte después de toda la mierda que viviste. Tienes la oportunidad de hacer lo que quieras con tu vida.

—Esto es lo que quiero —mascullo, y bajo la mirada para alisar la falda de mi vestido color crema.

—¿Por qué? Nunca has mostrado interés por ningún hombre. Rechazaste a Karaj hace unos

años. Esta insistencia en casarte…

—Gavrel es un buen hombre. Se merece a alguien que sí pueda corresponder a sus sentimientos. Lo de hoy solo es una transacción, Milena. Debo cumplir mi deber con esta familia.

—¡Maldita sea! Nadie te lo ha pedido. ¿Por qué insistes tanto en esto? Sé que hay algún motivo oculto.

Inspiro hondo por la nariz y asiento.

—Lo hay, pero no quiero compartirlo contigo.

Milena se queda callada unos segundos y después resopla con fuerza.

—Está bien, es tu decisión, pero quiero que tengas muy claro que, si en algún momento necesitas ayuda, yo estaré aquí para ti. Ya te fallé una vez, no volverá a ocurrir.

Esbozo una pequeña sonrisa y me acerco a ella, aunque no demasiado. No me gusta el exceso de contacto. Lo soporto, sin embargo, si puedo evitarlo, prefiero mantener las distancias.

—Deja de culparte. Hiciste lo que debías para sobrevivir. Ambas estamos fuera de esa mierda ya. Hay que pasar página, Milena.

Antes de que pueda responderme, un torbellino rubio entra en la habitación y se lanza contra mí. Me mira con sus dientes mellados y sonríe de oreja a oreja.

—Tía Ness, ya va a empezar —dice con su voz aniñada.

Acaricio su rostro y me agacho para coger a mi sobrina en brazos. Ella es de las pocas personas a las que me gusta tocar. Me hace sentir bien, aunque cada vez que la miro también hay una especie de aguijón afilado que se me clava en el pecho. «La culpa».

—¿Quieres acompañarme? —pregunto.

La pequeña asiente muy rápido y se revuelve para que la deje en el suelo.

—Estás muy guapa, aunque me gusta más tu pelo rojo. —Milena sonríe, negando con la cabeza.

Es increíble lo mucho que le ha cambiado la vida el nacimiento de Arya. Hace casi cinco años, cuando descubrió que estaba embarazada, no creía poder llegar a ser una buena madre. Por suerte, el tiempo ha demostrado que sus preocupaciones eran infundadas.

—Cielo, ve a buscar a papá. La tía Ness y yo salimos enseguida.

Arya se marcha corriendo y, en cuanto nos quedamos a solas, Milena cambia su gesto a uno mucho más serio.

—Última oportunidad para echarte atrás. ¿Estás segura? —Asiento de inmediato. Esto es lo que debo hacer, y no tiene nada que ver con la sociedad de mi hermano con el tal Zarco. Tengo mis propios motivos para querer entrar en esa organización, y la única forma de lograrlo es casándome con uno de sus hombres—. Bien, entonces vamos. —Estrecha la mirada sobre mi rostro—. Se te nota la cicatriz de la mejilla. ¿Quieres que te ayude a taparla?

Me giro de nuevo hacia el espejo y compruebo que tiene razón. Me he maquillado, pero no ha sido bastante para cubrir la pequeña cicatriz que hay en mi pómulo derecho. Ajusto los puños del vestido a mis muñecas y me aseguro de que el escote me cubra hasta la base del cuello. Esa es la única marca visible en mi piel, podría asegurarme de que no se viera, sin embargo, sé que en algún momento mi futuro esposo se dará cuenta de que ha comprado mercancía defectuosa, y qué mejor que darle una probadita de lo que le espera el mismo día de la boda. «No muestres todas tus cartas al inicio de la partida». La voz de Viktor hace eco en mi cabeza y aprieto los puños con fuerza.

—No, está bien así.

Milena asiente y extiende su mano en mi dirección.

—Avísame si ese tipo no te trata como es debido, Ness. Solo dilo y juro que no tardaré ni diez segundos en volarle la cabeza.

Esbozo una sonrisa a medias y niego con la cabeza.

—Vamos, no quiero que el novio se desespere —digo, cogiendo su mano.

—¿Tienes lista la maleta? —Señalo una esquina del dormitorio, donde está mi equipaje ya preparado. No llevo demasiadas cosas, solo lo más básico. Tampoco es que necesite demasiado.

La escucho suspirar y juntas salimos de la que hasta hoy era mi habitación. Mijaíl ha insistido en que la ceremonia se lleve a cabo en nuestra casa de Mallorca. Después me marcharé con mi esposo a Estados Unidos. Tengo entendido que el clan Z, la organización a la que pertenece, opera en el estado de Arizona, junto a la frontera con México. A partir de hoy, nuestras familias serán una. Eso es algo que beneficia a ambos bandos, y a mí… Bueno, a mí me da la oportunidad de estar un poco más cerca de mi objetivo.

La boda no es más que una pequeña reunión al aire libre. Una zona de los jardines ha sido decorada con flores para la ocasión. Como no podría ser de otra forma, la seguridad es alta, y eso se traduce en ver hombres armados por todos lados. La mayoría de ellos son de los nuestros, altos, grandes y fornidos, aunque el clan Z también ha traído su propio equipo de protección, son distinguibles por los tatuajes que cubren sus cuerpos. Jamás entenderé por qué alguien en su sano juicio se llenaría el cuerpo de tinta, incluso el rostro.

Al vernos, Mijaíl viene hacia nosotras acompañado por nuestro otro hermano, Nikolay. Observo como su pelo rojizo brilla bajo la luz del sol y casi me da pena haber teñido el mío, pero era necesario. Corro menos riesgo de que alguien me reconozca en el lugar a donde iré después de la ceremonia.

—Fiesta, ropa, bueno —dice Nikolay.

Frunzo el ceño, y Milena enseguida traduce lo que acaba de decir. Solo ella parece capaz de entenderlo.

—Niko cree que tu vestido es bonito. —Cabeceo a modo de agradecimiento y él sonríe de oreja a oreja. Es increíble que, a pesar de su condición, siempre esté tan feliz.

Niko sufre afasia expresiva. Son las secuelas de haber recibido un fuerte golpe en la cabeza que casi lo mata. Nuestros padres no tuvieron tanta suerte, ellos no lograron sobrevivir a esa noche en el que mi propio infierno personal vino a buscarme.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto? —me pregunta Mijaíl.

—Sí, lo estoy —respondo con resignación.

—¿Puedes al menos decirme el motivo, Ness?

—No, hermano. Solo necesito que confíes en mí. Sé dónde me estoy metiendo. —Bufa con fuerza y asiente.

—Una llamada, eso es todo lo que tienes que hacer, e iremos a por ti, ¿entendido? —Afirmo con un gesto y enrosco mi brazo en el suyo.

Sé que Mijaíl sigue sintiéndose culpable por lo que me ocurrió. Él estaba allí cuando esos hombres violaron a nuestra madre hasta la muerte, también presenció la paliza que le dieron a Nikolay y, por último, tuvo que ver cómo me llevaban a mí. Durante doce años no dejó de buscarme. Junto a Milena, logró rescatarme y se ha encargado personalmente de que mi vida sea plácida y cómoda. Soy consciente de que todo sería más sencillo si se lo contara. Él haría cualquier cosa para ayudarme, pero no quiero que se inmiscuya en este asunto. Es algo que yo misma debo hacer. En realidad, creo que, si no tuviese este objetivo, mi vida carecería de todo sentido. Es mi razón para seguir respirando cada día y no puedo permitir que me la arrebaten.

—Nos estamos retrasando —murmuro mientras empezamos a caminar hacia el altar

improvisado.

A cada paso que doy siento que me acerco un poco más a donde quiero estar. Mantengo la cabeza gacha y contengo el aliento cuando la música empieza a sonar. No será sencillo, eso lo tengo claro. Estoy a punto de contraer matrimonio con un hombre al que ni siquiera conozco. Puede ser un desgraciado asesino. Sabiendo de dónde procede, lo más probable es que lo sea. Aprieto el puño y siento como mis uñas se clavan en la palma de la mano. El dolor me reconforta, me ayuda a centrarme. Mijaíl se detiene y yo con él. Escucho que dice algo, solo que no le presto atención. Exhalo despacio y alzo la vista.

—Es un placer conocerte, Vanessa —susurra el hombre que creo que va a convertirse en mi marido. Busco a alguien más a su lado. Tal vez otro hombre más viejo, calvo y feo, pero no hay nadie, solo él. ¿Cómo era que se llamaba?—. Soy Lagos —dice, como si pudiera leerme la mente.

Estira su mano y Mijaíl se hace a un lado. Carraspeo y vuelvo a repasarlo con la mirada mientras aflojo el puño. Es mayor que yo, aunque no creo que llegue a los treinta y cinco años. Rubio, con gafas y lleva puesto un pantalón de traje negro y camisa blanca, con corbata gris claro y sin chaqueta. Me fijo en sus manos, con los dorsos tatuados. Es… atractivo. «Vale, esto no me lo esperaba».



Capítulo 2

Lagos

No puedo dejar de mirar a mi recién estrenada esposa. Me dijeron que era joven, pero no imaginé que tanto. ¿Cuántos tendrá? ¿Veintiuno? ¿Veintidós, tal vez? ¡Santo Cristo! ¡¿En qué me acabo de meter?! ¡Es solo una cría! Probablemente su hermano la haya obligado a casarse para asegurarse la lealtad de Zarco. Los jodidos rusos siempre lo resuelven todo con matrimonios arreglados. Joder, la chiquilla estará pensando en huir de mí, y con toda la razón. Le saco más de diez años y ni siquiera me conoce. No obstante, no titubeó cuando el juez le preguntó si quería casarse conmigo. Parecía tan segura de sí misma…

Yo sí dudé. Me planteé acabar con esta locura y volver a casa, sin embargo, con solo dirigir la mirada al lugar donde estaban Zarco y Bailey, supe que no podía hacerlo. Si no logro sacarla de mi mente y mi corazón, al menos necesito poner una especie de barrera entre nosotros. Ellos van a casarse, nos lo anunciaron hace unas semanas, y yo debo seguir adelante y dejar de suspirar por la mujer de mi mejor amigo.

Vanessa parece darse cuenta de mi escrutinio porque frunce el ceño. Está sentada junto a la esposa de su hermano. ¿Milena? Creo que así se llama, no estoy muy seguro. Ambas retoman la conversación y aprovecho para seguir observándola. Hay algo en ella que me llama la atención. Es bella, eso no lo puedo negar, sin embargo, creo que sin tanto maquillaje lo estaría aún más. ¿Y a qué viene ese vestido de manga larga y cuello alto? Aparte de las manos y el rostro, no hay ni un solo trozo de piel a la vista. Es extraño incluso a mediados de febrero. Se supone que las mujeres aprovechan eventos como este para ponerse guapas, ¿no? Bailey está radiante. Mi mirada va a parar a ella de nuevo. ¿Por qué no puedo sacarla de mi mente? La veo sonreír por algo que le dice Oscar y una de mis comisuras se eleva de forma involuntaria. La he estado evitando desde hace meses y la echo de menos más de lo que soy capaz de admitir.

—Lagos. —Sacudo la cabeza y carraspeo antes de girarme hacia Mijaíl Zakharov, el que se supone que acaba de convertirse en mi cuñado—. ¿Podemos hablar un momento en mi despacho?

Asiento y lo sigo al interior de la casa. El lugar es enorme, muy distinto a nuestro hogar,

aunque no tiene nada que envidiarle. Caminamos por varios pasillos hasta llegar a un despacho más bien grande, decorado en tonos oscuros y con muebles antiguos. Zakharov toma asiento tras la mesa y me indica que haga lo mismo al otro lado.

—¿Hay algún problema? —inquiero, y me ajusto las gafas con el dedo índice sobre la nariz.

—Espero que no. —Respira profundo y clava su mirada en la mía—. Vanessa es una persona muy importante para mí. No creas ni por un segundo que el haberla ofrecido en matrimonio para sellar el acuerdo con tu jefe significa que pretendo desentenderme de ella. Es mi hermana, mi sangre, y siempre podrá contar con mi apoyo. ¿Me hago entender?

—No demasiado —respondo, estrechando la mirada.

—Bien, en ese caso, tendré que ser más claro. Ahora tú eres su marido, pero yo sigo siendo su hermano mayor. Si la lastimas o no la tratas como es debido, te mataré.

Alzo la barbilla en un gesto desafiante.

—Zakharov, espero que no me estés amenazando. No sé cómo funcionan las cosas en tu organización, pero en el clan Z, si te metes con uno de sus miembros, te metes con todos. —Me pongo en pie con lentitud y cruzo los brazos sobre el pecho—. Voy a hacerte el favor de no mencionar nada de esto a Zarco.

Él también se levanta. Su mandíbula está tensa y tiene los puños apretados.

—No busco un conflicto. Esta unión es precisamente para crear un lazo de confianza entre ambas organizaciones, sin embargo, estoy dispuesto a iniciar una jodida guerra si mi hermana resulta lastimada. Eso puedes decírselo a Zarco. Es más, yo mismo le haré llegar el mensaje si lo deseas.

Suspiro y niego con la cabeza.

—No será necesario, y descuida, jamás me atrevería a ponerle una mano encima a tu hermana ni a ninguna otra mujer.

—Hay muchas formas de lastimar a una persona, Lagos, y la mayoría de ellas no requieren fuerza física.

—No sucederá. Quiero que este matrimonio funcione, y pienso poner de mi parte para que así sea.

Tras unos segundos en silencio, asiente y estira su brazo hacia mí. Estrecho su mano y recibo un buen apretón.

—Voy a darte un voto de confianza. Espero que sepas aprovecharlo. —Me suelta y rodea la mesa—. Podéis quedaros esta noche en mi casa. Ahora somos familia.

—Te lo agradezco, pero nuestra intención es marcharnos en cuanto el evento termine.

—En ese caso, permíteme ofreceros mi avión privado. Es mucho más cómodo para viajar.

Acepto, y no tardamos en salir del despacho y regresar al jardín. Ya casi ha llegado la noche, y con ella el frío también. A pesar de las estufas a gas repartidas bajo las carpas, todos los invitados, que no son más que hombres de confianza de ambas organizaciones, empiezan a marcharse o refugiarse en el interior de la casa. Zarco viene hacia mí, abrazando a Bailey por la cintura, y contengo el aliento cuando ella me mira a los ojos y sonríe.

—Deberíamos irnos ya. ¿Estás listo? —Asiento.

—Zakharov acaba de decirme que te ha ofrecido su avión privado —dice Zarco.

—Sí, nos vendrá bien para llegar a casa cuanto antes. Quiero acostarme de una vez.

Siento una mano en mi hombro, y al girar la cabeza veo a Luna sonriendo de manera maliciosa. A su lado se detiene Oscar. El único que no ha querido asistir a la ceremonia ha sido Beni. Mejor así, cada día está más insoportable.

—¿Acostarte? Antes tendrás que cumplir con tus obligaciones maritales, ¿no crees? —Señala

con la cabeza a Vanessa y pone cara de la arpía que es—. La chica es guapa. Un poco hortera con eso del vestido en plan burka, pero no es nada que no se pueda arreglar con una navaja afilada.

—Luna, deja de ser tan perra —sisea Bailey.

Es increíble que hace solo unos meses ni siquiera pudieran permanecer en la misma sala sin tirarse de los pelos y ahora sean algo así como amigas. Luna es una provocadora nata y no se lo puso nada fácil cuando llegó a nuestras vidas, no obstante, Bailey supo ocupar el lugar que le pertenece, y lo demostró con creces cuando ella sola logró liberar a Zarco de todo un jodido ejército arriesgando su propia vida. Espero que no tenga pensado convertir a Vanessa en su nuevo objetivo porque no se lo voy a permitir. Ya bastante tiene la pobre muchacha con estar casada en contra de su voluntad. Intentaré ponerle las cosas fáciles, y Luna… Bueno, ella está loca. Joder. Nunca se sabe por dónde va a salir.

—Nos vamos enseguida —murmuro, alejándome del grupo. Tomo una respiración profunda mientras camino en dirección a mi esposa. Al llegar a su lado, ella alza la cabeza y clava sus ojos en los míos. Solo entonces me doy cuenta de los bonitos que son: grandes y de un color azul claro—. ¿Estás lista para irte? —pregunto tras carraspear. Asiente y se pone en pie. No la he escuchado decir ni una sola palabra aparte de «Sí, quiero» justo en el momento oportuno—. Pediré que recojan tu equipaje.

—Yo me encargo —replica, y mira de reojo a la esposa de su hermano.

—Diez segundos —le dice ella, frunciendo el ceño, como si estuviesen hablando en clave.

—Nos vemos pronto. Cuida del cabezota de mi hermano por mí, ¿quieres?

—Lo tengo controlado.

Ambas sonríen de forma tensa y, tras lanzarme una mirada poco amistosa, la mujer de Zakharov se aleja sin despedirse, ni siquiera de Vanessa. No hay abrazos ni besos, aunque parecen llevarse bastante bien.

—Pasaré por mi dormitorio a buscar las maletas. Puedes esperarme en la puerta si quieres. ¿Lagos? ¿Es así como debo llamarte?

—Sí, así me llaman los que me conocen, Vanessa.

—Ness —me corrige.

Asiento y esbozo una pequeña sonrisa.

—Muy bien, Ness. Vayámonos entonces.



Capítulo 3

Ness

Ya en el aire, en cuanto el piloto nos permite desabrocharnos los cinturones, los hombres de Zarco comienzan a moverse por el interior del avión. Hablan a voces y se ríen a carcajadas. Es extraño cómo cambian de idioma con extrema facilidad. Pueden empezar hablando en inglés y mezclan palabras en español. Por suerte, entiendo ambos idiomas, además del ruso y algún otro más. Crecí rodeada de niños y adolescentes de distintas partes del mundo. Hasta los dieciséis, ni siquiera sabía cuál era mi verdadera nacionalidad.

Los escucho bromear entre ellos y me resulta bastante curioso. Parecen solo un grupo de amigos cercanos pasándolo bien, no lo que son en realidad. Asesinos, traficantes, violadores tal vez… No me asustan. Estoy acostumbrada a moverme en estos ambientes, y no solo por ser la hermana de un comandante de la Bratva. Durante toda mi vida jamás me he relacionado con alguien… Normal. Es más, ni siquiera conozco el significado de esa palabra.

—¿Puedo? —Me sobresalto y giro la cabeza a la velocidad de un látigo—. Perdón, no pretendía asustarte —dice la que estoy segura que es la mujer del tal Zarco.

Antes de que pueda contestar, toma asiento en el sillón que hay frente al mío y me mira, ladeando la cabeza.

—¿Necesitas algo? —inquiero, arqueando una ceja en su dirección.

—No, solo quiero presentarme. Soy Bailey.

—La mujer de Zarco —murmuro.

—Sí, bueno, prefiero que me llamen por mi nombre. Aunque tampoco estaría mal que a él lo trataran como el hombre de Bailey. —Sonríe y niega con la cabeza—. Oh, eso sería divertido —farfulla. Al ver que no correspondo a su sonrisa, se endereza y frunce el ceño—. Tú eres Vanessa, ¿verdad?

—Ness —la corrijo.

—No hablas demasiado. —Asiento con la cabeza a pesar de ser consciente de que no era una pregunta—. Eso está bien. Ya tenemos a demasiados bocazas en la familia. —Mira hacia el fondo del avión y hace una mueca de desagrado con los labios—. Hablando de bocazas… Luna,

dime que no vienes a tocar las narices.

Giro la cabeza y compruebo que la otra chica, la de pelo corto, ropa provocativa y tatuajes en brazos y piernas, se acerca a nosotras sonriendo con suficiencia.

—No intentes acaparar a la nueva solo para ti, sargento —masculla. Se detiene a mi lado y me mira sin disimulo—. Creí que las rusas eran más altas. Además, no te pareces en nada a tu hermano. Él es rubio.

Me planteo no responder a su comentario. Estoy segura de que solo intenta molestarme, sin embargo, sé que, si le permito amedrentarme ahora, lo tomará por costumbre. Eso es algo que Milena me ha enseñado estos últimos años.

—Es mi medio hermano —aclaro sin inmutarme.

—Entonces, ¿no eres una Zakharov? —«Por suerte, me libré de que el hijo de perra de Yuri Zakharov me tocara como padre», quiero decir. No obstante, decido contestar con un encogimiento de hombros—. ¿Cuál es tu apellido?

—Luna, es suficiente —dice Bailey en tono de advertencia.

—¡¿Qué?! No estoy haciendo nada malo. Solo quiero conocer a la esposa de nuestro Lagos.

—Ya tendrás tiempo para eso. Deja de atosigar a la muchacha. —Escucho una voz grave y alzo la mirada. Luna se aparta, y tras ella asoma la cabeza morena de Zarco. Se fija en mí apenas unos segundos antes de centrar toda su atención en Bailey. Tengo que admitir que su aspecto impone respeto—. Ven conmigo —ordena.

—Hola a ti también —replica ella—. ¿Sabes lo que es la educación?

La mirada que le lanza su marido no es amable. Tensa la mandíbula y aprieta los labios.

—Bailey, sin tonterías. Acompáñame.

Ella sonríe de oreja a oreja y alza la barbilla de manera desafiante.

—¿Y si me niego? —Tomándonos por sorpresa, Zarco se abalanza sobre ella, la coge por la cintura y, sin apenas esforzarse, la lanza sobre su hombro. Abro mucho los ojos cuando lo veo darle una palmada fuerte en el trasero—. ¡Hijo de…! ¡Gabriel, suéltame!

Zarco sonríe y me guiña un ojo antes de girarse.

—Ahora enséñame lo que es la educación. Di «adiós».

Bailey resopla y se sujeta a su cintura con la cabeza hacia abajo.

—Voy a matarte, imbécil.

Otra palmada más y ella suelta un pequeño grito.

—Eso no ha sido educado —masculla él.

Se aleja por el pasillo central en dirección al fondo del avión, y al pasar junto a sus compañeros todos ríen y se burlan. La pareja se encierra en la única habitación privada que hay en este lugar, y solo entonces soy consciente de que Luna no parece contenta por la escena que acaba de montar su jefe. La verdad es que ha sido un poco raro. Muy neandertal con eso de llevársela a la fuerza, sin embargo, a pesar de las quejas de Bailey, no se ha resistido y parecía bastante conforme con lo que estaba haciendo su marido. Sé cómo se ve una persona obligada a hacer algo en contra de su voluntad, y Bailey no es una de ellas, al menos, no en este momento.

—Aún no me has dicho tu apellido —insiste Luna.

Inspiro hondo y frunzo el ceño. Esta chica es demasiado molesta y metomentodo. ¿Cómo es que la soportan?

—Luna, ve a dar una vuelta —dice Lagos, apareciendo a su lado.

La chica chasquea la lengua contrariada.

—¿Qué os pasa a todos hoy? ¿También vas a llevarte a tu mujercita sobre el hombro?

—Largo —replica, lanzándole una mirada poco amistosa.

Luna se marcha farfullando algo en voz baja y Lagos suspira. Toma asiento en el lugar que Bailey ha dejado vacío y posa su mirada en mí.

—¿Siempre sois tan entusiastas? —inquiero.

—Luna es una arpía. Ignora todo lo que te diga. Solo busca sacarte de tus casillas.

—No cualquiera puede lograrlo conmigo —respondo, encogiéndome de hombros, y dirijo la mirada a la ventana. Ya es de noche y afuera no se ve nada.

—Ness, cuando lleguemos a casa, vamos a tener que hablar de lo que va a ocurrir de ahora en adelante.

Giro la cabeza hacia él y frunzo el ceño. No soy imbécil. Sé exactamente lo que se espera de mí. Como en casi todos los matrimonios arreglados, yo debo comportarme como la perfecta esposa florero, dejar que me folle cuando le dé la gana y evitar llevarle la contraria.

Lagos no aparta su mirada de la mía. Tiene un aspecto extraño. Su pelo está demasiado bien peinado. Se ha desabrochado la corbata y remangado la camisa hasta los codos, dejando a la vista los tatuajes que decoran sus brazos. No sé qué es, tal vez las gafas que le dan un aire de empollón o algo así, pero su imagen es, como poco, curiosa para tratarse de un delincuente.

—Claro, tú mandas —digo, y con mis palabras dejo claro que no voy a convertirme en un problema para él.

Debe ser así. Necesito que confíe en mí y me dé un poco de libertad para encontrar lo que busco, o, más bien, encontrar a quien busco. Conozco a los hombres. Sé cómo manipularlos. Solo tienes que darles lo que desean.



Capítulo 4

Lagos

Al entrar en casa, nos separamos en varios grupos. Yo fui la mente tras la idea de abandonar el ala privada de Zarco y mudarnos a otras habitaciones de la mansión cuando él y Bailey… Bueno, no podía quedarme con ellos, verlos siempre pegados el uno al otro, escuchar los sonidos que hacen cuando… Prefiero no pensar en ello. Empezamos quedándonos en dormitorios comunes, sin embargo, tras el arreglo de mi matrimonio, Oscar y Luna decidieron dejarme otra de las alas para mí. No sé si debo agradecérselo o no. Estoy seguro de que este momento no estaría siendo tan incómodo si alguno de ellos estuviese aquí, sin embargo, no es así, y me toca quedarme a solas con Ness.

—Adelante —digo tras abrir la puerta que separa el que a partir de ahora será nuestro hogar del resto de la mansión.

Espero a que pase, arrastrando una de sus maletas; el resto pediré que nos las suban más tarde.

—Tus compañeros…

—Como habrás podido comprobar, la casa es grande —la interrumpo—. Aquí no entrará nadie sin permiso. Puedes estar tranquila.

Observa todo el espacio con parsimonia. Esta zona es como un pequeño apartamento privado con sala de estar y cocina en un mismo espacio y al fondo el pasillo que lleva a las únicas dos habitaciones y el baño.

—¿Puedo moverme con libertad por toda la casa o debo quedarme encerrada aquí? —inquiere.

Frunzo el ceño, confuso. ¿Por qué cree que voy a encerrarla?

—No eres una prisionera, Ness. Puedes ir a donde quieras y hacer lo que te apetezca. Solo te pido que cuando salgas de la mansión no lo hagas sola. Avísame y alguno de los chicos te llevará a donde gustes. No sé cómo funcionan las cosas en la organización de tu hermano, pero aquí tenemos enemigos y, para bien o para mal, ahora tú eres una de los nuestros.

—¿Para bien o para mal? —pregunta, arqueando una ceja.

Inspiro hondo y me ajusto las gafas con el dedo índice antes de asentir.

—Te mostraré tu dormitorio y dejaré que te duches y te cambies antes de que hablemos. ¿Te

parece bien?

Durante unos segundos se me queda mirando en silencio. Parece extrañada por mi pregunta. Tal vez no tenga ganas de hablar conmigo ahora. Dormimos un rato en el avión, sin embargo, me siento agotado después de casi veinte horas de vuelo, y lo más probable es que ella lo esté también. Estoy a punto de plantearle el cambio de planes cuando ella asiente con la cabeza y vuelve a sujetar el asa de su maleta.

—¿Por dónde? —pregunta.

Exhalo despacio y le indico con la mano el camino a seguir. Me adelanto y accedo al pasillo mientras escucho sus pasos y el sonido de las ruedas de la maleta arrastrándose por el suelo. Me detengo frente a la puerta de una de las habitaciones y me hago a un lado para que ella entre primero. Lo hace enseguida.

—No es muy grande, pero el colchón es cómodo. Lo siento, no hay baños en los dormitorios. Vamos a tener que compartir el que está al fondo del pasillo.

Lo mira todo en silencio y suspira antes de girarse hacia mí.

—No hay problema. —Echa un vistazo rápido a la cama y veo como cierra los puños con tanta fuerza que sus nudillos se ponen blancos—. ¿Tú te quedarás…?

—Justo al lado —aclaro antes de que termine la frase. Señalo con un gesto de mi cabeza la pared que divide mi dormitorio del suyo. Noto como arruga el entrecejo, como si mi contestación la hubiese tomado por sorpresa, pero no comenta nada al respecto—. Bueno, dejaré que te acomodes. Si necesitas algo, solo llámame.

No espero a que conteste, solo salgo de la habitación y me dirijo a la cocina. Empiezo a sentirme algo agobiado con esta situación. ¿Qué demonios voy a hacer con esta chica? Estamos casados, sin embargo, para mí es una completa desconocida. No sé cómo tratarla ni qué decirle. Joder, sé que los rusos son insistentes con eso de consumar los matrimonios. ¿Se espera de mí que me acueste con ella esta noche? ¿Eso es lo que Ness desea? Si es así, sabe ocultarlo bastante bien porque no me lo parece.

Preparo un par de sándwiches mientras hago algo de tiempo. No quiero que piense que le estoy metiendo prisa. Supongo que, al igual que yo, tendrá que poner sus ideas en orden. Cerca de media hora después, cuando ya he comido, regreso a su dormitorio con un plato en la mano. La puerta está abierta y no hay nadie en el interior, así que paso y dejo el sándwich sobre la mesita de noche. A los pies de la cama está la maleta abierta de Ness. Algo en su interior llama mi atención. Me acerco y observo con curiosidad una especie de oso de peluche sucio y desgastado. Su aspecto es inquietante. Parece sacado de una película de terror. «¿Un peluche? ¿Qué edad tiene la chica?». No se me ha ocurrido preguntar y empiezo a darme cuenta de que ha sido un error.

—Oh, estás aquí. —Escucho su voz a mi espalda y me apresuro a dejar el oso de peluche en su lugar antes de girarme. Ness me mira desde la entrada y se ajusta el albornoz alrededor del cuerpo. Tiene el pelo negro húmedo, y sin maquillaje parece aún más joven que antes. Es preciosa, eso es innegable. Me subo las gafas y coloco las manos en los bolsillos sin saber qué hacer o decir. Ella inspira hondo por la nariz y cierra uno de los puños—. Creí que tendría algo más de tiempo —susurra, y camina hacia mí con pasos lentos, pero seguros.

Se acerca más y me fijo en su rostro. Tiene una cicatriz en el pómulo derecho, como un pequeño corte de apenas unos centímetros de largo. Lo tenía oculto bajo el maquillaje, por eso no lo había visto antes. Se detiene a pocos centímetros y alza la cabeza para mirarme. Tampoco me había dado cuenta de lo bajita que es. Supongo que los zapatos de tacón fueron los culpables de que lo pasara por alto, pero ahora, descalza y justo frente a mí, la parte alta de su cabeza apenas

me llega a la barbilla. Ness suspira una vez más y lleva las manos a las solapas del albornoz. Frunzo el ceño. ¿No pretenderá…?

—¿Qué haces? —inquiero.

Se queda quieta y entorna los ojos con sorpresa.

—Lo que se espera de mí. Es nuestra noche de bodas.

Respiro hondo y niego con la cabeza.

—Ness, no voy a tocarte a no ser que tú me lo pidas.

—¿Cómo dices? —Pestañea un par de veces y retrocede unos pasos—. Creí que… ¿Por qué? No lo entiendo.

—No tengo por costumbre tomar algo que no se me ha ofrecido. —Me encojo de hombros y esbozo una pequeña sonrisa—. Justo de esto era de lo que quería hablarte. Sé que para tu gente lo de los matrimonios arreglados son algo común, sin embargo, nosotros somos nuevos en esto. Es más, jamás hubiese aceptado casarme con una desconocida si no fuese porque… —«Porque deseo con todas mis fuerzas dejar de amar a la mujer de mi mejor amigo»—. Da igual el motivo. El caso es que no creo en esta clase de uniones y, por supuesto, me parece muy injusto que tengas que soportar que un tipo cualquiera se crea con derechos sobre ti solo porque alguien ha decidido que ahora es tu esposo.

Ness sacude la cabeza de un lado a otro y me mira con incredulidad.

—¿Estás diciendo que no quieres que consumemos el matrimonio?

Tomo una bocanada profunda y me encojo de hombros.

—Dime sinceramente, ¿te apetece acostarte conmigo?

Se queda callada un rato largo y frunce el ceño.

—¿De verdad puedo ser sincera?

—Por supuesto —afirmo contundente.

—No, lo único que quiero es dormir. Estoy agotada.

—Bien, entonces estamos de acuerdo en algo. ¿Vas a tener algún problema con tu hermano si tú y yo no…?

—Él no está aquí para enterarse y, aunque lo hiciera, tampoco le importaría.

—En ese caso, solo me queda darte las buenas noches y dejarte descansar. —Señalo el plato que he dejado sobre la mesita—. Te he preparado algo de comer.

—Eh… Gracias —susurra con los ojos entrecerrados.

—Duerme, y mañana, con más tranquilidad, hablaremos de lo que vamos a hacer. Podemos llegar a algún acuerdo que sea cómodo para ambos.

—Sí, supongo que eso está bien.

—¡Genial! —exclamo con más entusiasmo del que pretendía. Me subo de nuevo las gafas y me alejo en dirección a la salida—. Duerme bien, Ness. Nos vemos en unas horas.

Antes de que pueda contestar ya me he marchado. Exhalo una gran bocanada y hundo los dedos en mi pelo con frustración. ¡¿Dónde demonios me he metido?! ¿De verdad va a ser siempre tan incómodo con ella? ¡Joder, esta convivencia puede convertirse en un verdadero infierno!



Capítulo 5

Ness

Siento sus manos sobre mi abdomen y ni siquiera me tenso. Estoy acostumbrada a que cualquiera pueda tocarme cuando le apetezca. Inspiro hondo y me muerdo el interior de la mejilla con fuerza. El sabor metálico de la sangre estalla en mi paladar, pero logro relajarme al sentir la punzada de dolor. Sus caricias siguen avanzando por mi torso desnudo, no son cariñosas ni gentiles, nunca lo son. Una de sus manos rodea mi cuello y solo tengo tiempo a coger una gran bocanada de aire antes de comience a apretar con fuerza. Cierro los ojos y me muerdo con más saña. No me muevo, ni siquiera intento resistirme. Los años de experiencia me han enseñado que nunca debo hacerlo.

—Ryzhaya[1] —*susurra en mi oído, y su aliento calienta mi cuello.*

Siempre me llaman así. Algunos días tengo que esforzarme para recordar mi propio nombre. «Vanessa. Eso es, me llamo Vanessa». Todo mi cuerpo se agita por la falta de oxígeno y su mano se afloja un poco, lo justo para que pueda volver a tomar un poco de aire.

—Siempre estaré aquí. —Lame mi cuello e intento concentrarme en otra cosa que no sea ese acento que tanto detesto—. Voy a tenerte para mí todas las veces que quiera durante el resto de mi vida. —Su mano aprieta aún más mi garganta, y me aferro al dolor que me está provocando como un jodido clavo ardiendo—. Ryzhaya.

Me despierto sin aliento y con el corazón acelerado. Tardo unos minutos en recordarme a mí misma que ya no estoy allí, en ese buque, a merced de la Zmeya[2]. «Ahora soy libre». Entonces, ¿por qué siento que sigo atrapada en aquel lugar, rodeada de desesperación y terror? Me levanto de un salto y salgo del dormitorio corriendo mientras la bilis sube por mi garganta. Llego al baño justo tiempo para echar por el retrete los restos del sándwich que me comí anoche. Tras tirar de la cadena, me giro y me apoyo en la piedra de granito del lavamanos mientras observo mi imagen en el espejo.

«Soy yo. Sin maquillaje, sin máscara. Solo mercancía defectuosa». Cierro los ojos e inspiro hondo por la nariz. Intento controlar mis propias emociones, sin embargo, soy muy consciente de que no hay nada en este momento capaz de calmarme que no sea… Exhalo con fuerza, y tras

abrir los ojos, agarro mi antebrazo derecho, lo estiro frente a mi rostro y clavo los dientes lo más arriba que puedo. Muerdo con todas mis fuerzas y el dolor me lleva a ese lugar seguro para mí, a mi refugio. Cuando logro tranquilizarme un poco, destenso la mandíbula y soy consciente de que estoy sangrando. Enseguida cubro la herida, que no es demasiado profunda, con una toalla y me maldigo a mí misma por haber vuelto a lastimarme. Me he prometido cientos de veces que sería la última vez, que ahora sí intentaría buscar otras maneras de lidiar con mi mierda, pero siempre termino igual; ahora ya no sé si quiero dejarlo.

En cuanto la mordedura deja de sangrar, me meto en la ducha y consigo librarme de gran parte de la carga emocional que me ha provocado la pesadilla. Al ponerme el albornoz, no puedo más que chasquear la lengua contrariada al ver la herida, que ya empieza a coger un tono violáceo. A su lado, hay otra más amarillenta entre la multitud de cicatrices que la rodean.

Salgo del baño casi de puntillas para no alertar a mi recién estrenado marido y me encierro de nuevo en mi dormitorio. No quiero pensar en lo que me dijo anoche. Al encontrarlo en mi habitación, creí que su intención no era otra que consumar nuestro matrimonio. Es lo más lógico, y yo estaba dispuesta a cumplir con mi parte, por eso me sorprendió tanto su negativa. «No tengo por costumbre tomar algo que no se me ha ofrecido». Esas fueron sus palabras, y tengo que admitir que mi primer pensamiento tras escucharlo fue que, tal vez, solo tal vez, tenía delante a un tipo decente. Entonces, ¿por qué aceptó casarse con una desconocida? ¿Qué gana él con esta farsa? ¿Solo soy una transacción más en su vida de criminal? Si es así no me importa. Estoy acostumbrada a ser una moneda de cambio. Creo que ni siquiera sabría vivir de otra forma.

Abro la maleta, que ayer dejé junto a la cama, y contengo el aliento al ver a Bruno. Cojo el peluche y lo sostengo frente a mi rostro. Una pequeña sonrisa tira de mis labios. Durante algún tiempo, Bruno fue mi lugar seguro, lo único que me mantuvo cuerda en mitad del caos y el sufrimiento. Le debo mi vida. Lo huelo y cierro los ojos con fuerza. A pesar de sus costuras rotas, del pelo gastado y ennegrecido por los años, sigue manteniendo ese aroma a paz e inocencia.

Lo dejo sobre la cama y no tardo en vestirme con la poca ropa de la que dispongo. El resto de mi equipaje se quedó anoche en el maletero del todoterreno que nos recogió en el aeropuerto para traernos a esta mansión, porque eso es precisamente el lugar en el que estoy. Creí que la casa de mi hermano Mijaíl en Mallorca era grande, pero este sitio… Incluso de noche pude ver la grandeza y el lujo nada más acercarme a la entrada principal. Me recordó a un oasis en mitad del desierto, con cactus a su alrededor, cascadas artificiales y hasta una piscina en la terraza de la primera planta.

Tras salir de mi dormitorio, voy en busca de Lagos. Quiero preguntarle qué es con exactitud lo que se espera de mí. Soy su esposa, pero no estoy segura de qué significa eso. Tal vez solo espere que me convierta en una sombra, alguien invisible. Eso estaría bien. No lo molesto y él sigue su vida como si nada. Me gusta la idea, y sería muy útil para mis propósitos.

Recorro el pequeño apartamento en cuestión de segundos. No está en la cocina, que comparte espacio con la sala de estar, y en el baño tampoco, por lo tanto, solo queda un lugar en el que puedo encontrarlo. Me detengo frente a la puerta de la única habitación en la que no he entrado y tomo una respiración profunda antes de golpear con los nudillos la superficie de madera maciza. Espero unos segundos y vuelvo a intentarlo.

—¿Lagos? —lo llamo.

No pretendo molestarlo, y empiezo a pensar que tal vez debería marcharme. No sé cómo puede reaccionar si lo despierto. Anoche no me pareció agresivo, más bien todo lo contrario, sin embargo, he aprendido a no juzgar a nadie a la ligera, y menos aún si ese alguien es un hombre

que pertenece a una organización criminal conocida por el uso de la violencia extrema. Uno de los consejos de Mijaíl cuando le pedí que acordara mi matrimonio con uno de los hombres de confianza de Zarco fue: «Nunca jodas a un miembro del Clan Z. Te matará antes de que puedas siquiera explicar tus motivos».

Retrocedo un par de pasos, dispuesta a encerrarme de nuevo en mi dormitorio, sin embargo, en un arranque de valentía decido tirar de la manilla y abrir la puerta. Nada. No escucho ningún sonido en el interior. Asomo la cabeza muy despacio y echo un vistazo. La habitación es casi idéntica a la mía, decorada en tonos oscuros, con muebles modernos y un ventanal enorme que va del suelo al techo y cubierto de forma parcial por dos gruesas cortinas en color gris oscuro a juego con la alfombra de lana que preside la estancia. Respiro aliviada al darme cuenta de que no hay nadie. Doy un paso y después otro, hasta que ya estoy dentro del dormitorio. La cama está deshecha, pero no hay ni rastro de Lagos. Miro hacia la salida y aprieto los puños. La pequeña punzada de dolor que recorre mis palmas cuando las uñas se clavan en ellas me da el valor suficiente para hacer lo que me ha traído a este lugar.

Me muevo muy rápido. Cierro la puerta casi por completo y empiezo a revisar uno por uno los cajones de la cómoda. No sé qué es con exactitud lo que busco. Tal vez algún documento, una dirección, una pista… Me conformaré con cualquier cosa. Encuentro ropa perfectamente planchada y doblada, incluso los calzoncillos tipo bóxer y calcetines. Recopilo información. Lagos es un obseso del control y la limpieza. Todo está tan ordenado que no puede ser casual. Tras terminar con la cómoda y el guardarropa, donde lo que más abundan son pantalones chinos en distintos colores, camisetas tipo polo y sudaderas formales, paso a las mesitas de noche. Abro el primer cajón y encuentro varias monturas de gafas, un par de relojes y… Una pistola. La cojo y noto su peso en mi mano. No es la primera vez que disparo, me tocó luchar por mi propia vida cuando Milena vino a rescatarme, no obstante, tampoco es un objeto que me agrade demasiado. Vuelvo a dejarla en su lugar y, tras cerrar el cajón, abro el siguiente. Un libro, un par de libretas que no tardo en revisar y descartar, ya que solo tienen garabatos y anotaciones sin importancia, y también una tira de condones.

Chasqueo la lengua y cierro el cajón de golpe. Rodeo la cama y me agacho frente a la otra mesita. Nada, no encuentro absolutamente nada que pueda servirme. Está claro que este apartamento es una especie de lugar de descanso. Necesito ir al centro de operaciones, a ese sitio donde guardan registros o algo que pueda llevarme al lugar donde deseo ir.

Tras comprobar que todo está justo como lo encontré, abandono el dormitorio y me planteo ir en busca de Lagos. Es la excusa perfecta para poder deambular por la casa y fisgar sin que nadie sospeche de mí. Al fin y al cabo, soy nueva aquí y puedo perderme, ¿no? Con esa idea en mente, cruzo el apartamento y me dirijo a la salida. Espero no meterme en líos el primer día. Necesito sobrevivir, al menos, hasta dar con él, eso es todo lo que pido.



Capítulo 6

Lagos

Recojo los documentos que Luna ha dejado sobre la mesa del despacho de Zarco y no tardo en revisarlos. Son los balances del último mes de varias empresas fantasma que pertenecen a la organización. Mi trabajo, aparte de asesorar a Zarco y cubrirle las espaldas, consiste en lavar todo el dinero que nos llega de nuestros negocios ilegales.

—¿Cómo vas con lo de las criptomonedas? —le pregunto a Luna. Como siempre, ha decidido instalarse en el sofá con el ordenador portátil sobre sus piernas. Parece no escucharme—. Luna, te estoy hablando.

—¿Qué? —Sacude la cabeza de un lado a otro, como si acabara de salir de sus propios pensamientos.

—¿Te encuentras bien? Pareces un poco distraída.

—Claro que estoy bien. —Esboza esa sonrisa falsa que tanto le gusta usar a modo de armadura—. ¿Qué necesitas?

Me muerdo la lengua para no decirle lo que de verdad necesito. Quiero que hable conmigo, que me cuente lo que le preocupa, aunque, en el fondo, ya sé cuál es la respuesta a esa pregunta. Su padre está vivo. Cuando entramos a la finca de Urriaga, él logró escapar junto a algunos miembros del cártel de Sonora. Ahora está ahí fuera, en algún lugar, seguramente furioso y buscando la manera de recuperar el poder que le han arrebatado.

—Vamos a encontrarlo, Luna. Mataremos a ese hijo de puta —murmuro.

Enseguida cambia el gesto a uno mucho más serio y se encoge de hombros.

—¿Qué necesitas? —repite, cortando de raíz cualquier conversación al respecto.

—Criptos. ¿Cómo vas?

—Bien, ya casi he terminado con el último envío. Vamos a tener que buscar alguna manera de dar salida a tanto dinero. —Hace una mueca con los labios y suspira—. Los rusos no dejan de hacer depósitos.

—Eso es bueno. El negocio de los diamantes está saliendo como se esperaba. No te quejes de que nuestras arcas estén llenas.

—No lo hago, pero si seguimos así no sé cómo vamos a continuar pasando desapercibidos.

Asiento. El sistema para el blanqueo de capitales del que Luna se encarga es bastante complejo, aunque también efectivo. Nuestros socios hacen depósitos de *bitcoins* en cuentas de intercambio y desde allí se cambian por diversas *altcoins*, ocultando la cuenta de origen. Los sistemas *blockchain* están diseñados para hacer indetectables las transacciones de estas operaciones. Sin embargo, las autoridades ya comienzan a fijarse y tratan de regular transacciones de gran calibre como las nuestras.

—Algo se nos ocurrirá. He estado barajando la idea de los clubes nocturnos. Los rusos suelen usarlos como tapadera.

Luna me mira con una ceja arqueada y sonríe.

—Pasas la noche con una rusa y ya quieres ser como ellos. ¿Tan bien te fue, Arturito?

—No me llames así —gruño. Ella vuelve a reír.

—Vamos, no tienes por qué avergonzarte. Es tu esposa, ¿no? Sea lo que sea que signifique eso —masculla la última frase, volviendo a prestar atención a la pantalla del ordenador.

—No voy a hablarte de mi vida sexual —afirmo.

Me doy cuenta del error que acabo de cometer cuando la veo alzar la cabeza y sonreír de manera maliciosa. «De todas las cosas que podría haber dicho, justo he tenido que usar la palabra "sexual". Soy idiota».

—Espera, ¿tú sabes lo que es el sexo?

—¿Y tú? —contraataco—. Desde que Bailey apareció no has tenido demasiado de eso, ¿no?

—Hijo de perra —sisea, perdiendo la sonrisa—. Al menos yo me follaba a Zarco. Al contrario de ti, que deseas en secreto a su mujer y jamás sabrás lo que es tenerla.

Me enderezo de golpe y abro mucho los ojos. Lo sabe. «¿Es que todos están enterados? ¡Maldita sea!».

—Ten cuidado con tus palabras —le advierto.

Conozco a Luna desde que éramos unos niños y la violencia no es la primera opción que acostumbro a elegir ante un problema, sin embargo, si esta jodida loca decide abrir la bocaza, perderé mucho más que un puesto de trabajo. El Clan Z es toda mi vida, mi familia, y Zarco… Joder, Zarco es mi hermano.

—¿Acaso no es cierto? —Recupera su sonrisa arrogante y niega con la cabeza como quien regaña a un niño pequeño—. Estoy loca, no ciega. Se te cae la baba cada vez que la miras.

—¿A quién? —Ambos dirigimos nuestras miradas en dirección a la puerta, por donde acaba de entrar Bailey.

Contengo el aliento y rezo en silencio para que Luna se controle. Es tan perra que lo más probable es que termine soltándolo todo, y no puedo permitirlo. La veo abrir la boca para contestar y me adelanto.

—A mi esposa —suelto con una exhalación.

Bailey frunce el ceño y me parece escuchar como Luna ahoga una carcajada.

—Oh… No sabía que… Apenas la conociste hace unas horas en la boda.

—¡¿Y qué?! —exclamo con más énfasis del que pretendía.

Me pongo en pie y recojo los documentos de la mesa, evitando mirarla.

—Nada. Durante la ceremonia y después en el vuelo os vi tan tensos e incómodos que pensé que no… —Se calla de golpe y la escucho suspirar mientras termino de organizar los papeles en el interior de la carpeta—. Lagos, dime que no la has forzado a hacer algo que ella no quería.

Me giro rápido y con el ceño fruncido. Bailey no es como nosotros. Fue instruida desde niña para servir a los demás. Se supone que iba a estar en el bando de los buenos, salvando vidas

como médico de combate. No obstante, muy a menudo esa línea entre el bien y el mal acaba desdibujándose, y eso fue justo lo que le ocurrió a ella. Ahora es la mujer del jodido líder de la banda criminal más peligrosa de la Costa Oeste, aunque sigue teniendo sus reticencias en el momento de arrebatar vidas. Desde que ella y Zarco están juntos, el clan Z ha disminuido su cifra de muertos. Nuestros hombres tienen órdenes estrictas de buscar otras opciones antes de matar. Aun así, y a pesar de su instinto natural para salvar vidas, me duele que me crea capaz de abusar de una mujer. Yo no soy así, y ella debería saberlo.

—No la he violado, si es eso lo que me estás preguntando —siseo con los dientes apretados y la mandíbula tensa.

—Yo no he dicho eso.

—Que lo hayas pensado, aunque solo haya sido una idea fugaz, me ofende.

«Y me hace sentir culpable». Respira hondo y asiente.

—Lo siento, Lagos. No era mi intención.

Exhalo despacio y niego con la cabeza.

—¿Tan extraño es que me guste mi esposa? Es muy hermosa.

—Y joven —añade Luna, conteniendo la risa.

La muy hija de puta se lo está pasando en grande a mi costa.

—¿Puedes meterte en tus putos asuntos? —gruño en dirección a Luna.

—Tranquilo. —Alza ambas manos y vuelve a sonreír—. Me alegra que hayas encontrado al amor de tu vida y todas esas mierdas. Es más, ¿por qué no hacéis una pausa en vuestra apasionada luna de miel y cenáis con nosotros esta noche?

Empiezo a pensar que eso de no usar la violencia como primera opción es una mierda. Voy a matar a Luna.

—Solo si te apetece, Lagos —añade Bailey, lanzándole una mirada de advertencia.

Veo que Luna va a replicar, así que me adelanto una vez más.

—Me parece una gran idea.

—¡Bien! Así la conocemos un poco mejor.

—Claro, ya es parte de la familia —añade Luna con sorna.

Contengo un bufido y esbozo una falsa sonrisa mientras me despido y salgo del despacho. Yo mismo estoy colocándome la soga al cuello y tirando de ella. Se supone que me he casado para alejarme de Bailey, y no han pasado ni cuarenta y ocho horas y ya voy a tener que cenar con ella y todos los demás. Lo peor va a ser convencerlos de que de verdad me interesa mi esposa. Es ridículo. Ni siquiera la conozco.



Capítulo 7

Ness

Ya he perdido la cuenta de cuántas habitaciones y salones he dejado atrás. Este lugar es aún más grande de lo que imaginé. Desciendo por un último tramo de escaleras y, al fin, reconozco la puerta por la que entramos anoche. Creo que estoy en el recibidor de la entrada principal de la mansión.

—¿Se puede saber quién demonios eres tú?

Me giro deprisa y veo a varios hombres tatuados acercarse. Uno de ellos se adelanta. No parece contento. Me fijo en que cojea un poco al caminar.

—Eh… Yo soy…

—La nueva limpiadora, ¿verdad? —Estrecha su mirada sobre mí y frunce el ceño. Su actitud no es agresiva, no obstante, prefiero mantenerme alerta—. No deberías deambular por la casa.

—Estoy algo perdida —digo, y no miento, aunque omito parte de la información. No necesita saber quién soy por el momento. Espero a que él descubra sus cartas primero antes de iniciar la apuesta.

Tres hombres me rodean, y por la forma en la que me miran… Mierda, parezco un jodido pedazo de carne en un océano repleto de tiburones. Respiro despacio por la nariz y planto mis pies en el suelo. No van a amedrentarme.

—Si estabas buscando mi dormitorio, sí que estás perdida —comenta uno de ellos, y los demás ríen—. Yo mismo puedo escoltarte, dulzura. —Da un paso hacia mí y yo retrocedo.

—¡Largo! —sisea el primero que se ha acercado. Todos se quejan—. No volveré a repetirlo.

Tras unos segundos más de protestas se retiran, y el que parece tener un rango superior dirige su mirada hacia mí. «Sí, es un buen espécimen con el que experimentar».

—Ignóralos. Te aseguro que son inofensivos, pero sin en algún momento intentan propasarse contigo, no dudes en decírmelo y me encargaré de que lo paguen caro. —Mueve su peso de una pierna a la otra y hace una mueca de dolor—. Soy Pablo.

—Ness —susurro.

—¿Exactamente a dónde quieres ir?

—Estoy buscando a Lagos —informo.

—¿Lagos? —Vuelve a arrugar el entrecejo—. Él no suele encargarse del servicio. ¿No fue Oscar quien te contrató? —¿Oscar? Creo que así se llama uno de los compañeros de Lagos que estaba en la boda y en el avión. El que no tiene tatuajes en el cuello. Tardo en contestar y él bufa con fuerza—. Da igual. Yo te pondré al tanto. —Señala la parte alta de la escalera que he bajado—. A la derecha está el ala privada del jefe. Nadie entra allí sin su permiso, así que ni te acerques.

Bien, ahí es justo donde debo ir, aunque no sé cómo voy a hacerlo.

—¿Y a la izquierda? —inquiero. Es de allí de donde vine.

—Salas de estar y dormitorios de los chicos en su mayoría. En la parte más alejada también está la zona privada de Lagos. Acompáñame —pide, y empieza a caminar renqueante—. Siento no poder ir más deprisa. Aún me estoy recuperando de un disparo en la pierna.

Mantengo su ritmo lento y evito preguntar quién fue el que le disparó. Cuanto menos hable, mejor. Pasamos por una enorme cocina donde hay varias personas trabajando entre los fogones. Parecen estar preparando el desayuno. Pablo me presenta como la nueva limpiadora y, una vez más, no le llevo la contraria. Seguimos avanzando. Hay un enorme salón junto a una puerta acristalada que parece dar al jardín.

—¿Lo que se escucha son disparos? —inquiero.

—Sí, tenemos un campo de tiro en la finca. Muchos de nuestros hombres están entrenando. —Se detiene y señala una puerta cerrada—. Ahí está el gimnasio, y el almacén al otro lado. Dentro puedes encontrar todo lo necesario para hacer tu trabajo. Empieza por la sala común, siempre es la más desordenada.

—¿Dónde está la sala común?

Me hace un gesto con la cabeza y seguimos caminando hasta llegar a una especie de sala de estar. Hay varios hombres tirados en los distintos sofás y otros jugando al billar. Todos se giran hacia nosotros cuando nos ven entrar, entre ellos también está el que se hizo el gracioso hace un rato.

—Aquí pasamos gran parte del tiempo cuando no estamos trabajando. Si necesitas algo, puedes acudir a cualquiera de nosotros y te ayudaremos.

—Oh, sí, yo puedo hacer todo lo que me pidas —dice el gracioso, repasándome con la mirada. Decido que no hay peligro. Solo es un idiota inofensivo.

Pablo parece tener intención de reprenderlo, pero es interrumpido por alguien que entra en la sala. Me giro y soy consciente de que es probable que acabe de meterme en un buen lío.

—¿Qué haces aquí? —inquiere Lagos, clavando su mirada en la mía.

—Yo… Eh… —Intento parecer confusa.

—Le estoy indicando cuál es su trabajo —intercede Pablo.

Lagos lo mira a él y después a mí con el ceño fruncido.

—Su trabajo… —repite en un susurro.

El gracioso decide que es un buen momento para acercarse y se coloca a mi lado, demasiado cerca. Mi primer instinto es apartarme, pero al otro lado está Pablo, así que solo me quedo muy quieta y en silencio.

—Pablo no quiere compartir a la nueva con los demás —señala el gracioso. Sonríe de oreja a oreja y coloca su mano sobre mi hombro. Lagos sigue con la mirada el lugar donde me está tocando y tensa la mandíbula con fuerza—. Dime si no es una belleza.

—Por supuesto que lo es. —Me mira a mí e inspira hondo por la nariz—. Ahora te agradecería que apartaras tus manos de mi esposa.

Lagos

No entiendo una mierda. ¿Qué hace Ness en la sala común rodeada por un montón de hombres? Ya estaba cabreado por culpa de Luna, ahora estoy furioso. ¿Por qué creen que ella trabaja para nosotros?

—¿Esposa? —inquiere Pablo, y la mira frunciendo el ceño. Sancho enseguida retira la mano que tenía sobre su hombro y da un paso atrás. No puedo evitar pensar que, si fuese Bailey en lugar de Ness, Sancho ya tendría el brazo roto solo por atreverse a tocarla sin su consentimiento—. Lo siento, Lagos, yo no sabía… —Se gira y la encara—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Ness se encoge de hombros y aparta la mirada. No soy capaz de distinguir ninguna reacción genuina por su parte.

—Da igual. Nos vamos —sentencio.

Hago un gesto con la cabeza para que Ness me siga. Ni siquiera se despide, solo pasa junto a mí y espera en el pasillo a que la alcance. Recorremos toda la casa en absoluto silencio. Necesito calmarme y entender qué está pasando. ¿Por qué una mujer en su sano juicio se adentraría en una sala repleta de delincuentes? Es posible que esté acostumbrada a ello, al fin y al cabo, proviene de una familia de la mafia rusa.

Al llegar a la entrada del apartamento, abro la puerta y dejo que ella pase primero. La observo sin decir nada. Se ha vestido con un vaquero oscuro y un jersey de cuello vuelto. No hay ni una sola porción de piel a la vista a excepción de las manos y el rostro limpio y sin rastro de todo ese maquillaje que llevaba en la boda. Clavo la mirada en la cicatriz del pómulo derecho y no puedo evitar preguntarme cómo se la hizo. Ness inspira hondo y alza la cabeza.

—Supongo que te debo una explicación.

—Me gustaría saber qué estabas haciendo en la sala común.

—Aceptaré mi castigo —dice, y alza la barbilla.

«¿Castigo?». Empiezo a pensar que esta chica no está bien de la cabeza. ¿Por qué cree que voy a castigarla?

—Ness, creo que tenemos que dejar algunos puntos claros. —Levanto una mano para ajustarme las gafas sobre la nariz y ella se aparta de forma brusca y se encoge. Frunzo el ceño—. ¿Creíste que te iba a golpear? —inquiero sorprendido. Esa es la sensación que me ha dado. Pensó que… ¡¿Qué demonios…?! Resoplo con fuerza y retrocedo un par de pasos—. Sentémonos en el sofá, por favor.

Puedo notar la extrañeza en su mirada. Es como si le estuviese hablando en un idioma que no conoce. Espero a que se mueva antes de hacerlo yo. Cuando ya está acomodada, procuro sentarme en el extremo opuesto del sofá. Por algún motivo, esta muchacha está alerta en todo momento.

—Siento haber salido sola. Te estaba buscando y apareció ese chico, Pablo. No sé por qué pensó que…

—Vale, para un momento —le pido. Enseguida se detiene, como si acabara de darle una orden a un soldado. Suspiro. Necesito entender a esta mujer. ¿Por qué actúa de esta forma tan extraña? —. Ness, no eres una prisionera. Puedes moverte por toda la casa. Solo esperaba que me dejaras presentarte a los chicos porque a veces pueden ser un poco brutos con las mujeres, aunque eso no es algo que Zarco ni yo mismo aprobemos.

—¿No estás cabreado? —inquiere, frunciendo el ceño.

Muevo las manos despacio para no asustarla. Ajusto las gafas y niego con la cabeza.

—Claro que no. No sé qué tipo de trato te han dado en la organización de tu hermano. Pareces asustada, y está claro que has sido forzada a unirte a mí en contra de tu voluntad.

—Mijaíl no tiene nada que ver con esto —me interrumpe, aunque enseguida parece encogerse, como si se arrepintiera de haberlo hecho.

—No voy a pedirte que me lo cuentes. Si quieres compartirlo conmigo en algún momento, está bien, y si no… —Exhalo con fuerza—. Te propongo un trato. Ambos estamos atrapados en este matrimonio por distintas razones que tampoco importan. El caso es que tenemos que llegar a un acuerdo beneficioso para ambos.

—¿Qué acuerdo? —pregunta con una ceja arqueada.

Tomo una bocanada profunda y me echo hacia atrás.

—Me gustaría que frente a mis compañeros actuáramos como si realmente estuviésemos intentando ser una pareja real. Aquí, a solas, no tienes que dirigirme una sola palabra si lo deseas, aunque preferiría que nos lleváramos bien.

—Quieres fingir que somos una pareja —dice despacio, como si intentara entender el trasfondo de esa afirmación.

—Sí, solo frente a los demás. Después somos libres de hacer lo que nos apetezca y con quien nos apetezca. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—Eso creo —murmura.

—No espero que me guardes fidelidad, sin embargo, sí te agradecería que fueras discreta.

—A ver si lo estoy entendiendo. Puedo hacer lo que yo quiera, incluso salir con otros hombres, y a cambio solo debo fingir que somos una pareja ante tus amigos, ¿es eso?

—Sí, creo que lo has resumido bastante bien. Además, lo de fingir es un favor personal que te pido, no una obligación. —Busco su mirada—. En realidad, no estás obligada a hacer nada que no quieras. Me gustaría que te sintieras cómoda conmigo, que ambos lo estemos. Nos ha tocado vivir esta situación, ahora depende de nosotros convertirlo o no en un problema.

Se queda en silencio varios segundos. Es como si intentara encajar en su mente las piezas de un rompecabezas.

—No sé qué decir —susurra.

—No digas nada. Piénsalo y, si estás de acuerdo, esta noche cenamos con Zarco y los demás.

—¿Dónde?

—En su ala privada —contesto tras ponerme en pie—. Puedo mostrarte lo que no hayas visto de la casa y presentarte al resto de los chicos.

—Eh… Vale.

—Y Ness… —La miro directo a los ojos—. Jamás te pondré un solo dedo encima. Esa expresión de antes… —Niego con la cabeza—. Nunca te lastimaría. Tienes mi palabra.



Capítulo 8

Ness

Ir a esa cena es como recibir una invitación a la mismísima boca del lobo, sin embargo, tengo que admitir que es una boca en la que estoy deseando adentrarme. Si hay algún lugar de esta mansión en la que pueda encontrar la información que busco, ese es el ala privada de Zarco.

Termino de ajustar los puños de mi suéter y espero paciente a que Lagos aparezca. Empiezo a pensar que mi primera impresión respecto a él no estaba tan errada. Parece un buen hombre, al menos lo aparenta. También es posible que esté poniéndome a prueba. Me encontró rodeada por un montón de hombres, uno de ellos incluso llegó a hacer insinuaciones sexuales y, aunque parecía furioso, en ningún momento se alteró o alzó la voz. Es muy extraño. He conocido a cientos de criminales de distintas nacionalidades: rusos, italianos, turcos, latinos…. Hay algo en lo que todos ellos se parecen, y es el egocentrismo y la posesividad sobre las mujeres que les pertenecen, no importa si es por solo unas horas, días, meses o, como en este caso, para toda la vida.

Lagos es distinto, o al menos esa es la imagen que pretende dar. Su forma de vestir, esas gafas, el cabello bien peinado y arreglado… Si no fuese por los tatuajes en sus brazos, podría confundirlo con un profesor o un bibliotecario. Tengo que admitir que resulta mono e incluso algo tierno, sin embargo, no termino de fiarme del todo. «Un lobo con piel de oveja», resuena en mi mente.

—¿Estás lista? —escucho su voz a mi espalda y me giro despacio. «Un lobo muy guapo». Asiento, y enseguida se detiene a mi lado y me repasa con la mirada—. No vamos a salir de la mansión.

—Lo sé.

—Lo digo por si quieres ponerte algo más cómodo. Tendrás calor con el suéter. —No respondo, solo me encojo de hombros. Este no es el momento para que descubra lo que hay bajo mi ropa. Sé que es cuestión de tiempo que lo vea y tenga que dar explicaciones, pero yo decido cuándo es el mejor momento para ello. Es mi as en la manga. Si Lagos resulta ser la persona que aparenta, puedo usarlo a mi favor. ¿Qué ocurrirá cuando se entere de lo que he sido, de lo que

soy? Dudo que el trato que hizo con Mijaíl contemple esa situación—. Como quieras. —Inspira hondo por la nariz y clava su mirada en la mía—. ¿Has pensado en mi propuesta?

—Sí, y me parece justa.

Bueno, tampoco es que tenga demasiadas opciones. Si fingir ser la esposa ideal me lleva a donde quiero estar, es justo el motivo por el que me apunté a esta locura.

—Bien. —Abre la puerta y hace un gesto con la mano para que me adelante. Tomo una respiración profunda y salimos del apartamento—. Tengo que advertirte que es probable que Luna te provoque. No lo tomes como algo personal, ella es así.

—¿Alguien más por quien tenga que preocuparme? —inquiero mientras caminamos a la par.

Lagos suspira y desliza el dedo índice por el puente de la nariz para subirse la montura de las gafas. He notado que hace mucho ese gesto.

—Beni. Él tuvo un accidente y… Bueno, ya lo verás por ti misma. Últimamente apenas se relaciona con nadie, pero me temo que Zarco lo va a obligar a asistir a la cena, ya que es la primera vez que tú nos acompañas.

Giramos a la izquierda y, tras caminar un par de metros más, cruzamos por la parte superior de la escalera. Abajo, un par de hombres armados custodian la puerta principal, aunque ni siquiera nos miran.

—¿Estas cenas son habituales? —pregunto de manera casual. Necesito más información. «No puedo jugar una partida sin saber cuántas cartas hay en la baraja».

—Sí. En realidad, siempre desayunamos, comemos y cenamos todos juntos en el ala privada de Zarco.

—¿Se espera de mí que os acompañe de forma asidua?

Nos detenemos frente a una enorme puerta de madera maciza y Lagos se gira para mirarme.

—Ness, eso es algo que solo depende de ti. Mi idea inicial era pasar más tiempo en el apartamento, sin embargo, mis planes se han visto ligeramente afectados. —No da más explicaciones, y yo tampoco se las pido. Si quiere que lo acompañe, lo haré encantada. Cuanto más tiempo pase en este lugar, antes podré revisar los archivos o lo que sea que tengan para almacenar información—. Bien, ¿lista para empezar a interpretar tu papel?

—Exactamente, ¿qué se supone que debo hacer?

Lagos esboza una pequeña sonrisa y extiende su mano en mi dirección. Tardo unos segundos en adivinar qué es lo que quiere. Contengo el aliento y uno mi mano a la suya. No sé por qué me sorprende descubrir que su piel es suave y está caliente. «No parecen las manos de un asesino». Descarto ese pensamiento de inmediato y hundo las uñas en la palma de la mano que me queda libre. Mi cuerpo ha sido tocado por verdaderos monstruos de pesadilla y casi ninguno aparentaba serlo.

Lagos

Tengo que admitir que estoy un poco nervioso. Tal como esperaba, Luna no ha dejado de provocarme durante toda la cena, también lo ha intentado con Ness. Por suerte, Bailey ha salido en su rescate. Es increíble lo bien que consigue dominar la situación con apenas un par de palabras. ¿Se puede ser más perfecta? Lo dudo mucho. Bailey tiene todo lo que me gusta en una mujer: belleza, personalidad, carácter, fuerza… Mis pensamientos se ven interrumpidos cuando siento el codo de Oscar incrustarse en mis costillas. Aparto la mirada de Bailey con rapidez y busco la forma de dejar de ser tan evidente. Si continuo así, Zarco no tardará en darse cuenta de lo que me pasa con su mujer.

Durante la siguiente hora apenas alzo la mirada de mi plato. Ness tampoco habla demasiado, y creo que los demás ya se han dado cuenta de su incomodidad tras varios intentos fallidos de incluirla en la conversación. La observo en silencio desde el lado opuesto de la mesa. Aún no termino de entenderla. Es extraña, callada, siempre alerta, como si estuviese esperando a que alguien la ataque en cualquier momento. No obstante, también tengo la sensación de que algo de toda esa fachada es mentira. Tal vez esté acostumbrada a reprimir su personalidad, incluso sus propios deseos. La forma en la que los rusos tratan a sus mujeres no es la mejor, aunque tras conocer a Mijaíl y su esposa creí que él sería una excepción. Su advertencia en la boda… ¿Era todo una fachada? ¿Qué esconde Ness?

—Necesito usar el baño —dice en cuanto termina de comer.

Es Bailey la que le indica el camino y, una vez más, no puedo hacer otra cosa más que embelesarme por la forma en la que sonríe en mi dirección cuando Ness abandona el comedor. Zarco enseguida atrae su atención susurrándole algo al oído, y ella suelta una carcajada y lo golpea en el pecho, bromeando. Mi amigo rebosa felicidad y yo me siento como el peor de los traidores por envidiarlo con tanta fuerza. Ese hombre feliz podría ser yo. Si tan solo la hubiese visto antes… Sacudo la cabeza y me pongo en pie, cortando de golpe el rumbo de mis propios pensamientos.

—¿Ya te vas? —inquiere Oscar.

—Sí, estoy cansado —farfullo.

Hace una mueca y niega con la cabeza. Entiendo su postura. Se está quedando solo para soportar a la arpía de Luna. Beni apenas picoteó algo de su plato y regresó a su habitación justo después. Me preocupa ese chico. Ha cambiado demasiado. Antes disfrutaba pasando el tiempo con nosotros, jugábamos al billar o a la consola durante horas seguidas y nos emborrachábamos. Ahora casi no habla con nadie. Vive encerrado en su propio mundo de autocompasión y amargura. Espero que se le pase pronto.

Me despido y salgo del comedor a toda prisa. Mañana a primera hora debo reunirme con Zarco. Espero a Ness junto a la puerta, sin embargo, tras varios minutos, decido ir a buscarla yo mismo. Paso primero por el baño principal y encuentro la puerta abierta. No hay nadie en el interior. Con el ceño fruncido, sigo avanzando, la busco en la sala de juegos, en el salón y la cocina, pero no logro dar con ella. Decido adentrarme en el pasillo que da a las habitaciones. No tengo que andar demasiado para ver la puerta del despacho de Zarco entreabierta. Estoy a punto de asomarme cuando se abre del todo y Ness sale del interior. Al verme, se detiene, pero no parece sorprendida.

—Eh… Creo que me he perdido —dice sin apartar la mirada. Por algún motivo parece estar muy segura de sí misma, y eso es lo que me resulta más extraño.

—¿Segura? —Estrecho mi mirada sobre ella y espero su reacción. No hay nerviosismo y tampoco se le altera la respiración. Dice la verdad o sabe mentir muy bien—. Ese es el despacho de Zarco. No deberías haber entrado.

—Lo siento. Pretendía regresar al comedor y no sé cómo he terminado aquí. —Agacha la cabeza y veo como aprieta los puños.

Sí, estoy seguro de que está fingiendo. No me trago esa falsa muestra de sumisión. Esta chica esconde algo, y voy a descubrir qué es.



Capítulo 9

Ness

Creo que la he cagado. No debí entrar en el despacho de Zarco. Mi intención era echar un vistazo por encima, pero la jodida puerta estaba abierta. No pude contener el impulso y acabé rebuscando en toda la estancia. No encontré nada de interés en los cajones, aparte de un par de carpetas con documentos. Parecían libros de cuentas o algo así. Lo fotografié con mi teléfono para revisarlo. Intenté entrar en el ordenador portátil que había sobre la mesa, pero la maldita cosa está protegida por una contraseña. Es posible que haya tenido lo que busco a apenas unos centímetros y, sin embargo, fui incapaz de acceder a esa información. Cuando creí que todo estaba saliendo bien y me dispuse a regresar al comedor, me di cuenta del enorme error que había cometido. Lagos estaba allí, esperándome en la puerta, y apenas fui capaz de inventar una mala excusa. Intenté sonar casual, pero me tomó por sorpresa y sé que no logré convencerlo.

Durante el camino de vuelta al apartamento noto su mirada sobre mí. No se ha tragado mi mala explicación y sé que va a hacer preguntas al respecto. Necesito encontrar la manera de salir de esta situación, y no me apetece gastar mi as bajo la manga, o mangas para ser más precisa.

La puerta se cierra despacio y soy consciente de que no puedo marcharme sin más a mi habitación. «Darle la ocasión a tu contrincante de pensar la siguiente jugada no es la mejor estrategia». La voz de Viktor resuena en mi cabeza y aprieto el puño con fuerza. El dolor en la palma de mi mano me ayuda a mantener las emociones bajo control. Me giro y agacho la mirada. Intento parecer dócil y sumisa. Esa es mi mejor estrategia. No sé en qué punto están los límites de Lagos.

—He disfrutado de la cena —digo sin mirarlo. «Desvía la atención de tu contrincante hacia un lugar seguro».

—¿En serio? —Da un paso en mi dirección y después otro. Alzo la mirada despacio y compruebo que me está mirando con atención—. Parecías bastante incómoda con la situación.

¡Maldición! No va a dejarlo estar. «Un farol bien tirado puede ser el camino más directo a la victoria». Contengo un resoplido cuando la voz de ese hijo de puta vuelve a resonar en mi cabeza. Ni siquiera sé por qué sigo haciendo caso a sus consejos. La vida no es una maldita

partida de cartas.

—No quise alimentar las provocaciones de tu compañera —miento. He conocido a muchas chicas como Luna, que buscan llamar la atención y siempre estén pendientes de ellas. Me inspira lástima. Está mucho más jodida que yo, y eso es decir mucho. Observo su reacción. No parece creer del todo mi excusa. «Dobla la apuesta»—. Y ese chico… ¿Beni? —Asiente sin apartar su mirada de la mía—. No creo que sea demasiado sociable. Apenas gruñó un saludo y… —Inspiro hondo por la nariz y cierro los ojos. Voy a tener que sacar a la luz mi mejor repertorio de actuaciones para sonar convincente. Ese crío parecía más amargado y destruido que amenazante—. Me dio un poco de miedo.

Lagos sigue observándome unos segundos más y después suspira.

—Tranquila, Beni es un buen chico. Solo está pasando una mala época.

—Su brazo…

—Tuvo un accidente con una granada de mano. Estuvo a punto de morir. Por suerte, Bailey le salvó la vida, aunque no pudo hacer nada por su brazo. Aún es muy reciente, así que evita cruzarte con él y todo irá bien.

—Lo haré —murmuro, y estiro una de mis comisuras en una falsa media sonrisa.

Lagos estrecha aún más su mirada sobre mí.

—Eso no explica qué es lo que estabas haciendo en el despacho de Zarco.

¡Mierda! Acaba de igualar mi apuesta. He subestimado a mi oponente y voy a perder mi ventaja por ello. Tomo una respiración profunda y retrocedo un par de pasos.

—Hace calor —murmuro, girándome para darle la espalda.

Exhalo y tiro de mi suéter hacia arriba. Me lo quito por el cuello y espero su reacción. Sé que ahora mismo está viendo las cicatrices que cubren cada porción de piel que la camiseta ceñida de tirantes deja al descubierto. Me doy la vuelta despacio y compruebo que mi plan está dando resultado. La expresión de Lagos es de auténtico desconcierto. Su mirada recae en la base de mi cuello, después en mis hombros y me aseguro de tener los brazos bien pegados al cuerpo para que no pueda ver las marcas de mordeduras. Todo lo demás está ahí para que él pueda escudriñarlo con atención.

—Santo Cristo, Ness. ¿Quién te ha hecho eso?

Sonrío por dentro y retrocedo un par de pasos ante su avance. «Voy con todo».

—Todos tenemos secretos, Lagos —murmuro, y clavo mi mirada en la suya—. Incluso tú. La forma en la que miras a Bailey… —Su gesto cambia de la lástima a la sorpresa. Estoy caminando en la línea floja. Si mi jugada sale mal, habré perdido la partida en la primera mano—. No te juzgo. ¿Ella sabe lo que sientes?

Su mandíbula se tensa y alza la barbilla sin dejar de mirarme a los ojos. Solo he tenido que observarlo un poco durante la cena para darme cuenta de que está loco por la mujer de su jefe.

—No sé de qué me hablas —sisea entre dientes.

Alzo ambas manos y esta vez soy yo la que avanza hacia él, un paso y después otro, y otro más. Me detengo a apenas unos centímetros de su cuerpo.

—Dijiste que podía ser sincera contigo. —Asiente con el ceño fruncido—. No me gusta hablar de ciertos temas. ¿Puedo guardarlo para mí, al menos por el momento?

Espero su respuesta, parece estar pensándolo. Pasan varios segundos, y entonces empieza a recular un par de pasos mientras se sube las gafas con el dedo índice. «Se retira de la mano. Buena decisión».

—Por supuesto. No tienes que contarme nada que no desees —dice, y carraspea negando con la cabeza—. Creo que me voy a acostar ya.

—Que descanses. Por cierto, estaba pensando en salir mañana a dar un paseo por la ciudad.

—¿Has estado alguna vez en Arizona? —Niego con la cabeza. Si no hay puerto de mar, no he estado aquí—. Si quieres, puedo acompañarte y mostrarte la ciudad.

¡Maldita sea, es bueno! Aún no se ha recuperado de la primera mano y ya está de vuelta en la partida.

—Eso estaría muy bien. Gracias —murmuro.

—Hasta mañana entonces.

En cuanto se marcha, suelto una gran bocanada y sonrío. No sé si he tomado la mejor decisión, pero ya está hecho. Las cartas están echadas y solo puedo intentar jugar lo mejor que sé.

Nada más llegar a mi habitación, me siento sobre la cama y empiezo a revisar las fotografías de los documentos que encontré en el despacho. Son números en su gran mayoría. Parecen transacciones o compras. No estoy del todo segura. Mi educación no fue la mejor. Hace solo unos años que aprendí a leer y escribir. Tras rescatarme, Mijaíl contrató a los mejores profesores, sin embargo, los números se me siguen resistiendo.

Tras dos horas, en las que me canso la vista, decido dejarlo. No voy a sacar nada de esos documentos que pueda interesarme. Por otro lado, en el ordenador portátil puede estar lo que busco. ¿Cómo consigo esa contraseña? Probé a poner el nombre de la mujer de Zarco, Bailey, pero no funcionó. También con palabras obvias como: Clan Z, cártel, Zarco y algunas más. Las posibilidades son infinitas y no se me ocurre qué más puedo hacer.

Una idea se va formando en mi mente mientras recupero el teléfono, que he dejado sobre el colchón, y busco en la agenda el contacto del único hombre en el que he llegado a confiar, aparte de mis hermanos. Tardo varios minutos en tomar la decisión de apretar el botón de llamada. No quiero meterlo en esto. No es justo para él, pero ahora mismo necesito su ayuda y sé que me la ofrecerá sin pedir nada a cambio, ni siquiera una explicación. El tono suena un par de veces y escucho su voz somnolienta al otro lado de la línea.

—¿Ness? —Aparto el móvil para mirar la hora. Son las once de la noche y hay ocho horas de diferencia con Mallorca. Significa que allí son las seis de la mañana—. ¿Te encuentras bien? ¿Ocurre algo?

Me apresuro a colocar de nuevo el teléfono junto a mi oreja y suspiro.

—Necesito tu ayuda, Gavrel.

Hay un silencio, y después escucho cómo se mueve.

—Dime que el hijo de puta con el que te has casado no se ha atrevido a ponerte un dedo encima. Si te ha tocado en contra de tu voluntad…

—No es eso —digo interrumpiéndolo. Lo escucho resoplar y sonrío. Se siente bien hablar con alguien de confianza. Si tan solo hubiese podido darle lo que él necesitaba…—. Estoy bien —aclaro.

—Entonces, ¿qué ocurre? Hace solo un par de días que te fuiste. ¿Ya me echas de menos? —intenta bromear, pero puedo notar el nerviosismo en su tono de voz.

Gavrel Karaj es un pésimo jugador de póker. Soy capaz de leerlo como a un jodido libro abierto.

—Presta atención a lo que voy a decir, y solo te pido que no me preguntes nada al respecto. ¿Crees que podrás hacerlo?

Casi puedo escuchar como los engranajes de su cerebro funcionan a toda velocidad; después suspira.

—Sabes que soy incapaz de negarte nada, *i dashur*[3].



Capítulo 10

Lagos

Llevo ya media hora esperando a Zarco en su despacho cuando decide honrarme con su presencia.

—Siento el retraso —dice mientras se ajusta los puños de la camisa. Tiene el pelo revuelto y los labios rojos. Rodea la mesa y se sienta en su sillón con un suspiro—. No tienes ni idea de lo mucho que me cuesta salir de la cama. Esta mujer me ha fundido el cerebro —murmura, creo que para sí mismo.

Hago una mueca con los labios y trago saliva con dificultad. «Gracias, hermano. Justo lo que necesitaba era que pusieras en mi cabeza la imagen de Bailey y tú en la cama». Parece darse cuenta de que ha hablado demasiado alto porque enseguida cambia el gesto a uno mucho más serio.

—¿Por qué querías reunirte conmigo tan temprano? —inquiero para redirigir la conversación a un lugar mucho más seguro para mí.

Zarco resopla y apoya los codos sobre la superficie de la mesa.

—Estoy teniendo problemas con Alex. No contesta a mis llamadas y los últimos dos hombres que envié a la finca no han vuelto. —Contengo las ganas de poner los ojos en blanco. Lo más probable es que ya estén muertos.

—Le está costando aceptar su rol, ¿no es así?

—Ya lo conoces. Estoy intentando darle un voto de confianza por lo que hizo por mi mujer y por mí, pero el maldito hijo de puta sigue poniéndome las cosas difíciles.

—¿Tú sabías que estaba casado? —pregunto.

Alex me sorprendió al confesarlo hace unos meses, cuando Zarco quiso obligarlo a casarse con Ness. No obstante, no hemos vuelto a mencionar ese tema.

—Claro que no. Es posible que mintiera para librarse del matrimonio con la rusa. —Asiento—. En fin… Eso da igual. Necesito que vayas personalmente a Sonora y le des un tirón de orejas. No puede hacer lo que le salga de las pelotas a mis espaldas. Si quiere seguir contando con nuestro apoyo, debe reportarse cuanto antes.

—¿Y si decide no hacerlo? Alex tiene un carácter complicado.

—Lo sé. Por eso te envío a ti. Si voy yo es probable que termine metiéndole un tiro por el culo a ese cabronazo, y Oscar… Bueno, no quiero ni imaginarlo.

Asiento. Oscar lleva una temporada bastante tranquilo, pero es cuestión de tiempo que esa bestia que lleva dentro decida asomar las garras y, una vez más, tengamos que lidiar con la destrucción que deje a su paso. Todos hemos tenido una infancia jodida, sin embargo, Luna y él se llevaron la peor parte.

—Veré qué puedo hacer. ¿Cuándo quieres que salga para allá?

—Hoy, ahora, ayer. —Bufa de nuevo—. Tengo que saber qué demonios está haciendo en la finca. Me tiene a oscuras.

Una idea ilumina mis pensamientos. Se supone que Alex está organizando lo que queda del cártel de Sonora para que esos hombres puedan unirse a nosotros, además de ponerse en contacto con socios y proveedores para informarles del cambio de planes y dar caza a Héctor Sandoval, el padre de Luna. Sé que Zarco solo aceptó que él se encargara de esos temas porque es el enlace que necesita para conseguir quedarse con la infraestructura que manejaba Urriaga, sin embargo, si Alex decide ir por su propia cuenta, puede convertirse en un problema que debemos atajar cuanto antes.

—¿Crees que puede traicionarte? —inquiero.

—No lo sé. Quiero pensar que mi hermano mayor no me haría eso, que de verdad está en nuestro bando, pero… —Niega con la cabeza—. Pasó muchos años al lado de nuestro padre, se convirtió en su perro faldero. Me cuesta confiar en él.

—¿Qué piensa Bailey?

Mi pregunta no lo sorprende. Es de idiotas ignorar que su mujer tiene madera de líder. Cuando él cayó en manos del cártel, fue Bailey la que se hizo cargo de la organización y también lo rescató. Sus ideas, aunque un poco descabelladas a veces, son ingeniosas y creativas. Tiene una mente prodigiosa. Toda ella lo es.

—Sigue pensando que solo tenemos que darle un poco más de tiempo. No entiendo por qué confía tanto en él. Si no estuviese seguro de que es completamente mía, Alex ya estaría muerto solo por eso.

La culpa se concentra en el centro de mi pecho. Es como una pesada losa que me impide llenar de aire mis pulmones. Zarco no dudará en matarme a mí también cuando sepa lo que siento por su mujer. No soy mejor que Alex. Yo lo estoy traicionando de la peor manera posible. Carraspeo para intentar retomar la conversación, y su mirada se clava en mí.

—Eh… Bien, puedo salir ya mismo. —Mascullo una maldición al recordar que anoche le dije a Ness que la llevaría a conocer la ciudad—. ¿Te importa si lo hago esta tarde? Tengo cosas que hacer.

—¿Pasa algo?

—No. Es solo… —Me ajusto las gafas y niego con la cabeza—. He quedado con mi esposa. No conoce la ciudad y me ofrecí a mostrársela.

—Tu esposa —murmura, y entrelaza los dedos frente a su rostro—. Bailey me dijo que ella y tú… Sé que solo te casaste con esa chica porque mi mujer le dio su palabra a Zakharov, y no pretendo meterme en tu vida, mucho menos en tu dormitorio. Si has decidido intentar tener una especie de relación con ella me parece perfecto, solo te pido que vayas con cautela.

—¿A qué te refieres?

Zarco respira hondo y cambia su postura a una mucho más tensa.

—Aún no sabemos si los rusos solo buscan una alianza en firme o sus intenciones con este

matrimonio concertado son otras.

Asiento. Yo también le he pensado, y entiendo su desconfianza. Después de la traición de Gambo, todas las precauciones son pocas. ¿Ness es una espía de la Bratva? Existe esa posibilidad. En realidad, después de encontrarla en este mismo despacho, casi estuve seguro de ello. No obstante, tras ver todas esas cicatrices que cubrían sus brazos y base del cuello, mi teoría perdió fuerza. Son cicatrices de cortes, algunas más visibles y marcadas que otras. No tiene sentido. ¿Quién en su sano juicio sería leal a las personas que le han hecho esa monstruosidad? Ni siquiera puedo llegar a imaginar el dolor que tuvo que sentir. ¿Por qué? ¿Qué fue lo que hizo para merecer semejante castigo?

He pasado gran parte de la noche pensando en ello. Es posible que la hayan obligado a casarse para vigilarnos. Anoche vi en ella a alguien muy distinto a la mujer que estuvo a mi lado en el altar. Había una chispa de rebeldía en su mirada. No parecía dócil ni amedrentada. Más bien todo lo contrario. «Todos tenemos secretos». Esas fueron sus palabras. Lo más curioso es que solo le bastaron unos minutos para dejarme intrigado. Necesito saber qué es lo que oculta y cuáles son sus intenciones.

Miro a mi amigo y me planteo contarle lo que sé.

—Tal vez ella es tan víctima de las circunstancias como yo —digo, sin pensar demasiado en mis palabras. Supongo que mi subconsciente ha tomado la decisión por mí. «Otra traición más a mi lista».

Zarco parece sorprendido. Arquea una ceja en mi dirección y se encoge de hombros.

—Es posible, pero prefiero no correr riesgos.

—¿Qué quieres que haga?

—Vigílala de cerca. No la quiero inmiscuyéndose en asuntos de negocios ni tratos con nuestros socios.

—Si voy a viajar a Sonora, no podré…

—Llévala contigo —ordena, interrumpiéndome—. Zakharov ya está enterado de lo que hemos hecho con el cártel y que pretendemos quedarnos con los contratos y socios de Urriaga. Solo asegúrate de que no se entere de lo que Alex está haciendo, sea lo que sea.

—Bien, eso haré.

—Perfecto. —Echa un vistazo a su reloj de pulsera y bufa con fuerza—. Ahora debo irme. Tengo una cita con la científica esa que va a diseñar la prótesis para Beni.

—¿La británica?

—Sí, creo que lo es, aunque la empresa de su marido tiene sede en Nueva York. Cox Tech, creo que así se llama.

—¿Beni sabe lo que estáis tramando?

Rodea la mesa, y al llegar a mi lado, palmea mi hombro y le da un pequeño apretón.

—Me importa un carajo si le parece bien. No permitiré que mi hermano siga consumiéndose en su propia miseria. Voy a sacarlo de ahí, así tenga que cargarme a medio mundo para lograrlo.

Sonrío y asiento. Sé que lo hará. Beni volverá a ser el de siempre. Solo es cuestión de tiempo.

—Solo intenta no matar a la científica —bromeo.

—Tranquilo. Bailey no va a dejarme hacerlo. —Me guiña un ojo y, tras apretar de nuevo mi hombro, se dirige a la salida—. Por cierto —dice, y se gira a medias—, me gusta la idea de los clubes para blanquear dinero. Cuando vuelvas, ponte con ello.

—No va a ser sencillo. Hay que buscar gente de confianza para que los dirija. ¿Has pensado en alguien en particular?

—Tú serías un gran candidato, pero no puedo darme el lujo de prescindir del trabajo que

haces. Después de mi mujer, eres la persona en la que más confío.

Otra vez ese nudo en mi pecho que se desplaza con lentitud hacia mi garganta. Solo atino a asentir con la cabeza. Tengo que buscar la forma de sacarme a Bailey de la cabeza y volver a la normalidad. Mentirle a Zarco me está matando.



Capítulo 11

Ness

—¿Está bueno? —pregunta Lagos. Alzo la mirada de mi plato y asiento antes de seguir comiendo.

Apenas hemos hablado desde que salimos de la mansión esta mañana. Antes de venir a almorzar al centro comercial en el que estamos, recorrimos varios museos, un parque y también el jardín botánico. Me queda claro que mi maridito no es un hombre de demasiadas palabras. Lo que sí se le da bien es observarlo todo con mucha atención, en especial a mí. Estoy segura de que no he conseguido librarme de sus sospechas por haber entrado en el despacho de su jefe. Solo me vigila como un águila y espera a que cometa un error. No lo haré. Anoche me precipité, y no es algo que vaya a repetir. La paciencia es una gran virtud y yo he aprendido a manejarla con maestría. Tarde o temprano todo llega. Lo sé mejor que nadie. Estuve trece años en el infierno y pude salir de él. Aguardar unas semanas o meses no me matará.

Trago el último bocado de mi filete y dejo los cubiertos sobre el plato. Soy consciente de la mirada de Lagos fija en mí. Casi no ha comido.

—¿No te gusta? —inquiero, y señalo su plato aún lleno.

Lo mira un instante y, tras suspirar, desliza el dedo índice por el puente de la nariz para sujetarse las gafas.

—No tengo mucha hambre. ¿Has terminado? —Asiento—. ¿Quieres postre?

—Por supuesto. —Arquea una ceja por mi respuesta contundente.

Adoro los postres. No supe lo que eran hasta que fui libre. Desde entonces se han convertido en mi parte favorita a la hora de comer. No tardo en devorar una enorme porción de tarta de manzana y nueces, para no variar, bajo la atenta mirada de Lagos. Al terminar, me limpio las comisuras y exhalo con fuerza. Me siento muy llena.

—¿Cómo es que estás tan delgada con tanto apetito?

Me encojo de hombros y dejo la servilleta de tela sobre la mesa. El restaurante es pequeño y muy tranquilo. Aparte de nosotros, solo hay un par de mesas más ocupadas. Pablo y el gracioso, que he descubierto que se llama Sancho, están apostados junto a la puerta principal vigilando la

entrada.

—No estoy tan delgada —replico.

Su mirada se desliza por mi rostro, después baja a mi cuello cubierto casi en su totalidad por el suéter grueso, mis hombros y después mis brazos hasta llegar a las manos.

—Sí lo estás. Unos cuantos kilos más no te vendrían mal.

—¿Estás sugiriendo que debo engordar para agradarte?

—¿A mí? —Su gesto de sorpresa casi me hace sonreír. Casi—. Ness, no voy a decirte qué es lo que tienes que hacer con tu cuerpo. ¿Qué les pasa a los rusos? —Bufa y vuelve a ajustarse las gafas sobre la nariz—. ¿Tu hermano alguna vez dijo algo sobre tu aspecto o te obligó a…?

—Mijaíl nunca me ha obligado a nada —digo interrumpiéndolo. Me encojo de hombros y me recuesto hacia atrás en la silla—. No eres el primer mexicano que conozco. Los cárteles, las bandas… Sé lo posesivos e intransigentes que podéis llegar a ser.

—¿Lo sabes? —La sonrisa que esboza me toma por sorpresa. Es realmente bonita y parece genuina—. No voy a negar que somos algo mandones, y sí, a la mayoría de los hombres aún les falta mucho camino que recorrer en lo que respecta al trato a las mujeres, sin embargo, quiero pensar que yo soy distinto.

¿Distinto? ¿Hasta qué punto? «¿A qué estás jugando, Lagos?».

—¿Tú no crees que las mujeres son una posesión más? —lanzo la pregunta y espero su reacción.

—En absoluto. Ya has visto la forma en la que Bailey y Luna son tratadas. Forman parte de la familia y se les da el lugar que les pertenece. Además, esas dos tienen el carácter necesario para acabar con cualquiera que piense de manera distinta. —Vuelve a sonreír y niega con la cabeza, como si estuviese recordando algo muy gracioso.

—Compártelo conmigo —suelto casi sin pensar.

—¿El qué? Oh… ¿Quieres saber por qué me río? —Asiento—. La cojera de Pablo es por un disparo. ¿Sabes quién lo provocó? —Arqueo una ceja de manera interrogante—. Bailey. —Estira aún más las comisuras—. Le pegó un jodido tiro en la pierna sin dudarlo.

—¿Qué hizo él para merecerlo?

—¿Existir? —Se encoge de hombros—. Fue hace ya algún tiempo. Beni resultó herido en un tiroteo, Oscar y Gambo fueron a por él.

—¿Quién es Gambo? —inquiero.

Pierde la sonrisa de golpe y cabecea.

—Un traidor. Ahora está muerto, aunque en aquel momento era uno de los nuestros. Ellos fueron a rescatarlo, pero tenían encima a la Policía, así que no les quedó otra opción que secuestrar a la paramédico que lo estaba atendiendo. Esa persona era Bailey.

—¿Cómo es que pasó de ser una rehén a la mujer de Zarco?

No sé si creer del todo lo que está diciendo. ¿Qué mujer, en su sano juicio, acabaría enredada con su secuestrador?

—Esa es una larga historia y no tenemos tiempo. —Toma una respiración profunda y se pone en pie—. ¿Estás lista? Vamos a hacer un pequeño viaje.

¿Viaje? Frunzo el ceño. Entonces este era su plan. Buscaba distraerme para que bajara la guardia. ¿A dónde demonios quiere llevarme?

—¿Ocurre algo? —pregunto, levantándome.

—No. Solo quiero hacer una visita a un amigo en México y me gustaría que me acompañaras. —Lanza un puñado de billetes sobre la mesa—. Estaremos de vuelta mañana mismo.

¡¿México?! No puede ser. ¿Es posible que tenga tanta suerte? No digo nada al respecto, solo

asiento y dejo que Lagos me guíe hacia la salida del restaurante.

Pasamos por la mansión para recoger algo de ropa y nuestros pasaportes y no tardamos en emprender el viaje hacia México. Pablo y el gracioso nos acompañan también. Según me cuenta Lagos, son solo tres horas y media de trayecto. Lo hacemos en absoluto silencio. Al menos disfruto viendo el paisaje difuminado a través de las ventanillas. Cualquier cambio de escenario resulta excitante cuando has pasado tantos años encerrada.

Al llegar al paso fronterizo, el sol ya empieza a esconderse. Desde el interior del todoterreno puedo ver el muro en color óxido que separa México de Estados Unidos. La fila en las puertas de entrada es bastante larga, pero no tardamos en llegar a la barrera. Un agente uniformado se acerca a la ventanilla delantera y cruza un par de palabras con Pablo, después nos pide nuestros pasaportes y enseguida nos permite seguir nuestro camino. Cuarenta minutos después, el vehículo se detiene frente a unas puertas exteriores de más de dos metros de altura. Se abren y avanzamos por un camino de tierra al menos un kilómetro más antes de llegar a la enorme casa de piedra que preside la finca. Puedo ver más de una veintena de hombres armados alrededor del todoterreno.

—¿No nos esperaban? —inquiero.

Lagos empuja la montura de sus gafas por el puente de la nariz e inspira profundo.

—Tranquila, Alex tiende a ser demasiado dramático en algunas ocasiones.

—¿Alex? —pregunto, atragantándome con mis propias palabras.

—Sí, es el hermano mayor de Zarco. Estamos aquí para verlo. —Se mueve en el asiento y abre la puerta—. Espera aquí hasta que te diga que puedes salir. —Afirmo con un cabeceo, y tras escuchar el sonido de la puerta al cerrarse, aprieto los puños con fuerza y dejo que la pequeña punzada de dolor recorra mis manos.

Alex Urriaga. ¡Maldita sea! No puedo presentarme ante él. Han pasado muchos años y apenas lo vi en un par de ocasiones; aun así, podría reconocerme. ¿Qué demonios hago ahora? No puedo solo pedirle a Lagos que nos marchemos, querrá una explicación y mi plan se habrá ido a la mierda antes de empezar a llevarlo a cabo.



Capítulo 12

Lagos

Tras cruzar unas cuantas palabras con los hombres que custodian la finca Urriaga, le ordeno a Pablo que acompañe a Ness al interior de la casa y voy en busca de Alex. Me sorprende ver que han avanzado mucho en las reparaciones causadas por nuestro asalto hace ya algunos meses. Ya no hay agujeros de bala en las paredes y, cuanto más me acerco al despacho, soy consciente de lo nuevos que son el suelo y el techo. Me detengo frente a la puerta de madera reluciente. La última vez que estuve aquí, mi propio padre hizo estallar la granada que lo mató y estuvo a punto de hacer lo mismo con Beni. No me molesto en tocar, solo tiro de la manilla y entro en la oficina. Al menos esa es mi intención, ya que nada más dar un paso al interior del despacho, me doy cuenta de que no ha sido mi mejor idea. Creo que Alex piensa igual porque no tarda en fulminarme con la mirada mientras aparta a la chica que tiene arrodillada a sus pies. Se guarda la polla en los pantalones y me señala con el dedo de forma amenazante.

—Maldito hijo de puta, más vale que sea importante o te arrancaré las pelotas —sisea.

Me reiría si no supiese que eso solo lo haría cabrear aún más. No le tengo miedo. A pesar de ser el mayor de nosotros, durante nuestra infancia siempre le vencía en peleas cuerpo a cuerpo. También es cierto que eso fue antes de que Alex pasara tantos años a solas con su padre y se convirtiera en un cabronazo de cuidado. Doy un nuevo paso y espero a que la chica de pelo corto y color violáceo pase a mi lado tras una orden de Alex. Tomo asiento en una de las sillas que hay frente al escritorio y decido ignorar de forma deliberada lo que acabo de ver, también su amenaza. No seré yo el que cree un conflicto más entre Zarco y su hermano.

—Tenemos que hablar —mascullo, y me ajusto las gafas sobre la nariz.

Alex resopla con fuerza y se enciende un cigarrillo antes de beberse el chupito de tequila que hay sobre la mesa de un solo trago. Ni siquiera se molesta en ponerse la camiseta.

—¿Gabriel te envía a hacerme de niñera?

—No atiendes sus llamadas, y los hombres que envió…

—Están muertos —dice interrumpiéndome, y se ríe mientras llena otro vaso—. ¿Quieres? —Niego con la cabeza.

—¿Qué estás haciendo, Alex? Se supone que ibas a intentar ganarte la confianza de Zarco y estás logrando justo lo contrario.

Deja el vaso vacío sobre la superficie de la mesa con un golpe sonoro y clava su mirada en la mía.

—No tienes ni puta idea de lo difícil que es reconstruir una organización que yo mismo ayudé a destrozar. Apenas he conseguido recuperar a un par de docenas de hombres que trabajaban para el cártel. No se fían de mí. Durante años les han enseñado a ser fiel a mi padre, y ahora yo me he unido al enemigo. Es descabellado pedir la lealtad de alguien a favor de lo que le han enseñado a odiar. Al menos, he logrado que la mayoría de las mujeres regresen. Estaba harto de comer mierda.

Ignoro su comentario machista. En esta casa las cosas siempre han funcionado así. Las mujeres se encargan de la limpieza, comida y demás tareas a cambio de un puñado de billetes y la protección del cártel. Muchas de ellas aspiran a casarse con los soldados, y alguna, incluso, apunta más alto. Supongo que la que encontré arrodillada al entrar en el despacho es una de ellas.

—Lo entiendo. —Hay una larga pausa en la que Alex aprovecha para beber un par de tragos más, esta vez directo de la botella—. ¿Estás de celebración? —Se encoge de hombros y fijo la mirada en la base de su cuello. Lleva puesta una cadena metálica con un anillo enganchado.

—Tú eres el que debería estar de luna de miel, ¿no? —Sonríe y le da una nueva calada a su cigarrillo—. ¿Qué tal con tu nueva esposa? ¿Folla bien al menos?

—¿Y la tuya? —contraataco. Alex enseguida cambia su postura y pierde la sonrisa—. Por cierto, ¿cómo está Angy? ¿Sabes algo de ella? —Como ya he supuesto, su rostro se contrae con rabia pura y me lanza una mirada asesina. «Es ella».

—Suelta de una vez el recado de mi hermano y puedes largarte —sisea entre dientes.

Respiro hondo y me recuesto en la silla, estirando las piernas.

—Héctor Sandoval. Necesitamos su paradero cuanto antes.

—¿Crees que he estado tocándome las pelotas desde que volví? No hago otra cosa que buscarlo, pero parece como si se lo hubiese tragado la tierra. —Apaga el cigarrillo y se lleva las manos a la cara con frustración—. Tiene el apoyo de muchos de los hombres del cártel. Va a hacer cualquier cosa para obtener el poder que le pertenecía a mi padre, solo es cuestión de tiempo que ataque.

—Entonces, estaremos listos para defendernos.

—¿Tú crees? ¿De cuántos efectivos disponemos? A no ser que le pidas refuerzos a tu nueva familia rusa, será una masacre. Podemos ganar, pero muchos de los nuestros morirán por ello.

No lo había pensado de ese modo. Es posible que Mijaíl nos envíe refuerzos si se lo pedimos. Al fin y al cabo, para algo tiene que servir lo del matrimonio concertado. Además, ya lo ha hecho antes, cuando capturaron a Zarco. Sin sus hombres no hubiésemos acabado con el cártel de Sonora.

—Lo hablaré con tu hermano, aunque lo más adecuado sería buscar nuestros propios efectivos. ¿Los socios de Urriaga no pueden aportar su parte?

—Acabo de informarles del cambio de dirección en la organización, dudo que quieran meterse en una jodida guerra. No se fían, y tampoco los culpo.

Bufo y ajusto mis gafas, clavando mi mirada en la suya.

—Sigue intentándolo. Por cierto, ¿conoces a alguien que tenga experiencia con el blanqueo de capitales?

Alex frunce el ceño extrañado.

—Creí que de eso os encargabais Luna y tú.

—Sí, bueno… —Me ajusto de nuevo las gafas—. Necesitamos algo de ayuda extra.

—¿De qué tipo?

Me planteo contarle lo de la apertura de los clubes, sin embargo, decido actuar con cautela. Después de lo que pasó con Gambo, no termino de confiar del todo en nadie.

—Da igual, me las arreglaré. —Frunce el ceño, pero no dice nada—. Llama a tu hermano y habla con él, ¿quieres?

—Lo haré en algún momento, cuando esté lo bastante borracho como para escuchar sus gilipolleces sin sufrir un aneurisma o algo así.

Sonrío y sacudo la cabeza de un lado a otro. Por más que Zarco lo intente, jamás logrará que Alex sea uno más de nosotros. Tiene madera de líder y no se someterá ante las órdenes de su hermano menor.

—Espero que tengas bastante comida porque venimos hambrientos.

—Claro. —Se pone en pie y espera a que yo haga lo mismo—. ¿Cuántos sois?

—Dos hombres, mi esposa y yo. —Se me queda mirando y esboza una sonrisa petulante.

—¿Tu esposa? —Asiento, y Alex coloca su mano en mi hombro mientras caminamos hacia la salida—. Dime que al menos la chupa bien.

—Alex —siseo a modo de advertencia.

Suelta una carcajada y abre la puerta para que pueda salir.

—Vamos, algún beneficio tendrás que haber sacado de toda esa mierda, ¿no?

Decido ignorarlo y caminamos a la par hasta el salón principal. Conozco esta casa como la palma de mi mano. Crecí aquí, todos lo hicimos. No puedo decir que todos mis recuerdos son malos. ¿Hay algunos que preferiría olvidar? Por supuesto, sin embargo, en este lugar también conocí a los que se han convertido en mi familia: Zarco, Luna, Oscar, Beni… No los cambiaría por nada.

Avanzamos por el pasillo y desvío la mirada hacia la puerta del sótano. No puedo evitar recordar lo que sucedía ahí abajo. Odio ese sitio con todas mis fuerzas. Alex parece notar mi inquietud. Vuelve a poner su mano sobre mi hombro y le da un pequeño apretón. No dice nada al respecto, y se lo agradezco. No estoy orgulloso de lo que hice. Jamás lo estaré, pero es algo con lo que he aprendido a lidiar. Si el infierno existe, yo ya tengo una jodida habitación con vistas reservada para toda la eternidad.



Capítulo 13

Ness

Pablo me guía al interior de la enorme casa de planta baja. Ya he estado aquí antes, aunque no reconozco ninguna de las estancias por las que pasamos. «Bienvenidas a la sala del pecado, preciosas». El recuerdo de ese lugar me produce escalofríos. Me subo el cuello del abrigo y sigo caminando junto a Pablo. Él cojea con cada paso que da, pero no se detiene hasta que llegamos a una enorme sala de estar con dos sofás en los que podría sentarse todo un equipo de fútbol.

—Esperaremos aquí a Lagos —me informa.

Asiento, y por un instante casi me siento culpable por haberle hecho creer que era una limpiadora cuando nos conocimos. Es posible que haya tenido problemas por mi culpa. Estoy a punto de preguntarle cuando un hombre entra en la sala y se nos queda mirando. Respiro aliviada al darme cuenta de que no es Alex. Sin embargo, sé que no tardaré en tener que enfrentarme a él y descubrir si mi tapadera es sólida o no. Si me reconoce, todo habrá acabado.

—¿Quién demonios sois vosotros? —inquiere el recién llegado. Se acerca más y dirige su mirada a mí antes de pasar a Pablo—. He hecho una pregunta —sisea, frunciendo el ceño.

—Venimos con Lagos —responde Pablo sin inmutarse.

Parece sorprendido. Su rostro, de piel oscura, cambia a una expresión más relajada y da un paso más en mi dirección.

—Lagos está aquí —susurra. No es una pregunta—. ¿Ha traído un regalo? —Por la forma en la que me repasa con la mirada, no dudo de que se refiere a mí.

Estira su mano para intentar tocarme. Mi intención es retroceder, pero antes de que pueda hacerlo, Pablo se adelanta un paso, me empuja levemente hacia atrás y me cubre con su cuerpo.

—No creo que quiera tocar a la esposa de Lagos sin su permiso —masculla Pablo en un tono poco amigable.

Por encima de su hombro, puedo ver como el tipo, que aún no se ha presentado, arquea una ceja con sorpresa y asiente con la cabeza.

—Lo he entendido. Tranquilo. —Hace un gesto con la mano y Pablo da un paso al costado. Me mira a mí y esboza una sonrisa encantadora—. Mis disculpas. La mujer de un amigo no se

toca, a no ser que ella lo pida, por supuesto. —Vuelve a reír, y estira su mano hacia mí—. Soy Rai.

—Ness —respondo, aunque no hago amago de coger su mano.

Parece tener intención de decir algo más, sin embargo, la irrupción de Lagos en la sala de estar hace que se gire de golpe. Aprieto los puños con fuerza al reconocer al hombre que lo sigue: alto, de hombros anchos, brazos fuertes, cabello oscuro a juego con la barba corta que le cubre la mandíbula afilada y tatuajes por todas partes. Alex no ha cambiado nada. Sigue siendo el mismo hijo de perra atractivo y, por la forma en la que camina, no ha perdido ni un ápice de confianza en sí mismo.

En cuanto su mirada se posa sobre mí, contengo el aliento y dejo que mi melena negra cubra parte de mi rostro. Achina los ojos y se detiene. Ladea la cabeza despacio mientras me sigue observando.

—Te presento a Ness, mi esposa —dice Lagos.

—Ness —repite Alex sin dejar de mirarme con fijeza—. ¿Nos hemos visto antes? Tu rostro me resulta familiar.

«Vamos, Vanessa. Este es el momento. Tienes que hacer la mejor actuación de toda tu puta vida». «Un farol». La voz de Viktor resuena en mi cabeza.

Alzo la barbilla, dejando mi cara al descubierto, y niego con la cabeza.

—No lo creo —afirmo. Me adelanto un paso y estiro mi brazo a modo de saludo—. Encantada de conocerte.

Parece titubear. Se queda muy quieto unos segundos, y entonces agarra mi mano y le da un apretón sutil.

—Igualmente —susurra, y sacude la cabeza de un lado a otro. Nada más acercarme he notado el aroma a alcohol en su aliento. Sus ojos están enrojecidos y vidriosos. Aparta su mirada de mí y le da un manotazo en el hombro a Lagos—. Vamos a cenar.

Asiente y después saluda a Rai con un apretón de manos.

—No te vi por aquí el día del asalto —menciona Lagos en español.

Rai chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—Estaba fuera del país ocupándome de un asunto de Alex. —Mira al mencionado y este asiente—. Siento haberme perdido la fiesta.

Mi marido cabecea una vez de manera afirmativa y, tras hacer un gesto con su mano en mi dirección, me guía por la casa hasta que llegamos a un comedor enorme. La mesa es ovalada y de madera maciza. Lagos retira mi silla de respaldo alto y espera a que yo tome asiento antes de hacerlo a mi lado. No voy a decir que me sorprende el gesto. El poco tiempo que hemos pasado juntos no ha dejado de tener ese tipo de detalles. Abre la puerta para mí, tira de la silla… Se comporta como un verdadero caballero, aunque no estoy del todo segura de si esa es su verdadera personalidad o solo está muy metido en su papel de esposo perfecto.

Apenas soy capaz de probar un par de bocados de la cena. Intento aparentar calma y tranquilidad, sin embargo, por dentro se me acumulan los nervios y la preocupación. Alex me mira de reojo de vez en cuando mientras habla con Lagos y Rai. Hablan en español y ni siquiera se molestan en hacerme partícipe de la conversación. Permanezco en silencio y trato de pasar desapercibida. No obstante, tengo la sensación de estar siendo observada con lupa por Alex.

—¿No te gusta la carne? —pregunta, girándose medio cuerpo hacia mí cuando una sirvienta recoge mi plato prácticamente lleno.

—No tengo demasiado apetito —respondo, y fuerzo una sonrisa sutil.

Alex se recuesta en su asiento en el cabecero de la mesa, se pone un cigarrillo entre los labios,

lo enciende y le da una calada sin dejar de mirarme.

—Es curioso, si no hubiese rechazado la oferta de mi hermano, ahora estarías casada conmigo.

Lo supuse. Yo estaba presente cuando Bailey llamó a mi hermano para pedir ayuda. Mijaíl le ofreció su apoyo a cambio de entrar en el negocio de los diamantes, sin embargo, mientras él cerraba el acuerdo, yo vi la oportunidad perfecta para acercarme al entorno de Zarco, así que le pedí a Milena que intercediera y que incluyera en el trato un matrimonio para garantizar la lealtad del Clan Z. No entendieron mis motivos, pero tampoco hicieron demasiadas preguntas. Supe que no lo harían. Mijaíl y Milena aún se sienten culpables de lo que me ocurrió, y eso es algo que yo he sabido usar a mi favor. Cuando Bailey aceptó la propuesta, supe que corría el riesgo de acabar casada con Alex, al fin y al cabo, es el hermano mayor de Zarco. Mi plan podría haber fracasado incluso antes de tener la oportunidad de ponerlo en práctica; al menos, debía intentarlo.

—Por suerte, te negaste —mascullo.

Alex estrecha su mirada sobre mí y le da una nueva calada a su cigarrillo.

—¿No crees que podría ser un buen marido para ti? —inquiere. No se me escapa el deje mordaz y burlón en su tono.

—Alex… —sisea Lagos a modo de advertencia.

Tras tomar una gran bocanada de aire de manera disimulada, enderezo la espalda y alzo la barbilla desafiante. Giro la cabeza y busco la mirada de Lagos. Mi mano se mueve por encima de la mesa y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Los prefiero rubios —susurro, estirando mi sonrisa.

Lagos parece sorprendido por mi afirmación, aunque enseguida se da cuenta de que solo estoy cumpliendo con mi parte del trato. Lo que él no sabe es que lo hago también para desviar la atención de Alex a un lugar más seguro para mí. Coge mi mano, y para mi sorpresa, se la lleva a la boca y deposita un beso fugaz en el dorso. Sus labios se sienten suaves y calientes sobre mi piel, y noto una especie de escalofrío recorriéndome la espalda, aunque la sensación no dura demasiado ya que Alex no tarda en llamar nuestra atención con una carcajada profunda.

—¡¿Quién lo iba a decir?! Resulta que vais a convertiros en la jodida pareja del año, y eso que acabáis de conoceros.

—No creo que eso sea asunto tuyo —escupe Lagos, lanzándole una mirada poco amistosa.

—Me alegra que no lo sea. —Se mueve para rellenar su copa de vino tinto y se la bebe en un par de tragos.

—Estoy agotada —anuncio, y vuelvo a mirar a mi marido.

Se pone en pie enseguida y retira mi silla mientras me levanto. Alex no nos pierde de vista.

—¿Ya os vais a dormir? Aún es temprano.

—Volveremos a casa a primera hora de la mañana —informa Lagos—. ¿Dónde nos quedamos?

Alex resopla, y tras apagar su cigarrillo, suspira y niega con la cabeza.

—En tu antiguo dormitorio. ¿Te parece bien? —Lagos asiente.

«¿Antiguo dormitorio? ¿Lagos vivió en esta casa? ¿Sabía lo que ocurría en la sala del pecado?». Las preguntas se quedan atascadas en mi garganta. No puedo soltarlas sin más. Necesito que confíe en mí. Tal vez esté buscando en el lugar equivocado. Es posible que el hombre con el que me he casado tenga todas las respuestas que necesito.



Capítulo 14

Lagos

Al entrar en la habitación de mi infancia, siento como si el tiempo no hubiese pasado. Los recuerdos acuden a mi mente como una cascada de agua imparable y frenética, en especial los de la última noche que pasé aquí, justo antes de que huyéramos. Tenía diecinueve años, y no puedo decir que fuese feliz.

—¿Estás bien? —inquiere Ness.

Sacudo la cabeza para centrarme en el ahora, aquí, en este dormitorio con mi esposa. Ha estado actuando de forma extraña desde que llegamos a la finca. No la conozco demasiado, pero sé que hay algo raro en ella. No creo estar exagerando.

—Quiero darme una ducha y dormir algunas horas antes de volver a casa —farfullo. Me siento en el borde de la cama y empiezo a desabrocharme las botas.

Ness sigue junto a la puerta, observándome en silencio. Pateo el calzado y me pongo en pie mientras me quito la camiseta por la cabeza.

—Eh… —Giro la cabeza en su dirección y la pillo mirando mi pecho con los ojos muy abiertos. Enseguida aparta la vista y carraspea antes de seguir hablando—. ¿Vamos a dormir juntos? —Asiento—. Creí que… Bueno, dijiste…

—Sé lo que dije. —Lanzo la camiseta sobre la cama, y tras quitarme las gafas, las dejo sobre la mesita de noche—. Solo vamos a compartir cama, Ness.

—Supongo que tenemos que seguir fingiendo ante Alex y sus hombres —masculla.

—No es solo eso. —Desabrocho mi cinturón y después los botones de los pantalones. Estoy a punto de bajarlos, pero soy consciente de que eso tal vez la haría sentir incómoda ya que nunca uso ropa interior—. Prefiero tenerte vigilada mientras estemos aquí.

—¿Vigilada? —pregunta, arqueando una ceja.

—Sí. —Abro la pequeña maleta que he traído, y tras rebuscar en el interior, saco un pantalón de algodón y me lo cuelgo del hombro. Me giro y coloco las manos en las caderas—. No conozco a la mayoría de los hombres que duermen bajo este techo. Sé que Alex no se atrevería a tocarte y Rai es un cobarde, siempre lo ha sido, sin embargo, entre todos esos tipos puede haber

violadores, asesinos o verdaderos pirados. —Me encojo de hombros y ella frunce el ceño.

—¿Corro peligro?

—Estarás a salvo conmigo, te lo aseguro —me apresuro a contestar—. ¿Quieres usar el baño primero? —Señalo la puerta y ella niega con la cabeza—. Bien. No tardaré.

Abandono la habitación y, tras cerrar la puerta del baño, un nuevo aluvión de recuerdos acude a mi mente. La última vez que pisé esta estancia fue justo cuando mi vida cambió para siempre. Inspiro profundo y dejo que las imágenes de esa noche se fundan con la realidad del presente.

Las gotas de agua caliente golpean mi rostro. Miro hacia abajo y compruebo que el suelo de la ducha está teñido de rojo. Odio esto. Siempre he evitado usar la violencia, pero ese maldito hijo de puta… Bufo con fuerza y pego la frente a los azulejos helados. El cambio de temperatura me reconforta un poco, al menos hasta que vuelvo a pensar en lo que he presenciado hace solo unas horas. Se supone que iba a ser una noche tranquila, pero al llegar a ese almacén Oscar volvió a tener uno de sus episodios. No debí dejar que me acompañara. Sabía que no estaba bien, sin embargo, mi jodido padre me obligó, y yo… Hago una mueca de dolor cuando mis ya magullados nudillos golpean la pared de azulejos. Si no salgo de esta mierda de sitio terminaré perdiendo la cabeza, igual que Oscar.

Tras pasar más de una hora en la ducha, salgo del baño y me visto con ropa cómoda. Estoy a punto de meterme en la cama cuando la puerta de mi dormitorio se abre y entra Gabriel con gesto de preocupación.

—¡¿Qué mierda le ha pasado a Oscar?! —exclama, aunque no levanta la voz.

—Tuve que pararlo —respondo, hundiendo los dedos en mi pelo—. Casi nos mata a todos.

Resopla con fuerza y da un par de vueltas en círculos antes de detenerse y clavar su mirada en la mía.

—Larguémonos de aquí.

—¿Qué? —inquiero confuso—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Ya me has escuchado. Oscar está perdiendo la poca cordura que le queda, y Luna… —Aprieta los dientes y niega con la cabeza.

—¿Qué le ocurre a Luna? —pregunto, frunciendo el ceño.

—La llevaron al sótano esta tarde y aún no ha salido de allí.

Sacudo la cabeza de un lado a otro mientras trago el nudo de angustia que se ha instalado en mi garganta. Tropiezo con mis propios pies y me dejo caer sobre la cama. «Maldita sea, Luna no. Estar en el sótano la destruirá».

—Vendrán a por nosotros —mascullo tras exhalar con fuerza.

—Los estaremos esperando. Prefiero morir ahí fuera, luchando por ser yo mismo, que convertirme en el perro faldero de mi padre. —Gabriel me mira con la mandíbula tensa y los dientes apretados—. Es tu decisión, Lagos. Si quieres quedarte lo entiendo, pero…

—Voy contigo —digo interrumpiéndolo.

Asiente y vuelve a bufar.

—¿Crees que Oscar está en condiciones de razonar?

—Hace una hora lo dejé en su habitación medio dormido. No estaba bien, pero al menos era consciente de lo que lo rodeaba.

—Ve a por él. Yo cogeré a Luna y saldremos de este infierno ahora mismo.

—¿Y los demás?

—Beni se viene con nosotros.

—¿Y Alex?

Suspira y se encoge de hombros.

—Le preguntaré y que él tome su decisión. Te veo en la cochera en media hora. —Se acerca y me sujeta por la nuca con una mano—. Se acabó, hermano. A partir de hoy, solo nosotros seremos dueños de nuestro destino.

Dejo que se vaya y enseguida me pongo en marcha. Recojo solo unas pocas cosas en mi mochila y paso por el dormitorio de Oscar. Lo encuentro sentado sobre la cama, hablando solo y con la mirada perdida. Cuando está así, logra ponerme los pelos de punta el hijo de perra. Por suerte, parece tranquilo, no como hace unas horas. En su rostro empiezan a aparecer varios cardenales por los puñetazos que yo mismo le propiné. No se resiste cuando le pido que me acompañe, aunque tampoco parece tener intención de colaborar, de modo que solo tiro de él y lo arrastro por toda la casa. Al llegar a la cochera, escojo el todoterreno de siete plazas que acostumbra a usar mi padre y meto a Oscar en la parte trasera.

Me siento al volante y aguardo a que Gabriel aparezca. Lo hace antes de lo esperado. Trae a Luna en brazos, está cubierta por una manta y parece inconsciente. Beni ayuda a su hermano a meterla atrás a pesar de su gesto asustado. Solo es un crío. Oscar parece recuperar la conciencia durante unos segundos. Lleva a Luna a su regazo y empieza a murmurar algunas palabras en voz baja mientras acaricia su rostro magullado.

«¿Qué demonios le han hecho?», quiero preguntar, sin embargo, ya conozco la respuesta.

—¿Alex? —inquiero en cuanto Gabriel y Beni suben al todoterreno.

Gabriel bufa con fuerza y niega con la cabeza.

—Él y Angy se quedan.

—Pero…

—Ellos lo han decidido así, Lagos —farfulla cabreado—. Arranca de una vez, antes de que alguien nos pille.

Respiro hondo y enciendo el motor. Tras maniobrar, me dirijo a la salida de la cochera. Ya casi estamos fuera cuando la sombra de alguien se cruza frente a nosotros. Freno de golpe y Oscar masculla una maldición. Apenas tengo tiempo de echar un vistazo por el espejo retrovisor y comprobar que su mirada asesina está clavada en el parabrisas delantero cuando noto como Gabriel saca su arma.

—Es Gamboa —sisea entre dientes.

Intento mantener la calma. Gambo no creció con nosotros, aunque ya hace más tres años que se mudó a la finca junto a un grupo de hombres. Es un buen tipo, al menos eso me parece. Tampoco es que haya tenido demasiado contacto con él.

Le hago un gesto a mi amigo para que mantenga la calma y bajo la ventanilla al ver que Gambo se acerca.

—¿A dónde vais? —pregunta, echando un vistazo a la parte trasera del vehículo por encima de mi hombro.

Antes de que pueda contestar, Gabriel lo apunta con la pistola.

—Cierra la puta boca si no quieres terminar con un agujero en la frente.

¡Maldición! ¿Por qué no puede, por una vez, dejar que yo solucione las cosas a mi manera? Esos arrebatos van a conseguir matarnos más pronto que tarde.

—Nos largamos —explico con la mandíbula tensa y apretando el volante con fuerza.

—¿A dónde? —Gambo parece asustado, pero no retrocede—. ¿Qué mierda le ha pasado a Luna?

—El sótano —respondo. No necesito decir nada más. Él sabe lo que ocurre allí.

—Joder —susurra, y niega con la cabeza—. ¿Se pondrá bien?

—Eso espero. Ahora necesito que entres en el vehículo o te apartes, Gambo. Vamos a salir de

este lugar.

—Lo mataré —sisea Gabriel, y tira del percutor de su pistola.

—¡Eh! No hace falta usar la violencia. —Gambo levanta ambas manos y resopla con fuerza—. Me voy con vosotros.

—Entonces sube de una puta vez —masculla Gabriel entre dientes.

Lo hace de inmediato y piso el acelerador a fondo. Mientras abandono el lugar donde nací y crecí, no echo la mirada atrás. Me da igual lo que se queda. No hay nada que vaya a echar de menos de este infierno.



Capítulo 15

Lagos

Apenas he logrado volver a la realidad mientras me duchaba, y al salir del baño aún siento como si estuviese atrapado en un bucle infinito. Todo cambió después de esa noche. Llegué a pensar que jamás volvería a esta casa, pero no fue así, regresamos casi quince años después y con un jodido ejército de hombres armados. Matamos a Urriaga, mi padre también perdió la vida; de alguna manera cerramos el círculo, y, sin embargo, tengo la sensación de que aún sigo atrapado en este infierno.

—¿Has terminado? —Me sobresalto y doy un respingo al escuchar la voz de Ness. Estaba tan perdido en mis propios pensamientos que había olvidado que ella estaba en el dormitorio.

—Eh… Sí, todo tuyo. —Señalo la puerta del baño con el pulgar sobre mi hombro.

Doy un par de pasos y piso lo que parece ser un zapato. Apenas soy consciente de que, en realidad, son mis propias botas antes de tropezar y caer de bruces. Por eso nunca dejo las cosas tiradas. Aún algo aturdido, me pongo en pie a toda prisa y echo un vistazo en dirección a Ness. Sigue sentada en el borde de la cama, me mira con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento, y noto como el calor sube por mi cuello hasta mis mejillas. Ness aprieta los labios con fuerza. Creo que está intentando no reír.

—He tropezado —mascullo, rascándome la nuca.

—Ya lo he visto. —Una de sus comisuras se estira, y de pronto suelta una carcajada. La miro sorprendido. Su risa es ronca y muy poco femenina, sin embargo, resulta encantadora. Una sensación extraña me recorre la espalda y soy incapaz de apartar la mirada mientras ella se sujeta el estómago y sigue riendo a todo pulmón—. Lo siento —dice, y vuelve a reír.

Observo su rostro. Un hoyuelo asoma en su barbilla. Si seria es una mujer preciosa, así, relajada y sonriente, resulta arrebatadoramente bella.

—¿En serio? —A mí también se me escapa la sonrisa. Me acerco a ella, negando con la cabeza—. Podría haberme partido la cabeza.

Ness toma aire y parece tranquilizarse un poco antes de hablar, aunque sus ojos siguen

brillantes de diversión.

—Estás bien, ¿no? —Asiento de nuevo—. Es que ha sido demasiado cómico.

Niego con la cabeza y me cruzo de brazos. Su sonrisa se esfuma y soy consciente de su escrutinio. Solo tengo puesto un pantalón flojo de algodón, aunque ella aún está vestida de pies a cabeza. No obstante, me siento como si ambos estuviésemos completamente desnudos. Es algo extraño, como una especie de tensión o electricidad que flota en el ambiente y me envuelve por completo. Ness se estremece y aparta la mirada, carraspeando.

—Voy a ducharme —susurra con voz grave, no sé si por el ataque de risa o por algún otro motivo.

Me hago a un lado para que pueda pasar, y en cuanto la puerta del baño se cierra suelto todo el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

—¿Qué demonios te pasa, idiota? —me pregunto a mí mismo.

Chasqueo la lengua y me dejo caer sobre la cama. Sé con exactitud lo que me ocurre. Llevo demasiado tiempo sin sexo. No soy como Zarco, Oscar o Beni, ellos aprovechan cualquier oportunidad para follar con quien se les ponga a tiro. Mi caso es distinto. Tuve tanto de eso durante mi adolescencia que terminé aborreciéndolo. Ahora solo me desfogo en contadas ocasiones, cuando mis compañeros me obligan a acompañarlos a algún club nocturno. Lo prefiero así, sin complicaciones, una hora de placer a cambio de un par de cientos de dólares. Desde que Bailey apareció no ha habido nada de eso para ninguno de nosotros. Zarco es un cabronazo, pero fiel. Jamás la engañaría. Beni no está pasando por su mejor momento, y Oscar… Bueno, hemos estado demasiado ocupados con toda la mierda que nos ha caído encima como para pensar en divertirnos, no obstante, ya va siendo hora de hacerlo. Necesito relajarme y dejar de pensar en Bailey o, en su defecto, en mi propia esposa.

Ness

Salgo del baño aún algo acalorada. No sé por qué mi cuerpo ha reaccionado de esa manera al ver a Lagos sin camiseta. Vale, sí, es un pedazo de hombre. Jamás imaginé que bajo la ropa de bibliotecario aburrido se escondieran esos músculos cubiertos por tatuajes. ¡Ni siquiera me gustan los tatuajes! Resoplo por dentro y ruedo los ojos, evitando su mirada. No es habitual en mí sentir atracción por… Bueno, por nadie en realidad. En las pocas ocasiones que de verdad deseé estar con un hombre fue esa época en la que salí con Gavrel Karaj, el socio de mi hermano, y al final la cosa no acabó bien.

Mientras me dirijo a la cama, le doy pequeños tirones a mi camiseta larga, la que uso a menudo para dormir. No esperaba tener que compartir dormitorio con mi marido, por lo que metí en la maleta ropa cómoda. El problema es que la camiseta es de manga corta y solo me cubre hasta la mitad de los muslos, por lo tanto, deja al descubierto demasiada piel repleta de cicatrices.

Inspiro hondo y me dirijo a la cama. Soy muy consciente de su mirada sobre mí, me persigue en cada movimiento que hago. Lagos está tumbado boca arriba por encima de la ropa de cama. Yo la aparto y me acuesto de lado, dándole la espalda.

—Buenas noches —susurro.

No contesta. Solo escucho su respiración pesada justo detrás de mí. Tras varios minutos de silencio, su voz llega a mis oídos en forma de susurro.

—Algún día vas a tener que contarme quién fue el hijo de puta que te marcó de esa forma.

Abro los ojos de golpe y contengo el aliento.

—¿Qué importa quién fue? —inquiero con un hilo de voz.

—A mí me importa. Juro que lo mataré. —Bufa, y escucho el inequívoco sonido que produce el roce de sus dedos contra su cabello—. Mejor aún, dejaré que Oscar se encargue.

—Tal vez ya esté muerto, o haya sido más de un hijo de puta.

—Los cazaré a todos —masculla, creo que para sí mismo.

—¿Por qué harías eso?

—Porque puedo y porque quiero —responde, y escucharlo hablar con tanta seguridad me provoca una especie de burbujeo en la boca del estómago.

Respiro hondo por la nariz y vuelvo a cerrar los ojos.

—Buenas noches, Lagos —repito.

—Buenas noches, Ness. —Noto un leve roce en mi nuca, es tan fugaz que, por un instante, creo haberlo imaginado. Escucho como Lagos se mueve, y poco después el cansancio me vence y caigo en un sueño pesado y satisfactorio.



Capítulo 16

Lagos

Intento zafarme de las manos que me sujetan y me empujan escaleras abajo. No quiero ir ahí. He visto lo que hacen Urriaga, Sandoval, mi padre y algunos de sus hombres cuando bajan al sótano. Es horrible.

—Papá… —empiezo a decir cuando llegamos abajo.

—¡Cállate! —ordena. Aprieto los dientes y tenso la mandíbula, pero obedezco. Si no lo hago, solo empeoraré las cosas—. No voy a permitir que sigan burlándose de mi hijo. Ahora mismo vas a acallar todos los rumores.

—¿Qué rumores? —inquiero.

La mirada amenazante que me lanza casi hace que me cague en los pantalones. Puedo con él. Estoy casi seguro. A pesar de solo tener quince años, soy lo bastante fuerte como para derribarlo, pero ¿quiero hacerlo? ¿Cuáles serán las consecuencias? ¿Mi propio padre será capaz de matarme si me rebelo contra él? Lo miro durante unos instantes y me doy cuenta de que conozco la respuesta a todas esas preguntas. No le temblará el pulso mientras me revienta la cabeza de un disparo. Se acerca y me sujeta de la nuca con una mano.

—Los chicos hablan, Arturo. ¿De verdad creíste que no iba a enterarme? Nadie volverá a decir que mi hijo es un desviado. —Me suelta y se frota la barba rubia mientras resopla con fuerza—. No vas a salir de aquí hasta que me demuestres que eres un hombre de verdad.

Me despierto sobresaltado y tardo unos segundos en ubicarme. Sigo tumbado boca arriba sobre la cama de mi infancia. El sol aún no ha salido, pero hay bastante luz en el dormitorio para que pueda ver a Ness a mi lado, parece estar profundamente dormida. Hundo los dedos en mi pelo y resoplo con fuerza. Es esta maldita casa la que me altera. Seré feliz si no tengo que volver a pisarla nunca más.

Escucho un murmuro, una especie de quejido ronco, y me quedo inmóvil. Ness se gira y sigue durmiendo, sin embargo, el movimiento brusco ha hecho que la colcha se deslice hacia sus pies y la camiseta ancha que usa a modo de pijama se suba casi hasta la cintura, dejando sus piernas al descubierto. De manera inevitable, mi mirada va a parar a sus muslos desnudos. Su piel es clara

y parece muy suave, a pesar de estar cubierta por pequeñas cicatrices. Algunas parecen cortes y otras son redondas, de menos de un centímetro de diámetro. ¿Quemaduras de cigarrillo? ¡Santo Cristo! ¿Quién ha podido cometer semejante salvajada? ¿Qué esconde esta chica? Y lo más importante, ¿por qué siento la necesidad de acabar con la vida de quien sea que la haya marcado de manera tan horrenda?

Respiro profundo y me estiro para recoger la colcha. Mi intención es cubrirla con ella y apartarme. No obstante, antes de que pueda ser consciente de lo que estoy haciendo, mi mano ya está tocando su rodilla. Repaso con el dedo índice las líneas de bordes irregulares de varias cicatrices y sigo ascendiendo por la parte externa de su muslo. Contengo el aliento cuando noto la rugosidad de lo que parecen ser un par de quemaduras más grandes y, por algún motivo que soy incapaz de comprender, mi polla decide que es un buen momento para tensarse.

«¡Aparta la jodida mano, Lagos! ¡Esto no está bien!».

Exhalo despacio y hago caso a la voz de mi conciencia. No soy de los que se aprovecha de una mujer vulnerable, y mucho menos sin que ella esté consciente. Tiro de la colcha y cubro su desnudez antes de volver a mi posición boca arriba sobre el colchón. Intento dormir, de verdad que lo hago, pero me siento demasiado inquieto como para conciliar el sueño. La forma en la que mi erección se eleva, creando un enorme bulto en mi entrepierna, tampoco ayuda demasiado a llevar a cabo mi tarea.

Me mantengo en la misma posición durante casi una hora, y entonces Ness vuelve a murmurar algo en sueños. La miro mientras duerme. Parece estar teniendo una pesadilla.

—Bruno —susurra, y su rostro se contrae con una mueca de dolor.

¿Bruno? ¿Quién demonios es Bruno? ¿Un amante tal vez? ¿El hijo de puta que le hizo esas cicatrices? Se endereza de golpe con los ojos muy abiertos y respira de manera atropellada mientras la observo en silencio. Tras unos segundos, deja caer de nuevo la cabeza sobre la almohada y suspira con fuerza.

—¿Estás bien? —pregunto en un susurro.

Da un respingo y me mira como si acabara de recordar que estoy a su lado.

—Sí —responde, y sacude la cabeza de un lado a otro—. Una pesadilla. —Asiento y clavo la mirada en el techo mientras intento disimular mi evidente erección flexionando una pierna—. ¿Por qué no duermes?

—Una pesadilla —digo, y me atrevo a mirarla de reojo.

No hace preguntas al respecto, y yo tampoco le doy más explicaciones. Durante varios minutos permanecemos en un silencio extrañamente agradable y cómodo. Quiero saber más sobre ella. Necesito que me diga qué es lo que oculta, por qué motivo insistió tanto su hermano en casarla con uno de los nuestros, no obstante, decido no presionarla. Si es como yo creo que es, se cerrará en banda si la presiono. No, debo ganarme su confianza antes.

—¿Creciste aquí? —pregunta tras varios minutos más en absoluto silencio.

Giro la cabeza en su dirección y asiento.

—Viví en esta casa hasta que me marché con veinte años —contesto.

Achina los ojos, como si estuviese pensando en el dato que acabo de darle, y, de pronto, noto como sus músculos se relajan. Inspira profundo y me mira directo a los ojos.

—No fue una infancia agradable, ¿verdad? —Niego con la cabeza y exhalo con fuerza mientras hundo los dedos en mi pelo.

Sus ojos siguen mi movimiento, y por un instante… Me detengo y contengo el aliento. ¿Es deseo lo que percibo en su mirada? Dura solo un instante. Enseguida sacude la cabeza y toma una gran bocanada.

—¿La tuya? —me atrevo a preguntar.

—Una reverenda mierda —responde de inmediato.

No soy capaz de contener la carcajada que sale de mi boca. Ness alza la cabeza y hunde el codo en el colchón, sosteniendo su sien. Mi risa se corta del golpe al darme cuenta de que está sonriendo, y no una de esas sonrisas falsas que esboza de vez en cuando, no, esta es de verdad.

—¿A qué viene tanta diversión?

—¿Qué…? —Trago saliva con fuerza y me obligo a dejar de mirarla embobado. Creo que se me han fundido un par de neuronas al verla sonreír, aunque no entiendo muy bien el motivo—. Eh… —Carraspeo y niego con la cabeza—. Estaba pensando que al final no vamos a ser un matrimonio tan espantoso.

—¿No? —inquiere, arqueando una ceja, y juro que mi polla da un jodido respingo en respuesta a ese gesto tan espontáneo.

«Mierda, Lagos. Tienes que hacer algo con tu libido». Me cubro un poco más para que no lo note.

—Tenemos en común una infancia de mierda. Es algo, ¿verdad?

Sus comisuras se estiran más y siento el impulso de abalanzarme sobre ella y besarla. «¿Me he vuelto loco? Empiezo a pensar que sí». Antes de hacer alguna estupidez, me pongo en pie de un salto y le doy la espalda.

—¿Qué ocurre? —la escucho preguntar, pero no me giro.

Tengo que salir de este dormitorio. «Y echar un polvo». Sí, eso también, pero no con Ness. Prometí no tocarla. Mi voz suena extraña cuando contesto, algo ronca.

—Iré a dar un paseo para recuperar el sueño. —Me pongo las gafas y me enfundo una camiseta antes de empezar a andar, siempre con cuidado de ocultar la notable erección que apunta hacia arriba entre mis piernas—. Cierra la puerta cuando salga y no le abras a nadie. Estaré cerca.

Tropiezo de nuevo con las botas y suelto una maldición, aunque enseguida recupero el paso y sigo avanzando hacia la salida. No pierdo el tiempo en calzarme.

—¿Y cómo vas a entrar cuando vuelvas? —pregunta cuando ya estoy girando la manilla.

«No voy a volver», pienso, pero no lo verbalizo. Solo abro la puerta y salgo del dormitorio a toda prisa.



Capítulo 17

Ness

Resoplo al ver que Lagos sale del dormitorio como si lo estuviese persiguiendo un enjambre de abejas furiosas. Mentiría si dijese que no sé por qué huye de mí. Noté cómo me miraba. Por un segundo, incluso creí que iba a besarme. Lo que de verdad me intriga es no saber cómo habría reaccionado yo si lo hubiese hecho. Por suerte, no tuve que llegar a pensarlo siquiera, y eso solo confirma la conclusión a la que llegué tras nuestra corta conversación. Lagos no es un mal tipo. He conocido a demasiados cabrones retorcidos como para reconocer uno si lo tengo delante. ¿Es un criminal? Sí. ¿Un asesino? Lo más probable, pero respeta a las mujeres, me respeta a mí. Pudo haber tomado lo que le pertenece. Soy su esposa, y los hombres como él, que han crecido en este ambiente de violencia, patriarcado y machismo, no conocen el significado de la palabra «no». Cualquier otro en su lugar se hubiese aprovechado de la situación, no obstante, él no lo hizo, y solo por eso se ha ganado un poco de mi confianza. Tampoco es que pretenda contarle mis secretos. Tal vez debería. Nadie mejor que él para ayudarme a encontrar lo que busco, sin embargo, sé que esa situación lo pondría en un aprieto con Zarco, y de él sigo sin fiarme. ¿Lagos sería capaz de traicionar a su amigo para ayudarme? Lo dudo.

Me levanto, y tras cerrar la puerta por dentro, regreso a la cama e intento seguir durmiendo, sin embargo, soy consciente de que no voy a lograr pegar ojo. Me siento demasiado inquieta. No sé si se debe a la pesadilla que me despertó o a la sensación extraña que se instaló en la boca de mi estómago cuando escuché su risa, grave y genuina. Se le veía tan relajado con el pelo revuelto, la cabeza echada hacia atrás y los ojos brillantes de diversión que, por un instante… Sacudo la cabeza de un lado a otro y bufo con fuerza. «Céntrate, Ness. No has venido hasta aquí para esto», me recuerdo a mí misma.

Necesito buscar la manera de moverme por la casa sin levantar sospechas. No dispongo de demasiado tiempo. Pronto volveremos a Estados Unidos y habré perdido la oportunidad de encontrar al menos una pista que me lleve a ella. «La mano no está perdida hasta que tu oponente te obliga a mostrar las cartas».

Lagos

Deambulo por la casa durante un buen rato. Vigilo el pasillo que da a mi dormitorio por si a algún idiota se le ocurre intentar entrar. Dudo que nadie se atreva a hacerlo. Además, estoy seguro de que Ness ha cerrado bien la puerta. Estaba al otro lado cuando escuché el sonido del cerrojo.

El más absoluto silencio habita por cada estancia que paso, al menos es así hasta que escucho un pequeño grito y después otro, pero más alto. Sigo el sonido de lo que parece ser una discusión que se recrudece por segundos y me detengo frente a la puerta cerrada de lo que antes era el dormitorio de Alex. Supongo que sigue siéndolo, ya que la voz que sale de su interior es la suya. Escucho un golpe, como de una bofetada, y un nuevo grito se hace eco; es una mujer, y no parece estar pasándolo bien. Frunzo el ceño y, sin pararme a pensarlo, abro la puerta de un tirón.

Abro los ojos hasta el nacimiento del pelo al ver lo que está sucediendo. Alex tiene a la chica del despacho arrinconada contra una pared, ella está desnuda mientras él la sujeta del cuello por detrás. En cuanto me escuchan, Alex fija su mirada en mí y frunce el ceño. No lleva puesta la camiseta, aunque, por suerte, conserva los pantalones.

—¡¿Qué mierda haces?! —exclama cabreado.

Suelta a la chica y coge la botella a medio beber que hay sobre la cómoda de madera oscura antes de venir hacia mí trastabillando. Está borracho, muy borracho. Apenas consigue mantenerse de pie. Lo ignoro y doy un paso a un lado para ver mejor a la mujer.

—¿Estás bien? —le pregunto. Ella se gira sin molestarse en cubrir su cuerpo desnudo. Puedo ver que, aparte de los tatuajes que le cubren los brazos y el pecho, su piel está marcada en el cuello y también en la mejilla—. ¿Qué demonios le has hecho? —siseo entre dientes.

Alex ríe una vez y después chasquea los dedos mientras le da un trago largo a la botella de tequila. La chica corre a su lado de inmediato, como un perro fiel atendiendo a la llamada de su dueño. Él se pone a su espalda, coloca la barbilla sobre uno de sus hombros y rodea su cintura con el brazo.

—No hago nada que ella no disfrute, ¿verdad? —La chica no responde. Alex desliza la mano por su torso y pellizca uno de sus pezones—. Habla —ordena.

—Sí, señor.

Retrocedo un paso. Empiezo a arrepentirme de haber entrado en el dormitorio.

—Bien, me voy —mascullo, y me dispongo a darme la vuelta, pero antes de que pueda hacerlo, Alex vuelve a hablar.

—¿No quieres pasar un buen rato con Sabina? —Muerde su cuello y la chica suelta un pequeño grito agudo, muy parecido al que escuché desde el pasillo—. Adelante, Arturito. —Alza la vista hacia mí mientras sus dedos se hunden entre las piernas de la muchacha—. Es una buena chica. Hará todo lo que le pidas.

—Paso —respondo, negando con la cabeza.

Alex se aparta un poco y le da un nuevo trago a su botella antes de bufar con fuerza.

—Yo también. —Vuelve a chasquear los dedos y la tal Sabina lo mira con fijeza—. Lárgate. Se me han quitado las ganas. —La muchacha no replica. Solo se dirige a la salida y se marcha, cerrando la puerta a su espalda. Alex se deja caer sobre la cama y sigue bebiendo en silencio—. Me estás juzgando con la mirada —dice, con una sonrisa típica de borracho.

—¿Qué mierda te pasa? Tratas a esa chica como a un perro.

—Oh, a ella le gusta. —Vuelve a sonreír y bebe de nuevo.

—¿Y eso de emborracharte hasta caer inconsciente? Porque ocurrirá en cualquier momento, y

dudo que sea algo de una sola vez. ¿Esto es lo que haces aquí mientras se supone que estás trabajando?

La mirada que me lanza es de auténtica furia.

—No sabes una mierda de lo que pasa aquí, Arturito —sisea entre dientes.

—Sé lo que he visto. —Hundo los dedos en mi pelo y sacudo la cabeza de un lado a otro—. ¿Desde cuándo tratas así a las mujeres? Viste lo que nuestros padres hacían y, aun así…

—¿Aun así disfruto doblegando a esas perras a mi antojo? —escupe interrumpiéndome. Se pone en pie con dificultad y lanza la botella casi vacía sobre la cama—. Tal vez yo sea igual que él. Me gusta que me obedezcan, que hagan todo lo que les ordeno, que supliquen que las folle. Si eso me convierte en un monstruo, está bien. No te llevaré la contraria.

Inspiro hondo y me ajusto la montura de las gafas sobre la nariz.

—¿Dónde está Angy? —pregunto.

Su reacción es inmediata. Se tensa de pies a cabeza y aprieta los puños con fuerza.

—Esa zorra está donde debe estar —sisea.

—¿La has…? —No termino la frase, sin embargo, Alex entiende con exactitud la pregunta.

—¿Quieres saber si me la he cargado? —Se tambalea al dar un paso en mi dirección—. No es tu jodido problema, Lagos. ¿Qué pasa? ¿Esperabas que estuviese aquí para follártela? ¿No tienes suficiente con tu mujercita?

Por algún motivo que desconozco, escucharlo hablar de Ness hace que me hierva la sangre. Tenso la mandíbula y me acerco a él en un par de zancadas.

—Ni siquiera te atrevas a mencionarla —escupo, señalándolo con el dedo índice de manera amenazante—. Me importa un carajo cuáles sean tus problemas. ¡Soluciónalo de una maldita vez o no seré yo quien vuelva aquí a advertirte, Alex!

—¿Quieres pelea, Arturito? —Sonríe de nuevo, aunque apenas es capaz de mantener la verticalidad—. ¿Vas a pegarme? ¿A mí? —Sacude la cabeza de un lado a otro—. Sois todos unos perros desagradecidos. ¡Me sacrifiqué por vosotros, maldita sea! —brama, y está a punto de caer. Se endereza y clava su mirada vidriosa en la mía—. Yo me quedé aquí, con él, para que vosotros pudierais ser libres. Y ahora… —Escupe en el suelo y se frota el rostro con la mano—. Esto es lo que soy. —No respondo, y él chasquea la lengua, contrariado—. ¿Sabes lo más gracioso? Que a pesar de que no tengáis ni una pizca de agradecimiento para mí, yo voy a volver a hacer algo que no quiero por vosotros. —Clava su mirada en la mía—. Voy a hacerlo por ti, hijo de perra. Al menos, muestra un poco de respeto.

Bufo con fuerza, me quito las gafas y presiono mis ojos con las puntas de los dedos. Hablar con Alex en este estado es como intentar derrumbar un muro de hormigón a puñetazos: inútil y estúpido.

—Hazte un favor a ti mismo y duerme unas cuantas horas —farfullo mientras me coloco las gafas de nuevo—. Nos marchamos en un rato, y espero que cumplas tu promesa de llamar a Zarco.

—Dile a mi hermano que, si quiere hablar conmigo, puede venir a verme en vez de enviar a su perro. —Decido ignorar su comentario y lo veo sentarse al borde del colchón—. De paso, que me traiga a su mujer. Le enseñaré de lo que es capaz un Urriaga de verdad.

Resoplo con fuerza, y ni siquiera me molesto en despedirme antes de dar media vuelta y dirigirme a la salida. Estoy harto de hablar con un borracho de mierda. Iré a buscar a Ness y nos largamos de aquí. Escucho que grita mi nombre, solo que no me detengo. Abro la puerta y me paro de golpe al ver a Ness en el pasillo.

—¿Qué haces aquí? —inquiero, frunciendo el ceño.



Capítulo 18

Ness

Mierda. Pillada de nuevo. Está claro que mi habilidad para moverme a hurtadillas es nula. Estaba intentando encontrar un despacho o alguna habitación donde poder fisgar cuando escuché los gritos. Enseguida reconocí la voz de Lagos y me acerqué para intentar escuchar tras la puerta. No esperaba que saliese así de rápido.

—Te he hecho una pregunta, Ness. ¿Qué haces aquí? —Su tono no es para nada amistoso. Parece cabreado.

—Te estaba buscando —me apresuro a explicar—. No podía dormir y pensé que, si ya has terminado, podríamos volver a casa.

Por la manera en la que estrecha su mirada sobre mí, sé que no se lo ha tragado. Abre la boca para hablar, pero antes de poder decir una sola palabra, Alex aparece a su espalda, coloca una mano en su hombro y me mira sonriendo de oreja a oreja.

—¿Me has traído a tu mujer, Arturito? Qué amable —farfulla, arrastrando las palabras. Está tremendamente borracho.

—Cierra la puta boca, Alex. Por tu propio bien —sisea Lagos.

Aprieta los puños con fuerza y su mandíbula se tensa. Da un par de pasos para alejarse de Alex y este está a punto de perder el equilibrio. Consigue enderezarse justo a tiempo, antes de caer sobre mí.

—Hola, preciosa —dice con una sonrisa.

Intento retroceder, pero me sujeta por el brazo y, antes de que pueda reaccionar, está enroscando el dedo índice en un mechón de mi pelo. Lo mira con fijeza y su sonrisa se ensancha. Parece tener la intención de decir algo, pero es arrastrado lejos de mí desde atrás. Lagos lo empuja con fuerza contra la pared y le lanza un puñetazo directo a la mandíbula.

—No lo repetiré de nuevo, pedazo de mierda —escupe, temblando de rabia.

Lo miro con los ojos muy abiertos. Es la primera vez que Lagos me deja ver esa agresividad en él. Siempre es amable y cordial con todo el mundo. La expresión de sorpresa de Alex seguro que se parece bastante a la mía.

—Ni siquiera la conoces, imbécil —farfulla Alex, tocándose el mentón con la mano.

Me da la sensación de que va a golpearlo de nuevo, sin embargo, retrocede un paso y lo escucho respirar hondo.

—Nos vamos. Cuando dejes de ser un despojo humano, llama a tu maldito hermano o yo mismo le aconsejaré que venga aquí y te meta un tiro en la frente. —Se gira de golpe y clava sus ojos furiosos en los míos—. Delante de mí —ordena.

Ni siquiera me planteo no obedecer. Aunque prometió no lastimarme, no me fio de que pueda controlarse. Es como si se hubiese transformado en un hombre distinto. Agresivo, brutal, amenazador y, aunque me avergüence admitirlo… *Sexy* de cojones.

Lagos

No pronuncio una sola palabra mientras acompaño a Ness de vuelta al dormitorio, recogemos nuestras maletas y nos subimos al todoterreno, tampoco durante las más de tres horas que conduzco con ella a mi lado, ni siquiera cuando la dejo en el apartamento antes de ir al ala privada de Zarco para informarle de lo que ha pasado en la finca. Antes de irnos le envié un mensaje a Pablo ordenándole que, nada más despertar, cogiera uno de los coches de Alex y regresaran a casa.

No logro librarme de la furia que me consume por dentro. Es culpa del idiota de Alex. La tocó, acarició su pelo y… ¿Por qué demonios me molesta tanto? ¡No lo entiendo, joder! ¿Es mi orgullo? Se supone que Ness es mi mujer. Estamos casados y ese pedazo de escoria se atrevió a… ¡Santo Cristo! Quise arrancarle la cabeza solo por poner su mirada sobre ella.

—Te noto inquieto —dice Zarco.

Respiro hondo para intentar calmarme y deslizo el dedo índice por el puente de mi nariz para subir la montura de las gafas. Es lógico que se haya dado cuenta de mi estado alterado. No suelo comportarme de esta forma. Algo me está pasando, y me frustra no entender qué es.

—Estoy bien —mascullo. Aunque sé que no me cree.

Llevo más de diez minutos sentado frente a él en su despacho y soy incapaz de concentrarme.

—¿Vas a decirme qué pasó en la finca?

—Tu hermano siendo un idiota, eso es lo que pasó. —Resoplo con fuerza y Zarco frunce el ceño.

—¿Qué ha hecho? ¡Maldición! No debí fiarme de él. —Golpea la mesa con el puño y parte de mi cabreo se disipa.

Yo soy el que siempre intenta calmarlo a él. Zarco es tan impulsivo que, de no ser por mí, ya estaría muerto. No piensa antes de actuar, se guía por arrebatos, y eso nunca lo lleva a buen lugar. Tomo otra bocanada profunda y me estiro hacia delante.

—Todo está bien. Alex es un capullo arrogante, pero eso no es ninguna novedad para nadie. Dijo que te llamaría.

No me molesto en mencionar todo lo demás, en especial, la forma en la que Alex habló de Bailey. Estoy seguro de que, si se lo cuento a Zarco, saldrá ya mismo en busca de su hermano y lo matará.

—¿Cómo lo has visto? ¿Crees que puede estar planeando jugárnosla?

Lo pienso un instante y niego con la cabeza. Vi a un hombre destruido, lleno de rabia y resentimiento, sin embargo, no hay ningún indicio que me haga creer que no es leal al Clan Z.

—Está pasando un mal momento. Bebe demasiado y parece estar al límite de sus propias capacidades. Se le está complicando la tarea que le encomendaste.

Zarco bufa y niega con la cabeza.

—El muy hijo de perra no se deja ayudar. Le ofrecí enviar a Oscar, pero se negó.

—¿Oscar? —inquiero, arqueando una ceja—. ¿De verdad creíste que sería buena idea juntar a dos desequilibrados?

Sonríe y se encoge de hombros.

—Tal vez no lo sea después de todo. ¿Te lo imaginas? Podrían arrasar medio país por una pataleta.

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza. No sé qué es lo que le resulta tan gracioso. Alex es una bomba a punto de explotar, y Oscar… Bueno, sigamos rezando para que logre mantener encadenado al monstruo que lo domina.

Tras pasar varias horas trabajando con Zarco, regreso al apartamento con un hambre voraz. Nos marchamos de la finca muy temprano, ni siquiera desayunamos, y también me he saltado el almuerzo. Estoy seguro de que Ness sí habrá comido algo ya. Esa chica es un pozo sin fondo. No sé dónde mete tanta comida en ese cuerpo tan pequeño.

Esbozo una pequeña sonrisa mientras abro la puerta y me adentro en el apartamento. Al menos, mi cabreo se ha disipado un poco. Enseguida noto el olor a especias en el ambiente y compruebo que hay un plato vacío sobre la encimera. Pongo los ojos en blanco y lo llevo hasta el fregadero. No es difícil darse cuenta de lo desordenada que es Ness. Siempre lo deja todo tirado en cualquier parte. Somos tan distintos… Yo necesito ver cada cosa en su sitio para estar tranquilo.

No la diviso a ella por ningún lado. Pienso que tal vez se haya acostado un rato tras almorzar. Decido buscarla en su dormitorio. Creo que le debo una disculpa por cómo la traté esta mañana. No es culpa suya que Alex esté mal de la puta cabeza. Aunque tampoco olvido que volví a pillarla donde se supone que no debía estar. Primero entró en el despacho de Zarco a escondidas y hoy se puso a escuchar tras la puerta. Hay una conexión ahí, lo intuyo. Sé que me oculta algo. Es tan obvio… Quizá haya llegado el momento de poner las cosas claras. ¿De verdad está aquí para espiarnos? ¿Ese es el plan de Zakharov?

Con mil preguntas revoloteando por mi cabeza, atravieso el pasillo en dirección a su dormitorio. Encuentro la puerta abierta y no tardo en escuchar su voz, que viene del interior. Frunzo el ceño al pensar con quién puede estar hablando, aunque enseguida me doy cuenta de que se trata de una llamada.

—No, Gavrel —susurra. «¿Gabriel? ¿Habla con Zarco?». Asomo la cabeza y la veo sentada a los pies de la cama con gesto relajado—. Gavrel, escucha… —No es Zarco. El nombre se pronuncia de forma distinta—. No puedes venir aquí. Solo dame la dirección de tu contacto y me las arreglaré por mi cuenta. —Se detiene a escuchar lo que el tal Gavrel le dice y se levanta, negando con la cabeza. Intento seguir escuchando, pero comienza a hablar en otro idioma, no estoy seguro de que sea ruso, parece distinto. Se mueve de un lado a otro de la habitación, gesticulando, y yo la observo en silencio. No se parece en nada a la mujer que quiere hacer creer que es. La chica que habla por teléfono se nota muy segura de sí misma y para nada retraída y tímida.

¡Maldita sea! A cada segundo me siento más confuso. ¿Quién es esta mujer y qué pretende? Voy a descubrirlo, así sea lo último que haga.



Capítulo 19

Ness

Lagos sigue cabreado. No ha vuelto a hablarme desde esta mañana, aunque no parece tan furioso. Mientras lo espero en la sala de estar, busco la manera de llevar a cabo mi plan. Necesito crear un acercamiento entre nosotros, que confíe en mí. No es un mal hombre, y tenerlo de mi parte me conviene.

Escucho sus pisadas y estiro la parte delantera de mi camiseta de manga corta. He decidido dejar de esconder las cicatrices de mis brazos. Al fin y al cabo, ya las ha visto, y los demás… Bueno, me importa una mierda lo que piensen. Supuse que volveríamos a cenar en el ala privada de Zarco, de modo que ni siquiera me molesté en preguntar.

Lo veo acercarse, lleva puesto un pantalón de vestir negro y una camisa blanca remangada; como siempre, su pelo rubio claro está perfectamente peinado. Al darse cuenta de que lo estoy esperando, arruga el entrecejo y se sube la montura cuadrada de las gafas. Se detiene frente a mí y noto su mirada en mis brazos desnudos.

—Cenamos con tus compañeros, ¿verdad? —pregunto.

—Yo sí. Tú puedes hacer lo que quieras —contesta, y aunque no es desagradable ni maleducado, su tono es tenso, muy distinto al que acostumbra a usar conmigo.

Podría preguntarle qué le ocurre, por qué está cabreado, pero no creo estar preparada para afrontar su respuesta. Intento evitar hablar de que, una vez más, me pilló en una actitud sospechosa. Me hago a un lado y dejo que él pase primero. Sin embargo, tras abrir la puerta, Lagos se aparta y me hace un gesto con la cabeza para que salga del apartamento. Una de mis comisuras se eleva de forma involuntaria. «Incluso cabreado, no puede dejar de comportarse como un caballero».

Beni no nos acompaña durante la cena, que resulta ser mucho menos revoltosa que la primera. Zarco y Lagos pasan todo el rato hablando en clave. Solo logro entender que buscan a una persona. Es como si no quisieran que nadie se enterara de lo que están diciendo, y con nadie me refiero a mi persona. No se fían de mí, eso es algo que tengo muy claro. Me pregunto si Lagos le habrá contado a su jefe lo que ocurrió en México. Aunque, pensándolo bien, tampoco es tan

grave. Solo estaba en el pasillo mientras él discutía con Alex. ¡Mierda, Alex! ¿Es posible que me haya reconocido? Si se lo ha dicho Alex, eso explicaría su actitud fría y cortante conmigo.

—Bonitas marcas. —Pestañeo un par de veces y giro la cabeza en dirección a Luna. Señala mi antebrazo con gesto relajado—. ¿Te las has hecho tú? ¿Te va ese rollo de cortarte?

—Luna… —sisea Bailey en tono de advertencia.

—¡¿Qué?! ¡Santo Cristo! Ya no puedo decir nada. —Bufa y se mete un pedazo de *coulant* de chocolate en la boca.

Lagos me observa en silencio. De su boca no sale ni una sola palabra, pero sé que me está preguntando lo mismo que su compañera. «¿Te lo has hecho tú misma?». Niego con la cabeza de manera casi imperceptible y él aparta la mirada enseguida. No estoy mintiendo. Los cortes no me los provoqué yo, aunque un poco más arriba… En fin, prefiero no pensar demasiado en ello.

En silencio, bajo la vista a mi plato y deslizo la mano por el borde inferior de la mesa. Encuentro una arista de madera suelta y me entretengo dejando que se clave en la yema de mi dedo una y otra vez. No llega a traspasar la piel, pero la pequeña punzada de dolor que me produce, de alguna forma, logra tranquilizarme.

Al terminar, Oscar sugiere que vayamos a lo que él llama la sala de juegos. Al principio creo que Lagos va a negarse, bueno… No lo hace. Parece encantado con la idea de pasar un rato con sus amigos y tampoco me pregunta a mí si quiero o no acompañarlos. Mientras camino tras él hacia la tal sala de juegos, me viene a la mente que en realidad esa estancia sea algo parecido a la habitación roja de *Cincuenta sombras de Grey*. Sonrío por dentro ante ese pensamiento. Tras ser rescatada, pasé más de un año devorando cada libro que pasaba por mi mano, y decir que ese en concreto me dejó algo tocada sería quedarme corta. No puedo entender cómo una mujer puede encontrar placentero sentir dolor. Yo lo hago como mecanismo de defensa. Cuando siento que pierdo el control, que mis propios pensamientos me abruman, acudo a lo único que es capaz de mantenerme cuerda, aquello que más conozco, pero no es placentero.

La dichosa sala resulta ser solo eso, una sala de juegos. Hay un billar, varias máquinas recreativas, dos sofás enormes frente a un televisor que ocupa toda una pared y también una mesa de cartas rodeada por ocho sillas de respaldo alto. Zarco se acomoda en uno de los sofás y tira de Bailey para sentarla en su regazo. Oscar y Luna empiezan una partida en el billar mientras Lagos sirve bebidas para todos. Lo observo desde cerca de la puerta. Llena un vaso de chupito con lo que parece ser tequila y se lo bebe de golpe antes de llenarlo de nuevo. Repite la misma operación cuatro veces, y entonces alza la mirada hacia mí.

—¿Quieres algo? —pregunta. Es la primera vez que me habla desde que salimos del apartamento.

Me acerco a él despacio, sin romper el contacto visual. Me siento inquieta, y también… «Vulnerable». Respiro hondo y aparto ese pensamiento de mi cabeza. Al llegar a su lado, repaso con la mirada la multitud de botellas que hay en el mueble bar y señalo una con el dedo índice.

—Vodka.

—Los rusos y sus bebidas de mierda —dice Luna mientras niega con la cabeza.

Lagos pone los ojos en blanco y, por alguna extraña razón, siento una especie de cosquilleo extraño en la boca del estómago cuando lo veo esbozar una sonrisa. Sirve un par de dedos del líquido transparente en un vaso y me lo tiende. Después apoya la espalda contra la pared y se queda viendo como sus amigos juegan al billar mientras bebe varios chupitos más. Yo imito su postura, pero no puedo evitar echar pequeños vistazos en su dirección cada pocos segundos. ¿Sabe quién soy? Si es así, ¿por qué no dice nada? ¿Se lo ha contado a Zarco? ¿Todos lo saben ya?

Inspiro hondo por la nariz, le doy un trago largo a mi bebida, cierro los ojos y apoyo la parte posterior de la cabeza contra la pared. El líquido me quema al pasar por la garganta. Me concentro en esa sensación para no perder el control. No soporto la incertidumbre. Es como ver una jodida bola de demolición que se acerca, sabes que va a arrollarte y te romperá todos los huesos del cuerpo, pero no puedes huir. Solo te quedas ahí, esperando a que ocurra, sufriendo, desesperada…

—¡Juguemos al póker! —la exclamación de Bailey me saca de mis pensamientos. Abro los ojos y me doy de frente con la mirada inquisidora de Lagos. Me estaba observando.

Zarco refunfuña una queja en voz baja, sin embargo, no se resiste cuando su mujer lo arrastra hacia la mesa de cartas y lo obliga a sentarse en una de las sillas. Oscar y Luna también dejan la partida de billar a medias y se acomodan alrededor de la mesa.

—¿Sabes jugar? —pregunta Lagos, arqueando una ceja.

¿Miento? ¿Soy sincera? No sé qué contestar. «Si tu oponente te subestima, será mucho más sencillo ganar la partida». La voz de Viktor se hace eco en mi mente. Le doy un nuevo trago a mi bebida y me encojo de hombros.

—Un poco —respondo. Una verdad a medias.

Lagos estira su brazo para indicarme que vaya por delante, y justo en ese instante tomo la decisión de llevar a cabo mi plan sin pensar en las consecuencias. Voy a ganarme su confianza como sea. Camino hasta la mesa y pretendo sentarme al lado de Oscar, pero antes de que pueda hacerlo, Lagos tira despacio de mi brazo y me señala la silla vacía que hay junto a Bailey. Si no ocupo yo ese sitio, le tocará hacerlo a él. Lo entiendo. Está enamorado de la mujer de su mejor amigo y prefiere no torturarse con su cercanía. El hecho de ser consciente de los sentimientos de Lagos por Bailey me hace sentir culpable por lo que estoy a punto de hacer.

«Usa todas las herramientas que tengas a tu alcance para distraer a tu oponente». Respiro hondo mientras Luna empieza a repartir las cartas. ¿Distraer a Lagos? ¿Ganarme su confianza? Sé cómo lograrlo, pero… ¡Maldición! Esta puede ser la idea más penosa que se me ha ocurrido o toda una genialidad. Voy a seducir a mi marido.



Capítulo 20

Lagos

No soy capaz de sacarme esta sensación desagradable de la boca del estómago cada vez que pienso en la conversación que escuché. ¿Quién demonios es ese tal Gavrel? ¿Qué oculta Ness? Y lo más importante, ¿por qué demonios me molesta tanto? Le di un puñetazo a Alex solo porque la tocó, quise matarlo y… ¡Maldita sea! Yo no soy así. Siempre me ha parecido horrible que los hombres sean tan posesivos y celosos, aunque mi jefe y mejor amigo es un gran ejemplar de gorila alfa y neandertal cuando alguien respira cerca de su mujer. Además, lo mío con Ness no es real. Estamos casados, pero solo por circunstancias especiales. Debería importarme un carajo que otros hombres la ronden. Es más, yo mismo le dije que podría acostarse con quien quisiera mientras fuese discreta.

Respiro hondo y lento por la nariz y me bebo un nuevo chupito de tequila antes de rellenar el vaso. Tengo que dejar de comportarme como un imbécil. Soy un hombre tolerante que no cree en la represión del sexo femenino. Nosotros no somos sus carceleros. Se merecen tener la libertad para… ¡¿Qué mierda hace Oscar?!

Estiro el cuello para verlo mejor. Su cabeza está muy cerca del rostro de Ness. Ella no se da cuenta porque está centrada en las cartas que tiene entre las manos. Contengo el aliento y mi mandíbula se tensa. Una furia desmedida sube por mi cuello y me calienta la sangre.

—¡Oscar! —siseo entre dientes. Enseguida se aparta y me mira, frunciendo el ceño. ¿Intentaba ver las cartas de Ness o pretendía otra cosa? Prefiero dar por correcta la primera suposición por el bien de mi amigo—. ¿Y si te centras en tus propias cartas?

—¡¿En serio?! —exclama Luna—. ¡Oscar está haciendo trampas de nuevo!

—¡No! Solo la estaba ayudando —se explica—. Aún no ha ganado una sola mano. —Señala las pocas fichas que le quedan a Ness.

Es cierto que Ness no podría jugar peor ni queriendo. Espera… ¿Está perdiendo a propósito? Estrecho mi mirada sobre ella. Nadie tiene tan mala suerte. Antes de empezar dijo que conocía las reglas. ¿Por qué entonces juega como si fuese así? Supongo que es otro misterio que debo resolver. Esta mujer es todo un enigma para mí. «O tal vez es que estás demasiado borracho»,

resuena en mi cabeza mientras me bebo otro chupito.

—De todas formas, esto es aburrido. —Luna lanza las cartas sobre la mesa y bufa con fuerza—. No se puede jugar al póker sin apostar nada.

—¿Qué sugieres? —inquiere Bailey.

«No digas *strip poker*. No digas *strip poker*».

—*Strip poker*.

Pongo los ojos en blanco y me doy cuenta de que Ness me está mirando de reojo con gesto divertido.

—Luna, ya sabemos que aprovechas cualquier oportunidad para enseñar las tetas, pero no creo que sea el momento adecuado —comenta Bailey en tono sarcástico.

Por supuesto, Luna no tarda en replicar. A estas dos les encanta enfrascarse en esas batallas verbales.

—Oh, es que mis tetas son preciosas. ¿Verdad, Zarco? —La sonrisa cínica de Luna es la viva imagen de pura maldad.

—Luna, ten cuidado —le advierte Zarco.

Bailey le lanza una mirada furiosa. Estoy seguro de que está valorando ponerse en pie y darle un puñetazo. No sería la primera vez. Dejo las cartas sobre la mesa y me revuelvo el pelo.

—Bien, creo que se acabó el juego —murmuro. Zarco asiente y enseguida nos levantamos.

Mientras cruzo la casa seguido por Ness, siento como me pesan las piernas. Estoy agotado. Anoche apenas dormí y el alcohol me ha afectado más de lo que esperaba. Por suerte, no tardamos en llegar. Me dejo caer en el sofá de la sala de estar y cierro los ojos, echando la cabeza hacia atrás. Siento la presencia de Ness cerca de mí, pero no digo nada; tampoco la miro. Lo más probable es que se vaya a dormir y, al fin, yo también pueda descansar. Necesito poner mis ideas en orden y descubrir qué es lo que me está pasando. Soy un buen hombre, lo sé. No me parezco a mi padre, ni a Urriaga ni a Sandoval. He cometido errores, sí, sin embargo, intento enmendarlos; ha sido así desde que me fui de la finca. Tomé la decisión de no dejar que me dominaran mis instintos y ahora… Bufo con fuerza. «Ahora me comporto como un imbécil posesivo y ególatra, al menos es así como me siento».

—¿Estás bien? —escucho la voz de Ness, y mi polla decide que es un buen momento para tensarse. «No ayudas, hija de perra».

Abro los ojos con lentitud y la veo frente a mí. Me observa con detenimiento, como si estuviese estudiando qué hacer a continuación.

—Solo estoy cansado, Ness. Ve a dormir. —Intento no sonar agresivo. Ella no tiene la culpa de lo que me está sucediendo. Soy yo el que tiene un problema.

—¿Estás seguro? —Se sienta en el borde de la mesa baja y estira su brazo.

Siento su mano sobre mi rodilla y trago saliva con fuerza. «No es un buen momento para tocarme». Intento mover la pierna, pero su agarre se afianza más.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto en un susurro.

Se queda callada unos segundos y después se deja caer al suelo y queda de rodillas ante mí. Abro mucho los ojos cuando su mano se desliza por mi muslo en una caricia lenta.

—Puedo hacer que te sientas bien, Lagos. —Sigue moviendo la mano y contengo el aliento. Antes de que pueda alcanzar mi entrepierna, me muevo rápido y la sujeto por la muñeca—. No me importa que pienses en ella. —Frunzo el ceño. ¿De qué demonios habla? ¿Estoy alucinando? Eso es. Me he dormido y esto es un puto sueño de borrachera—. Puedes imaginar que es Bailey la que está aquí contigo.

Estrecho mi mirada sobre ella y pestañeo varias veces. ¡Esto es real, joder! Quiero apartarla,

decirle que se vaya a dormir y me deje en paz, pero por la forma en la que mi polla se aprieta contra la tela de los pantalones, deduzco que mi cuerpo tiene una idea muy distinta.

—No tientes tu suerte, Ness. —Mi voz sale de mi garganta en un tono grave y ronco que no reconozco.

Mil imágenes invaden mi mente. Ness con las piernas abiertas mientras yo entierro mi boca en su sexo; debajo de mí; encima; desnuda; sudorosa… ¡Santo Cristo! Quiero follarme a mi mujer.

—Mi suerte no —con un pequeño tirón, libera su muñeca y coloca su palma contra la parte baja de mi abdomen—, te tiento a ti, Lagos.

Respiro hondo y niego con la cabeza.

—Cada maldito segundo del día lucho por ser un buen hombre —susurro, y exhalo con fuerza—. Si te pongo las manos encima, estaré mandando al traste el esfuerzo de toda una vida porque no voy a ser bueno contigo.

La sorpresa brilla en su mirada, dura solo un segundo, y después desliza la mano sobre mi entrepierna sin dejar de mirarme a los ojos. Siento como sus dedos agarran mi polla por encima del pantalón y aprieto los dientes para contener un gemido. Estoy malditamente duro como una roca.

—No he dicho que quiera que lo seas.

Un latido, dos, y antes del tercero ya la he arrastrado hacia mí. Casi la levanto en peso y logro acomodarla sobre mi regazo. Coloca las piernas a cada lado de mi cintura y la sujeto por la nuca con una mano.

—Tienes cinco segundos para arrepentirte y salir de aquí —gruño contra su boca.

Parece dudar. Aflojo un poco el agarre, y entonces se abalanza sobre mí. Sus brazos rodean mi cuello mientras nuestras bocas colisionan.



Capítulo 21

Ness

Ha sido fácil. Demasiado fácil. Creí que se resistiría al menos un poquito, pero no ha tardado ni un minuto en caer en mi trampa. «Ahora soy yo la que tiene el control, la que puede doblegarlo, la que…». Pierdo el hilo de mis pensamientos cuando su mano se aferra con fuerza a mi cintura y me arrastra más cerca de su pecho. Gime en mi boca cuando su erección roza mi sexo, aún por encima de nuestras ropas. Su lengua acaricia la mía y noto los desbocados latidos de su corazón en la palma de mi mano. Nunca antes me han besado así. Es… agradable.

Aturdida y confusa, apenas soy consciente de su próximo movimiento. Lagos me gira y se coloca sobre mí, su pecho me aprisiona contra el mullido sofá y sigue hundiendo la lengua en mi boca mientras desliza sus manos bajo mi camiseta. Su piel está caliente y suave. Separa su boca de la mía y siento su aliento contra mi rostro. Huele a alcohol. Debería resultarme desagradable, incluso asqueroso, pero no es así. Por algún motivo que no soy capaz de entender, mi cuerpo se excita y empiezo a sentir como mi sexo se humedece más con cada una de sus caricias. Mordisquea mi cuello y una de sus manos acaricia mis pechos con firmeza. No está siendo gentil ni cariñoso. Al contrario. Su respiración es errática, sus dientes me raspan la piel y mueve la cadera, clavándome contra la tapicería del sofá como un jodido poseso.

—Quiero follarte tan fuerte… —sisea contra mi clavícula.

«Hazlo». El pensamiento se escapa de mi mente sin que pueda frenarlo. Cierro los ojos y me atrevo a sentir por primera vez en… Bueno, por primera vez. ¿Por qué lo estoy disfrutando? Es ilógico. Se supone que no debería estar pasando. Yo iba a tener el control, a seducirlo para… «Dios santo, deja de moverte así». Un gemido involuntario sale de mi boca y Lagos se detiene. Sus ojos azules me miran con tanta pasión y deseo contenidos que me cuesta no suplicarle que vuelva a besarme otra vez.

—Lagos… —susurro. No reconozco mi propia voz.

—Vuelve a hacerlo. —Sus dientes aprisionan mi labio inferior y se mueve de nuevo, rozando su erección contra mi centro, frotándose con descaro—. Quiero que gimas, que grites mi puto nombre, Ness. Lo quiero todo.

Abandona mi boca y baja la cabeza. Sus dientes se clavan en uno de mis pechos, e incluso por encima de la ropa noto la punzada de dolor. «No voy a ser bueno contigo». Sus palabras resuenan en mi mente como una jodida campana y, de pronto, es como si el mundo desapareciera. Ya no siento su peso sobre mi cuerpo, no hay pensamientos intrusivos ni malos recuerdos. Solo estamos Lagos y yo. El dolor y el placer se funden en una mezcla perfecta. Un grito de satisfacción rasga mi garganta y todo mi cuerpo se sacude cuando el orgasmo más intenso que he sentido nunca me recorre de pies a cabeza. Lagos resuella contra mi cuello y se detiene. Se tensa y clava los dientes en mi hombro, enviando otro latigazo de placer a través de mi cuerpo.

Pasan varios segundos en los que no puedo ni siquiera pestañear. Estoy confusa y agitada. Mil pensamientos y emociones buscan hacerse un hueco en mi sobreexcitado cerebro. «¿Por qué?». «¿Cómo?». «Has perdido el control». Intento apagar todas las voces de mi cabeza mientras empujo a Lagos por los hombros. Enseguida se aparta, aunque no lo miro para comprobar cuál es su expresión.

—Necesito… —empiezo a decir, pero mi voz se apaga.

—¿Estás bien? —Su tono es ronco, y aún respira de forma acelerada. No respondo. Solo me pongo en pie e intento acomodar mi ropa lo mejor que puedo—. Ness…

—Tengo que ir al baño —mascullo, y antes de que pueda replicar, me alejo casi a la carrera.

Cruzo el apartamento en cuestión de segundos y entro en mi dormitorio. Las voces regresan con más fuerza. Una de ellas se alza sobre las demás. «Te gusta que te traten como la zorra que eres, *Ryzhaya*». Me estremezo y se me aflojan las rodillas. Las lágrimas se acumulan bajo mis párpados y hago verdaderos esfuerzos por no dejarlas salir. Me muevo rápido por la habitación, busco a Bruno. Lo agarro con fuerza y hundo mi nariz en su pelo áspero y desgastado. El aroma que sube por mi nariz logra tranquilizarme un poco, pero no es suficiente. Necesito mucho más. Bufo con fuerza y dejo el peluche sobre la cama antes de dirigirme al baño. Me planto frente al espejo y tomo respiraciones profundas y calmadas, tal como me enseñó uno de los muchos terapeutas a los que Mijaíl me obligó a acudir tras sacarme del infierno. Fueron años de terapia. ¿Mejoré? Sí, por supuesto. He aprendido a vivir con el peso de mi pasado. ¿Estoy curada? En absoluto. Creo que jamás lo estaré.

«Respira, Ness. Solo respira y todo pasará». No sé cuánto tiempo tardo en darme cuenta de que no está funcionando. Abro los ojos y maldigo en voz baja al verme en el espejo. Tengo los labios rojos, varias marcas de dentelladas y succión en el cuello, las mejillas sonrojadas y el pelo está alborotado. Sin embargo, lo que más llama mi atención son mis ojos, brillantes y rebosantes de… ¿Deseo? ¿Satisfacción?

«¿Por qué te sientes tan vulnerable?», me pregunto a mí misma sin dejar de mirar mi reflejo. He estado con otros hombres, con muchos en realidad, aunque solo uno de ellos por decisión propia. Gavrel siempre fue atento y cariñoso conmigo. Sabía lo que me había tocado vivir y jamás me hizo sentir incómoda. Con él todo eran palabras bonitas, besos dulces y caricias amables y, aun así, nunca sentí nada parecido a lo que acabo de experimentar con Lagos. Esa pasión y crudeza desgarradoras, la forma en la que sus manos y su boca me exigían y posicionaban a su propia voluntad… «Te gusta, *Ryzhaya*. Admítelo. Echas de menos que te destruyan». Sacudo la cabeza y dejo que las lágrimas caigan en cascada por mi rostro. Alzo el brazo izquierdo y subo la manga de la camiseta hasta que puedo ver las marcas de mordeduras en la parte interna, pegada a la axila. No quiero hacerlo, o tal vez sí. De lo que estoy segura es que no podré apagar las jodidas voces hasta que sienta cómo se desgarra mi piel.

Lagos

Hundo los dedos en mi pelo y sigo mirando hacia el pasillo por el que Ness se adentró hace ya un buen rato. He metido la pata. No sé si fue el alcohol o la rabia que llevo conteniendo desde que la escuché hablar por teléfono esta tarde con ese tal Gavrel. En realidad, creo que estoy más cabreado conmigo mismo que con ella. Me enfurece el no poder dejar de pensar en ello, el sentimiento de posesión que esta mujer despierta en mí, ese impulso que me he esforzado por reprimir desde que era un niño. No quiero parecerme a mi padre, a Sandoval, Urriaga o cualquiera de sus hombres. Soy distinto, necesito serlo para no convertirme en la escoria que puedo llegar a ser si me dejo llevar por mis instintos.

Me pesan los párpados. Apenas siento el efecto del alcohol en mi sistema. Después de lo que ha pasado con Ness… ¡Santo Cristo! Fue tan bueno que no pude contenerme. ¡Me corrí en los pantalones como un puto quinceañero! ¿Por eso se fue? ¿Está molesta? «Tal vez esté cabreada porque la trataste como un puto pedazo de carne, imbécil».

—Mierda —siseo.

Debería hablar con ella. Quiero disculparme y… ¿Repetir? ¡Dios, sí! Eso también. Me pongo en pie y siento como mis músculos agotados se resienten. Camino despacio hasta su dormitorio. Me detengo frente a la puerta cerrada e inspiro hondo por la nariz antes de golpear la madera con los nudillos. La llamo, pero no contesta. Me planteo marcharme. Es posible que se haya quedado dormida. No obstante, algo dentro de mí me dice que no es así. Dejándome llevar por un arrebato, tiro de la manilla y me adentro en la habitación. El peluche viejo y macabro está sobre la cama, sin embargo, no hay ni rastro de ella.

Salgo de la habitación y decido buscarla en el baño. La puerta está cerrada también. Espero en el pasillo a que salga. Quiero darle su espacio y que no crea que la estoy controlando. Pasa un minuto, dos y entonces escucho un sonido que viene del interior del baño. Es una especie de gemido o sollozo bajo. Frunzo el ceño y vuelvo a dejar que un impulso me guíe.

Mis ojos se abren hasta el nacimiento del pelo al verla de pie, en el centro de la estancia. Tiene el brazo frente a su rostro en una postura antinatural y está… ¿Mordiéndose? «¡Qué demonios!». Su mirada encuentra la mía a través del espejo y se sobresalta. Se gira deprisa y me fijo en su brazo. Está sangrando.

—¿Qué haces…? —Alzo la vista a su rostro. Tiene las mejillas húmedas y los ojos enrojecidos. Una pequeña gota de sangre salpica su labio inferior.

—Yo no… —Sacude la cabeza de un lado a otro con violencia y empieza a retroceder.

—¿Por qué? —pregunto con un hilo de voz.



Capítulo 22

Ness

Lagos regresa la mirada a mi brazo, donde un hilo de sangre sale de la herida y desciende por el interior hasta llegar a la flexura del codo. Antes de que pueda ser consciente de su siguiente movimiento, lo veo acercarse, tira de la toalla del lavamanos y me sujeta con fuerza para presionarla contra mi brazo.

—No. —Intento alejarme mientras sigo negando con la cabeza. Noto como las lágrimas ruedan por mis mejillas sin que pueda hacer nada para detenerlas. Se supone que él no debería estar aquí, no tendría que verme en este estado. He logrado ocultar lo que hago, incluso a mi hermano y a Milena. ¿Por qué tuvo que entrar en el baño sin llamar? ¿Por qué no cerré la puerta? —. Sal de aquí. —Mi voz suena tan desgarrada que apenas soy capaz de reconocerla.

A pesar de mi negativa, Lagos sigue presionando el trozo de tela mullida contra mi piel y no me deja moverme.

—¿Por qué te haces esto, Ness? —su pregunta sale como una exhalación, y no sé qué contestar.

«Necesito hacerlo para no perder la razón, para que los recuerdos de mi pasado no me arrebaten la cordura, para ser yo misma». Las palabras se quedan atascadas en mi garganta junto al nudo de angustia que casi no me deja respirar. Vuelvo a hacer el intento de alejarme, pero me sujeta con más fuerza y tira de mí. El brazo que tiene libre rodea mi cintura y me atrae hacia su cuerpo con un tirón contundente.

—Tienes que irte —consigo farfullar con el rostro enterrado en su pecho. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo alto que es, o soy yo la que es demasiado baja. Mi barbilla apenas le llega al esternón.

—No voy a ningún lado, pequeña —susurra contra mi pelo, y siento cómo me arrastra fuera del baño.

Mis piernas casi no se mueven. Me está llevando en volandas. Cierro los ojos y, por una vez, tengo la sensación de que alguien de verdad se preocupa por mí. No soy imbécil, sé que es un

espejismo. No estoy en mi mejor momento y él está aquí, abrazándome, tomando el mando de la situación y susurrando palabras cariñosas en mi oído. ¡Maldita sea! Su actitud me hace sentir aún más culpable. Lagos es un buen hombre y yo solo lo estoy usando para mi propio beneficio.

Se sienta en el borde de la cama y me acomoda en su regazo. Hago un nuevo intento de huida, aunque esta vez es menos convincente. De todas formas, me tiene bien sujeta y no logro separarme de su cuerpo ni un solo centímetro.

Durante un buen rato, dirijo todos mis esfuerzos a recomponerme y dejar de moquear sobre su camiseta. Lagos no dice nada. Solo acaricia mi espalda con la palma de su mano y besa mi pelo cada pocos segundos. ¿Este hombre es real? ¿Por qué se comporta de esta forma? Cualquier otro en su lugar estaría exigiendo explicaciones, pero él no parece tener intención de hacerlo.

Cuando al fin logro serenarme un poco, separo mi rostro de su pecho y su mirada recorre mi cara con parsimonia. Sigue presionando la herida de mi brazo, ahora con más suavidad, y con la otra mano seca mis mejillas húmedas en silencio.

—¿Te encuentras mejor? —inquiere. Inspiro hondo por la nariz e intento apartar la mirada. Lagos sujeta mi barbilla con dos dedos y me obliga a mirarlo de nuevo—. No te escondas, Ness. ¿Es por mi culpa? ¿Te has lastimado por la manera en la que te he tratado? —Su pregunta me toma por sorpresa. ¿Cree que es culpa suya?—. Lo siento. Fui un bruto contigo. Estaba borracho y… ¡Joder, no tengo justificación!

—No. —Coloco mi mano abierta sobre su boca y niego con la cabeza—. Esto no tiene nada que ver contigo. —No es del todo cierto. Sí que es el responsable de mi crisis, pero no porque haya hecho nada malo. Al contrario. Me hizo sentir… Demasiado. Suspiro y hundo los dedos entre sus mechones rubios. Sus ojos se cierran un instante e inspira hondo por la nariz—. Eres un buen hombre, Arturo Lagos —musito.

Abre los ojos y esboza una pequeña sonrisa que logra alterar los latidos de mi corazón. No sé por qué mi cuerpo reacciona de forma tan extraña a cualquiera de sus expresiones.

—No estoy de acuerdo contigo, pero me siento demasiado agotado como para llevarte la contraria. —Aparta la toalla de mi brazo y hace una mueca con los labios cuando ve la herida reciente, que ya ha dejado de sangrar. Lucho contra el impulso de alejar mi brazo de su escrutinio. «Ahora es cuando me pide explicaciones». Bufa con fuerza y niega con la cabeza—. No es la primera vez que lo haces —masculla mientras repasa con su dedo índice los bordes irregulares de una cicatriz reciente. No respondo, y su mirada regresa a mi rostro—. Si no quieres contarme por qué te lastimas así, no te obligaré, pero esta es la última vez que vas a hacerlo, Ness. —Sujeta mi rostro entre sus manos y clava su mirada en la mía—. ¿Sientes la necesidad de hacer daño a alguien? Bien, úsame a mí como tu saco de boxeo.

—¿Qué? —pregunto alucinada.

—Puedo soportar unos cuantos golpes. Sin embargo, esto… —Señala mi brazo y frunce el ceño—. No entiendo cómo ni por qué, pero ver esto me enfurece más de lo que soy capaz de verbalizar. Promételo —demanda.

Aún afectada y confusa por su declaración, solo atino a asentir con la cabeza. Lagos estrecha su mirada sobre mí. Necesita más que eso.

—Lo prometo —digo tras carraspear.

No sé si voy a ser capaz de mantener esa promesa, sin embargo, él no necesita saberlo.

—Bien, ahora te curaré y dormiremos unas cuantas horas. La conversación que quiero tener contigo requiere estar más elocuente de lo que me siento después de beber más de media botella de tequila.

¿Conversación? ¿Qué tipo de conversación? Tal vez quiera echarme. Se ha dado cuenta de lo

rota que estoy y pretende enviarme de vuelta con mi hermano. «Lagos no es así». El pensamiento se hace eco en mi mente y soy consciente de que es la verdad. Él es un buen hombre, de esos que durante gran parte de mi vida creí que no existían. No va a echarme. Lo más probable es que intente rescatarme de mí misma. Pobre iluso. ¿Es que nadie le ha dicho nunca que hay cosas que no tienen arreglo? Yo soy una de ellas. Me han partido en pedazos una y otra vez. Como un jarrón de cerámica que se rompe, unes los pedazos y vuelve a romperse, así una y otra y otra vez. Al final ya no queda nada del jarrón inicial, solo pedazos de pegamento correosos y feos. Así soy yo, un conjunto de trozos inservibles unidos por una sola razón: recuperar lo que se me ha arrebatado.

Lagos

Anoche me quedé dormido en la cama de Ness. Tras curar su herida, volví a abrazarla y me acosté a su lado. Mi intención era irme en cuanto ella cogiera el sueño, sin embargo, el cansancio me venció y no fui consciente de ello hasta que esta mañana desperté con su rostro sobre mi pecho y su mano en mi abdomen. Admito que mi primer pensamiento al ser consciente de la firmeza de sus pechos pegados a mi costado no fue nada caballeroso.

Después de ver lo que se estaba haciendo, de darme cuenta de lo destruida que está, tomé la firme decisión de ayudarla a superar lo que sea que le haya sucedido. No soy imbécil. He visto a muchas mujeres como ella. Las cicatrices, esa forma de actuar, siempre a la defensiva, escondiendo su verdadera personalidad… Tiene todos los síntomas de una mujer que ha sido abusada y maltratada durante años.

«Y tú estuviste a punto de follarla como un jodido animal», me reprocho a mí mismo mientras revuelvo la mezcla de masa de tortitas de manera enérgica. Entiendo que Ness no quiera hablar sobre ello. No voy a presionarla, pero sí pretendo ganarme su confianza. Necesito saber qué es lo que quiere de mí o de los míos. Si algo tengo claro es que nuestro matrimonio no fue una casualidad. Ness está aquí para algo más que ser una esposa obediente y abnegada, y yo voy a descubrir qué es mientras intento ayudarla a superar eso que tanto la atormenta.



Capítulo 23

Ness

Me despierto aturdida. Durante un buen rato permanezco mirando el techo y recordando todo lo que pasó anoche. Fue inesperado, empezando por lo que sentí cuando nos besamos, lo que provocó ese acercamiento y sus resultados finales, conmigo en el baño, lastimándome, otra vez. Alzo el brazo y se me escapa una sonrisa al ver el apósito que me puso Lagos tras desinfectar la herida. Después se marchó y creí que ya no volvería, pero lo hizo. Lo sentí acostarme a mi espalda, su olor a champú y gel de baño actuó como un relajante natural y no tardé nada en quedarme dormida con su respiración acompasada como sonido de fondo.

Suspiro y aprieto a Bruno con más fuerza contra mi pecho. Lo encontré a mi lado nada más abrir los ojos. Lagos lo puso ahí, como si supiera lo que significa para mí y cuánto lo necesito. No puedo evitar preguntarme por qué un buen hombre como él pertenece a la banda criminal más peligrosa y violenta del Estado. La forma tan dulce y cariñosa en la que me consoló, me abrazó y mimó… No encaja en este lugar ni con esta gente. Entonces recuerdo la manera cruda y violenta en la que me besó, cómo sus manos y sus dientes se aferraban a mi cuerpo como un animal hambriento, y me siento aún más confusa. ¿Cuál es verdadero Lagos? Y más importante aún, ¿cuál de los dos me gusta más?

Sacudo la cabeza con fuerza y decido ponerme en pie. Tengo que dejar de pensar en tonterías. Sí, lo de anoche fue un error. El plan no salió como esperaba. Bueno, en realidad, creo que tomé de mi propia medicina. Mi intención era ganarme su confianza a través de un acercamiento físico, y lo único que he conseguido es afianzar mi opinión positiva sobre él. ¿Cómo no hacerlo? Es el hombre perfecto, al menos conmigo se comporta de esa forma, y estoy casi segura de que no hay ni una pizca de falsedad en su actitud. «Jamás des por perdido a tu oponente. Si te confías demasiado, cometerás errores». Ignoro la jodida voz de Viktor y, tras coger algo de ropa limpia, salgo del dormitorio.

Tardo menos de veinte minutos en ducharme y vestirme, y cuando estoy a punto de salir mi teléfono empieza a sonar sobre el lavamanos. Veo el nombre de Gavrel en la pantalla y descuelgo de inmediato la llamada.

—Hola, Ness. —Oír su voz, con ese acento albanés tan marcado, me resulta reconfortante. A pesar de que lo nuestro jamás estuvo destinado a funcionar, sigue siendo una persona muy importante en mi vida. Él me ayudó a sanar, al menos todo lo que puede hacerlo alguien tan destruido como yo lo estoy—. ¿Me escuchas?

Carraspeo y asiento, aunque sé que no puede verme.

—Estaba esperando tu llamada. ¿Has podido conseguir lo que te pedí?

Lo escucho exhalar con fuerza al otro lado de la línea y música como ruido de fondo. Apuesto que está en su club, sentado tras la enorme mesa de su despacho, donde lo controla todo y a todos.

—Me gustaría saber qué demonios pretendes hacer con un programa de desencriptado de contraseñas, Ness.

—Y a mí me gustaría no tener que darte explicaciones, Karaj —replico en tono mordaz.

Lo escucho bufar y sé que, más que por mi contestación, está molesto porque lo he llamado por su apellido. Cuando salimos juntos insistió en que, para mí, él siempre será solo Gavrel.

—*I dashur*…

—Si no quieres ayudarme, lo entiendo, de verdad —digo cortándolo.

—Yo no he dicho eso. Solo… —Resopla de nuevo, esta vez más fuerte—. Quiero que estés a salvo.

—Lo estoy.

—¿Segura? Esos tipos con los que estás emparentada tienen fama de salvajes, Ness. La gente habla, y el tal Urriaga era un hijo de puta de cuidado.

—Está muerto —digo, apretando el puño.

—Lo sé, pero ahora vives en la casa de su hijo. No los conoces, y si creen que puedes estar traicionándolos, no dudarán en matarte.

—Puedes estar tranquilo. Además, si llegara a pasarme algo, Mijaíl iniciaría una jodida guerra con el Clan Z y todos los cárteles del continente. No quiero eso para mi familia.

—Más te vale porque tu hermano no sería el único en entrar en esa hipotética guerra.

Esbozo una pequeña sonrisa. Gavrel siempre ha sido muy protector conmigo. Tal vez esa fue una de las razones por las que lo nuestro no funcionó. Me trataba como un preciado tesoro de cristal, siempre entre algodones, mimada y querida. La imagen de Lagos anoche, mordiendo mi cuello, me viene a la mente y trago saliva con fuerza. Él no me trata como si fuese a romperme, y eso… ¡Joder, eso me encanta!

—Entonces, ¿tienes lo que te he pedido?

—Sí. Te envío la dirección y la hora por mensaje en cuanto cuelgue. Te aconsejaría que tuvieses cuidado, pero sé que no vas a hacerme caso. No me gusta esto, *I dashur*.

—¿Tu contacto es de confianza? ¿Debo ir protegida?

—No está de más que lleves algún objeto puntiagudo por si acaso, aunque no deberías tener problemas. Solo ve al punto de encuentro. Él sabrá quién eres.

—Tiene que ser un lugar público.

—Lo supuse. Te entregará el paquete y no volverás a saber nada de él. Ni siquiera tendrás que saludarlo.

—Está bien. Gracias, Gavrel. Te debo una muy grande.

—No me debes nada. Tú solo… —Exhala con fuerza—. Intenta que no tenga que ir ahí a matarlos a todos, ¿vale?

—Cuenta con ello.

Nos despedimos y, tal como prometió, enseguida recibo un mensaje con la dirección a la que

tengo que acudir esta tarde. Busco en internet el lugar. Es una cafetería del interior de un centro comercial. El sitio perfecto para pasar desapercibida.

Tras guardar el teléfono en el bolsillo trasero de mis vaqueros, salgo del baño y sigo el aroma de café recién hecho hasta la cocina. Me sorprende ver a Lagos tras la barra de desayuno, preparando lo que parecen ser tortitas. Al escucharme llegar, se gira y su mirada va a parar a mi antebrazo. Tras la ducha, he decidido no tapar la herida de nuevo. Se está curando bien y tampoco quiero darle más importancia. La manga de la camiseta la cubre de forma parcial, aunque no por completo.

—Buenos días —saluda, y desliza su mirada hacia mi rostro.

—Hola. —Tomo asiento en uno de los taburetes altos y procuro no hacer contacto visual con sus ojos. Recuerdo que anoche dijo algo sobre tener una conversación, y no estoy segura de estar preparada para ello—. Eso huele bien —digo, y señalo el plato, donde hay más de una docena de tortitas recién hechas.

—¿Café? —Asiento—. ¿Cómo te gusta?

—Con leche y mucho azúcar.

Alcanzo a ver un atisbo de sonrisa en sus labios antes de que se gire y empiece a preparar mi bebida. Un par de minutos después, cuando deja la taza sobre la superficie de granito justo delante de mí, aún sigue sonriendo.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto tras darle un sorbo largo. Está delicioso.

—Tú.

—¿Yo? —inquiero, arqueando una ceja.

—No puedes negar que tienes cierta adicción al azúcar. Te pasas el día comiendo dulces.

—Me gusta comer, y sí, supongo que soy una chica muy dulce —intento bromear.

Lagos niega con la cabeza y se inclina sobre la encimera para estar más cerca de mí.

—No es cierto —susurra, mirándome directo a los ojos—. Eres una mujer valiente, apasionada y poderosa, pero por alguna razón te empeñas en usar una máscara para ocultarlo de los demás.

Contengo el aliento y trago saliva con fuerza. Lagos se queda quieto, con su rostro a escasos centímetros del mío y sin apartar la mirada. ¡Santa mierda! ¿Qué se supone que debo decir ahora? Carraspeo y me echo hacia atrás para darle un nuevo trago a mi café, y sí, también para huir de su cercanía. Me tiemblan las manos y no sé por qué.

—¿Vas a darme tortitas? —pregunto, cambiando de tema.

No me pasa desapercibida la sonrisita engreída que esboza, pero no dice nada más. Solo me sirve unas cuantas tortitas, las baña en chocolate sin que tenga que pedírselo y deja el plato frente a mí. Después se sienta a mi lado y ambos desayunamos en silencio.

—¿Has terminado? —pregunta, y deduzco que ha estado esperando a que comiera el último bocado para retomar la conversación. Termino de tragar y me atrevo a mirarlo de reojo mientras asiento—. Bien, entonces podemos empezar. —«Mierda». Me tomo mi tiempo para limpiarme las comisuras con una servilleta e inspiro hondo por la nariz—. Debo hacerte una pregunta muy importante, y de tu respuesta depende lo que va a pasar a continuación.

Lo miro de frente y alzo la barbilla de manera desafiante. Tal vez esté enseñando mis cartas demasiado pronto, pero no puedo seguir fingiendo que soy una frágil y dulce damisela. Al fin y al cabo, Lagos ya no se lo traga. Ha llegado el momento de llevar las apuestas a otro nivel.



Capítulo 24

Ness

—Tú dirás —mascullo entre dientes.

Una de sus comisuras se estira apenas un par de centímetros y asiente.

—Nada de máscaras. ¿Quieres guardar secretos? Bien, lo acepto, pero no me mientas, Ness, y tampoco insultes mi inteligencia. Ambos sabemos que estás aquí por una razón concreta. Lo de casarte conmigo no fue una casualidad, ¿cierto?

—¿Esa es la pregunta importante?

—El preludio —aclara, sonriendo de medio lado. Respiro hondo y asiento—. ¿Eres una espía de tu hermano?

—Mijaíl no tiene nada que ver con esto —respondo de inmediato. Lo que menos quiero es crear un jodido conflicto entre mafias.

—¿Vas a contarme qué es?

—¿Tengo otra opción? —rebato.

—Ness, voy a repetirlo una última vez, y espero que te quede claro: Nunca te obligaré a hacer o decir nada que no desees.

—Pero te gustaría saberlo.

—¡Joder, claro que sí! Me encantaría que pudieras darme los nombres y direcciones de los animales que te han hecho daño para poder matarlos con mis propias manos. —Por su tono de voz, tan áspero y grave, sé que no es una amenaza vacía. Lagos de verdad haría eso por mí.

—Fueron muchos —digo sin pensarlo demasiado. Tomo una bocanada profunda y exhalo despacio—. Más de los que puedo recordar. Algunos ya están muertos. Mijaíl y Milena se encargaron de ellos.

—Bien. Me alegra que hayan dejado algo para mí. ¿Sabes dónde puedo encontrar a alguno?

Busco su mirada y contengo las palabras que están a punto de salir de mi boca. ¿Confío lo bastante en él como para confesarle mi secreto? No, aún no. Su lealtad está con Zarco, y si lo pongo sobre aviso es posible que pierda mi única oportunidad de encontrar lo que busco.

Por suerte, su teléfono móvil me ahorra tener que evitar responder cuando empieza a sonar

sobre la encimera. Lagos lo coge, echa un vistazo a la pantalla y resopla.

—¿Malas noticias? —inquiero.

—Es Zarco. Tengo que irme. —Se pone en pie sin dejar de mirarme—. Podemos seguir con la charla más tarde. ¿Te apetece que cenemos solos esta noche aquí en el apartamento? —Antes de que pueda ser consciente de lo que voy a contestar, ya estoy asintiendo.

Lagos se ajusta las gafas sobre la nariz mientras guarda el teléfono en el bolsillo delantero de su pantalón.

—Voy a salir a hacer unas compras —informo antes de que se marche—. Si no te importa, claro —añado.

Chasquea la lengua, contrariado, rodea la isla, y tras sacar papel y boli de uno de los cajones, escribe algo y me lo tiende.

—Hay una caja de seguridad detrás del cuadro que hay en el cabecero de mi cama. Coge todo el dinero que quieras de su interior. —Miro la nota. Es el código de apertura de la caja. Vuelve a mi lado y, aunque actúa de manera casual, sé que este gesto es mucho más que eso. Me está ofreciendo un voto de confianza; supongo que espera que yo haga lo mismo. Lo que no sé es si seré capaz—. Haz el favor de gastar bastante. Desde que nos metimos en el negocio con tu hermano, no sabemos qué hacer con tanto dinero.

—Lo tendré en cuenta —digo, sonriendo por la forma en la que lo ha expresado. De verdad parece molesto por tener más dinero del que es capaz de gastar. Lagos se me queda mirando unos segundos y sacude la cabeza de un lado a otro—. ¿Qué pasa?

—Nada. Me gusta esto. —Señala el espacio vacío entre nosotros—. Estoy ansioso por conocer a la verdadera Ness.

—Tal vez nunca llegues a conocerla del todo —susurro con un hilo de voz y sin poder dejar de mirar su boca. ¿Es posible que desee tenerla de nuevo sobre la mía?

Se acerca más y parece estar pensando lo mismo que yo. Va a besarme, estoy segura. Sin embargo, antes de que nuestros labios lleguen a rozarse, se detiene y retrocede.

—Eso no significa que vaya a dejar de intentarlo, Ness. —Se endereza del todo—. Le diré a Pablo que te lleve a donde quieras. —Asiento, y se despide con un cabeceo antes de dirigirse a la salida.

Lagos

Salgo del despacho de Zarco y compruebo que mi pistola está cargada y lista para usar antes de devolverla a su lugar, bajo mi brazo izquierdo. Alex ha llamado a su hermano. Cree que Sandoval puede haber cruzado la frontera. De ser así, está en nuestro territorio, y eso significa que podemos apretarles las tuercas a unos cuantos imbéciles que tenían conexión con el cártel de Sonora antes de que nosotros lo destruyéramos por completo.

—¿Estás bien? —le pregunto a Oscar mientras nos dirigimos al garaje.

Los todoterrenos blindados ya están listos para llevarnos a uno de los peores barrios de la ciudad. Sin Beni ni Gambo, nos está tocando a nosotros dos hacernos cargo de la organización de las operaciones desde el terreno. Bueno, así es como lo llama Bailey, ella siempre usa jerga militar y estamos empezando a adoptarla como propia. Recibo un asentimiento por su parte y nos subimos a la parte trasera de uno de los vehículos.

Durante gran parte del trayecto, noto a Oscar ausente. Es algo habitual en él. No habla demasiado. Siempre está perdido en sus propios pensamientos, sin embargo, esta vez presiento que hay algo más ahí; espero que no sea lo que temo. Es cuestión de tiempo que sufra una de sus

crisis. Ya ha pasado mucho desde la última. Lo escucho farfullar algo en voz baja y todas mis alarmas se encienden. De pronto, me mira como si quisiera decir algo, pero niega con la cabeza.

—No, no pasa nada —susurra, creo que para sí mismo—. Estoy bien. Todos estamos bien. ¿Quién está mal? Nadie, ¿verdad?

Lo sujeto del brazo y él clava su mirada en la mía.

—Oscar, ¿quieres regresar? —Niega con la cabeza.

—Todo está bien —sisea, apartando mi mano con brusquedad.

—No dejas de decir eso, pero parece todo lo contrario. —Mira por la ventanilla con los puños apretados y me ignora el resto del viaje.

Al llegar, me planteo volver a casa. Temo que Oscar pierda el control y acabe haciendo que nos maten a todos. Sin embargo, sé que eso solo empeoraría la situación. Ahora mismo necesita centrarse en el trabajo. Eso siempre le viene bien.

La más de media docena de hombres armados que nos acompañan se encargan de ir despejando los pasillos del edificio en ruinas al que accedemos. Subimos un tramo de escaleras tras otro, sorteando jeringuillas usadas y también a algún que otro yonqui. Ascendemos hasta la novena planta, y entonces, pistola en mano, irrumpimos en uno de los apartamentos.

Como ya esperaba, varios hombres empiezan a correr para salvar sus vidas. Yo solo me centro en uno. El que lleva la cabeza rapada. Rata, así es como lo llaman. Sé que era uno de los perros de Sandoval en la ciudad. No es la primera vez que le sacamos información. Corro tras él cuando se dirige a lo que parece ser una cocina. Está tan sucia y repleta de basura que el olor resulta nauseabundo. Consigo alcanzarlo justo cuando está a punto de salir por la ventana. Afuera está la escalera de incendios. Lo sujeto por el gorro de su sudadera y tiro de él con fuerza. El muy imbécil cae al suelo sobre un montón de mierda viscosa que ni siquiera quiero saber qué es.

—¡Lagos, no he hecho nada! —grita, cubriéndose el rostro tras recibir la primera patada.

—Entonces, ¿por qué huías, hijo de puta? —Lo engancho de nuevo por el gorro y lo obligo a ponerse en pie. Lo llevo a rastras hasta la sala de estar, o lo que sea la pocilga en la que hay un sofá destartalado, donde una mujer medio inconsciente está tumbada. Hago un gesto con la cabeza y uno de nuestros hombres la saca del apartamento de inmediato. Entonces empujo a Rata sobre el sofá y lo apunto con mi pistola directo a la cabeza—. Empieza a hablar. ¿Dónde está Sandoval?

—No lo sé. —Sujeto el arma por la culata y le golpeo en el rostro. La sangre enseguida empieza a salir a chorro de su nariz y suelta un alarido de dolor—. ¡Yo solo me ocupo de mi negocio! —gime, sujetándose el rostro.

Echo un vistazo alrededor. Hay varias bolsas esparcidas sobre una mesa de madera podrida. Uno de los chicos abre una de ellas y prueba lo que hay en su interior.

—Fentanilo —informa.

—¿Fentanilo? ¿Esa es la mierda que le das a tus chicas para que no se quejen cuando las vendes por un puñado de dólares? —Respiro hondo para tranquilizarme. Esa chica del sofá… Tal vez podría haber sido Ness. Aún no sé qué es lo que tuvo que vivir. Cabe la posibilidad de que sea algo parecido a lo de esa pobre muchacha. Personas como Rata no merecen vivir. El mundo sería un lugar mucho mejor si no existieran—. Segunda oportunidad, Rata. ¿Dónde está Sandoval? ¿Has hablado con él?

—¡No, joder! —grita, e intenta levantarse, pero le doy una patada en el estómago y vuelve a caer sobre el destartalado sofá.

Noto la presencia de Oscar a mi espalda. Da un paso al frente e inspira hondo por la nariz.

—Yo me ocupo de él —susurra.

—¿Estás seguro? —Frunzo el ceño. Sé que hacer su trabajo lo ayuda a liberar tensión. Es su forma de desfogarse, de recuperar algo de control sobre sí mismo. Además, dudo que acepte una respuesta negativa—. Bien. —Me guardo la pistola en la cartuchera y sonrío—. Rata, te ha tocado la lotería. Aquí mi amigo va a hacer que cantes como un pajarito.

La escoria humana que sigue sangrando profusamente por la nariz, alza la vista y sus ojos se abren con auténtico terror cuando ve a Oscar mover el cuello de un lado a otro. Sé lo que viene a continuación, y él también.

—¡No, Monstruo, no! —Me mira a mí, suplicante—. Te diré lo que quieras, pero no dejes que se acerque a mí. Lagos, por favor.

Debería detenerlo. Es posible que lo mate antes de que pueda decirnos nada, sin embargo, no soy capaz de sacar de mi mente la imagen de esa chica, inconsciente, sucia y delgada. «Podría ser Ness». Me encojo de hombros y dejo que una sonrisa engreída se extienda en mis labios.

—Veremos si aún puedes hablar cuando él acabe contigo.



Capítulo 25

Ness

De regreso a casa, miro por la ventanilla en silencio mientras Pablo conduce. Me ha costado darle esquinazo en el centro comercial. Pasé toda la mañana dando vueltas por las distintas tiendas, gastando el dinero de Lagos. No mentía, dentro de la caja de seguridad había una cantidad ingente de fajos de billetes, también una pistola. La cogí por si acaso, aunque me alegra no haber tenido que usarla. Después de comer en un pequeño restaurante del centro comercial, acudí al punto de encuentro a la hora exacta que me indicó Gavrel en el mensaje. Imaginé que su contacto no se acercaría al verme junto a Pablo, así que tuve que improvisar. Una visita al baño y al salir ya tenía el paquete en el bolsillo. Una vez más, Gavrel estaba en lo cierto, el tipo con el que me encontré en el servicio de señoras ni siquiera me saludó. Me entregó una memoria USB, dio media vuelta y se fue.

Con mi objetivo ya cumplido, decidí regresar a la enorme mansión que actúa como fortaleza para los miembros del Clan Z. Todo lo que nos rodea es tierra árida y montañas rojizas. El desierto de Arizona es un gran escondite para una banda criminal. Apartado de la ciudad e inaccesible si no has sido invitado. Pablo aparca frente a la casa y se apresura a abrirme la puerta. Se lo agradezco con un amago de sonrisa y empiezo a ascender los escalones que me llevan a la enorme puerta principal de más de tres metros de alto. Él se queda sacando las bolsas del maletero. Ya estamos en un lugar seguro, uno donde puedo moverme sin necesidad de ser vigilada.

Nada más llegar al recibidor, escucho los gritos y varios hombres suben la escalera corriendo y con gestos de preocupación. Frunzo el ceño, extrañada. «¿Qué demonios estará pasando?». Mi primer pensamiento es que alguien ajeno al clan haya podido entrar en la casa. Un ataque enemigo, tal vez, aunque lo veo poco probable. Hay cámaras vigilando todo el perímetro de la finca, guardias armados custodiando todas las puertas y, además… ¿Quién sería tan estúpido como para entrar sin permiso en la casa de unos mafiosos? Decido averiguarlo por mí misma. A cada escalón que subo soy consciente del peso del arma que llevo a mi espalda, enganchada en la cinturilla de los vaqueros. Si siento la necesidad de usarla, no lo dudaré. No estoy preparada para

morir aún.

Al llegar a la primera planta, tomo el pasillo de la izquierda siguiendo las voces. No necesito recorrer demasiada distancia para darme cuenta de que lo sea que esté ocurriendo es en una de las habitaciones más cercanas, las que usan Luna, Oscar y, por lo que escuché en la cena de anoche, ahora también Beni, ya que ha decidido mudarse del ala privada de Zarco.

Veo a Bailey en el pasillo. Todo su cuerpo está en tensión y tiene la mirada fija en el interior de la habitación, donde alguien parece discutir a viva voz. Me acerco y miro sobre su hombro para echar un vistazo al dormitorio. Lagos está dentro. Con la ayuda de Zarco, intenta sujetar a Oscar mientras este forcejea y los insulta.

—¡Soltadme, joder! —grita desgañitado.

Me sorprende verlo en ese estado. Por lo poco que conozco a Oscar, siempre ha sido amable conmigo. No habla demasiado y siempre parece estar ausente, pero jamás pensé en él como alguien tan violento.

—¿Qué ocurre? —decido preguntar.

Bailey no se sorprende al verme a su espalda. No sé si me ha escuchado llegar o es que siempre está alerta. Resopla con fuerza y niega con la cabeza.

—Oscar está teniendo una crisis —responde, volviendo a dirigir su mirada al interior del dormitorio—. Zarco y Lagos intentan calmarlo, pero es una jodida bestia.

Varios hombres se acercan alertados por los gritos, y Bailey no tarda en echarlos con tono autoritario. Ellos la obedecen sin rechistar. Supongo que ser la mujer del jefe tiene sus ventajas, y ella sabe cómo sacarles partido.

—¡¿Alguien puede llamar a Luna?! —exclama Zarco justo después de recibir un codazo en la boca del estómago por parte de Oscar.

Bailey hace una mueca, como si ella misma sintiese el dolor.

—Están en ello —responde.

—¡Mierda! ¡Ayúdame, Zarco! —demanda Lagos.

Tiene a Oscar sujeto por detrás e intenta inmovilizarlo, pero es bastante más bajo, y con cada movimiento de Oscar se va aflojando su agarre. Zarco bufa con fuerza y coge una lámpara que hay sobre la mesita de noche antes de dirigirse de nuevo hacia sus dos amigos.

—¡Apártate, voy a noquearlo! —brama.

—¡Ni se te ocurra! —escuchamos la voz de Luna a nuestra espalda, y Bailey y yo nos apartamos para que pueda acceder al dormitorio. Zarco suspira en cuanto la ve llegar.

—Ya era hora. ¿Dónde mierda estabas? —Ella no contesta, solo se acerca a Oscar, que sigue estando sujeto por Lagos, aunque a duras penas, y enmarca su rostro con ambas manos.

—¡Oscar! —grita. Él la mira con tanta rabia que estoy segura de que, si pudiese, ya la habría estrangulado con sus propias manos.

No puedo evitar preguntarme qué es lo que le sucede. ¿Una crisis? ¿Qué tipo de crisis hace que, una persona que habitualmente parece tranquilo y retraído, llegue a tal extremo de agitación que es capaz de lastimar a sus propios amigos?

—No va a funcionar —jadea Lagos, y justo después, Oscar se revuelve y consigue sacárselo de encima. Lagos cae de espaldas, y solo entonces puedo ver su rostro. Tiene un corte en la ceja y el pómulo hinchado—. Oh, mierda —susurra al ver cómo Oscar se gira y da un paso hacia él de manera amenazante.

Lagos mira alrededor, podría jurar que está buscando algo con lo que defenderse, pero no hay nada a su alcance. Retrocede, empujándose con los talones ante el avance de Oscar, y durante un segundo siento que mi corazón se detiene. Va a matarlo si nadie se lo impide. Sería un

eufemismo decir que actúo por instinto. En realidad, ni siquiera soy consciente de lo que estoy haciendo hasta que me planto en el centro de la habitación con la pistola en la mano y aprieto el gatillo. La bala impacta en el techo, pero el sonido de la detonación logra atraer la atención de Oscar hacia mí. Su mirada es la de un verdadero desquiciado. Ladea la cabeza y esboza una sonrisa macabra que logra ponerme los pelos de punta.

—¡¿Qué demonios estás haciendo?! —escucho el grito de Luna, pero no aparto la mirada de Oscar.

Lo apunto con el arma mientras me muevo con pasos lentos hasta estar entre él y Lagos.

—Atrás —siseo entre dientes.

—¡Ness, sal de aquí! —ordena Lagos. Enseguida lo escucho levantarse y me empuja con un brazo para cubrirme con su cuerpo. Sigo apuntando a Oscar por encima de su hombro—. Baja la pistola. —Da un paso en dirección a Oscar con las manos en alto—. Todo está bien, hermano. Vas a estar bien.

Oscar desvía la mirada hacia su derecha, a un lugar específico junto a la ventana, y sacude la cabeza de un lado a otro.

—¡Dile que se calle! ¡No me deja pensar! —grita.

Luna lo rodea y vuelve a sujetarlo por el rostro.

—Eh, mírame. —Su tono es dulce y cariñoso, como si le estuviese hablando a un niño pequeño. Oscar intenta mirar de nuevo hacia la ventana, pero ella no se lo permite. Lagos retrocede un paso, me quita la pistola y me sujeta con fuerza contra su espalda—. Grandullón, mírame a mí —susurra.

Oscar obedece, exhala con fuerza y pestañea un par de veces.

—Me grita desde dentro —farfulla—. Quiere que… —Sacude de nuevo la cabeza y traga saliva con fuerza. Entonces su mirada se queda clavada en el hombro de Luna. Estira la mano y acaricia con suavidad el dibujo de una mariposa que tiene tatuada en la clavícula—. Vamos a cazar mariposas —susurra, aunque no parece estar hablando con nadie en concreto.

—Eso es, cazaremos mariposas juntos.

Oscar desvía la mirada a su rostro y esboza una pequeña sonrisa.

—Tengo que prepararme.

—Sí, yo te ayudaré.

—Vamos a cazar mariposas —repite, sonriendo con más fuerza.

—Sí, iremos en cuanto te tranquilices un poco. ¿Puedes hacer eso por mí, grandullón? —Asiente de inmediato. Luna echa la vista por encima de su hombro en dirección a Zarco—. Largaos de aquí. Yo me encargo.

—¿Quieres que le dé un calmante? —inquiere Bailey.

Luna aprieta los labios y niega con la cabeza.

—No, solo marchaos de una vez para que pueda tranquilizarse.

Lagos sujeta mi mano y tira de mí hacia la salida. Permaneciendo siempre entre el lugar donde Oscar sigue de pie junto a Luna y yo. En cuanto abandonamos la habitación, Zarco cierra la puerta y clava su mirada furiosa en la mía.

—¿Qué demonios haces con una puta pistola? —sisea, temblando de rabia.

Retrocedo un paso y Lagos vuelve a cubrirme con su cuerpo. Zarco parece sorprendido por su actitud. Abre mucho los ojos y resopla con fuerza.

—Yo me ocupo —masculla mi marido.

Bailey pone los ojos en blanco y sujeta el brazo de Zarco para atraer su atención.

—No la pagues con Ness. Solo intentaba proteger a Lagos —le dice.

—Podría habernos matado a cualquiera de nosotros —replica él.

Su mujer chasquea la lengua e imita su postura, con los brazos cruzados sobre el pecho y la barbilla en alto de manera desafiante.

—Actuó por instinto, idiota. Yo hubiese hecho lo mismo por ti. —Exhala con fuerza y me mira—. Aunque en algo tiene razón este zoquete, por tu postura con el arma, apuesto a que no tienes ni idea de disparar. Eso puedo solucionarlo. Te enseñaré a hacerlo.

—¡Bailey! —gruñe Zarco entre dientes.

—¡¿Qué?! La chica tiene derecho a defenderse, a ella y a los que le importan. Deja de comportarte como un imbécil y admite que os ha salvado el culo.

Mientras ambos se enzarzan en una discusión, Lagos se gira y busca mi mirada.

—Vámonos de aquí —susurra, tirando de mi mano.

—¡Lagos! —Se detiene de golpe y noto como su mano se aferra a la mía con fuerza. Se gira a medias con la mandíbula apretada—. Te espero en mi despacho en media hora. —Asiente y vuelve a tirar de mí para retomar la marcha.



Capítulo 26

Lagos

Ni siquiera al llegar al apartamento soy capaz de soltar la mano de Ness. Cuando la vi allí, delante de Oscar mientras él estaba en plena crisis, me temí lo peor. A duras penas fui capaz de traerlo a casa. Casi mata a Rata. En realidad, no estoy seguro de que haya sobrevivido. Lo dejamos en el apartamento, inconsciente, con el rostro desfigurado y bañado en su propia sangre. Yo mismo le hubiese dado el tiro de gracia si no hubiera estado tan ocupado intentando inmovilizar a mi amigo.

Me dejo caer en el sofá y arrastro a Ness para sentarla sobre mi regazo. Por algún motivo que desconozco, siento la necesidad de hundir mi rostro en su cuello. Inspiro hondo y su aroma picante y dulce a la vez sube por mi nariz. No sé cuánto tiempo paso así, solo oliéndola, mientras intento controlar los desbocados latidos de mi corazón. Siento sus dedos sobre mi cabeza, entre mis mechones, en una leve caricia que poco a poco logra tranquilizarme. Alzo la cabeza y mi mirada y la suya se unen.

—Nunca vuelvas a hacer algo así —susurro. Intento contener mi tono, no sonar agresivo, pero no creo estar lográndolo—. Si ves a Oscar actuar de manera extraña, solo huye de él, ¿entendido?

—No lo pensé —responde, frunciendo el ceño—. Iba a matarte, Lagos. Lo vi en su mirada. Estaba desquiciado.

—Zarco, Bailey o cualquiera lo hubiesen impedido. —Coloco mi mano en su mejilla y la obligo a mirarme—. Tú no deberías haber estado allí.

En vez de adoptar una actitud de arrepentimiento, para mi sorpresa, alza la barbilla de manera desafiante y arquea una ceja con chulería.

—No dejas de pedirme que sea yo misma, sin máscaras. Pues bien, esta soy yo. Peleo si creo que debo hacerlo y no salgo corriendo cuando las cosas se complican.

Respiro hondo por la nariz y exhalo con lentitud, sin poder apartar la mirada de su boca. Con solo un par de frases ha logrado ponerme muy cachondo. ¡Joder, me encanta la nueva Ness! Me desafía, me lleva la contraria. Apuntó a Oscar con una pistola para defenderme. Mi pistola, la

que con total seguridad sacó de la caja fuerte. No hay ni rastro de la mujer sumisa y dócil que aparentaba ser la primera vez que pisó esta casa. No estoy seguro de qué es lo que quiero o debo hacer. Tengo ganas de gritarle hasta quedarme sin voz por haberse puesto en peligro y también quiero follarla como un jodido animal salvaje por haber arriesgado su vida por mí. Quiero más de ella, mucho más. Mi erección se aprieta contra la tela de mis pantalones de forma casi dolorosa. Acaricio su labio inferior y con el otro brazo la atraigo más hacia mí.

—Quiero besarte —susurro contra sus labios.

Noto como su respiración se acelera y sus dedos agarran un mechón de pelo de mi nuca con fuerza.

—Nadie te lo impide —responde sin aliento.

Dudo. Estoy tan cabreado y excitado que no creo poder ser gentil con ella. No quiero ser uno más de los tipos que la usaron a su antojo, que la lastimaron. ¿En qué me convertiría eso? Me planteo apartarla de mí y largarme, sin embargo, antes de que pueda siquiera llegar a moverme, es ella la que acerca su boca a la mía. Siento sus dientes sobre mi piel, tirando de mi labio inferior, después lo lame y empuja mi cabeza hacia delante para besarme.

Mis limitaciones y dudas desaparecen junto a parte de mi cordura con el primer roce de su lengua contra la mía. Sujeto su cintura y profundizo más el beso. Nuestros dientes chocan y Ness tira de mi pelo con fuerza. Intento contenerme, dejar que sea ella la que tome de mí lo que quiera, sin embargo, cuando empieza a mover las caderas y rozar su sexo contra mi erección, pierdo por completo la batalla contra mi autocontrol. La sujeto por el trasero y me pongo en pie. Sus piernas rodean mi cintura y, sin dejar de besarla, empiezo a caminar a largas zancadas en dirección a mi dormitorio. No voy a follarla en el sofá. No, para hacerle todo lo que quiero necesito el espacio de una cama.

Ya en la habitación, uso toda mi fuerza de voluntad para apartar mi boca de la suya. Aunque no soy capaz de alejarme demasiado. Beso su cuello y su clavícula mientras amaso su trasero con más fuerza de la que debería. Me acerco a la cama y la dejo sobre el colchón. Mis manos recorren sus costados hasta llegar al borde de su camiseta, que no tardo en quitarle. Nos miramos a los ojos con nuestras respiraciones aceleradas.

—¿Quieres esto? Tú decides, Ness —susurro sin aliento. Asiente y deslizo la mirada por su escote. Un sujetador negro sencillo esconde dos pechos turgentes, no demasiado grandes. Perfectos. Me muero por besar cada una de las cicatrices que cubren su piel—. Voy a intentar ir despacio —digo, regresando la mirada a su rostro.

Frunce el ceño y niega con la cabeza.

—No quiero que lo hagas.

Mi polla se endurece aún más si es posible al escucharla. Sacudo la cabeza de un lado a otro y aprieto los dientes con fuerza. Debo contenerme.

—Ness —exhalo con fuerza—. No quiero tratarte como… —Deslizo el dorso de mi mano por encima de una cicatriz más grande y rugosa que cruza su abdomen.

—Jamás podrías hacerlo. —Tira de mi barbilla y busca mi mirada. Sus ojos están brillantes de deseo contenido. Se humedece los labios y tira del borde de mi camiseta para sacármela por la cabeza. No opongo resistencia. Tras lanzar la prenda por los aires, sus manos se aferran a mi cinturón y lo desabrocha con lentitud. Después los botones del pantalón. Baja un poco la cinturilla y mi polla sale de su encierro saltando como un jodido resorte. Ness la rodea con la mano y no puedo evitar que se me escape un gemido mientras cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás—. Mírame, Lagos. —Obedezco como un puto perro a su dueño—. Ellos nunca pidieron permiso. Tú… —Desliza su mano por toda mi extensión y vuelve a subirla de forma

lenta y tortuosa—. Tú no solo tienes mi permiso. A ti te deseo sin limitaciones. Quiero que me demuestres que no estoy rota. ¿Harías eso por mí?

—¡Joder, sí! —exclamo justo antes de estrellar mi boca contra la suya.

Ness

No sé en qué momento nos hemos arrancado la ropa el uno al otro. Siento sus manos y su boca por todas partes. Sus dientes me raspan la piel, estruja mis pechos con ambas manos y muerde mis pezones. Solo soy capaz de gemir y aferrarme a mechones de su pelo rubio mientras intento contener los temblores. Ráfagas de placer recorren mi cuerpo y se concentran en mi bajo vientre. Quiero su mano entre mis piernas, su boca, todo él. Lagos parece escuchar mis súplicas silenciosas. Hunde los dedos en mi sexo y me veo obligada a morderme el labio para no gritar a todo pulmón.

—No te contengas —ordena con voz ronca mientras recorre mi vientre con su lengua.

Se acomoda entre mis piernas abiertas y me lanza una sonrisa que logra calentarme aún más si es posible justo antes de morder la parte superior de mi sexo. Los dedos de mis pies se retuercen de forma involuntaria con cada pasada de su lengua y aprieto los puños, hundiendo las uñas en las palmas cuando una ola de placer recorre mi espalda. Lagos deposita un último beso en la parte interna de mi muslo antes de ponerse sobre mí. Su boca regresa a la mía. Me saboreo en su lengua y vuelvo a calentarme en cuestión de segundos. Yo misma guío su miembro a mi hendidura. Lagos aparta su rostro unos centímetros y siento su aliento caliente golpeando mi cara mientras se introduce en mi interior centímetro a centímetro. Cierra los ojos y exhala con fuerza cuando ya lo he acogido por completo, y después empieza a retirarse, lento, muy lento, demasiado.

—Más rápido —pido. Abre los ojos de golpe y, por su expresión, sé que se está conteniendo. No es eso lo que quiero. Agarro su nuca y lo obligo a mirarme—. No vas a romperme, Lagos. Quiero que me folles como sé que estás deseando.

—No sabes lo que dices —sisea, volviendo a hundirse en mi interior con lentitud—. Te voy a lastimar, y prometí que no lo haría.

Sonrío y deslizo la mano por su espalda dura y tensa. Puedo notar el relieve de la tinta que decora su piel bajo la palma de mis dedos, y, aunque nunca he sido fan de los tatuajes, la sensación resulta muy placentera. Al llegar a su trasero, clavo mis uñas en él y lo escucho sisear.

—Sin limitaciones ni frenos —digo justo antes de empujar su trasero hacia mí, haciendo que se clave en mi interior con fuerza.

Un gruñido gutural sale de su boca y sé que he logrado salirme con la mía. Agarra mis manos y las sube para colocarlas sobre mi cabeza.

—Agárrate al cabecero —ordena. Lo hago y se incorpora, abre más mis piernas sin salir de mi interior y me sujeta con fuerza por la cintura con ambas manos—. Tú lo has querido, pequeña. No quiero quejas ni reproches. —Asiento, y sus caderas cobran vida.

Sus embestidas son tan duras y contundentes que apenas tengo tiempo para asimilarlas. Lo siento ensanchándome, llegando al fondo de mí, golpeando cada jodido recoveco de mi interior una y otra vez. Sus dedos se hunden en mi piel. Es doloroso y también placentero. La misma sensación de paz y desconexión que sentí anoche en el sofá regresa, nublando cada mal recuerdo que hay en mi mente. Lo opaca todo.

Lagos resuella y gotas de sudor caen sobre mi vientre mientras sigue follándome como un animal salvaje. No es cariñoso, no es gentil, no es cuidadoso. Es simplemente… Perfecto.

En pocos minutos ambos estamos gimiendo. Su cuerpo vuelve a caer sobre el mío. Tira de una de mis piernas y la coloca sobre su hombro sin dejar de golpear con las caderas. Nuestras bocas se unen de nuevo y entonces lo noto: un escalofrío me recorre la columna y el jodido mundo explota a mi alrededor.



Capítulo 27

Lagos

Esto es el puto paraíso. Aquí, sobre Ness, aún enterrado profundamente en su interior después de correrme como nunca antes lo he hecho, no puedo encontrar el recuerdo en mi mente de un momento en el que me sintiese tan… ¿Completo? No sé si es la palabra correcta para describir lo que siento. Creo que se queda corta. La noto tan caliente y húmeda alrededor de mi polla… Quiero volver a hacerlo. Es más, lo necesito, ¿Cómo es posible que empiece a estar duro de nuevo?

Deposito un beso en la curvatura de su cuello y, al moverme, Ness gime debajo de mí. Enseguida alzo la cabeza para mirar su rostro.

—¿Estás bien? —pregunto, aún con la respiración acelerada. Asiente y esboza una sonrisa tímida—. Te preguntaría si he sido demasiado brusco, pero tú misma lo pediste.

—No lo has sido —aclara, y su mano se mueve sobre mi pelo.

Inspiro hondo por la nariz y disfruto de sus caricias mientras mi erección va creciendo a cada segundo. Ness parece notarlo porque se detiene y me mira a los ojos con una ceja arqueada.

—Te sigo deseando —admito.

Veo como abre la boca para decir algo, pero es interrumpida por el estridente tono de llamada de mi teléfono, que está sonando en algún lugar de la habitación. «¡Mierda, Zarco!». Me aparto y contengo un gemido al salir de ella.

—¿Qué ocurre?

Me pongo en pie, y tras rebuscar en los bolsillos de mi pantalón, encuentro el teléfono y compruebo que, en efecto, tengo un par de llamadas perdidas de Zarco y media docena de mensajes también. Se supone que iba a encontrarme con él en su despacho. Hago una mueca y desvío la vista hacia la cama. Ness sigue desnuda en el centro, con el pelo negro alborotado y las mejillas encendidas. Noto su mirada sobre mí. En mis hombros, en mi pecho y sí, también en mi polla, que apunta hacia arriba como un jodido misil. No parece avergonzarse por su desnudez, y eso me encanta porque, si depende de mí, no volverá a usar ni una jodida prenda en este apartamento.

—Tengo que irme —anuncio mientras camino hacia la cama.

Me siento en el borde del colchón y estiro mi mano para acariciar su vientre. A pesar de la rugosidad de las cicatrices, su piel es suave, muy clara y está salpicada de pequeñas pecas.

—¿Tienes que irte ya mismo? —Asiento y sigo ascendiendo por el valle de sus pechos hasta llegar a su rostro.

Deslizo el pulgar por su labio inferior y juro que tengo que usar toda mi fuerza de voluntad para no acercarme y mordisquearlo. Sé que, si lo hago, no habrá nada ni nadie que logre sacarme de esta habitación.

Ness

Lo observo en silencio mientras se pone la ropa. Es una pena que tenga que marcharse. Por un momento creí que volveríamos a hacerlo, y no voy a negar que la idea me encantaba. Supongo que llegará el momento en el que tenga que afrontar lo que me está pasando, lo que estoy sintiendo, sin embargo, ahora mismo solo deseo disfrutarlo. Por primera vez en mi vida deseo a un hombre, lo deseo de verdad, sin restricciones y sin miedos. No me siento obligada a complacerlo. Al contrario, quiero que sea él quien me complazca a mí, y Lagos… Bueno, Lagos ha demostrado ser muy capaz de llevar a cabo esa tarea.

«Porque eres una jodida zorra». Su voz en mi cabeza cae sobre mí como un jodido balde de agua fría. Debí suponer que esa mierda también regresaría. Trago saliva con fuerza y respiro hondo. No quiero perder el control.

—¿Estás bien? —pregunta Lagos. No lo he visto acercarse, pero está sentado a mi lado. Acaricia mi rostro con suavidad, y con solo su tacto noto como las voces se apagan—. Ness, dime que no vas a hacer ninguna tontería mientras no estoy.

Vuelvo a respirar profundo y niego con la cabeza.

—¿Puedes quedarte? —Las palabras salen de mi boca sin que pueda contenerlas.

Lagos hace una mueca con los labios y hunde los dedos en su pelo rubio y despeinado.

—Lo siento, tengo que ir. Prometo regresar lo antes posible.

«¿Lo ves? Te ha follado y se larga. No es distinto a mí, *Rhyzaya*. Usa tu cuerpo».

Cierro los ojos con fuerza y sacudo la cabeza de un lado a otro. Su risa asquerosa resuena en mi cabeza como una jodida campana. Aprieto los puños y la punzada de dolor que recorre mi mano me ayuda a despejar mi mente al menos un poco. «Necesito a Bruno».

—Vete —digo, poniéndome en pie de un salto—. Regresaré a mi habitación y…

Al pasar por su lado, me sujeta del brazo y tira de mí para obligarme a sentarme en su regazo. Aún sigo desnuda, sudada y pegajosa, sin embargo, eso no parece molestarle.

—Dime qué está sucediendo, Ness. —Acaricia mi rostro de nuevo y suspiro aliviada. ¿Por qué me pasa esto? Me toca y todo es más fácil. Todo es… mejor—. No estoy huyendo ni escondiéndome. Debo ir a atender un asunto y después regresaré. Podemos cenar juntos como planeamos. ¿Te parece bien?

—Claro —susurro tras carraspear. No voy a volver a suplicarle que se quede. Después de haberlo perdido todo, no me desprenderé del poco orgullo que aún conservo—. Voy a ducharme y te esperaré.

—Bien, hazlo. —Levanta mi rostro tirando de mi barbilla y me mira a los ojos—. Recupera fuerzas porque esta noche no va a haber nada ni nadie que me impida tomarte de todas las formas humanamente posibles, Ness.

—¿Ni siquiera Zarco? —inquiero, y no soy capaz de ocultar el tono ácido en mi voz.

Lagos frunce el ceño, pero no hace ningún comentario al respecto.

—Solo tú —afirma antes de besarme.

Lagos

Cuando me detengo frente a la puerta del despacho de Zarco, me obligo a serenarme. Mi corazón no deja de latir a toda velocidad y me tiemblan las manos. Es por ella, la noto en todas partes. Su aroma está impregnado en mi piel, puedo notar su sabor en mi lengua y el recuerdo de sus gemidos se hacen eco en mi mente. Por primera vez en toda mi vida he estado a punto de mandar a Zarco al diablo y quedarme con ella en esa habitación. Solo tenía que haberlo pedido una vez más y lo habría hecho. No sé qué me pasa, pero si algo tengo claro es que estoy cansado de fingir que no es nada. Quiero llegar al fondo de esto, al fondo de ella, esta vez no en sentido literal, aunque también. Lo que de verdad necesito es conocerla, saber cómo piensa y qué es lo que hace aquí. Prometí no presionarla, sin embargo, estoy dispuesto a averiguarlo por mi cuenta.

Toco la puerta con los nudillos y no espero a que nadie me dé permiso antes de abrirla. Entro en el despacho y veo a Zarco sentado tras su mesa. Luna también está aquí, en el sofá, como es habitual.

—¡¿Dónde mierda estabas?! —brama mi amigo—. ¡Llegas jodidamente tarde y no has contestado al teléfono!

—¿Hace falta preguntar? —intercede Luna—. Míralo. —Hace un gesto con su mano en mi dirección mientras sonríe como la arpía que es—. Su ropa, su pelo… Estaba follando.

Le lanzo una mirada poco amistosa, aunque no le afecta en absoluto.

—¿Eso es cierto? —inquiere Zarco. Miro alrededor. No hay ni rastro de Bailey. Supongo que ese es el motivo por el que mi amigo está tan furioso. Cuando discute con Bailey se vuelve insoportable—. ¡Contesta, maldita sea! ¿En serio estabas echando un polvo mientras yo te esperaba aquí como un jodido imbécil?

Inspiro hondo por la nariz y me encojo de hombros.

—Zarco, no creo que lo que yo haga con mi esposa sea asunto tuyo —respondo sin pensar demasiado.

No voy a dejar que me trate como su perro. Es mi amigo, mi jefe, mi hermano, pero no mi dueño, y ya va siendo hora de que se lo deje claro.



Capítulo 28

Lagos

Mi respuesta parece sorprenderle. Estampa su puño contra la mesa de madera maciza y me mira cabreado.

—¡¿A ti qué mierda te pasa?! ¡Te dije que la vigilaras y estaba armada, joder! ¿De dónde sacó la pistola?

—De la caja fuerte de mi apartamento —respondo entre dientes.

—Esa zorra estuvo a punto de matar a Oscar —dice Luna.

Aprieto los puños y me giro con gesto amenazador. No voy a permitir que nadie insulte a Ness en mi presencia. Ellos no tienen ni puta idea de cómo es en realidad. No saben nada.

—Cuida tus putas palabras —siseo, señalándola con el dedo.

Luna suelta una falsa carcajada y niega con la cabeza.

—Ya tiene que chuparla bien para que…

—¡No termines esa jodida frase! —bramo enfurecido.

—¡Suficiente! —exclama Zarco, volviendo a golpear la mesa con el puño. Ambos lo miramos. Bufa con fuerza y se deja caer en su silla con gesto derrotado—. Vamos a intentar calmarnos. —Se frota la barba con la mano y clava su mirada en mí—. ¿Qué pasó con Rata? Se supone que ibais a interrogarlo, y lo siguiente que sé es que Oscar ha perdido el control, otra vez.

Respiro hondo para intentar calmarme y me siento en una de las sillas que hay frente al escritorio.

—Lo noté raro en el coche. Tal vez debimos regresar, pero no es la primera vez que se desahoga haciendo su trabajo. Creí que después de darle un par de puñetazos a esa escoria estaría mejor.

—Deduzco, por el estado en el que llegó, que no fue así. —Niego con la cabeza.

—Se volvió loco por completo. —Me ajusto las gafas, empujándolas por el puente de mi nariz con el dedo índice, y suspiro—. Tuvimos que quitárselo de encima a Rata entre tres. Casi lo mata a golpes. Entonces empezó a hablar solo y a murmurar cosas sin sentido, como siempre que sufre

una crisis. —Giro la cabeza en dirección a Luna—. ¿Cómo está? —pregunto.

—Durmiendo. Cuando despierte se encontrará mejor —responde a regañadientes.

—¿Le sacó algo a Rata? —pregunta Zarco.

—Claro. Antes de perder la consciencia cantó como un pajarito. Sandoval contactó con él hace un par de días para planear un encuentro en una casa segura en Tres Ríos.

—Eso está a poco más de media hora de aquí. ¿Te dio una fecha exacta?

—Tres semanas. Es la oportunidad perfecta para atraparlo. Iremos nosotros en lugar de Rata. —Zarco asiente—. Y otra cosa… —Miro de reojo a Luna. Sé que esto no va a gustarle—. Samu está con él.

Zarco masculla una maldición.

—Hay que planearlo bien. No podemos cometer errores. Quiero a esos dos hijos de puta muertos.

—Me pondré con la logística mañana a primera hora. ¿Puedo irme ya?

—Lagos, ten cuidado con esa mujer —me advierte, frunciendo el ceño.

—Te recuerdo que esa mujer es mi esposa porque tú así lo decidiste —siseo.

—No creí que te implicarías tanto. Aún no estamos seguros de que no sea una espía de los rusos. Tú solo… No te confíes, ¿vale?

Me contengo para no decirle que voy a hacer justo lo que yo, y solo yo, crea conveniente. «Nadie tiene derecho a decidir sobre mi mujer». La profundidad de ese pensamiento me golpea como un puñetazo en el estómago. «Mi mujer. Mía y de nadie más». Se supone que yo era distinto, que no iba a tratar a ninguna mujer como una posesión jamás, pero Ness… ¡Maldita sea, ella es mía! Mataré cualquiera que diga o piense lo contrario.

Salgo del despacho de Zarco con mil pensamientos en la cabeza. Estoy harto de ser el chico bueno. No tengo por qué sentirme culpable por ello. Ness es mi esposa y ella misma me ha pedido que no la trate como si pudiese romperse. Entonces, ¿qué debo hacer? Si doy rienda suelta a mis instintos corro el riesgo de espantarla, sin embargo, no veo factible poder seguir fingiendo.

—¡Lagos! —la voz de Luna a mi espalda me saca de mis pensamientos.

Me detengo y espero a que ella me alcance casi a la carrera.

—¿Qué quieres ahora? —escupo.

—Cuenta conmigo para el encuentro con Sandoval.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza. Ese hijo de puta ya le ha hecho demasiado daño. Además, ya no solo es su padre. Samu, su hermano, también está metido en toda esta mierda.

—No creo que sea buena idea. Tu padre…

—No lo llames así —sisea entre dientes.

—¿Por qué quieres ir? Pensé que deseabas no tener que volver a verlo.

—Eso es asunto mío. Solo cuenta conmigo para el encuentro.

—Lo hablaré con Zarco. La última decisión es suya. —Chasquea la lengua, contrariada, pero no replica. Sabe tan bien como yo que quien manda es Zarco. Se gira con intención de marcharse, solo que antes de que pueda hacerlo, la llamo por su nombre—. ¿Puedo pedirte un favor?

—Lo siento, tuviste tu oportunidad. Ahora soy yo la que no quiere acostarse contigo.

Bufo y ruedo los ojos de manera teatral. Para Luna, todo se reduce a una sola cosa: Sexo. Es incapaz de mantener las piernas cerradas. Que me parece genial, pero conmigo nunca ha tenido nada que hacer. He detenido cada uno de sus avances durante años.

—Es una pena —digo con sarcasmo—. ¿Puedes hacerme un favor o no?

—Depende del favor. ¿Es algo ilegal? Porque si no lo es, olvídalo.

Muy típico de Luna. Usa el humor ácido y el sarcasmo para ocultar sus mierdas. Sandoval, Samu… El pasado viene a por ella, y esta vez espero que podamos interceptarlo antes de que vuelvan a destruirla.

—Necesito que busques información sobre alguien.

—¿Qué tipo de información?

—Cualquier cosa. Todo más bien. Fecha y lugar de nacimiento, dónde estudió, sus notas, amigos… Todo lo que puedas encontrar.

—Vale. ¿De quién estamos hablando?

Tomo una respiración profunda y me planteo si es buena idea decir lo que está a punto de salir de mi boca.

—No puedes decírselo a Zarco —murmuro.

Luna frunce el ceño, aunque, como la chica lista que es, no tarda en atar cabos.

—¿Quieres que investigue a tu mujercita? —Asiento con la mandíbula apretada—. ¿Por qué? ¿No te fías de ella?

—Tú solo… ¿Vas a hacerlo por mí o no?

—Puedo intentarlo, pero la chica es una jodida princesa de la mafia rusa. ¿De verdad piensas que no tienen más que asegurada la información sobre ella? No voy a encontrar nada.

—Creí que eras un genio del *hackeo*. ¿No puedes solo saltarte toda la seguridad o lo que sea que hagas?

—No funciona así, Lagos. La Bratva paga millones a gente muy preparada para salvaguardar la información en lo que respecta a los miembros de su hermandad. Solo conozco a una persona capaz de colarse en un sistema de seguridad tan blindado.

Inspiro hondo y mascullo una maldición.

—Angy —susurro al adivinar a quién se refiere.

—Exacto. Ella me enseñó todo lo que sé, y si hay alguna persona con habilidad suficiente para desenterrar toda la mierda que esconde la Bratva, los Yakuza, los capos italianos o cualquier hijo de puta que sepa empuñar un arma, esa es Angy.

—Está bien. De todos modos, inténtalo, y no le digas nada a Zarco de esto.

Mientras me alejo por el pasillo, barajo la posibilidad de llamar a Alex. Él es la única persona que conozco que tal vez pueda decirme dónde está Angy, sin embargo, sé que no podré mantenerlo en secreto. Alex no es Luna. A ella le importa una mierda lo que suceda a su alrededor mientras no le afecte de manera directa, pero Alex… No, lo más probable es que ese hijo de puta llame de inmediato a Zarco solo para crear un conflicto entre nosotros. Siempre ha sido un provocador. Disfruta jodiendo a los demás.



Capítulo 29

Ness

He logrado calmarme. Después de más de veinte minutos abrazando y oliendo a Bruno, al fin pude controlar mi propia mente sin tener que recurrir a ninguna otra acción más violenta, y eso me hace estar un poquito orgullosa de mí misma. Sigo estando jodida en todos los sentidos. Los pensamientos intrusivos, la culpa, la rabia… Todo está en su lugar, pero por una vez he logrado mandarlos a la mierda y salir de la crisis sin nuevas lesiones. «Punto para mí. ¡Que te jodan, Zmeya!».

Tras una ducha caliente, decido ir a la cocina y tomarme un buen trago para celebrar mi pequeño triunfo. No encuentro vodka por ningún lado, solo un par de botellas de tequila y algunas cervezas en el refrigerador. Me hago con una de ellas y me acomodo en uno de los taburetes altos que hay frente a la isla mientras doy pequeños tragos directamente de la botella. Ya casi he bebido la mitad cuando la puerta del apartamento se abre. Lagos estrecha su mirada sobre mí y empieza a caminar en mi dirección con rapidez. Lleva una bolsa de papel en la mano. No soy consciente de cuáles son sus intenciones hasta que lo tengo justo delante, haciéndose hueco entre mis piernas y hundiendo su lengua en mi boca.

Cierro los ojos y se me escapa un gemido cuando sus dedos aprietan mi cintura con fuerza. Se aparta de golpe, y tras dejar la bolsa sobre la encimera, sujeta uno de mis brazos, alza la manga de la camiseta unos centímetros e inspecciona la zona donde ya está cicatrizando la herida que me provoqué anoche. Cuando parece estar satisfecho de su escrutinio, repite la misma operación con el otro brazo.

—Hola a ti también —susurro con una ceja arqueada.

Bufa, y su aliento cálido golpea mi rostro.

—Necesitaba comprobar que has cumplido tu promesa —aclara, mirándome a los ojos.

Contengo el aliento sin saber qué responder a eso. Aunque pueda parecer un gesto controlador y algo posesivo, y tal vez debería sentir cierto rechazo por su falta de confianza en mí, la verdad es que me agrada que, por una vez, alguien esté preocupado por lo que pueda hacerme a mí misma.

—¿Qué traes ahí? —pregunto tras carraspear.

Se aleja unos centímetros y fija su mirada en el botellín de cerveza a medio beber que está junto a la bolsa. Enseguida lo coge y le da un trago largo antes de devolverlo a su lugar.

—La cena —responde, y sonríe mientras empieza a sacar del interior de la bolsa un montón de envases de comida para llevar.

El olor me llega a la nariz y mi estómago ruge en respuesta.

—Tiene buena pinta. ¿De dónde lo has sacado? —inquiero mientras lo veo rodear la isla y empezar a sacar platos y vasos del mueble superior.

—Acabo de volver de la ciudad.

Frunzo el ceño mientras espero a que él se gire para dejar sobre la encimera todo lo que ha recolectado.

—¿Has conducido más de quince minutos para ir a buscar comida?

—Casi veinte en realidad. —Sonríe y señala los envases de comida—. Te aseguro que lo valen. Los tacos de Rosita's son los mejores que probarás en tu vida.

—Eso no es difícil. Jamás los he comido —digo, encogiéndome de hombros.

Abre mucho los ojos, como si no esperara en absoluto mi respuesta.

—¡¿Hablas en serio?! —Asiento—. A ver, espera. ¿Hablas de los tacos o la comida mexicana en general? —Ni siquiera tengo que responder a su pregunta. Mi expresión divertida me delata—. ¡Dios santo! —Alza las manos al techo—. ¡Una virgen! —Suelto una carcajada enérgica y Lagos me mira sonriendo de oreja a oreja. Parece estar de mucho mejor humor que cuando se marchó.

—Supongo que la reunión con Zarco fue bien —suelto sin pensar.

Enseguida cambia el gesto a uno mucho más serio y se encoge de hombros. Sin responder, da media vuelta y saca un par de cervezas del refrigerador.

—¿Cenamos en la sala de estar?

Arqueo una ceja en dirección a su espalda. Ha evitado el tema de manera muy poco sutil. No insisto, al menos por el momento. Aún tengo que encontrar la manera de volver a colarme en el despacho de Zarco para fisgar en su ordenador, pero es un tema en el que prefiero no pensar esta noche.

—Claro —susurro, y me pongo en pie para ayudarlo a colocar todas las cosas en la mesa baja que hay frente al sofá.

En cuanto nos acomodamos, Lagos abre un envase y me lo tiende.

—Pruébalo. Quiero ver cómo te corres de gusto en cuanto te lo metas en la boca. —Casi escupo la cerveza que estaba tragando al escucharlo. Él parece darse cuenta de lo que acaba de decir porque ríe y niega con la cabeza—. Ya me has entendido. Vamos, dale un bocado.

Cojo con cuidado la tortilla rellena de lo que parece ser carne desmechada y bañada en salsa, le doy un mordisco y me tomo unos segundos para saborearlo antes de tragar. Es un poco picante, pero admito que está bueno.

—Está bien —digo tras limpiar mis comisuras con una servilleta.

—¿Solo bien? —Rueda los ojos y se quita las gafas, las deja sobre la mesa y regresa su mirada a mi rostro—. Es una puta maravilla culinaria y no voy a permitir que lo niegues.

—No soy fan del picante. Lo tolero, pero prefiero los sabores más dulces.

—Eso no hace falta que lo jures —comenta divertido.

Coge un envase de la mesa y empieza a comer.

—¿Cuál es tu plato favorito? —pregunta tras darle un trago a su cerveza.

—¿Dulce o salado? —respondo con un encogimiento de hombros mientras él sigue devorando

un taco tras otro. Me paro a pensarlo y enseguida lo tengo claro—. La ensaimada rellena de chocolate.

—¿La qué…?

—Es un dulce típico de Mallorca. La primera vez que la probé… —Me muerdo el labio inferior y alzo ambas cejas—. Eso sí fue un orgasmo gustativo, te lo aseguro.

Al volver a mirarlo, compruebo que toda su atención está puesta en mí. Traga con fuerza y exhala lento y pausado.

—Vuelve a hacer ese gesto y me abalanzaré sobre ti como un jodido animal —susurra, mirándome con intensidad.

Me remuevo incómoda por el calor y la humedad que se concentra en mi bajo vientre. ¿Por qué me pasa esto con él? Es capaz de encender mi deseo con solo una frase. Aparto la mirada y carraspeo antes de seguir comiendo.

Cenamos en silencio, y al terminar, Lagos se encarga de recogerlo todo y vuelve a sentarse a mi lado en el sofá. Lanza algo sobre la mesa y frunzo el ceño al ver que se trata de una baraja de cartas. Lo miro con una ceja arqueada.

—¿Quieres jugar a las cartas? —pregunto en tono divertido.

Antes de marcharse a la reunión con Zarco me prometió tomarme de todas las formas humanamente posibles. Lo que no pensé es que sentarnos a jugar a las cartas fuese una de ellas.

—Póker —aclara, y empieza a barajar las cartas. Las reparte y me tiende las mías—. Esta vez de verdad, Ness.

—¿A qué te refieres?

—Nadie juega tan mal. Anoche perdiste todas las manos a propósito. —Hago una mueca. Creí haber sido más sutil—. Hoy jugamos solos, y quiero que te quites la máscara.

Inspiro hondo y esbozo una pequeña sonrisa.

—Lagos, no quieres jugar contra mí.

—Eso ha sonado a amenaza. ¡Bien! —Da una palmada y se remueve el pelo rubio con los dedos—. Hagámoslo más interesante. Vamos a apostar.

—¿El qué? —inquiero con curiosidad.

—Secretos.

—¿Secretos? —Asiente—. Eres un hombre raro, Lagos. Cualquiera en tu lugar hubiese dicho la ropa.

Vuelve a mirarme de esa forma que hace que la sangre empiece a hervir en el interior de mis venas y esboza una sonrisa ladeada.

—No necesito ganarte a ningún juego para desearte desnuda debajo de mí, pequeña. Solo lo estoy aplazando.

Inspiro hondo y trago saliva con fuerza. «Esos jodidos ojos azules pueden convertirse en mi perdición», resuena en mi cabeza.

—¿Qué secretos? —pregunto, rompiendo el contacto visual para acomodar mis cartas.

—Tuyos, míos… Por cada mano que ganes podrás hacerme una pregunta y yo tendré que contestar con sinceridad. Si no quiero hacerlo, solo pediré que hagas otra, y lo mismo a la inversa si gano yo. ¿Te parece bien?

Sonrío y asiento. Este hombre no tiene ni idea de dónde se está metiendo. Al final de la partida voy a terminar sabiendo hasta la marca de papilla que tomó de bebé y seguiré siendo un misterio para él.

—Bien, juguemos entonces.



Capítulo 30

Lagos

Mi plan no está saliendo como esperaba. Creí que en un ambiente relajado podría sonsacarle información a Ness. Se me ocurrió la idea del póker porque también quise comprobar si de verdad está dispuesta a confiar en mí y no esconderse más tras esa máscara de chica dócil y sumisa. ¿Quién demonios podría haber imaginado que es una puta profesional jugando? En poco más de una hora ya le he contado casi todo sobre mi infancia. Que nunca llegué a conocer a mi madre, mi vida en la finca con Zarco, Luna, Alex, Beni y los demás… Incluso nuestra huida y cómo nos asentamos en Phoenix y poco a poco fuimos creando el Clan Z y haciéndolo crecer hasta que se convirtió en lo que es hoy. No obstante, no he podido sacarle absolutamente nada. La única mano que en realidad no llegué a ganar porque ella misma se descartó, pregunté sobre su relación con su hermano y solo me respondió que se llevan bien.

La miro de reojo y después las cartas que hay sobre la mesa. Tengo una buena posibilidad de ganar la mano con un *full* de reyes y ases. Dudo que pueda superarlo.

—Subo la apuesta —digo.

Ella me mira y esboza una pequeña sonrisa.

—Tienes algo grande —murmura, y niega con la cabeza—. No voy.

Aprieto el puño en gesto de victoria y me giro a medias para poder hablarle de frente. Tengo que pensar muy bien mi pregunta. No creo que tenga más oportunidades. Respiro hondo y la miro a los ojos.

—¿A qué edad empezaron a abusar de ti? —suelto, y contengo el aliento.

Sé que es demasiado arriesgado, y lo más probable es que no quiera responder, pero no podía desperdiciar la oportunidad.

—No decepcionas, Lagos —masculla entre dientes. Suspira y deja sus cartas sobre la mesa—. ¿Sabes lo que es la Zmeya?

Frunzo el ceño.

—Se supone que tienes que contestar a mi pregunta, no hacer una —me quejo. Ella arquea una ceja y decido seguirle el juego—. No me suena de nada. ¿Es algo ruso?

—Sí. —Inspira hondo y parece dudar, pero tras varios segundos de silencio, continúa—. La Zmeya era una subdivisión de la Bratva. Una especie de proyecto oculto en el que no solo traficaban con mujeres, también con niños.

¿Niños? ¡Qué demonios! Ni siquiera Urriaga, el mayor hijo de puta que he conocido, llegó a caer tan bajo. ¡Maldita sea, los niños no se tocan! Una idea se empieza a formar en mi mente y siento como una bola de angustia se instala en mi garganta.

—¿Qué edad tenías, Ness? —inquiero con un hilo de voz.

—Cuatro.

Mierda. Aprieto los puños y cierro la mandíbula con tanta fuerza que corro el riesgo de romperme un diente. ¿Qué clase de hijo de puta perturbado abusa de una niña de cuatro años?

—Sigue —pido. Me da igual que ya no estemos jugando. Necesito saberlo todo—. ¿Tu hermano lo sabía?

—No exactamente. Él… —Bufa y niega con la cabeza—. Es una larga historia, Lagos.

—Por favor —susurro entre dientes.

Parece pensarlo unos segundos, y al fin asiente.

—Mi madre fue la mujer de Yuri Zakharov, el padre de Mijaíl. Huyó de él y acabó casada con mi padre y mudándose a Irlanda. Allí nacimos Nikolay y yo.

—¿Nikolay?

—Mi otro hermano. Estaba en la boda. —Niego con la cabeza. Había bastante gente y nadie me lo presentó—. En fin, por hacer corta la historia, Yuri encontró a mi madre, la mató a ella y a mi padre, estuvo a punto de hacer lo mismo con Niko, se llevó a Mijaíl con él y a mí me entregó a la Zmeya. —Cierra los ojos, como si estuviese recordando esos momentos, y niega con la cabeza antes de seguir—. Solo tenía cuatro años y apenas puedo recordar pequeñas cosas. Nos despojaron de nuestras ropas y encerraron en un barco. Yo era la más pequeña del grupo. Allí conocí a Milena.

—¿Tu cuñada? —Asiente.

—Ella logró salir de ese infierno. Yo no tuve tanta suerte. Pasé casi trece años encerrada en distintos buques de carga, navegando por los océanos y sin apenas ver la luz del sol. Los guardias nos maltrataban y abusaban de nosotros cuando les daba la gana. Podían hacer lo que quisieran mientras no dañaran la mercancía. —Contengo un grito de pura frustración—. ¿Quieres que me detenga?

—No —siseo entre dientes.

Hundo los dedos en mi pelo y hago un gesto con mi cabeza para que continúe.

—Solo abandonábamos el barco cuando nos llevaban a las fiestas. Así las llamaban. Hombres ricos y poderosos bebían, se drogaban y follaban con mujeres, hombres y niños que, como en mi caso, no tenían forma de defenderse. A algunos les gustaba llegar más lejos. —Señala una cicatriz en la parte interna de su antebrazo—. Nos cortaban y quemaban. En algunas ocasiones también lo grababan. Se ponían cachondos con nuestro sufrimiento.

—¿Cómo saliste de allí? —inquiero. No estoy seguro de poder seguir escuchando todas esas atrocidades sin reaccionar.

—Yuri Zakharov murió y Mijaíl, que ya estaba buscándome desde hacía años, se alió con Milena. Ella conocía el funcionamiento de la Zmeya mejor que nadie porque creció en la misma situación que yo. Me rescataron, y desde entonces he tenido que aprender a vivir de una manera muy distinta a la que me enseñaron.

Bufo con fuerza, liberando todo el aire de mis pulmones, y me pongo en pie. No soy capaz de estar quieto mientras la rabia recorre mis venas a toda velocidad.

—Dime que tu hermano acabó con esa Zmeya o como se llame.

—Sí, él y Milena quemaron cada barco, rescataron a los chicos. Los que tenían familia fueron devueltos a ellos y para los otros crearon una especie de fundación en la que permanecieron hasta poder independizarse. Incluso ahora, muchos de ellos aún siguen apoyándose en la fundación. Yo tuve suerte al poder contar con Milena y mis hermanos. Me ayudaron a sanar.

Me siento de nuevo a su lado y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Quiero hablar con tu hermano. Si alguno de esos hijos de puta aún respira, me encargaré de que no sea así por mucho más tiempo. —Ness niega con la cabeza.

—Créeme, Mijaíl mató a todos los que pudo encontrar. Yo estoy bien. Todo está bien ahora. No quiero seguir anclada al pasado.

—Entonces, ¿la razón que te llevó a casarte conmigo no tiene nada que ver con tu pasado?

Se queda en silencio un buen rato, solo mirándome a los ojos antes de responder.

—Haz otra pregunta —dice, negando con la cabeza.

Exhalo y asiento. Supongo que ya he conseguido bastante información por el momento, aunque pretendo seguir investigando por mi cuenta.

—Está bien. Creo que te toca. Pregunta lo que quieras.

—¿Confías en Zarco? —inquiere de inmediato.

—Por supuesto.

—Si te pido que no le cuentes nada de lo que te he dicho, ¿lo harías por mí?

Mierda. Le juré lealtad a Zarco. Es mi mejor amigo. Lo más parecido que tengo a un hermano. Nunca le he ocultado nada. Bueno, aparte de lo de Bailey, claro. Sin embargo, esto es distinto. Me pidió que vigilara a Ness, que descubriera sus intenciones. Si no le cuento lo que sé, estaría traicionándolo, pero si lo hago… Miro a Ness y resoplo con fuerza. Se ha abierto a mí. Confía en mí para hablarme de su pasado. No puedo defraudarla.

—No diré ni una palabra —afirmo.

—En ese caso, creo que he terminado de jugar. Ahora me gustaría que me explicaras mejor de qué trata eso de tomarme de todas las formas humanamente posibles que mencionaste antes de irte.

Esbozo una sonrisa ladeada y mi polla se tensa en cuestión de segundos.

—Estaré encantado de hacerte una demostración práctica.



Capítulo 31

Ness

Tres semanas después

Esquivo las manos de Lagos mientras intento vestirme. Es como un pulpo. Lo empujo despacio, pero solo logro que me sujete con más fuerza. Su boca va a parar a mi cuello y gimo cuando clava sus dientes en mi piel. Se supone que íbamos a comer juntos, pero, en realidad, ninguno de los dos ha probado ni un solo bocado del almuerzo, que aún seguirá sobre la isla de la cocina.

—Vas a llegar tarde —susurro, hundiendo mis dedos entre sus mechones rubios.

—No puedo —dice, y sigue mordisqueando mi cuello hasta llegar al lóbulo de mi oreja.

—Entonces apártate.

—No quiero —gruñe.

Sonrío, y esta vez deja que lo empuje por los hombros. Bufa con fuerza y sacude la cabeza mientras retrocede unos cuantos pasos.

—Voy a llegar jodidamente tarde.

—Eso es lo que llevo diciendo media hora. —Me pongo la camiseta y termino de abrocharme los vaqueros mientras él me observa con atención.

Lo miro, y por un segundo dejo de respirar. No sé en qué momento me he vuelto tan dependiente de este hombre. Dormimos juntos cada noche, comemos, jugamos a las cartas, hablamos durante horas… Y sí, también tenemos mucho sexo.

—Zarco va a matarme como no aparezca en menos de cinco minutos.

—¿Qué es tan importante?

Se detiene a medio camino de arreglarse el pelo con las manos y me mira de reojo.

—Haz otra pregunta —masculla.

Asiento. Esta dinámica se ha convertido en una costumbre entre nosotros desde la noche en la que le hablé de mi pasado. Podemos intentar averiguar cosas el uno del otro, pero si hay algo que no queremos contestar, simplemente no lo hacemos.

—¿Volverás pronto?

—Eso espero. —Se acerca y deposita un beso fugaz en mis labios.

—Espera. Voy contigo. He quedado con Bailey para mis clases de tiro.

Lagos ríe y niega con la cabeza. Hace ya un par de semanas que decidí aceptar el ofrecimiento de Bailey. No me disgusta la idea de aprender a defenderme por mi cuenta. Además, ya que no he podido acceder aún al despacho de Zarco, no está de más acercarme a su mujer. Al menos esa era mi idea inicial, hasta que empecé a conocerla mejor. Me cae bien. Es una buena persona. En realidad, creo que en esta casa la mayoría lo son. En esa mayoría no incluyo a Luna. Sus constantes pullas y provocaciones empiezan a colmar mi paciencia. A Beni apenas lo he visto un par de veces, y Zarco… Él es todo un enigma. Quiero pensar que si Lagos confía tanto en él es por algo, pero yo sigo sin tenerlo claro. Al fin y al cabo, es un Urriaga.

—Ten cuidado con Bailey. Si la dejas, te convertirá en una soldado de élite —comenta Lagos mientras salimos del apartamento.

Por alguna razón, ese comentario me afecta. Siempre habla de ella con cariño, incluso con devoción. Inspiro hondo por la nariz, y cuando llegamos a la puerta del ala privada de Zarco, suelto mi mano de la suya y paso al interior.

—¡Oh, mierda! —escucho la exclamación de Bailey y dirijo la mirada a la zona de la cocina.

Me giro enseguida al comprobar que Zarco y Bailey están allí, medio desnudos y en una actitud que podría ser catalogada no apta para menores. Sin poder evitarlo, me fijo en la expresión de Lagos. Agacha la cabeza, y esa sensación desagradable en la boca de mi estómago se acrecienta.

«Pobre niña idiota. Está enamorado de ella. A ti solo te usa como un juguete más de la Zmeya. Es para lo único que has servido siempre. Eres la distracción». Trago saliva con fuerza e intento apagar la maldita voz de mi cabeza mientras me muerdo el interior de la mejilla con fuerza. Ya noto el sabor a sangre en mi paladar cuando escucho las pisadas y enseguida Bailey aparece en mi campo de visión.

—Hola —saludo con un hilo de voz—. Siento que hayamos interrumpido, eh… Bueno…

—Tranquila. ¿Lista para tu clase de tiro? —Asiento, y me atrevo a echar un vistazo en dirección a Lagos. La está mirando a ella.

Zarco se acerca y me dirige una mirada poco amistosa antes de dar un leve apretón al hombro de Lagos.

—Los demás nos están esperando. ¿Estás preparado? —Mi marido asiente.

No sé qué es lo que van a hacer hoy, pero parece importante. Mientras tanto, yo tengo que encontrar la manera de entrar al despacho de Zarco como sea.

Lagos

Hoy es el gran día. Con un poco de suerte e ingenio, lograremos atrapar al hijo de puta de Sandoval. Zarco y yo salimos de su ala privada y nos dirigimos al garaje, donde Oscar y más de una treintena de hombres ya nos esperan. Aunque nuestro jefe y líder no acostumbra a trabajar sobre el terreno, en esta ocasión ha decidido acompañarnos. Él desea más que nadie acabar de una vez por todas con los cabos sueltos del cártel de Sonora.

—¿Cómo está Beni? —pregunto cuando ya nos hemos acomodado en la parte trasera del todoterreno blindado.

Mi amigo resopla con fuerza y se encoge de hombros.

—Mal. Creí que con la prótesis sería más fácil, pero solo puede usarla un par de horas al día hasta que se vaya acostumbrando. Lo máximo que ha logrado hasta ahora es mover un dedo. No era lo que esperábamos.

—Aún es pronto. Solo hace una semana que la tiene.

—Sí, lo sé. Bailey no deja de repetirlo. Además, la amputación es muy reciente. Puede pasar al menos un año hasta que consiga hacer funcionar la prótesis, y más aún para que se adapte a ella.

Asiento y aparto la vista hacia la ventanilla. Una parte de mí se siente culpable por lo mal que lo está pasando Beni. Era un chico alegre y extrovertido, siempre intentando seguir los pasos de Zarco, demostrar su valentía y coraje, y ahora… Bueno, ese chico ya no existe. La granada que mi propio padre hizo explotar le arrebató las ganas de vivir.

—Estamos llegando —informa Sancho desde el asiento del conductor.

Zarco y yo nos miramos y asentimos mientras empuñamos nuestras pistolas. Los demás van armados con rifles de asalto y ametralladoras de corto alcance. Nosotros no las necesitamos. Cuando entremos en esa casa, el camino ya estará despejado. Solo iremos a darle el tiro de gracia a Sandoval, y si Samu, su hijo y hermano de Luna, también está allí, correrá su misma suerte.



Capítulo 32

Lagos

Los vehículos se detienen de forma brusca frente a una casa de dos plantas algo apartada de la carretera principal. Antes de que tengamos tiempo de salir, empiezan los disparos. Inspiro hondo y abro la puerta. Nuestros hombres han acabado con la vida de todos los guardias que custodiaban la casa y ya se están adentrando en su interior. Zarco, Oscar y yo los seguimos a poca distancia. Pronto, un par de nuestros chicos son abatidos, pero no nos detenemos. Es lógico que intenten defenderse.

—¡Lo tenemos! —escucho cuando el sonido de las detonaciones cesa.

Acabamos de acceder a la segunda planta, esquivando cadáveres y sorteando armas que hay esparcidas por el suelo. Avanzamos por un pasillo largo, y entonces Oscar y yo nos adelantamos. Alzo la pistola por precaución, en caso de que alguien intente atacar a Zarco. Aparte de mi mejor amigo, también es el líder del Clan Z, y cualquiera de nosotros lo protegería con su vida sin dudarlo ni un segundo. Cruzo el umbral de lo que parece ser un dormitorio y lo veo a él. Está arrodillado en el suelo, semidesnudo, con las manos atadas a la espalda y una brecha en la frente de la que sale un hilo de sangre que cae sobre su mejilla izquierda. Bajo la pistola y me hago a un lado para que Zarco pueda entrar en la habitación.

—Hola, grandísimo hijo de perra —sisea entre dientes.

Sandoval alza la cabeza y esboza una sonrisa que cruza su rostro de oreja a oreja.

—Gabriel, te veo bien, muchacho. —Fija su atención en mí—. Y tú, Arturo, ¿aún sigues siendo su perro de caza? —Después desvía la mirada hacia Oscar—. ¿Sigues vivo? A estas alturas creí que ya habrías seguido el mismo camino que tu madre. —Doy un paso lateral para colocarme frente a Oscar. No quiero que pierda el control de nuevo. Sin embargo, él se mantiene impasible y centrado. Sandoval escupe un poco de la sangre que le llega a los labios desde la herida de la frente y chasquea la lengua con diversión—. Ha sido el Rata, ¿verdad? Esa escoria me ha delatado.

Zarco se agacha frente a él, sonriendo.

—Esas son las consecuencias de relacionarte con gente sin honor ni lealtad, tarde o temprano

se vuelven en tu contra. ¿Dónde está Samuel?

—¿De verdad crees que voy a entregarte a mi hijo? —Niega con la cabeza justo antes de recibir un puñetazo por parte de Zarco. Cae hacia atrás y soy yo quien se acerca para levantarlo de nuevo—. Ahora nos ponemos agresivos. Qué bien. —El muy hijo de puta, a pesar de tener un pómulo hundido, sigue sonriendo—. Por cierto, ¿cómo está mi pequeña Luna? Decidle de mi parte que papi la echa de menos.

Zarco alza su pistola y lo apunta a la cabeza. Su mirada es de auténtica furia. Sé que se está conteniendo para no matarlo a golpes, y también por qué lo hace. Quiere ser más que un salvaje sin escrúpulos por ella, para ella, para Bailey.

—Saluda tú a mi padre de mi parte —sisea con rabia.

—¡Espera! —Sandoval pierde la sonrisa de inmediato—. No quieres matarme, muchacho.

—Yo creo que sí —digo sin poder contenerme.

—Dispara de una maldita vez —masculla Oscar desde cerca de la puerta.

—Si lo hace, las más de setenta mujeres que Urriaga dejó escondidas no volverán a ver la luz del sol.

—¿De qué demonios hablas? —Zarco lo agarra del pelo canoso y alza su rostro con violencia.

Sandoval recupera la sonrisa y niega con la cabeza.

—Están encerradas y nadie irá a por a ellas a no ser que yo lo ordene, y si muero… Bueno, es una pena, ya que muchas de ellas ni siquiera son mayores de edad.

—Está mintiendo —dice Oscar.

Zarco me mira a mí y niego con la cabeza de manera casi imperceptible. No sé si dice o no la verdad.

—¿Qué te hace pensar que eso me importa? No tengo complejo de superhéroe. Millones de personas mueren cada día, setenta más o menos…

—Ella está allí —dice Sandoval, interrumpiéndolo.

—¿Quién es ella? —pregunto.

El muy hijo de puta se toma su tiempo para apartar la mano de Zarco y acomodarse el cabello cubierto de sangre antes de contestar.

—¿No os falta un miembro en vuestro círculo de amiguitos de la infancia? El traidor de Alexandro está en Sonora con su fiel protector Raimundo. Vosotros hace mucho que os independizasteis con Luna y el pequeño Benito. ¿Quién podría ser la persona que tengo en mi poder?

Zarco y yo volvemos a mirarnos y sé que ambos estamos pensando lo mismo. «Angy».

—Como eso sea verdad, juro que te arrancaré las pelotas y haré que te las tragues —brama Zarco, levantándolo con un tirón contundente.

—Puede que nunca lo sepas.

Esta vez es mi amigo el que sonríe.

—Créeme, cuando él acabe contigo lo sabré. —Señala a Oscar, y este alza su mano y lo saluda, haciendo bailar sus dedos con lentitud mientras mueve el cuello de un lado a otro—. Metedlo en el coche. Nos lo llevamos a casa —ordena.

Enseguida, un par de hombres se encargan de sacarlo del dormitorio y me acerco a Zarco. Oscar también se une a nosotros.

—¿Crees que dice la verdad? —inquiere Oscar.

—No lo sé, pero tampoco puedo arriesgarme —sisea Zarco, y veo como saca su teléfono.

—Cuando estuve en la finca, le pregunté a Alex por ella y no quiso decirme nada —informo.

—Pues ahora va a tener que hablar o iré a por él yo mismo —replica, y se lleva el teléfono a la

oreja. Tras unos segundos de espera, parece que alguien atiende la llamada. Supongo que es Alex porque Zarco hace una mueca de disgusto—. Me importa una mierda lo que estés haciendo. Necesito hablar contigo. Quiero saber dónde demonios está Angy. —Se queda callado unos instantes y su mandíbula se tensa—. Alex, no tientes tu suerte. Tengo a Sandoval aquí y asegura que Angy está encerrada en algún lugar junto a más de setenta mujeres. ¿Tienes algo que decir al respecto? —Frunce el ceño y aparta el teléfono para mirar la pantalla—. El hijo de puta me ha colgado —murmura sorprendido.

—Prueba a llamarlo de nuevo —sugiere Oscar justo cuando el teléfono empieza a sonar en su mano.

Se lo lleva de nuevo al oído tras contestar de manera fugaz.

—¿A ti qué mierda te pasa, imbécil? —Se queda callado, mira de nuevo la pantalla y cierra los ojos antes de pinzarse el puente de la nariz con dos dedos—. Zakharov, creí que era otra persona. Eh… Sí, está bien. —Otro silencio y niega con la cabeza—. No hay problema. Os esperamos.

Sin despedirse, cuelga la llamada y maldice en voz baja.

—¿Qué ocurre? —inquiero.

—Tu familia política está de camino.

—¿A dónde? —Frunzo el ceño, confuso.

—¿A dónde va a ser? ¡Aquí, joder! Están aterrizando. Tenemos que volver a casa ya mismo.

—¿Qué quiere el ruso? —pregunta Oscar.

—Hablar de negocios. No ha dado más explicaciones. ¡Maldita sea! ¿Es que todo tiene que pasar al mismo tiempo? Vámonos. Seguiré intentando contactar con el idiota de mi hermano de camino a casa.



Capítulo 33

Ness

Nada, en el maldito ordenador no había absolutamente nada. Después de semanas intentando acceder a ese despacho, incluso tuve que involucrar a Gavrel en el asunto, y resulta que no encontré ni una sola pista de su paradero. Si Zarco sabe algo, si está al tanto de lo que ocurrió, no ha dejado constancia de ello en ninguno de sus archivos personales.

Aprieto a Bruno con fuerza contra mi pecho y resoplo. No sé qué más puedo hacer o dónde buscar. ¿Es posible que todo esto del matrimonio no haya servido para nada? Al menos he encontrado a Lagos. Él… «No es tuyo», me recuerda una voz en mi cabeza. Es cierto. Está enamorado de Bailey, y yo necesito frenar este encaprichamiento por él antes de que sea demasiado tarde.

Es muy difícil mantenerse impasible y no sentir nada cuando estoy segura de que jamás encontraré un hombre tan perfecto como lo es Lagos. A pesar de esa agresividad y salvajismo en la cama, que ni siquiera me molesto en fingir que no me agrada, en el día a día, cuando estamos juntos, se comporta de forma tan cariñosa… Me cuida. Siempre está pendiente de cada una de mis necesidades. No he vuelto a lastimarme a mí misma porque se lo prometí y, en el fondo, no quiero decepcionarlo.

La puerta de mi dormitorio se abre y Lagos no tarda en localizarme. Se acerca con lentitud. Tiene el pelo revuelto, probablemente por haberse pasado la mano por él en varias ocasiones. Se detiene junto a la cama y se quita las gafas con una exhalación profunda. Es tan guapo… Cada vez que lo miro solo tengo ganas de saltar sobre él y comérmelo a besos.

«Has caído en la trampa de tu oponente. Vas a perder la partida», me recuerda la voz de Viktor. Tal vez sea cierto. Lagos ha logrado que me confíe y baje la guardia. Lo que siento por él… ¡Mierda, ni siquiera puedo pensarlo! Carraspeo y alzo la mirada a sus ojos.

—¿Problemas? —pregunto.

Se encoge de hombros y se sienta en el borde del colchón. No da más explicaciones, por lo tanto, deduzco que lo que sea que ha ocurrido tiene que ver con la misión esa secreta y tan importante de la que no ha querido hablar esta mañana.

—Fuera, Bruno —susurra, y me quita el peluche para poder tumbarse sobre mí y acomodar su cabeza sobre mi pecho. Se me escapa una sonrisa cuando lo escucho suspirar mientras nuestras piernas se entrelazan.

—¿Estás bien, Lagos? —inquiero, y hundo los dedos entre sus mechones rubios para acariciar su cabeza.

—Sí, solo necesito unos segundos de paz antes de que todo se complique aún más.

—¿Qué es lo que va a complicarse? —Suspira de nuevo y le doy un pequeño tirón de pelo para que alce la cabeza y poder mirarlo a la cara—. ¿Tiene algo que ver con lo que sea que hayas estado haciendo esta tarde?

—Haz otra pregunta —susurra.

—No confías en mí, ¿verdad?

Frunce el ceño y se echa hacia un lado, aunque sigue muy pegado a mí.

—Y tú, ¿confías en mí?

—Más de lo que lo hago en la mayor parte de las personas que conozco.

—Entonces, que tu hermano esté a punto de llegar aquí no tiene nada que ver con tu plan maestro, ¿no?

—¿Mijaíl? —inquiero sorprendida. Lagos asiente—. ¿Cuándo llega? No tenía ni idea.

Toma una bocanada profunda y me besa de forma fugaz antes de ponerse en pie.

—Lo más probable es que ya esté en la casa. Debemos ir a recibirlo.

—¿Va a quedarse? ¿Qué es lo que hace aquí?

—Eso vas a poder preguntárselo tú misma. —Coge a Bruno de la cama y lo coloca en mi regazo. Es como si supiese que estrechar entre mis brazos este peluche viejo y deshilachado calma mis nervios—. ¿Te espero o nos alcanzas abajo?

—Eh… No, adelántate tú. Quiero cambiarme de ropa.

Lagos asiente y se dispone a salir del dormitorio, pero a medio camino, frena y se gira a medias para mirarme.

—Me estoy jugando mucho por ti, Ness. Espero que sepas valorarlo —escupe las palabras sobre su hombro y se marcha.

Me quedo mirando con fijeza el lugar por el que acaba de irse durante un buen rato. No sé qué hace Mijaíl aquí, pero eso no implica que me sienta menos culpable. Lagos está ocultando información a su jefe y mejor amigo porque yo se lo pedí, y, a cambio, solo recibe mentiras y secretos por mi parte. Tal vez haya llegado el momento de sincerarme. Confío en él y sé que me ayudará.

Tras cambiarme de ropa, salgo del apartamento. Recorro todo el pasillo pensando en la mejor manera de contarle a mi marido ese gran secreto que tanto me he esforzado en preservar. Espero que no me juzgue, aunque tampoco sería descabellado que lo hiciese. Algunos días, yo misma soy incapaz de vivir con el peso mis propios actos. Estoy a punto de llegar a la escalera cuando escucho unas voces. Por puro instinto, me detengo y permanezco oculta tras la esquina del pasillo. Reconozco a quienes hablan. Son Oscar y Luna, y parecen estar discutiendo en voz baja.

—Deja que vaya contigo —pide ella.

—No —responde Oscar en tono contundente.

—¿Por qué?

—Por la misma razón por la que Zarco no permitió que nos acompañaras esta tarde al encuentro. Es tu padre, Luna, el hijo de puta más retorcido y asqueroso de este jodido mundo.

¿Su padre? ¡Sandoval! Aprieto los puños con fuerza y disfruto de la punzada de dolor que se extiende por las palmas de mis manos.

—Los hay peores —masculla ella—. No puedes pedirme que me mantenga al margen cuando lo tengo a solo unos metros de mí. Cinco minutos a solas con él en el sótano, es todo lo que te pido.

El sótano. ¡Sandoval está aquí! ¿Eso es lo que estuvieron haciendo esta tarde? La misión secreta era capturar al cabrón de Héctor Sandoval y lo han traído aquí, a esta casa. «A tu alcance», resuena en mi cabeza.

—La respuesta sigue siendo la misma.

—¡Oscar! —la voz de Luna suena casi infantil. Como un niño pidiéndole a su padre permiso para salir. Aunque no puedo verla, me la imagino enfurruñada, con los brazos cruzados y pateando el suelo—. Vamos, es solo…

—No, y es mi última palabra. No vas a acercarte a menos de veinte metros de este puto maníaco. Grita, patalea, salta o baila si quieres, pero mi postura seguirá siendo la misma.

Escucho como sus voces se van apagando a medida que se alejan, y cuando estoy segura de que ya no pueden verme, salgo de mi escondite sonriendo de oreja a oreja. Voy a jugármela. Sandoval puede ser mi mejor solución, aunque esta vez no actuaré por mi cuenta. En cuanto pueda hablar con Lagos a solas, se lo contaré todo. Estoy segura de que me ayudará a apretarle las tuercas al padre de Luna para que me dé la información que busco.



Capítulo 34

Lagos

Zakharov no ha venido solo. Su mujer, Milena, lo acompaña, y también un tipo que se ha presentado como su socio. Karaj, he oído hablar de él. Lidera la mafia albanokosovar que actúa en gran parte de Europa. Si han venido juntos, tal vez sea porque de verdad quieran hablar de negocios con Zarco y no tenga nada que ver con Ness.

En mitad de la sala de estar principal, todos nos miramos algo inquietos. Luna y Oscar acaban de unirse a nosotros, este último debería estar ya en el sótano, sacándole información a Sandoval de la forma que mejor se le da, sin embargo, la visita inesperada de los rusos lo está retrasando todo, y eso nunca es bueno. Sandoval es un hijo de puta de cuidado. Nunca sabes cuándo miente o dice la verdad. Sería capaz de vender a su propia madre si le sirviese para salvar su propio pellejo. Dejándolo a solas en su celda del sótano solo le damos tiempo para elaborar una nueva historia convincente que vendernos a cambio de su libertad. Setenta mujeres encerradas, entre ellas algunas menores y Angy. Solo necesito echar un vistazo rápido en dirección a Zarco para darme cuenta de que sigue pendiente de su teléfono. Alex no ha devuelto ninguna de sus llamadas.

Pasamos varios minutos conversando de cosas banales. El tiempo, el viaje de nuestros invitados… Entonces aparece Ness y puedo notar la mirada escrutadora de Zakharov sobre ella. No hace amago de acercarse a abrazarla o saludarla de forma efusiva. Ambos cabecean y es Milena la que da un paso al frente.

—Te veo bien, Ness —comenta, aunque por la forma en la que la mira, deduzco que está buscando alguna señal en su expresión o postura.

Lo entiendo, de verdad. Ness es una de ellos, o lo era hasta hace poco más de un mes. Les importa su seguridad y quieren cerciorarse de que los malvados miembros del Clan Z no la hayan lastimado de alguna forma. Una parte de mí se alegra de que muestren signos de preocupación, no obstante, mi parte posesiva e irracional solo quiere darles un puñetazo por pensar siquiera que alguien podría ponerle un dedo encima a mi esposa sin sufrir las consecuencias. Jamás lo permitiría. Ella es mía, y estoy harto de fingir lo contrario.

—Gavrel, me alegro de verte —dice Ness.

La miro a ella y después al albanés. Se sonríen, y no solo de forma amistosa. El maldito hijo de puta se atreve a repasarla de pies a cabeza con una expresión seductora. Inspiro hondo y mi mandíbula se tensa cuando el aguijón de celos se clava en mi pecho. «Gavrel. Es con él con quien Ness habla a escondidas». Un recuerdo asalta mi mente. Poco después de que nos acostáramos por primera vez y ella me confesara lo que vivió en su infancia, le pregunté si había tenido relaciones con otros hombres después de ser liberada. «Solo con uno. Un socio de mi hermano. No funcionó». Esa fue su respuesta, y ahora, aquí, viéndolos juntos, me queda claro que Karaj es ese tipo.

—*Dukesh bukur, e dashur*[4].

Ness vuelve a sonreír por lo que sea que le ha dicho ese imbécil, y se aparta el cabello del rostro negando con la cabeza. Aprieto los dientes con tanta fuerza que los escucho rechinar. Es como si estuviese presenciando un puto ritual de apareamiento delante de mis narices y ¡con mi jodida esposa! Doy un paso al frente y rodeo la cintura de Ness con mi brazo para atraerla a mi costado. Todos me miran, pero me importa una mierda.

—¿Y si hablas en un idioma que todos podamos entender? —siseo entre dientes.

El albanés clava su mirada en la mía y frunce el ceño. Sus piernas se separan, adoptando una posición defensiva. ¿Cree que voy a golpearlo? Bien, porque es posible que lo haga. Si tan solo vuelve a dirigirse a mi mujer, estaré más que encantado de lanzarle un puñetazo a esa cara perfecta de idiota que tiene. Un gesto, una palabra y me abalanzaré sobre él.

Zarco carraspea y giro la cabeza en su dirección sin dejar de estrechar a Ness contra mi costado. Arquea una ceja en una pregunta silenciosa: «¿Qué demonios haces?». La respuesta no es sencilla. ¿Qué hago? Marco territorio, o tal vez solo haya dejado salir a esa bestia posesiva e irracional que vive en mi interior. Estoy cansado de luchar contra ella, de querer ser distinto a todos los que me rodean, al menos en lo que respecta a Ness. Es. Jodidamente. Mía. Cualquiera que piense distinto puede decírmelo a la cara y despedirse de sus seres queridos porque estará a punto de exhalar su último aliento.

No me pasa desapercibida la sonrisita en el rostro de Bailey. Es ella la que toma el mando de la conversación, ya que los demás parecen estar demasiado interesados en saber cuál será mi siguiente movimiento. No es propio de mí comportarme de esta forma. Zarco es el impulsivo y yo la voz calma y serena que lo guía, bueno, al menos era así hasta ahora.

—Supongo que pasaréis la noche aquí —comenta Bailey.

Milena aleja su mirada de mí un instante para contestar.

—Si no es mucha molestia…

—En absoluto. —Zarco señala el pasillo que hay junto a la escalera que lleva a los dormitorios de nuestros hombres—. Pediré que os preparen un par de habitaciones.

—¿Podemos hablar en privado? —inquiere Zakharov, y se ajusta el nudo de la corbata.

—Claro, pasemos a mi despacho. —El ruso da un paso al frente y el albanés lo sigue. Su mujer no lo acompaña. No soy idiota. Pretende quedarse a solas con Ness. Supongo que es algo lógico que quiera hablar con ella y ponerse al día, pero también existe la posibilidad de que todo esto sea una trampa y mi mujer esté involucrada en ella—. Lagos, ven —ordena Zarco. Respiro hondo y asiento. Supongo que estoy a punto de descubrirlo.

Sin pensarlo demasiado, me coloco frente a Ness y la atraigo contra mi cuerpo. Estampo mi boca contra la suya sin importarme quién nos mire. Como siempre, ella responde a mi beso de inmediato. Hundo mi lengua entre sus labios y la saboreo, sintiendo como su pequeño cuerpo se adapta al mío. Nada más soltarla, retrocedo un poco y acaricio la cicatriz de su mejilla con

suavidad.

—Vuelvo enseguida —susurro.

Ness me mira con los ojos muy abiertos por la sorpresa. En estas semanas, durante las cenas en el ala privada de Zarco, y algunas veces también en la sala de juegos, jamás he tenido un gesto cariñoso con ella en público. Lo nuestro era algo privado, que solo nosotros disfrutábamos en la intimidad de nuestro apartamento. No sé muy bien por qué he sentido la necesidad de marcarla así frente a los demás. Tal vez sean los celos, o mi propia inseguridad por la presencia del albanés o simplemente que quiero recordarle que estoy a su lado, que puede confiar en mí en el caso de que vaya a hacer algo en contra de los míos.

—Lagos —Zarco vuelve a llamarme, y exhalo con fuerza por la boca.

Lanzo una última mirada a mi esposa y después a Oscar. Él asiente. Me ha entendido sin tener que pronunciar ni una sola palabra. Va a cuidarla mientras yo no esté.

Ness

La partida ha cambiado y ahora mismo no sé si voy ganando o perdiendo. Lagos se ha comportado de manera muy extraña frente a los demás. Ya estoy acostumbrada a sus ataques de testosterona en privado. Cuando estamos a solas se convierte en un hombre distinto, demandante, posesivo y apasionado, muy distinto al tipo con pinta de bibliotecario y rey de la templanza que aparenta ser en público. No lo entiendo porque, a pesar de su beso inesperado y esa manera de marcar territorio, podría jurar que estaba cabreado.

En cuanto se marcha con Zarco, Mijaíl y Gavrel, Oscar y Luna toman asiento en uno de los sofás de la sala de estar y actúan como si no estuviesen vigilándome. Lo hacen fatal. Puedo notar como me miran de reojo, aunque aparentan estar hablando entre ellos. Milena se pone frente a mí y busca mi mirada. Es extraño que no haya acompañado a su marido a esa reunión que parece tan importante. Mi hermano es un Rey Korol, cuenta con la protección y el apoyo del mismísimo Pakhan de la Bratva y, sin embargo, es incapaz de tomar una decisión importante sin contar con la opinión de su mujer.

—Ness, ¿me acompañas a instalarme? —pregunta, y, por la forma en la que arquea su ceja, sé que lo único que pretende es que nos alejemos de los dos espías que nos vigilan.

—Sí, claro. —Dirijo la mirada hacia el sofá donde Oscar y Luna siguen fingiendo hablar entre ellos.

—¿Dónde va a quedarse mi familia? —inquiero.

Es Oscar quien me mira primero y frunce el ceño.

—Los dos primeros dormitorios del pasillo este —responde. Asiento y hago el amago de salir de la sala de estar, pero su voz a mi espalda me detiene—. Y Ness… —Me giro a medias—. Nosotros somos tu familia.

Sin saber qué contestar ante esa declaración, hago un gesto con mi cabeza para que Milena me siga y retomo mi camino. No tardo en encontrar los dormitorios que me ha indicado Oscar. Ambas pasamos al interior de uno de ellos y escucho como la puerta se cierra.

—¿Tienes hambre? El vuelo es largo, y si no habéis cenado aún…

—Déjate de tonterías, Ness —me corta mi cuñada—. No hemos venido hasta aquí para cenar. ¿Qué está pasando?

—¿A qué te refieres? —inquiero, arqueando una ceja.

—Gavrel nos ha contado lo del favor que le pediste. ¿Qué es lo que estás buscando y por qué aquí, entre los miembros del Clan Z?

—Maldito bocazas —mascullo entre dientes.

—No lo culpes. Está preocupado, al igual que Mijaíl, y yo también. Sé que esta locura de casarte con… con…

—Lagos —le recuerdo.

—Lo que sea. Está relacionado con la Zmeya, ¿verdad? —Bufa y pone los brazos en jarra. Lleva puesto un vestido negro brillante de tirantes con una abertura lateral y, al moverse, puedo ver la cartuchera que está enganchada a su muslo. Milena siempre va armada y se las arregla para lucir arrebatadoramente bella—. Ness, ¿me estás escuchando?

—¿Cómo está Arya? La echo de menos.

—Bien, en casa con Niko. Ahora deja de desviar el tema. ¿Qué está pasando?

Suspiro y asiento. Sé que esta vez no voy a lograr librarme de su interrogatorio. Han venido hasta aquí por mí. Se preocupan por mí. Lo menos que puedo hacer es contarles mi plan, aunque con ello solo logre empeorar la situación.

—Está bien. Siéntate y escucha atentamente. Voy a contártelo todo, pero tienes que prometerme que ni tú ni Mijaíl intervendréis. Esto es algo que necesito hacer por mí misma.

—¿De qué hablas?

Tomo una respiración profunda y exhalo con lentitud. Allá vamos. El día que tanto he temido acaba de llegar, y no sé si estoy preparada para hacer partícipe a nadie más de esta parte de mi vida, aunque tampoco tengo otra opción. Milena me servirá como ensayo porque hoy mismo pienso decirle a Lagos toda la verdad.



Capítulo 35

Lagos

Nada de esto tiene sentido. Hace más de una hora que nos encerramos en el despacho y Zakharov no deja de parlotear sobre cosas sin sentido. El negocio de los diamantes, nuestra red de distribución… Casi parece como si estuviese haciéndonos un examen o, peor aún, entreteniéndonos. Deslizo mis gafas por el puente de la nariz y contengo un resoplido cuando vuelve a sacar el tema de los diamantes.

—Zakharov, creo que ya le has dado demasiadas vueltas —gruñe Zarco. Él también está harto de esto y no tiene tanta paciencia como yo—. ¿Vas a ir al grano de una jodida vez?

Coloco mi mano sobre el hombro de mi amigo y le doy un leve apretón de manera disimulada. No es bueno que pierda los papeles ahora. Conociéndolo, esto puede terminar muy mal.

—¿Tan extraño te parece que quiera asegurarme del buen funcionamiento de mi negocio? —inquiere, arqueando una ceja—. Me estoy jugando mucho aquí y debo comprobar que todo se hace de la forma adecuada.

—Te recuerdo que nosotros también nos la estamos jugando. —Zarco bufa con fuerza y se frota la barba en un gesto de frustración contenida—. A ver si lo he entendido, vienes a mi casa sin avisar y pretendes pedirme explicaciones sobre el trabajo que mis hombres y yo llevamos a cabo. ¿Quién te crees que eres? —El ruso va a decir algo, pero mi amigo no se lo permite—. No te confundas, Zakharov. Agradezco tu ayuda. Me echaste una mano cuando lo necesité y siempre estaré en deuda contigo por eso, pero no eres mi jefe y, por supuesto, no vas a recibir un trato superior. Somos socios con todas las consecuencias. Si quieres que sigamos en esa línea, adelante. En caso contrario, puedes volver a España, Rusia o donde te salga de las pelotas, pero lejos de mi territorio.

Zakharov se inclina hacia delante y veo el brillo de una pequeña navaja curva en su mano izquierda. Me tenso y echo el brazo hacia atrás para sujetar la empuñadura de la pistola que llevo en la parte baja de la espalda.

—Tienes agallas para hablarme en ese tono, Zarco, y solo por eso voy a perdonarte la vida —masculla sin inmutarse. Estira una mano y empieza a limpiarse las uñas con la punta de la

navaja.

Mi amigo se pone en pie con lentitud y sin dejar de mirarlo. Me temo lo peor. Zarco no lleva nada bien que lo amenacen, y menos aún en su propia casa. Una vez más, aprieto su hombro, pero él se sacude mi mano con un gesto furioso.

—Fuera de mi casa —sisea entre dientes.

—Zarco… —empiezo a decir, pero soy interrumpido por el albanés.

—Tranquilicémonos todos. Aquí no solo está en juego un negocio. Ness está casada con tu hombre, Zarco, y debemos hacer lo más conveniente por nuestra chica.

¿Nuestra? ¡¿El muy hijo de puta ha dicho «nuestra»?!

—Mía —gruño, atrayendo todas las miradas. Me muevo rápido, me quito las gafas y las lanzo sobre mi hombro, rodeo la mesa y en solo un pestañeo tengo al puto Karaj sujeto por el cuello—. Es mi chica. Mi. Maldita. Mujer. ¿Lo has entendido o tengo que grabártelo en la puta frente con el cortaúñas de tu amigo?

—¡Lagos! —grita Zarco, pero por primera vez en mi vida no voy a obedecerlo.

—¡Zarco, aparta a tu hombre de mi socio! —ordena Zakharov.

El albanés reacciona empujándome, y antes de ser consciente de lo que estoy haciendo ya le he dado un puñetazo. El muy hijo de perra me lo devuelve, así que regreso a la carga. Logramos lanzarnos unos cuantos golpes más, arrasamos con gran parte de las cosas que hay sobre el escritorio, y creo que también rompemos una estantería antes de que Zarco y Zakharov nos separen.

—¡Estate quieto, maldita sea! —brama mi amigo mientras me sujeta por detrás.

Sigo mirando la cara ahora ensangrentada del imbécil, con la respiración alterada y la rabia bullendo en mi interior. Quiero matarlo solo por haber puesto sus ojos sobre ella.

—¡Karaj, suficiente! —Zakharov también lo agarra.

—Está bien, déjame. —El ruso lo suelta y sonríe, tocándose el labio partido—. Si le haces daño…

Echo la mano de nuevo hacia atrás y agarro el arma en cuanto noto que Zarco afloja su agarre.

—Veamos si puedes terminar esa frase —farfullo mientras lo apunto a la cabeza.

—Hijo de puta, baja la pistola. —Karaj y Zakharov no se mueven, pero tampoco retroceden ni parecen asustados—. ¡Lagos, maldita sea! —Zarco me rodea y se pone en la trayectoria de la bala que estaba a punto de disparar—. Relájate, hermano.

Inspiro hondo por la nariz y noto como un hilo de sangre recorre mi mejilla. No puedo matarlo. Si lo hago, estaré empezando una guerra con la familia de Ness, y ella… Joder, no quiero ponerla en esa situación. Dejo que mi brazo caiga y Zarco respira aliviado.

—Ahora que ya nos hemos tranquilizado todos, ¿qué te parece si descansamos un rato y retomamos esta reunión por la mañana? —Mi amigo no parece demasiado convencido, pero asiente.

—Largaos de una vez —sisea, y señala a Karaj—. Haz el favor de mantenerlo alejado de mi chico, por su propio bien.

Zakharov saca al albanés del despacho casi a rastras, y en cuanto la puerta se cierra, Zarco golpea la madera maciza con el puño cerrado.

—No voy a disculparme por defender lo que es mío —siseo con los dientes apretados.

—¿Tuyo? ¿Todo esto es por la rusa? ¡¿De verdad has estado a punto de mandarnos a la guerra por un jodido coño?!

La mirada que le lanzo es de auténtica furia.

—Es mi mujer. Te recomiendo que empieces a tratarla con respeto —replico.

Retrocede y cabecea confuso.

—Mierda, hermano. ¿Qué te está pasando? Tú no eres así.

—¡Tú tampoco lo eras hasta que Bailey apareció en tu vida! —bramo—. ¡¿Cómo reaccionarías si un jodido idiota la devorara con la mirada frente a tus putas narices?! ¡Peor aún! ¡¿Lo has escuchado?! ¡¿Nuestra chica?! —Esta vez soy yo el que descarga toda la rabia golpeando la puerta—. ¡¿A qué mierda ha venido eso?! ¡Es mi mujer, joder! ¡Me pertenece a mí, a nadie más!

—Vale, creo que lo voy entendiendo —murmura en tono conciliador. Se acerca y hago un verdadero esfuerzo para no empujarlo cuando me sujeta por la nuca y pega su frente a la mía—. Estoy contigo, hermano. Es tu mujer y nadie va a quitártela. —Asiento, tragando saliva con fuerza y con el pecho subiendo y bajando de manera violenta—. Ahora ve a descansar. Relájate y mañana resolveremos toda esta mierda.

Doy media vuelta y abro la puerta de un tirón. Antes de salir, me detengo.

—Zarco, estoy dispuesto a matar a ese hijo de puta si se atreve a provocarme de nuevo —digo sin girarme.

—Lo sé, y yo estaré a tu lado, como siempre. Al fin y al cabo, ya hemos ganado una guerra, podremos con otra.



Capítulo 36

Ness

Milena aún está intentando asimilar todo lo que le he contado cuando la puerta de la habitación se abre con tanta fuerza que golpea la pared. Lagos me mira desde el umbral. Tiene el pelo rubio alborotado y la camiseta tipo polo arrugada y rasgada en la zona del cuello, aunque lo peor es su rostro. No lleva gafas y un reguero de sangre sale de su ceja izquierda y recorre su mejilla hasta el mentón. Está furioso, puedo notarlo en su postura tensa, en la forma en la que aprieta los puños y esa mirada desquiciada e intensa que me recorre de pies a cabeza.

—Ness, nos vamos. —No es una petición. Me está dando una orden clara y concisa.

Me levanto del lugar donde estaba sentada al borde de la cama y frunzo el ceño, confusa.

—¿Qué te ha pasado?

—¡Nos vamos! —repite, esta vez más alto.

—Oye, no le hables así —intercede Milena.

Lagos camina hacia a mí con decisión, sujeta mi mano y me arrastra en dirección a la salida. Milena se interpone en su camino y se cruza de brazos.

—Apártate o lo hago yo —sisea entre dientes.

Ella esboza un amago de sonrisa y arquea una ceja.

—Respeta, perro —escupe.

Un paso, eso es todo lo que llega a dar Lagos antes de que mi cuñada saque la pistola y lo apunte a la cabeza.

—Milena, baja el arma —pido.

Los dedos de Lagos se aferran a mi muñeca con fuerza. Me está haciendo daño, pero no me quejo. Si lo hago, sé que Milena no dudará en dispararle.

—¿Vas a irte con este salvaje? —Dirige su mirada a mí, aunque sigue apuntándolo—. No tienes que hacerlo, Ness. Si quieres regresar a casa…

—Ella no se va a ningún lado —afirma Lagos, temblando de rabia.

Mi cuñada está en lo cierto. Ahora mismo Lagos parece un animal salvaje. No sé qué le ocurre, pero sí que este hombre no es el que yo conozco. Tiene que haber sucedido algo muy

grave, y necesito saber qué es.

—Todo está bien —digo para intentar tranquilizarlos a ambos—. Descansa, Milena, nos vemos por la mañana. —La veo dudar durante unos segundos, después suspira y baja la pistola.

En solo un pestañeo, Lagos vuelve a retomar la marcha. Pasamos por su lado y salimos de la habitación. Va tan rápido y sus zancadas son tan largas que tropiezo con mis propios pies y estoy a punto de caer. Se detiene, masculla una maldición en voz baja, y antes de que pueda adivinar cuál es su intención, el mundo se vuelve del revés cuando me coloca sobre su hombro y sigue caminando como si nada.

—¡Ey! ¡¿Qué estás haciendo?! ¡Lagos, bájame! —exclamo, sujetándome con fuerza a su cintura.

Decir que me ignora sería el eufemismo del año. Creo que ni siquiera llega a escucharme. Sube las escaleras con rapidez y recorre el pasillo mientras yo sigo pidiéndole que me deje en el suelo. No lo hace, y tampoco se detiene cuando entramos en el apartamento. Mi pelo me impide ver a dónde nos dirigimos con exactitud. Solo cuando me lanza sobre la cama soy consciente de que estamos en su dormitorio.

Lo miro sin aliento, y estoy a punto de preguntar una vez más qué demonios le pasa, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta al ver como se quita la camiseta por la cabeza y la lanza al suelo antes de tirar de mi tobillo para acercarme al borde del colchón.

—Voy a follarte tan fuerte… —Toma una respiración profunda y se inclina sobre mí—. Me meteré tan dentro de ti que no volverás a recordar a ningún otro.

—¿Qué…? —consigo empezar a decir antes de que su boca cubra la mía.

Me besa con rabia, hundiendo su lengua en mi boca y tirando de mi ropa mientras mueve mi cabeza a su antojo. Apenas soy capaz de respirar. Quiero saber qué es lo que le pasa, pero por más que intento apartarlo de mí no me lo permite. Al fin, aleja su boca de la mía y muerde mi cuello con saña. Contengo un alarido de dolor y vuelvo a empujarlo. Pesa demasiado y me tiene completamente inmovilizada. Estoy segura de que, si se tratara de otro hombre, ya habría entrado en pánico, pero con él no porque en el fondo sé que jamás me forzaría a hacer algo que no deseo.

—Nadie volverá a tocarte nunca más —masculla contra mi clavícula.

—Lagos, para. —Ejerzo más presión sobre su pecho. No me escucha y sigue lamiendo y besando mi cuello mientras sus manos se cuelan bajo mi camiseta. Su erección se clava en mi muslo y lo escucho resollar con fuerza—. ¡Detente, maldita sea! —grito. Esta vez me hace caso. Se pone en pie de un salto y me mira, respirando de forma agitada—. ¿Qué demonios te ha pasado? —inquiero sin aliento.

No contesta. Bufa con fuerza y comienza a caminar de un lado a otro de la habitación como un jodido león enjaulado. Cada poro de su piel rezuma rabia y agresividad. «Un animal salvaje». Cierto, Milena no pudo definirlo mejor. Me acomodo la ropa lo mejor que puedo y me siento en el borde de la cama sin dejar de observarlo con atención.

—No vas a irte con ellos —afirma, deteniéndose de golpe frente a mí. Hunde los dedos en su pelo rubio y vuelve a resoplar—. No dejaré que te lleven a ningún lado, Ness.

—¿Puedes tranquilizarte un momento y decirme qué ha ocurrido? —Señalo su rostro, aún manchado de color carmesí, aunque gran parte de la sangre ahora está en mi ropa también—. ¿Quién te ha golpeado, Lagos?

—El hijo de puta del albanés —sisea con furia.

—¿Gavrel? —Arrugo el entrecejo, confusa—. ¿Por qué te ha pegado?

—Créeme, él ha quedado peor, y si Zarco no lo hubiese impedido, ya estaría muerto.

Me pongo en pie y sacudo la cabeza de un lado a otro. No entiendo nada. Gavrel no es un

hombre violento.

—¿Él está bien?

La mirada furiosa que me lanza me deja paralizada en el sitio.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Quieres saber si tu amante no ha sufrido daños?

—¿Amante? Gavrel es mi amigo —aclaro.

—Claro que sí. —Suelta una falsa carcajada y retoma su recorrido por la habitación, hacia un lado, media vuelta y después hacia el otro—. ¿Vas a negar que estuvisteis juntos? ¡Él es el tipo con el que estuviste, el socio de tu hermano!

—¿Y qué pasa con eso? Gavrel y yo…

—¡Deja de decir su maldito nombre! —gruñe entre dientes.

Tomo una respiración profunda y me cruzo de brazos.

—Salimos un tiempo hace años. No veo por qué eso tenga que afectarte. Ahora somos amigos.

—¡Te escuche, joder! ¡Lo llamas! ¡Hablas con él a escondidas!

Ahora soy yo la que empieza a cabrearse. ¿Por qué actúa de esta forma tan irracional? No tiene ningún sentido.

—Lagos, creo que no estoy entendiendo a dónde quieres llegar con toda esta escena. ¿Qué es lo que te molesta realmente?

—¡¿Aún lo preguntas?! —Se lleva las manos a la cabeza y tira de su cabello en todas direcciones—. ¡Está aquí! ¡Tú hablas con él!

—¡¿Y qué?! ¡No entiendo a qué demonios viene esto! ¡¿Por qué te cabrea que hable con él por teléfono?! ¡Maldita sea, tú mismo me diste permiso para acostarme con quien me diera la gana!

Se acerca en un par de zancadas y sujeta mi rostro entre sus manos.

—¡Eso fue antes!

—¿Antes de qué? —Intento apartarlo, pero no se mueve ni un centímetro.

—Antes de tenerte, antes de que tú y yo… —Exhala con fuerza y su aliento golpea mi rostro—. Dije toda esa mierda antes de que fueras mía.



Capítulo 37

Ness

Mi corazón se detiene. ¿Suya? ¿Cree que soy suya? Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—No te equivoques, Lagos. Hace mucho tiempo que dejé de ser una propiedad. Ahora suéltame, por favor.

Se queda muy quieto durante unos segundos y después retrocede. Lo escucho respirar con dificultad, vuelve a hundir los dedos en su pelo y niega con la cabeza.

—No voy a permitir que te vayas con él, Ness. No puedo hacerlo.

—Yo no he dicho que quiera marcharme. Aún no he terminado aquí —replico.

Su mirada regresa a mí. Parece confuso, aunque sigue cabreado.

—¿Y qué es lo que quieres? Habla claro. ¿Qué buscabas en el despacho de Zarco? ¿Por qué ha venido tu hermano con ese imbécil? ¡¿Qué mierda está pasando?!

—Sinceramente, pensaba decírtelo.

—¡Entonces hazlo, joder!

Niego con la cabeza.

—No creo que estés en condiciones de mantener esta conversación. Además, el hombre que tengo delante de mí ahora mismo no es el mismo que se ha ganado mi confianza. Intenta calmarte.

Gruñe de nuevo, llevándose las manos a la cabeza.

—¡Esto es una mierda! —Me sobresalto al escuchar el estruendo que produce la madera de la cómoda al rajarse cuando él la golpea con una patada.

—Lagos, para —pido una vez más.

—¡No! ¡Estoy harto de no hacer nada! —Se acerca de nuevo y me atrae hacia él, rodeando mi cintura con los brazos—. ¡Se lo has contado a él, ¿verdad?! ¡Ese hijo de puta lo sabe!

Lo empujo con fuerza y esta vez no se resiste.

—¡¿Se puede saber qué demonios tienes en contra de Gavrel?!

—¡Cree que eres suya! Ha tenido las pelotas de venir hasta aquí y reclamarte en mis propias narices.

—Aunque fuese así, ¡¿qué importa?! No hay nada entre nosotros. —Señalo el espacio vacío entre su cuerpo y el mío—. Nuestro matrimonio no es más que una jodida transacción comercial.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Eso es lo que sientes? —inquiere, abriendo mucho los ojos.

—¿Por qué pareces sorprendido? —Sonrío incrédula, negando con la cabeza—. ¿Quieres hacerme creer que tú no piensas lo mismo?

—¿Y qué si no lo hago? —farfulla con la mandíbula tensa.

—¡Vamos, Lagos! Es tu ego el que está herido. No puedes evitar sacar a ese neandertal que llevas dentro al ver que alguien mea cerca de lo que crees que te pertenece.

—No lo creo. Tú. Eres. Mía —dice, haciendo énfasis en cada palabra.

—¿Y dónde queda Bailey en todo esto?

—¿Bailey?

—Sí, ya sabes, la mujer de tu jefe y mejor amigo. La misma por la que babeas cada vez que pasa frente a ti. No puedes evitar mirarla con ojitos tiernos cuando la tienes delante. Suspiras por ella. ¡Maldita sea, la quieres!

—No. Yo no… —Traga saliva con fuerza y niega con la cabeza—. No lo sé, ¿vale? Bailey es la mujer de Zarco, y tú…

—No voy a ser la sustituta de nadie —siseo con rabia. Doy un paso adelante y me enfrento a su mirada—. No he pasado por un infierno para convertirme en el premio de consolación de alguien que ni siquiera es consecuente con sus propios deseos y sentimientos.

—Ness…

—Da igual —murmuro, y retrocedo negando con la cabeza. Tomo una respiración profunda y aparto la mirada—. Creo que ambos necesitamos un momento para tranquilizarnos. Date una ducha, cúrate esa herida en la ceja y después hablamos.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Saldré al jardín a dar un paseo —respondo de inmediato.

Siento sus dedos en mi barbilla y me obliga a mirarlo.

—¿Vas a buscarlo a él?

—No, Lagos. Esa parte de mi vida lleva cerrada mucho tiempo. Gavrel es solo un buen amigo. Puedes creerme o no, es tu decisión.

Exhala con fuerza y asiente con la cabeza.

—No tardaré. Tenemos que seguir hablando, y esta vez, te pido por favor que seas sincera conmigo. Te apoyaré en todo lo que pueda, pero necesito saberlo. —Asiento y me alejo en dirección a la salida.

No miro atrás, y tampoco digo nada mientras abandono la habitación. A pesar de este arranque de locura, sé que Lagos sigue siendo el mismo. Confío en él y mis planes no han cambiado. Voy a contarle toda la verdad.

Lagos

Paso más de media hora bajo el agua caliente y, aun así, no soy capaz de calmarme del todo. Cada vez que pienso en ese hijo de puta de Karaj, la rabia me hace apretar los dientes con fuerza. Después está lo que dijo Ness antes de marcharse… Es cierto. No es justo que la trate como un premio de consolación. Quiero a Bailey, estoy enamorado de ella desde el día en que la conocí, aunque sé que jamás podré tenerla. Lo de Ness es… Bufo con fuerza. No tengo ni idea de lo que es. Mis sentimientos no han cambiado. «No lo han hecho, ¿verdad?».

Salgo del baño y, tras vestirme, me dirijo a la habitación de Ness. Nada más entrar, su aroma

me golpea el rostro como un jodido puñetazo. Aún no ha vuelto. Camino hasta el borde de la cama y cojo su peluche entre mis manos. Bruno. No puede ser más feo, pero ella lo adora. Hace un par de semanas le propuse comprarle otro si me dejaba tirarlo, y se negó en rotundo. Sonrío al recordar su gesto de indignación solo por haberlo mencionado.

Escucho unos pasos acercarse y me giro sobre mí mismo. En solo unos segundos veo aparecer la cabeza de Oscar en la entrada. Frunzo el ceño. ¿Qué demonios hace aquí?

—Llamé a la puerta, pero nadie me abrió —dice—. ¿Dónde está Ness?

—En el jardín —respondo exhalando.

—¿Qué hace de noche en el jardín? —Entra en el dormitorio y se me queda mirando con el ceño fruncido.

—No lo sé. Supongo que necesitaba un poco de espacio y estar sola. —Hago una mueca de disgusto y me pinzo el puente de la nariz. «Necesitaba alejarse de ti porque te comportaste como un idiota». Cierto.

Al mirar de nuevo a Oscar, compruebo que me está tendiendo mis gafas. Las cojo y, tras ponérmelas, asiento a modo de agradecimiento.

—¿Alguien va a decirme qué fue lo que pasó en el despacho? Y ya que estás, ¿qué mierda te has hecho en la cara?

—El puto albanés —siseo entre dientes.

Mi amigo se cruza de brazos y arquea una ceja, interrogante.

—¿Quieres que lo mate?

Contengo una carcajada. Esperaba esa respuesta. Puede que Oscar no sea mentalmente estable, pero nadie puede atreverse a decir que no se preocupa por los suyos. Sé que moriría por cualquiera de nosotros.

—Yo me ocupo, pero gracias por el ofrecimiento.

Lo observo mientras se sienta en el borde del colchón y me quita el oso de peluche de las manos. Lo mira y hace una mueca de asco.

—Qué cosa tan fea —murmura.

Suspiro y tomo asiento a su lado.

—Lo sé, pero a Ness le encanta. Siempre duerme con él.

—Creí que lo hacía contigo. —Esboza media sonrisa mientras me mira de reojo—. ¿Qué está pasando con esa chica? Y puedes guardarte la mierda de «estamos intentando que nuestro matrimonio funcione». Sé que solo accediste a casarte con ella para alejarte de Bailey.

Aprieto los labios con fuerza y respiro hondo.

—¿Alguien más lo sabe? —inquiero sin mirarlo.

—Todos, a excepción de Zarco y la propia Bailey, o al menos eso espero.

—No puedo evitarlo —mascullo—. Lo he intentado, de verdad. —Siento su mano en mi hombro y cierro los ojos con fuerza—. Creí que al casarme con Ness pondría una especie de barrera entre Bailey y yo.

—¿Hay una barrera más grande que el hecho de que ella sea la mujer de tu mejor amigo?

—No lo sé —contesto, encogiéndome de hombros.

—¿Y Ness? Porque esa posesividad con la que la besaste hoy delante de todos… Tú no eres así, hermano.

—¿No lo soy? Ya no estoy tan seguro de ello. Llevo conteniéndome mucho tiempo, desde que… —Suspiro—. Ya sabes lo que pasó en el sótano de la finca. Juré que no me convertiría en uno de esos hijos de puta que usan a las mujeres como pedazos de carne, sin embargo, durante las últimas semanas, con Ness es precisamente lo que he estado haciendo.

—¿Seguro? A mí no me parece solo algo físico. ¿Has pensado que tal vez esa obsesión con Bailey solo sea un espejismo? Te gusta su forma de ser, a mí también. Nos criamos rodeados por mujeres dóciles y sumisas a las que despojaron por las malas de cualquier pizca de carácter. Cuando ella apareció fue como una jodida revelación. Creo que yo también me colgué un poco por Bailey. —Lo miro de reojo y sonrío al ver que se rasca la nuca con gesto avergonzado.

Lo agarro por la nuca y busco su mirada.

—Sé paciente, hermano. Tarde o temprano se dará cuenta —digo, y sé de inmediato que ha entendido a qué me refiero.

Chasquea la lengua y aparta la mirada.

—Mis mierdas no importan ahora. —Se pone en pie y da una palmada sonora—. ¿Vas a hacer algo con Ness? Me cae bien, y creo que tú estás loco por ella, pero aún no lo sabes.

—No quiero lastimarla —susurro.

—Pues no lo hagas. —Vuelve a rascarse la nuca con gesto confuso—. No sé, liga con ella o algo así.

—¿Ligar con ella? —pregunto, arqueando una ceja.

—Sí, es tu esposa. Guíñale un beso y lánzale un ojo. —Suelto una carcajada y niego con la cabeza.

—Eres imbécil y no tienes ni una pizca de gracia.

—¿Cómo crees que consigo sacar información a nuestros enemigos? Los torturo con chistes malos hasta que cantan. Por cierto, ¿empiezo con Sandoval? Zarco me dijo que esperara, pero después se encerró en su ala privada y no he vuelto a saber nada de él.

Bufo y me encojo de hombros.

—Espera hasta mañana. Las cosas con el ruso están tensas y prefiero que estés atento.

—Bien. Estaré en la sala común con los chicos. Si necesitas algo, solo dilo.

—Gracias, Oscar —susurro mientras abandona la habitación.

Vuelvo a mirar a Bruno y resoplo con fuerza. Estoy demasiado confuso. Ya no sé lo que pienso ni lo que siento. Solo espero poder averiguarlo antes de que Ness regrese. No voy a dejar que vuelva a evitar mis preguntas. Esta misma noche tendrá que contarme todo lo que lleva ocultando desde que nos casamos, y también le debo una disculpa. La forma en la que la traté hace un rato es inaceptable. Me dejé llevar por la ira y… ¿Celos, tal vez? Solo espero que pueda perdonarme.



Capítulo 38

Ness

Doy varias vueltas por la zona menos iluminada del jardín. La noche es clara, aunque bastante fría también. Empiezo a notar como mis brazos desnudos se resienten, así que regreso al interior de la casa. Varios guardias de los que no recuerdo el nombre me saludan al pasar. Esta no es una noche como cualquier otra. La tensión y el nerviosismo se palpa en el ambiente. Todas las luces de la planta baja están encendidas y se escuchan voces que seguramente provengan de la sala común donde se reúnen los hombres del Clan Z, los soldados y matones, todos aquellos que no pertenecen al círculo íntimo de Zarco.

No suelo deambular por la casa, y mucho menos de noche. Sé que Zarco tiene un despacho que apenas utiliza, supongo que es el que usó hoy para reunirse con mi hermano y Gavrel. Las reuniones importantes de verdad, con su gente de confianza, siempre transcurren en la pequeña oficina de su ala privada, la misma en la que yo he entrado en un par de ocasiones a escondidas. Biblioteca, dormitorios privados, varios baños y una enorme cocina donde gente del servicio se encarga de preparar comida para todos los que habitan en esta mansión, pero ningún sótano, al menos no que yo haya visto. Supongo que el acceso estará en algún lugar cercano, pero ¿dónde? Sandoval está allí, encerrado en una celda, eso fue lo que entendí de la conversación que escuché a escondidas entre Oscar y Luna.

Al llegar a la cocina, descubro que está desierta. Las luces están apagadas y no se escucha ningún otro sonido más que el zumbido bajo que emite el enorme refrigerador de tres puertas. Estoy a punto de regresar sobre mis pasos cuando lo oigo, unas pisadas y después el sonido de una puerta al abrirse. Corro a esconderme tras la enorme península recubierta de granito oscuro que preside la estancia y contengo la respiración. Hay un breve destello de luz, alguien entra en la cocina y después se aleja.

—¿Qué estás haciendo? —reconozco la voz de Oscar.

Por un instante pienso que puedo haber sido descubierta, pero entonces alguien más le contesta.

—Acabo de hacer la ronda por el sótano. —Es Pablo, estoy segura.

—¿Todo en orden?

—Sí, ese hijo de puta sigue encerrado en su celda. Me ha ofrecido dos millones de dólares a cambio de que lo libere.

Se escucha una risa baja y después una palmada.

—Su sentencia de muerte ya ha sido firmada —replica Oscar—. En cuanto amanezca y los rusos se marchen, disfrutaré enviándolo al mismo infierno en el que Urriaga se encuentra.

Cruzan un par de palabras más y los escucho alejarse a ambos. Solo cuando estoy segura de que no pueden descubrirme, me atrevo a salir de mi escondite. «Van a matarlo por la mañana», resuena en mi mente. Debería regresar al apartamento y contarle a Lagos toda la verdad. Tal vez él me ayude a sacarle a Sandoval la información que necesito antes de que sea demasiado tarde, sin embargo, corro el riesgo de que quiera avisar a Zarco antes y… No confío en él.

Miro a un lado y a otro, intentando averiguar de dónde salió Pablo. Me muevo por la cocina, y en un lateral encuentro una puerta. La abro en el más absoluto silencio. Está oscuro. Tanteo la pared interior con la mano y doy con un interruptor. Tras presionarlo, una luz tenue ilumina la estancia. Es una especie de cuarto de la colada. Hay varias lavadoras, secadoras, cestos con ropa, estanterías colgadas repletas de productos de limpieza y, al fondo, otra puerta más. Me adentro en la habitación y recorro casi de puntillas los escasos metros hasta llegar a ella, es de madera de color negro y parece maciza y robusta. Rezo en mi mente para que esté abierta, y al tirar de la manilla descubro que es así. Más oscuridad y un olor que solo puedo definir como cargado y húmedo, el típico de una bodega.

Sin pensarlo demasiado, busco en la pared algún interruptor, pero no encuentro nada. Por lo poco que logro ver, hay una escalera que desciende hasta un nivel inferior. El sótano. Estoy segura de que he dado con él. Espero unos segundos, me muerdo el interior de la mejilla, planteándome la posibilidad de dar la vuelta y hacer las cosas de otra forma, sin embargo, la ansiedad se apodera de mis actos. Ya he esperado demasiado.

Mantengo una mano pegada a la pared mientras desciendo escalón a escalón. Casi tropiezo al llegar abajo. Entonces toco lo que parece ser un interruptor y la luz me ciega por unos instantes.

—¿Tú quién demonios eres? —escucho su voz, aún con los ojos cerrados, e inspiro hondo por la nariz.

Mis párpados se separan con lentitud, y entonces lo veo, uno de los mayores hijos de perra que he conocido nunca. Cuando Pablo mencionó la palabra «celda», no creí que hablara de forma literal. El sótano está dividido en dos partes, una de ellas, en la que yo me encuentro, es como una zona de observación. Hay varias mesas repletas de instrumentos y herramientas, desde cuchillos y machetes afilados hasta alicates y varios taladros también. Una verdadera antesala de tortura. Al otro lado están las celdas, con sus rejas y cadenas ancladas en la pared de ladrillo rojizo. Al menos cuatro, pegadas unas a las otras en línea. En una de ellas se encuentra Sandoval, atado con cuerdas gruesas a una silla metálica.

Me acerco despacio, observo su cara hinchada y con pequeños cortes, seguramente por haber sido golpeado. Sigue teniendo esa mirada de cabronazo retorcido a pesar de que el paso de los años es evidente en su rostro algo arrugado y cabello blanquecino.

—¿No me recuerdas? —mi voz sale más débil de lo que pretendía mientras me pego a la reja de la puerta y lo miro directa a los ojos—. No tienes buen aspecto, Sandoval.

Una de sus comisuras se estira y esboza una sonrisa macabra.

—*Ryzhaya* —susurra—. Te queda bien el cabello oscuro, aunque te prefiero al natural.

Escuchar ese apodo que tanto detesto, salir de sus labios, hace que mi estómago se retuerza. La bilis sube por mi garganta y se me nubla la vista mientras recuerdos del pasado invaden mi

mente. «Siempre estaré aquí, *Ryzhaya*». Sacudo la cabeza de un lado a otro para librarme de esos pensamientos y aprieto los puños con fuerza. El dolor en las palmas de mis manos me ancla al presente, al menos lo bastante como para poder mantener el control sobre mí misma.

—¿Dónde está? —pregunto, y esta vez logro que mi voz suene con más contundencia.

Sandoval suelta una carcajada tenebrosa y niega con la cabeza.

—Supe que tu hermanito te rescató y acabó con la Zmeya. Es una pena. Conservo buenos recuerdos de las fiestas. Eran… —Cierra los ojos con gesto de satisfacción y sonríe de oreja a oreja—. Sublimes. Toda esa carne tan tierna e inocente…

—Hijo de puta —siseo asqueada—. Sois unos malditos enfermos.

—Vamos, *Ryzhaya*, admite que tú también lo disfrutabas. No te quejaste, no te resististe ni una sola vez.

La culpa me atenaza. Es cierto. Nunca me resistí. Conocía las consecuencias de hacerlo. Me instruyeron desde muy joven para ser obediente y complacer a cualquiera que deseara tenerme. Aun así, si tan solo me hubiese rebelado una vez, quizás habría sido distinto.

—Solo quiero saber dónde está —insisto.

—Yo lo sé. Puedo darte su ubicación exacta si a cambio…

—No voy a liberarte —lo corto.

El muy cabrón vuelve a reír.

—Por supuesto que lo harás. El matrimonio con Lagos, unirte a esta pandilla de perdedores mediocres… —Chasquea la lengua y vuelve a sonreír—. Has llegado muy lejos, *Ryzhaya*.

—¿Cómo sabes todo eso? —inquiero.

—El cártel de Sonora tiene ojos y oídos en todas partes. Zarco y sus… mascotas están bien vigilados. Ahora deja de hacer preguntas estúpidas y sácame de aquí.

Niego con la cabeza. No puedo hacerlo. Liberar a Sandoval significa dejar a un hijo de puta en la calle y, peor aún, traicionar a Lagos.

—Dime dónde está y le pediré a Oscar que te mate rápido.

—Entonces la información que buscas morirá conmigo. Piénsalo bien.

—Encontraré a alguien más.

—Urriaga está muerto, Lagos padre también. Solo quedo yo. Es cuestión de tiempo que yo siga sus pasos, y entonces habrás perdido tu oportunidad. Es tu decisión. —«No puedo estar planteándome liberarlo. ¡No! ¡Mierda, no puedo hacerlo!». Escuchamos como la puerta se cierra y unas pisadas en la escalera—. Piensa rápido —susurra Sandoval.

Tomo una respiración profunda y retrocedo hasta que mi espalda está pegada a la pared. Dirijo la mirada al final de la escalera, estoy justo detrás de quien sea que esté bajando. Podría esperar a que pasara frente a mí, con suerte no me vería, y salir del sótano. Le doy vueltas a esa idea hasta que la veo, es Luna. Camina en dirección a la celda donde está Sandoval con pasos contundentes.

—Hola, padre —dice con voz grave.

—Lunita, mi niña. ¿Me has echado de menos?

Solo soy consciente de lo que está a punto de ocurrir cuando la veo alzar el brazo. Lleva una pistola en la mano.

—Primero tú y después Samuel. Es una promesa, hijo de perra —escupe las palabras, y el terror se dibuja en la mirada de Sandoval.

Va a matarlo, estoy segura, y entonces jamás podré encontrar lo que busco. Sin ser apenas consciente de mi próximo movimiento, agarro un bate de béisbol metálico que hay sobre una de las mesas de utensilios de tortura y me acerco a Luna por detrás. Mi intención es noquearla, pero antes de que pueda llegar a su lado, algo me delata. Se gira rápido, y entonces actúo por puro

instinto. Echo los brazos hacia atrás y la golpeo en el rostro. Su cuerpo cae al suelo y la pistola se le escapa de las manos. Suelta un alarido de dolor, y al incorporarse compruebo que está sangrando por la nariz.

—Lo siento —susurro antes de correr y agacharme para coger el arma.

—¡Hija de puta, me has roto la nariz! ¡¿Qué demonios haces?!

Inspiro hondo y apunto a la cerradura metálica de la celda. Aparto un poco el rostro y aprieto el gatillo. El sonido de la detonación se amplifica en un lugar tan cerrado. No estoy segura del tipo de insonorización que tiene el sótano, espero sea suficiente como para que nadie haya escuchado el disparo. Entro en la celda y empiezo a soltar los nudos de las cuerdas que mantiene inmovilizado a Sandoval. Al terminar, me giro y lo apunto a la cabeza. Luna parece demasiado aturdida por el golpe como para levantarse.

—Bien jugado, *Ryzhaya* —dice Sandoval, sonriendo de oreja a oreja.

Pego el cañón de la pistola a su sien y lo miro directamente a los ojos. La decisión está tomada y no hay vuelta atrás. Al fin y al cabo, esto es por lo que llevo esperando tantos años. Al fin podré encontrarla.

—Ahora voy a sacarte de aquí y me dirás dónde demonios está mi hija.



Capítulo 39

Lagos

Tras mucho esperar, y cuando ya me estoy planteando ir en busca de Ness, la puerta del apartamento se abre de forma brusca y Zarco entra con gesto serio y cabreado.

—¿Qué ocurre? —pregunto, levantándome del sofá en el que llevo tirado más de una hora.

—Tu jodida mujer, eso ocurre. ¡Ha soltado a Sandoval!

—¿Cómo dices? Tiene que haber un error.

—¡La acabo de ver por las putas cámaras! Está yendo hacia la puerta. Oscar la ha interceptado, pero va armada.

—No puede…

—¡Maldita sea, Lagos! ¡Vámonos de una vez! —grita.

Asiento, y ambos salimos corriendo del apartamento. Bailey se une a nosotros en el pasillo y, tras bajar la escalera, nos encontramos con Luna. Tiene la ropa cubierta por la sangre que gotea de su nariz.

—Esa zorra me ha roto la nariz —sisea con rabia.

—Me alegra no haber sido la única —masculla Bailey.

Escuchamos las voces que provienen del recibidor y seguimos corriendo. Al primero que logro ver es a Oscar. Está apuntando con su pistola a Sandoval y, tras él, con el arma en alto está Ness. Nuestras miradas coinciden y ella niega con la cabeza.

—Dejad que me lo lleve —pide justo cuando Sandoval la rodea para usarla a modo de escudo.

Durante unos segundos soy incapaz de moverme. Zarco, Bailey y Luna pasan a mi lado. Los dos primeros no tardan en sacar sus pistolas. Vuelvo a mirar a Ness. ¿Es que nadie lo ve? Está rogando que la ayuden. Está sufriendo.

Ness

Fui una ingenua al pensar que podría salir de la fortaleza en la que viven los miembros de la banda criminal más peligrosa del Estado sin que nadie se diese cuenta. Bueno, en realidad, creo

que no estaba pensando en absoluto. Vi una oportunidad, la única que he tenido en años para saber el paradero de mi hija, y actué por puro instinto. Oscar me pilló antes de que pudiera siquiera abandonar la casa, y enseguida llegaron los demás. Zarco, Bailey, Luna, aún con la cara y la ropa ensangrentada, y él… Lagos se mantiene un par de pasos por detrás y me mira con fijeza.

Zarco y Bailey me apuntan con sus armas, estoy segura de que Luna también lo haría, pero su pistola la tengo yo. La muevo de Oscar a Zarco, y después otra vez hacia el primero. No quiero hacerles daño, aunque no creo que ellos piensen lo mismo respecto a mi propia seguridad. Sandoval permanece detrás de mí y, por más que me gustaría lanzarlo directamente a los leones, debo protegerlo, al menos hasta que me diga lo que quiero escuchar. Pretendo meterle un tiro en la cabeza en cuanto lo haga.

—Lo siento —susurro en dirección a Lagos—. Tengo que llevármelo. Lo necesito vivo.

—Ness, no vas a salir de esta casa, y mucho menos con él —afirma Zarco, dando un paso adelante.

Una sombra se cierne sobre él y, al mirar sobre su hombro, respiro aliviada al comprobar que se trata de mi hermano.

—Baja la puta pistola o te reviento la cabeza —dice Milena, pegando el cañón de su arma a la nuca de Zarco.

Tras unos segundos de estupor generalizado, somos rodeados por varios hombres, todos ellos armados hasta los dientes. Gavrel también ha venido con Milena y Mijaíl. Bailey se gira deprisa y apunta a Milena.

—Si te atreves a disparar, ninguno de vosotros durará más de un segundo —la amenaza.

—Es una pena que tu amorcito no pueda verlo —replica mi cuñada con una sonrisa tensa.

Nadie se mueve ni da un paso en falso. Entonces veo como Lagos se acerca, lleva su arma en la mano. Espero que me apunte, pero no lo hace. Se coloca entre Oscar y yo y alza la pistola en su dirección.

—Vamos a dejar que se marchen ilesos —gruñe.

—¡Lagos, ¿qué mierda estás haciendo?! —exclama Zarco.

—Protejo a mi mujer. No necesito saber sus motivos. Si ella dice que debe llevarse a Sandoval, la creo.

—Hermano, ¿te has vuelto loco? —sisea Oscar.

Antes de que pueda contestar, escucho unas voces a mi espalda y, a continuación, la detonación de un disparo y otro justo después. Espero a que se desate la locura. No sé quién ha muerto ni de qué bando, pero no puede ser bueno.

—Buenas noches, hijos de puta. —Alex pasa a mi lado y, tras echar un vistazo a lo que está ocurriendo y sonreír como un jodido maníaco, sacude la cabeza de un lado a otro mientras chasquea la lengua contrariado—. Habéis montado una fiesta y no he sido invitado. Ahora sí que me siento ofendido.

—¿Acabas de matar a dos de mis hombres? —inquiere Zarco con la mandíbula tensa y sin dejar de apuntarme con la pistola.

Alex se encoge de hombros y vuelve a sonreír.

—Les pedí amablemente que me dejaran entrar y se negaron. —Me mira a mí y después a Sandoval, que sigue escondido a mi espalda—. ¿Qué está pasando aquí? Creí que lo teníais en una celda.

—Esa zorra lo dejó escapar y quiere llevárselo —informa Luna.

Alex clava su mirada en ella y frunce el ceño.

—No vuelvas a insultarla en mi presencia —le advierte.

Antes de que pueda asimilar sus palabras, estira el brazo con rapidez y agarra a Sandoval por el cuello. Cambio mi línea de tiro de inmediato.

—¡Suéltalo! —ordeno.

Alex me mira mientras sigue asfixiando a Sandoval con una sola mano y él se aferra a su muñeca con fuerza para intentar liberarse.

—Tranquila, he venido para ayudarte.

—Entonces, déjalo. Lo necesito vivo.

—No es cierto. —Aparta a Sandoval hacia un lado sin liberar su cuello y da un paso en mi dirección—. Él no puede decirte dónde está tu hija, *Ryzhaya*, yo sí. —La pistola tiembla en mi mano y Alex vuelve a sonreír—. ¿En serio pensaste que no te había reconocido?

—¿Dónde está? —inquiero mientras intento contener las lágrimas que amenazan con ahogarme desde dentro—. Solo quiero saber si está bien.

—Lo siento. No pude hacer nada por ti hace años, pero prometo que te devolveré a tu pequeña.

—¡Alex, ¿qué mierda está pasando?! —inquiere Zarco.

Mira a Sandoval y hace una mueca al ver que empieza a ponerse azul por la falta de oxígeno.

—Empecemos por el principio. —Libera a Sandoval, y este cae al suelo de rodillas y empieza a toser con fuerza. Alex saca una pistola de la parte delantera de su cintura y se la lanza a Luna—. Todo tuyo —susurra, y le guiña un ojo.

Luna se queda inmóvil un par de segundos, entonces esboza una sonrisa de oreja a oreja y dispara a su padre en el pecho. Mientras veo a Sandoval desangrándose en mitad del recibidor, solo puedo pensar que es posible que acabe de perder la única oportunidad de encontrar a mi hija, y eso es algo con lo que no podré seguir viviendo. Todo lo que he hecho para encontrarla, todo mi esfuerzo y dedicación han sido en vano. Mi única razón para seguir respirando acaba de esfumarse.



Capítulo 40

Lagos

Ness ha liberado a Sandoval, Luna lo ha matado, yo he traicionado a mi familia y, sin embargo, lo único que me preocupa es lo que ha dicho Alex: Ness tiene una hija y la está buscando. «¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién es el padre de esa niña? ¿Dónde está?». Las preguntas se acumulan en mi mente y apenas soy capaz de asimilarlas.

—¿Alguien va a explicarme qué demonios está pasando aquí? —siseo entre dientes.

Alex vuelve a sonreír justo cuando Ness se lanza al suelo de rodillas y presiona el agujero de bala que tiene Sandoval en la parte derecha de su pecho.

—¡Aún está vivo! —grita.

—Eso tiene remedio —masculla Luna, y se adelanta un par de pasos con la pistola en alto.

—¡No! ¡Lo necesito vivo, joder! —exclama Ness sin dejar de ejercer presión sobre la herida.

Me interpongo en el camino de Luna y le arrebato la pistola con un movimiento rápido y preciso.

—¿Qué estás haciendo? ¿Vas a ponerte de su parte? Es una traidora. Está claro que solo se casó contigo para acceder a él.

—Ya lo sé —respondo, alzando la barbilla.

Zarco, que aún sigue encañonado por Milena, fija su mirada en la mía.

—Estás traicionando a tu familia por una…

—Más te vale no terminar esa frase —lo corta Zakharov.

Bailey echa un vistazo al lugar donde Sandoval sigue luchando por seguir respirando y chasquea la lengua contrariada.

—Tengo que hacerlo —susurra.

—Ni se te ocurra —sisea Zarco, pero ella lo ignora y se arrodilla junto a Ness—. ¡Mía! ¡Santo Cristo!

—Ninguna vida vale más que otra —masculla—. ¡Ayudadme a trasladarlo a la sala de juegos! Tengo que sacarle la bala.

Zarco intenta moverse, pero Milena no se lo permite.

—De eso nada. Si Ness lo necesita vivo, va a vivir, te guste a ti o no —le advierte.

—Qué divertido. —Alex se pasea entre pistolas sonriendo de oreja a oreja—. Podéis dejarlo morir. No tiene ni idea de dónde está la cría.

—¿Y las setenta mujeres que están retenidas? —pregunta Oscar.

Alex se encoge de hombros.

—Eso no lo sé, pero a Angy no la tiene.

—¿Cómo estás tan seguro? —inquiero.

Alex se gira hacia mí y vuelve a sonreír.

—Porque yo sé dónde está. —Se acerca y me agarra por la nuca—. Te lo dije, Arturito. Voy a volver a sacrificarme por vosotros. Lo supe en el momento que te vi llegar con *Ryzhaya* a la finca. Ella no estaba allí por casualidad. Buscaba a su hija.

—¡¿Qué hija?! Y ¡¿por qué la llamas así?!—exclamo, alzando la voz.

Alex señala a Ness con el dedo índice.

—Eso mejor que te lo explique tu esposa. Yo solo puedo decir que conozco el paradero de la niña. Está con Angy.

—¿Dónde? —Ness se pone en pie y Bailey suelta una maldición.

—¡Mierda, no te vayas! ¡Hay que presionar la herida!

Ness echa la vista hacia atrás y se encoge de hombros. Tiene las manos y los brazos cubiertos de sangre y la parte delantera de su camiseta empapada también.

—Si no sabe dónde está mi hija, puede pudrirse en el infierno —sisea.

Soy consciente de las miradas que se lanzan Zakharov y Milena. Entonces él chasquea la lengua y baja la pistola. Enseguida se arrodilla junto a Bailey y comienza a taponar la herida de Sandoval.

—Solo quiero que viva para poder divertirme con él —señala mientras Bailey le da instrucciones.

Zarco vuelve a hacer el amago de moverse, pero Milena se mantiene firme.

—Ya está bien. ¡Bajad todos las armas! —bramo.

Nuestros chicos buscan la confirmación de Zarco. Este bufa y asiente.

—Hacedle caso. Vamos a intentar arreglar esta mierda por las buenas.

—Milena, te toca —le digo cuando nuestros hombres empiezan a alejarse unos pasos.

Me mira con una ceja arqueada y niega con la cabeza.

—No acepto ordenes de perros.

—*Kukla*[5]… —murmura Zakharov.

—¿Quieres que confíe en que estos idiotas no nos maten a traición? —Su marido vuelve a asentir, y ella masculla algo en ruso antes de bajar la pistola—. Tú mismo. Si te meten un tiro en el culo, no haré nada para ayudarte.

El capullo de Karaj también guarda su arma, y al fin soy capaz de girarme hacia Ness en busca de algunas respuestas.

—Lo siento —susurra, y puedo ver como intenta contener el llanto. Tenso la mandíbula y acaricio la cicatriz de su mejilla con suavidad—. Debí contártelo todo, Lagos. Quise hacerlo, pero… —Se le corta la voz y una lágrima solitaria cae por su rostro.

—Mierda, no llores. —Tiro de ella hacia mí y la abrazo con fuerza.

Mientras la escucho sollozar contra mi pecho, echo un vistazo a mi alrededor. Todos nos están mirando, a excepción de Bailey, que sigue intentando salvarle la vida a Sandoval.

—Sácala de aquí —susurra Oscar.

Asiento y me agacho un poco para pasar mi brazo por debajo de sus rodillas y alzarla en peso.

Antes de que nadie pueda impedírmelo, salgo a toda prisa en dirección a la escalera.

—¡Lagos, ¿dónde demonios vas?!

Escucho los gritos de Zarco, pero no me detengo. Lo que Ness y yo tenemos que decirnos solo nos concierne a nosotros.

Ness

Solo aparto mi rostro del pecho de Lagos cuando llegamos al baño del apartamento. Él se aleja unos centímetros y escucho como abre el grifo del lavamanos antes de cogerme en brazos de nuevo y dejarme sentada sobre él.

—Deja que te limpie toda esa sangre —pide.

Me giro un poco y sorbo por la nariz. Soy incapaz de dejar de llorar. «Alex sabe dónde está mi hija. Tal vez no esté todo perdido». Lagos humedece una toalla y la pasa por mis brazos para borrar cualquier rastro de sangre. Después se coloca frente a mí y agarra el borde inferior de mi camiseta. Me mira a los ojos y, aunque no pronuncia una sola palabra, sé que me está pidiendo permiso para quitármela. Asiento y levanto los brazos para facilitarle la tarea. Lanza la camiseta arruinada a la papelera y empieza a pasar la toalla mojada por mi abdomen.

—Lo siento, Lagos —vuelvo a decir.

Lo escucho inspirar hondo por la nariz y me mira a los ojos.

—Voy a necesitar mucho más que eso, Ness, y esta vez no puedo solo hacer otras preguntas. Acabo de traicionar la lealtad hacia mi propia familia. Quiero la verdad.

Asiento y trago saliva con fuerza. Se lo debo.

—No sé por dónde empezar —admito.

Lagos exhala con fuerza y su aliento caliente golpea mi rostro.

—Tu hija —sugiere.

Tomo una bocanada profunda y vuelvo a asentir.

—Tenía doce años cuando, en una de las fiestas, apareció un hombre. No lo había visto antes, pero esa noche él decidió que quería tenerme. —Lo noto tensarse, e incluso me parece escuchar el sonido de sus dientes rechinar—. Era algo habitual, pero al terminar la noche me aseguró que iba a quedarse conmigo.

—¿A qué te refieres? —inquiere, con la mandíbula apretada.

—Algunos tipos decidían comprar los muñecos de la Zmeya.

—¿Muñecos?

—Así es como nos llamaban. Solo éramos sus juguetes.

—¿Ese hombre te…? —Carraspea y niega con la cabeza—. ¿Él te compró?

—Sí, aunque no me llevó con él. Seguí con la Zmeya, en el buque, asistiendo a las fiestas al igual que los demás, pero no participaba en… Bueno, en nada. Solo mi dueño podía tenerme.

Inspiro hondo y aprieto el puño, pero antes de que pueda llegar a clavarme las uñas en la palma, Lagos me sujeta la mano y me la abre. Después se aparta y frunzo el ceño al verlo salir del baño, aunque enseguida regresa y trae a Bruno entre sus manos. Lo deja en mi regazo y vuelve a colocarse frente a mí.

—Sigue, por favor.

Esbozo un amago de sonrisa mientras aprieto el peluche contra mi pecho.

—En la Zmeya tenían distintas formas para evitar los embarazos. Anticonceptivos orales, inyecciones, incluso operaciones para resolver el problema de manera permanente. Yo solo tenía doce años. Aún no había tenido mi primer periodo cuando me quedé embarazada.

—Mierda, Ness. ¿Doce años? —Bufa con fuerza, se quita las gafas y las deja sobre el lavamanos, a mi lado—. Ni siquiera sabía que algo así fuese posible.

—Lo es. Antes del periodo hay cambios hormonales y puede producirse la ovulación. Son casos extraños, pero…—Exhalo con fuerza—. En fin, tampoco es que yo supiera demasiado de ese tema en aquel momento. Solo descubrí que estaba embarazada cuando mi vientre empezó a crecer. Ya era demasiado tarde para abortar, al menos sin que mi propia vida corriera peligro, y, bueno, él tampoco lo permitió.

—Ese hijo de puta… Él es el padre de tu hija, ¿verdad? —Asiento de inmediato.

—Nadie más me había tocado desde hacía meses. Solo podía ser él el padre.

—¿Te robó a tu hija?

—No. —Sacudo la cabeza de un lado a otro y trago saliva con fuerza, apretando a Bruno con más firmeza—. Cuando nació, me preguntó si quería quedármela, pero… —Alzo la mirada y dejo que las lágrimas sigan cayendo por mis mejillas—. Cualquier lugar era mejor que ese infierno. Era tan pequeñita… Dios, Lagos, cuando la vi por primera vez fui consciente de lo que ocurriría si no la sacaba de allí. Iban a destrozarla, igual que lo hicieron conmigo. Su destino era ser una muñeca más de la Zmeya, y no podía permitirlo. Le pedí a él… —Se me corta la voz—. Le supliqué que se la llevara.

Lagos cierra los ojos con fuerza, y cuando los vuelve a abrir están brillantes y acuosos. Se está conteniendo para no llorar.

—Dime que ese hombre no es Sandoval, porque si lo es, juro que ahora mismo iré a buscarlo y le arrancaré las tripas mientras su corazón aún siga latiendo.

Esbozo una sonrisa triste y sorbo por la nariz.

—No. Sandoval nunca me puso un dedo encima. No puedo decir lo mismo de muchas de mis compañeras, pero para él yo era terreno vedado.

—Necesito un nombre, Ness. Te lo suplico, dime a quién tengo que matar.

—Llegas tarde. —Aprieto su mano, que tiembla de forma violenta, y vuelvo a respirar profundo—. ¿Por qué crees que le pedí a mi hermano que arreglara todo lo del matrimonio? Necesitaba acercarme a vosotros para descubrir el paradero de mi hija. En realidad, a quien quería tener cerca era a Zarco.

—¿Zarco? No entiendo…

—Es un Urriaga. Creí que, tal vez, él tendría alguna información. —Por la forma en la que me mira, parece como si no terminara de entenderlo, de modo que decido ser más clara y contundente—. Leonardo Urriaga era mi dueño, y también el padre de mi hija.



Capítulo 41

Lagos

El hijo de puta de Urriaga. Ese cabronazo era el dueño de Ness. La usó y embarazó. Me aparto un poco de ella para poder tranquilizarme. Me encantaría poder revivirlo para verlo morir de nuevo, de forma lenta y dolorosa. ¿Qué clase de monstruo tiene como esclava sexual a una niña de doce años? Doy un par de vueltas por el pequeño baño mientras Ness me observa con atención, abrazando el peluche con fuerza.

—Cuando tu hermano y Milena te sacaron de ese barco, ¿Urriaga aún…? —No soy capaz de terminar la frase.

—Sí, él venía a verme de vez en cuando. No volvió a llevarme a su casa después de entregarle a mi hija. Él solo…—Aparta a Bruno unos centímetros y clava su mirada en él—. Me regaló este oso de peluche cuando estaba embarazada. El día que se la llevó, me aseguró que no volvería a verla. —Acerca el peluche a su nariz e inspira profundo—. A veces me parece que huele a ella.

—¿Estuviste en la finca Urriaga antes de que yo te llevara? —Asiente.

—Me llevaban con los ojos tapados. Solo podía estar en lo que llamaban la sala del pecado.

Aparto la mirada y trago saliva con fuerza. El sótano. Ese hijo de puta la llevaba al sótano. La culpa y el remordimiento me retuercen las entrañas. Inspiro hondo por la nariz y clavo la vista en su vientre, repleto de cicatrices al igual que el resto de su cuerpo.

—¿Urriaga te hizo eso en la piel? —inquiero.

Ness baja la mirada al mismo punto que yo y suspira.

—No, estas son más antiguas. Él me golpeó alguna vez. —Toca su mejilla y se encoge de hombros—. Esto fue un puñetazo. Ni siquiera recuerdo qué fue lo que hice para enfurecerlo, pero no era algo habitual. En realidad, cuando Urriaga apareció, todo fue a mejor. Ya no tenía que participar en las fiestas. Nadie me cortaba ni me hacía daño. Solo estaba él, y tampoco era tan malo. Mientras obedeciera sus órdenes no me lastimaba.

—No digas eso. Ese hijo de puta te usó cuando eras solo una niña —siseo entre dientes.

—¿Crees que no lo sé? Lo odio, Lagos. Todos ellos me destrozaron pedazo a pedazo, pero prefiero aferrarme al mal menor. No tienes ni idea de lo que es ser expuesta en mitad de una sala

de jodidos depravados. Te llevan al límite, te arruinan de todas las formas posibles, y lo peor de todo es que terminan convenciéndote de que eso es lo que deseas, lo que te gusta.

—¡Santo Cristo! —exclamo, hundiendo los dedos en mi cabello y tirando de él en todas direcciones.

Ness suspira y baja del lavamanos de un salto.

—Estoy dispuesta a contarte todo lo que quieras saber, cada pequeño detalle, pero ahora mismo necesito hablar con Alex. Él sabe dónde está mi hija. Solo quiero saber si se encuentra bien, si está teniendo una buena infancia, si mi sacrificio sirvió para algo.

—Sí, sí, claro. —Me obligo a tragar el nudo de rabia que se ha instalado en mi garganta y agarro su mano—. Vamos a apretarle las tuercas a ese cabronazo. Te ayudaré a encontrarla, Ness. Haré todo lo que pueda para que vuelvas a ver a tu hija, lo prometo.

Una pequeña sonrisa tira de sus labios y alza su mano para acariciar mi pelo con suavidad.

—Te he mentido y utilizado. ¿Por qué no me odias?

«Porque la culpa es un sentimiento mucho más fuerte que cualquier otro», quiero decir, pero solo me encojo de hombros y tiro de ella para sacarla del baño.

Ness

Tras hacer una parada en mi dormitorio para cambiarme de ropa, Lagos y yo bajamos de nuevo a la planta principal. Ha vuelto a cogerme de la mano, y ni siquiera me suelta cuando llegamos a la sala de estar donde se encuentran todos los demás, al parecer, y por suerte, más calmados que cuando nos marchamos. Yo también me siento distinta, más ligera. Es como si al confesarle a Lagos toda la verdad me hubiese quitado un gran peso de encima.

Zarco es el primero que reacciona al vernos. Se levanta del sofá y clava su mirada en la mía. No necesito que lo verbalice. Por su forma de observarme, sé que Alex ya le ha contado todo.

—Ness, yo… —Carraspea y da un paso hacia mí—. Te pido disculpas por lo que te hizo mi padre. Te aseguro que, si lo hubiese sabido, su muerte habría sido mucho más lenta y dolorosa.

Agradezco su gesto con un cabeceo. Lagos ha comentado muchas veces que Zarco rara vez se disculpa o pide perdón por sus acciones, aunque sepa que se ha equivocado. Es el jodido líder de una organización criminal, rebajarse a pedirme perdón y delante de no solo sus hombres, también de mi hermano, Gavrel y Milena, no es algo que pueda ser tomado a la ligera.

—¿Sandoval? —pregunta Lagos sin soltar mi mano.

—Bailey aún sigue con él en la sala de juegos —responde Oscar—. Espero que logre salvarlo. Tengo planes para él.

—Te quedarás con las sobras —replica Zakharov.

—Ambos tendréis un pedazo de él cuando yo termine —afirma Lagos.

No comento nada al respecto. Abro mi mano para que Lagos me libere y, aunque a regañadientes, logro que acceda. Después me dirijo a una esquina de la sala, donde Alex parece atento a la conversación mientras bebe tequila directamente desde la botella.

—¿Dónde está? —inquiero, cruzándome de brazos.

—*Ryzhaya*…

—Me llamo Ness —lo corrijo—. No pretendo ser tu amiga ni que me caigas bien, Alex. Tú estabas allí, viste como esos tipos nos destrozaban y nunca hiciste nada.

—¿De verdad crees que hubiese hecho alguna diferencia? —Voy a contestar, pero él me lo impide alzando una mano—. Da igual. Tampoco me importa. No te ayudé cuando mi padre te compró. Quise hacerlo, pero decidí quedarme quieto, y eso es algo de lo que sí me arrepiento.

—Solo quiero saber dónde está —repito con impaciencia.

Alex sonríe y le da un nuevo trago a la botella.

—La tiene Angy.

—¿Quién demonios es Angy?

—Mi esposa, y la persona a la que juré matar si volvía a cruzarse en mi camino. De modo que, para ir a buscar a tu hija, voy a tener que acabar con la vida de la mujer que la ha estado criando durante los últimos cinco años.

—Tus problemas me importan una mierda. Quiero una dirección. ¿Cómo acabó mi hija en manos de esa mujer? Estaba con Urriaga.

—Sí, así era, hasta que Angy se fue y se llevó con ella a Maya.

—¿Maya? —pregunto, y hago verdaderos esfuerzos para contener el llanto—. ¿Así se llama? —Alex asiente, y me rodea para ir hacia la zona donde están los demás.

—He pasado las últimas semanas rastreando su paradero. —Señala al mismo hombre que estaba en la finca que cuando fui con Lagos. ¿Rai? Ni siquiera lo había visto hasta ahora.

—La hemos localizado en Nueva York, pero aún no sabemos la ubicación exacta —informa su amigo.

—Ni lo sabréis. —Luna resopla con fuerza. Lleva un apósito cubriendo su nariz. La parte alta de sus pómulos están hinchados y empiezan a coger un color azulado. Creo que le di más fuerte de lo que pretendía. No voy a pedir perdón por ello. Se ha metido conmigo tantas veces que un puñetazo es lo mínimo que se merece—. Angy es una sombra. Nadie podrá encontrarla a no ser que ella quiera.

—¿Tú no puedes hacer nada? —le pregunta Oscar.

—No. Todo lo que sé sobre informática y *hackeo* me lo enseñó ella. Es una experta en borrar su propio rastro.

—Existen otras maneras —masculla mi hermano. Lo miro con fijeza y él suspira—. Tengo algunos contactos con los italianos. Nueva York es territorio de ellos. —Saca su teléfono del bolsillo interior de la americana y se acerca hasta que está frente a mí—. Haré lo que pueda, Vanessa. —Chasquea la lengua y niega con la cabeza—. Debiste contármelo antes.

—Mijaíl… —sisea Milena a modo de advertencia.

—Ya, lo sé. —Resopla de nuevo—. Voy a hacer esas llamadas. Nos llevaremos a mi sobrina a casa, te lo prometo. Necesito algunos datos de esa tal Angy.

—Yo me encargo —responde Rai. Mijaíl asiente y enseguida abandonan la sala de estar.

Zarco mira a Alex, frunciendo el ceño

—¿Cómo permitiste que Angy se la llevara? Esa niña es nuestra hermana.

—No se lo permití, solo lo hizo. —Bebe un nuevo trago de la botella y sonríe de nuevo—. Además, Maya está mucho más segura con Angy de lo que estuvo nunca en la finca. ¿Tengo que recordarte cómo eran tratadas las mujeres allí? —Señala a Luna con un gesto de su mano—. Lo que le hicieron a ella debería servir como ejemplo.

—Cierra la puta boca —ordena Oscar, mirándolo con furia.

Alex sonríe una vez más y alza la mano que tiene libre en señal de paz.

—Tranquilo, Monstruo. No quiero problemas. Solo constataba un hecho.

Zarco se adelanta y coloca su mano sobre el hombro de Oscar, supongo que para intentar calmarlo.

—Esto podría haber sido mucho más sencillo si de vez en cuando atendieras mis llamadas —le reclama.

Alex entorna la mirada y sigue bebiendo como si nada.

—Y mis pelotas me dolerían menos si me comieras la polla, hermanito, pero si yo no obtengo lo que quiero, tú tampoco.

—Hijo de… —Zarco da un paso amenazante hacia su hermano, solo que es interrumpido por Bailey, que entra en la sala de estar cubierta de sangre y con gesto agotado.

—Está vivo, aunque no fuera de peligro —informa.

Zarco la mira de arriba abajo y pestañea un par de veces, incluso me da la impresión de que palidece. Bailey enseguida se acerca a él y le dice algo en voz baja. Asiente y respira hondo.

—Nos ocuparemos de esa escoria en otro momento —dice mi hermano tras regresar, aún con el teléfono en la mano—. Al amanecer tendré una ubicación exacta. —Me mira a mí y sonríe de medio lado—. Prepárate, hermanita, porque vamos a ir a por tu hija.



Capítulo 42

Lagos

Sentado a los pies de la cama de Ness, sostengo el oso de peluche entre mis manos y echo pequeños vistazos en dirección a la puerta. Hace ya un buen rato que volvimos al apartamento. Nos costó ponernos de acuerdo. Todos queremos viajar a Nueva York, sin embargo, solo Alex, Ness y yo lo haremos. Hasta que Zakharov no tenga la ubicación exacta, lo único que podemos hacer es esperar y descansar un poco. Los acontecimientos de las últimas horas nos tienen desquiciados. Tuve que convencer a Ness para que aceptara pegarse una ducha caliente y dormir un poco. Ya hace casi una hora de eso, y aún no ha salido del baño.

Miro de nuevo el peluche y resoplo con fuerza. No soy capaz de mantener en orden mis propios pensamientos. Se supone que iba a casarme con una chica cualquiera para afianzar nuestra sociedad con los rusos y también huir de mis sentimientos por Bailey, y ahora… Ahora ya no sé qué es lo que siento. Ness es mucho más de lo que imaginé, más hermosa, más auténtica, más… Ness.

—¿Puedo saber en qué piensas? —escucho su voz, y alzo la cabeza como un jodido resorte.

Mi mirada va a parar a su cuerpo, apenas cubierto por una minúscula toalla que le llega a medio muslo. Se frota el pelo oscuro con otra mientras camina hacia el centro de la habitación.

—En ti —contesto con sinceridad. Una de sus comisuras se eleva, y solo entonces soy consciente de la rojez en sus ojos. Ha estado llorando en la ducha—. ¿Te encuentras más tranquila?

—Creo que sí —masculla, y al girarse veo un cardenal en la parte interna de su brazo. Frunzo el ceño y me pongo en pie de inmediato. Me acerco a su lado y lo estiro—. ¿Qué haces? —inquiere sorprendida. Observo el lugar donde hay otras cicatrices de mordeduras antiguas, aunque esta parece distinta—. No es lo que piensas, Lagos.

—Me lo prometiste —siseo, buscando su mirada.

—Y lo he cumplido —asegura.

Coloca una mano sobre mi pecho y me aparta un poco para ajustarse la toalla sobre el escote.

—¿Y bien?

—Fuiste tú.

—¿Yo te he hecho eso? —pregunto confuso.

—Sí. ¿Ya no recuerdas tu ataque de ira de hace solo unas horas?

«Mierda». ¿Fue hoy? Han pasado tantas cosas que parece como si hubiese sido hace semanas. Agacho la mirada y me froto el rostro en un gesto de frustración.

—Siento mucho haber reaccionado como lo hice. No era mi intención lastimarte —susurro.

—Eh, oye… —Siento sus dedos en mi barbilla, y tira de mi cabeza hacia arriba—. Estabas cabreado. Aún no entiendo bien los motivos, pero no soy quién para juzgarte. No debe ser sencillo actuar siempre de la forma correcta, mantener la calma en cualquier situación y ser el gancho a tierra de todos los que te rodean. —Esboza una pequeña sonrisa y vuelve a poner su mano en mi pecho—. A veces está bien descontrolarse un poco, Lagos.

—No si eres tú la que sale lastimada —afirmo con un hilo de voz.

El corazón me late con tanta fuerza que temo que se me salga del pecho. Miro su boca, tan dulce y apetecible, y en lo único que soy capaz de pensar es que la quiero pegada a la mía. Estas últimas semanas he tomado de ella todo lo que he querido. Ni una sola vez se ha negado, sin embargo, algo ha cambiado y vuelvo a tener el freno puesto. No quiero hacerle daño, y tampoco que piense que soy como Urriaga o cualquiera de los tipos con los que la obligaron a estar en su pasado.

—Estoy bien. Solo es un moretón sin importancia, y sé que no lo hiciste con mala intención. —Sorprendiéndome, es ella la que se acerca y pega sus labios a los míos. Me tenso de pies a cabeza, contengo la respiración y mantengo las manos cerradas en puños a cada lado de mi cuerpo. Ness se aparta y frunce el ceño—. ¿Qué ocurre? —pregunta en un susurro.

—No hagas eso —logro decir tras exhalar con fuerza.

—¿El qué? —Abre mucho los ojos y retrocede un paso—. ¿No quieres que te bese? —Asiento sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Es por Urriaga?

—¿Qué?

—Sí, está bien. —Da media vuelta y, tras abrir la cómoda, empieza a sacar ropa de su interior—. No pasa nada, Lagos, lo entiendo. —Bufa y deja caer la toalla para vestirse. Una vez más, me obligo a mantener todo mi cuerpo inmóvil al verla desnuda frente a mí. Aunque, en realidad, hay una parte de mi anatomía que soy incapaz de controlar, la misma que se aprieta contra la tela de mis pantalones—. Es algo lógico. Ahora que sabes que Urriaga y yo… —Niega con la cabeza—. Ningún hombre se siente atraído por una mujer que ha sido el juguete sexual del padre de su mejor amigo.

Sacudo la cabeza y la miro, frunciendo el ceño.

—¿Escuchas toda la mierda que sale de tu boca? —escupo, tal vez con más agresividad de la que pretendía. Recibo una mirada consternada y confusa a modo de respuesta. Chasqueo la lengua, y en solo dos zancadas estoy a su lado, apretándola contra mi cuerpo—. Mi problema es todo lo opuesto. Te deseo tanto que apenas soy capaz de contener mis propios impulsos. No quiero que pienses que soy como ellos, que te utilizo y…

—¡Lagos, yo nunca pensaría eso de ti! —exclama, interrumpiéndome. Enmarca mi rostro con sus manos y vuelve a unir su boca a la mía. Esta vez respondo a su beso, aunque enseguida se retira—. He vuelto a besarte —susurra sin aliento.

—Lo he notado. —Tomo una respiración profunda y deslizo mis manos por la parte baja de su espalda hasta llegar a su trasero. Lo amaso con dureza y la pego aún más a mí, dejando que mi erección se clave en su bajo vientre—. Quiero follarte como un jodido animal.

—No hay nada que te lo impida —responde, ampliando su sonrisa.

Ness

Tengo un recuerdo vago de ayudarlo a quitarse la ropa mientras nos besábamos como si el mundo estuviese a punto de llegar a su fin, pero no sé bien cómo he terminado con mis piernas alrededor de sus caderas y mi espalda contra la pared.

Lagos coloca su mano en la base de mi cuello sin apretar demasiado y me mira a los ojos mientras va hundiéndose en mi interior centímetro a centímetro. Un gemido ronco rasga mi garganta y tiro del cabello de su nuca, pidiéndole con la mirada que vuelva a repetirlo. Lo hace, aunque en esta ocasión no es tan comedido. Sus caderas se estrellan contra el interior mi pelvis mientras me mantiene sujeta por el trasero y noto su aliento en mi cuello.

—Me vuelves loco —susurra, lanzando una estocada tras otra—. Necesito mucho más de ti, pequeña. Lo quiero todo.

Intento ignorar el puñado de mariposas que revolotea en la boca de mi estómago al escuchar su declaración. «¿Todo? ¿Qué es todo? ¿Mi cuerpo? ¿Mi alma? ¿Mi corazón?». Me centro en el placer y vuelvo a gemir, sin embargo, no puedo evitar que una frase se dibuje en mi mente: «Ya es tuyo».

Durante un buen rato nos convertimos en animales que se frotan y jadean en busca de su propia liberación. Al sentir la primera oleada de placer recorrer mi espalda, echo la cabeza hacia atrás y sujeto la mano que Lagos sigue teniendo en la parte baja de mi cuello.

—Aprieta —pido. Sus movimientos se ralentizan y ladea la cabeza en busca de una confirmación. Tiene el rostro perlado en sudor y su pecho sube y baja de manera violenta—. Hazlo, Lagos. No vas a lastimarme.

Con un gruñido gutural, su mano se cierne alrededor de mi cuello y me aprieta con la suficiente contundencia como para impedir que el aire llegue a mis pulmones. Cierro los ojos y lo siento moverse en mi interior, dentro y fuera, cada vez más rápido. Somos solo él y yo. No hay malos recuerdos ni culpa. Soy plenamente consciente de que Lagos sería incapaz de hacerme daño. Con ese pensamiento en mi mente, dejo que el orgasmo me alcance justo cuando él afloja su agarre en mi garganta y mis pulmones se llenan del preciado aire que tanto ansiaban. Él se tensa, detiene sus arremetidas y muerde mi hombro mientras se vacía en mi interior.

Pasamos varios minutos sin movernos, solo intentando recuperar el aliento. Aprovecho para acariciar su espalda y también su pelo rubio. Me gusta cuando está despeinado. Es menos serio y correcto, menos el Lagos que se muestra ante los demás y más mío.

—¿Te he hecho daño? —lo escucho preguntar, y sonrío de oreja a oreja.

Siempre preocupado por mí, siempre atento a todas mis necesidades. ¿Cómo no voy a enamorarme de él? Es el jodido hombre perfecto. Nunca tuve otra opción, ahora soy consciente de ello.

Al no obtener respuesta, se aparta un poco para mirarme. Toco sus labios rojos por nuestros besos, deslizo la punta de mi dedo por su mandíbula y esbozo una sonrisa triste.

—Tal vez, si las cosas fuesen distintas, si yo hubiese tenido una infancia normal y Bailey no se hubiera cruzado en tu camino… —Dejo la frase en el aire y suspiro—. Voy a echarte de menos, Arturo Lagos. Eso te lo puedo asegurar.

Frunce el ceño y sacude la cabeza de un lado a otro.

—No entiendo. Parece como si te estuvieses despidiendo. ¿Vas a algún lado sin mí?

Inspiro hondo y espero a que me deje de nuevo en el suelo sobre mis propios pies antes de contestar.

—Ahora no, pero cuando regresemos de Nueva York… —Lo miro a los ojos—. Ya no tiene

sentido que sigamos casados. Me aseguraré de que mi hermano mantenga sus negocios con el Clan Z, pero lo más lógico es que regrese con ellos a España y tú recuperes tu libertad.

—¿Por qué?

«Porque si me quedo me romperás el corazón», quiero decir, pero solo trago saliva con fuerza y aparto la mirada.

—Es lo mejor para todos. Ahora mismo solo quiero pensar en encontrar a mi hija. Ni siquiera tengo un plan después de eso.

—Pues yo creo que sí. Estás planeando largarte —replica con tono ácido.

Lo entiendo. Hice una promesa, me casé con él y, de alguna manera, hasta ahora he sido esa barrera que necesitaba para mantenerse alejado de la mujer de su mejor amigo, pero no puedo seguir haciendo esto. No puedo permanecer a su lado sabiendo que nunca será mío.

—Voy a darme otra ducha y después me acostaré un rato —murmuro, yendo hacia la puerta—. Avísame si hay alguna novedad de Nueva York.

No espero su respuesta. Solo salgo del dormitorio y dejo que las lágrimas se precipiten por mi rostro mientras camino hacia el baño completamente desnuda. «Es lo mejor, Ness», me repito a mí misma una y otra vez.



Capítulo 43

Lagos

No quise estar en el dormitorio cuando Ness regresara, y encerrarme en el mío tampoco me pareció buena idea. Corría el riesgo de ir a buscarla y suplicarle que se quedara conmigo, aunque en realidad no entiendo el motivo. Admito que lo que dijo tiene mucho sentido. Ya no hay secretos. Ella está a punto de lograr lo que buscaba al casarse conmigo y yo… Bueno, yo soy un jodido caos con piernas y brazos.

Doy vueltas al líquido ambarino en el vaso mientras intento por enésima vez poner en orden mis pensamientos. «Se va. No volveré a verla. Tal vez encuentre a algún tipo que la merezca y la haga feliz». Resoplo y me bebo el resto del vaso de un solo trago. No puedo imaginar a Ness con otro hombre, sin embargo, sé que yo tampoco soy digno de ella. No después de lo que hice.

—¿Puedo acompañarte? —Alzo la vista y frunzo el ceño al ver al imbécil de Karaj junto al sofá en el que estoy sentado desde hace ya un buen rato.

Aún sigue teniendo el labio y el pómulo hinchados. Supongo que igual que yo. Apenas noto el dolor, pero sé que mi ceja no está mucho mejor.

—Si vienes buscando pelea, llegas en mal momento —farfullo, y vuelvo a rellenar mi vaso.

—Solo quiero una copa, pero si pretendes atacarme de nuevo, ten por seguro que me defenderé. —Gruño al notar como se hunde el sofá cuando toma asiento a mi lado, aunque dejando un espacio considerable. Se estira y, tras coger la botella, bebe directo de ella—. Está bueno, aunque prefiero el Rakia[6].

—¿Se supone que eso debería importarme? —pregunto en voz baja.

—Yo no soy tu enemigo, Lagos.

Frunzo el ceño y me giro a medias para poder mirarlo.

—No, solo te has follado a mi mujer y quieres seguir haciéndolo.

Suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Si me preguntas si tengo sentimientos por ella, la respuesta es un sí rotundo. La quiero muchísimo. —Tenso la mandíbula, y aprieto el vaso con tanta fuerza que temo hacerlo pedazos—. Solo deseo que sea feliz.

—¿Y crees que tú puedes hacerla feliz? —siseo entre dientes.

—Yo tuve mi oportunidad y no funcionó. La pregunta es: ¿Y tú? ¿Te ves capaz de hacerlas felices? Te recuerdo que tiene una hija, alguien que siempre estará ahí porque, conociendo a Ness, sé que será una madre increíble, aunque ahora mismo no pueda verlo. —Abro la boca para responder, pero me corta—. No necesito que contestes. Si tú lo tienes claro, si la amas lo bastante como para llevar a cabo esa tarea, te juro que me convertiré en tu jodido fan.

¿Puedo hacerlo? Dejando a un lado mis confusos sentimientos, ¿podría ser un buen marido y padre?

—¿Qué está ocurriendo aquí? —escuchamos la voz de Zarco y ambos nos giramos—. Espero no tener que pegaros un tiro a cada uno para que dejéis de comportaros como críos.

—Solo conversábamos —responde Karaj, y tras beber un último trago, deja la botella sobre la mesa baja y se pone en pie—. En realidad, ya estaba a punto de irme. A primera hora regreso a Mallorca. Tengo negocios que atender y mi presencia aquí ya no es útil.

—¿Alguna vez lo fue? —farfullo sin mirarlo.

Lo escucho reír y después sus pasos alejándose. Solo cuando nos quedamos a solas, Zarco se sienta en el lugar que el albanés ha dejado vacío.

—¿Cómo está Ness? —inquiere.

—¿Ahora te preocupas por ella? —replico en tono ácido.

—Mis sospechas no eran infundadas. Te dije que ocultaba algo, pero tú eso ya lo sabías. Luna me ha contado que le pediste que la investigara. Me pregunto por qué no fuiste sincero conmigo, Lagos. Nunca antes me habías ocultado nada.

Bebo un trago largo y hago una mueca cuando el líquido me quema la garganta.

—Tal vez haya llegado el momento de dejar de actuar siempre a tu sombra —mascullo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No lo sé. Vivo en tu casa, como en tu mesa, cumplo todas tus órdenes… —«Deseo a tu mujer». Sacudo la cabeza y bufo con fuerza—. Ya no sé quién soy.

—Estás confundido. —No es una pregunta, pero, de todos modos, asiento.

—Ese es el jodido eufemismo del año. —Hundo los dedos en mi pelo y dejo el vaso sobre la mesa antes de girarme en su dirección—. Ness quiere irse cuando recupere a su hija. Cree que no tiene sentido que sigamos casados.

—¿Tú no estás de acuerdo? El propósito de ese matrimonio era afianzar la sociedad con los rusos, aunque ella tenía sus propios planes. Me temo que, después de todo lo que ha ocurrido, vamos a tener que replantearnos nuestra colaboración con ellos.

—Ese no es el punto. ¿Por qué quiere marcharse?

—Lagos, creo que no te estás haciendo las preguntas correctas. ¿Por qué no quieres tú que se vaya? ¿La amas?

—No lo sé —susurro con un hilo de voz—. Siento cosas. Me gusta su forma de ser. Me revuelve el estómago pensar que otro pueda tocarla. Quiero cuidarla y protegerla, pero no estoy seguro de que… —Bufo de nuevo—. No estoy seguro de nada, en realidad.

—Hermano, yo no puedo tomar una decisión por ti, solo intentar hacerte entender mi punto de vista.

—¿Qué punto de vista? Ya has dejado claro que Ness no te gusta.

—No me gusta que alguien se acerque a mí y los míos por interés, que guarde secretos en mi propia casa y libere a uno de mis prisioneros, pero entiendo sus motivos. Esa chica ha pasado por un infierno y, en parte, el culpable es mi propio padre. Le debo una segunda oportunidad. Además, ¿quién demonios puede juzgar a una madre que solo intenta recuperar a su hija? —Se

pinza el puente de la nariz y sacude la cabeza—. Ella va a estar bien. El que me preocupa eres tú. No quiero que cometas un error del que tal vez te arrepientas el resto de tu vida. Jamás te había visto tan interesado en una mujer. Bueno, sin contar a Bailey, claro.

Abro mucho los ojos y me echo hacia atrás, como si acabara de recibir un puñetazo en el rostro. En realidad, no descarto que esté a punto de ocurrir eso mismo. Abro la boca y vuelvo a cerrarla. No sé cómo empezar a justificarme. Por la forma en la que Zarco me mira, sé que no serviría de nada negarlo. Lo sabe.

—Yo… —balbuceo, y tomo una respiración profunda—. Lo siento mucho. Te juro que intenté evitarlo y…

—Lagos, no sigas —ordena con el ceño fruncido—. Lo entiendo. Bailey es una mujer excepcional. Yo me enamoré de ella nada más verla. Sé que a ti te ocurrió algo parecido. Me di cuenta en el momento en el que os vi juntos en la sala de juegos, medio borrachos. La forma en la que la mirabas… Estabas tan fascinado por ella como yo. Cuando te lo pregunté directamente y me mentiste, supe que era más serio de lo que creía.

—No quise mentirte. Intenté alejarme de vosotros. ¿Ella lo sabe?

—No. Te tiene mucho cariño, confía en ti, pero aún está algo oxidada con eso de los sentimientos. —Exhala con fuerza y clava su mirada en la mía—. ¿Sabes por qué sigues vivo?

Trago saliva y adopto una posición defensiva. Supongo que ahora es cuando decide volarme la cabeza de un disparo. Me lo merezco, pero no por ello voy a ponérselo fácil.

—No, no lo sé —respondo.

—Porque confío en ti. Eres mi mejor amigo, mi hermano, no dudaría ni un segundo en poner mi vida en tus manos. Hemos pasado por demasiada mierda juntos y jamás he dudado de tu lealtad. Tenía razón. Lo demostraste al rehuir a Bailey, al alejarte de ella y no dar un paso en falso. Aceptaste el matrimonio con la rusa por el mismo motivo, y eso te honra.

—Nunca te traicionaría, Zarco —afirmo.

—En realidad, lo has hecho. —Frunzo el ceño, confuso, y él esboza una pequeña sonrisa—. Hoy no solo desobedeciste mis órdenes, también creaste un conflicto con Zakharov golpeando a su socio sin ningún motivo de peso y te rebelaste en mi contra para defender a tu mujer. ¡Santo Cristo, estuviste a punto de disparar a Oscar por defenderla! —Sacude la cabeza, riendo—. No voy a decirte lo que debes hacer, pero si me preguntas a mí, creo que estás loco por ella, aunque sigues aferrándote a lo que crees sentir por Bailey para no arriesgarte a ser quien eres en realidad.

—¿Y quién soy? —inquiero, haciendo verdaderos esfuerzos para retener las lágrimas tras mis párpados.

—Eres el mismo chico al que su padre llevó a aquel sótano.

—Un hijo de puta sin corazón, igual que nuestros padres —susurro, y noto como una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla.

—No, hermano. Durante muchos años has reprimido tus instintos por lo que ocurrió allí abajo. Eras un jodido crío, y ya es hora de que dejes de culparte por tus errores. Todos fallamos, la diferencia entre nosotros y ellos es que sabemos cuál es el camino correcto y tomamos la decisión de seguirlo.

—Estoy enamorado de tu mujer. ¿Por qué no me has dado una paliza aún? —pregunto, arqueando una ceja.

—¿De verdad la amas? En mi opinión, aparte de quedar fascinado por ella, porque seamos sinceros, es una mujer increíble que dos capullos como nosotros solo pueden soñar tener, creo que de forma inconsciente solo usas esos supuestos sentimientos a modo de escudo. Te fijaste en ella porque sabías que ya era mía y no podrías lastimarla.

¿Es posible que tenga razón? Oscar intentó decirme lo mismo no hace mucho, que mis sentimientos por Bailey son solo un espejismo, pero durante tanto tiempo me han parecido tan reales que me cuesta creer que sea cierto.



Capítulo 44

Lagos

Bufo con fuerza y vuelvo a revolver mi pelo, tirando de él en todas direcciones.

—No sé qué es lo que siento ni lo que pienso. Estoy completamente perdido —confieso.

—¿Y ella? —Alzo la vista y descubro que Zarco me está mirando con los ojos entrecerrados—. ¿Le has preguntado a ella qué siente por ti? Porque toda esta mierda de autoanalizarte no servirá para nada si la chica está deseando perderte de vista.

—Nos llevamos bien. Creo que confía en mí, o al menos eso dice y, bueno, en otros temas… Eh…

Zarco suelta una carcajada profunda.

—Sexo, puedes decirlo. No vas a ser peor persona por ello, y tampoco le faltarás al respeto. Yo admito que los mejores putos polvos de mi vida empecé a tenerlos tras conocer a Bailey. Eso no es malo.

—Es distinto. Ness ha sido abusada durante años. ¿Qué crees que pensará de mí cuando sepa lo que hice?

—¿No lo sabe? —pregunta, abriendo mucho los ojos. Resoplo de nuevo y niego con la cabeza—. ¿Y a qué esperas para contárselo?

—No quiero que me mire a mí y vea a uno de esos tipos que la obligaron a… —Inspiro hondo por la nariz. Soy incapaz de terminar la frase—. No podría soportarlo.

Zarco suspira y coloca su mano sobre mi hombro.

—Si esa chica no sabe distinguir entre un desgraciado abusador y tú, es que ni siquiera te conoce, y tal vez tengas que plantearte dejar que se vaya y pasar página. Sin embargo, tengo la sensación de que no será así. De cualquier manera, no lo sabrás hasta que le eches pelotas y se lo digas de frente.

—¿Y si ella no me quiere? ¿Y si no siente nada por mí?

—Entonces gánate su amor a la fuerza si es necesario. Eres uno de los tipos más persistentes y cabezotas que conozco. Usa esas habilidades para hacerla tuya, joder. —Da una palmada y se pone en pie—. Ahora te dejo para que sigas autoflagelándote un rato más. Yo me voy a la cama,

si Bailey me lo permite.

—¿Qué has hecho ahora? —inquiero, esbozando una pequeña sonrisa.

—Me enfadé por su insistencia en salvarle la vida a los mayores hijos de puta que hay en el planeta. —Hace una mueca y chasquea la lengua, contrariado—. Puede que me haya dejado llevar un poco y quiere hacérmelo pagar. Está aplicando la ley fría conmigo.

—Se le pasará. Vosotros estáis hechos el uno para el otro.

Zarco sonríe y su mirada se ilumina.

—Que tengas eso tan claro solo reafirma todo lo que acabo de decirte. Buenas noches, hermano.

Dejo que se vaya y respiro hondo, pensando en sus últimas palabras. ¿Es posible que lo que de verdad deseo es tener lo que mismo que Bailey y Zarco? ¿Y si durante todo este tiempo no he estado enamorado de ella, sino de la relación de ambos?

Ness

Doy vueltas en la cama sin lograr conciliar el sueño. Ya me he cansado de llorar. La verdad es que ni siquiera estoy segura del motivo por el que lo hago. Estoy a punto de encontrar a mi hija, de verla de nuevo después de tantos años. Me siento inquieta y nerviosa. Es imposible que me reconozca, y seguramente nadie le haya hablado de mí. Se la entregué a Urriaga cuando era apenas un bebé. Recuerdo su cabello pelirrojo y unos ojos azules enormes que quitaban el aliento, sin embargo, estoy segura de que, si me la cruzara por la calle, no sabría que es ella. Maya, me gusta el nombre. Alex ha insistido en que, nada más encontrarla, nos la llevaríamos y él se encargaría de la tal Angy. Va a matarla. La mujer que ha criado a mi hija, a la que casi seguro quiera como a su propia madre, va a morir hoy y yo dejaré que pase. Aún intento averiguar cómo me siento con ello.

Escucho como la puerta del dormitorio se abre y unos pasos se acercan a la cama. Sé que es Lagos, puedo notar su presencia e incluso el aroma de su perfume flotando en el aire. Mantengo los ojos cerrados y finjo seguir dormida. Ahora mismo no puedo hablar con él. Si sigue preguntándome por qué quiero irme, terminaré confesando mis verdaderos sentimientos por él, y no quiero que se compadezca de mí. Lagos es un gran hombre y merece tener a su lado a una mujer que sí pueda amar; está claro que no soy yo.

—Ness —lo escucho susurrar, y enseguida siento sus dedos en mi cadera. No respondo, y un suspiro llena el silencio de la habitación—. Sé que estás despierta. Conozco tu respiración cuando duermes, pequeña. —«Mierda». A pesar de haber sido descubierta, por pura cobardía, decido seguir con el mismo plan de porquería—. Vale, me queda claro que no quieres hablar conmigo, y está bien. En realidad, solo necesito que me escuches. —Lo oigo respirar profundo y el inequívoco sonido que emite su cabello al ser revuelto—. No voy a mentirte, estoy hecho un lío. Se supone que tú ibas a ser una chica más, que me casaría contigo y así pondría una barrera entre la mujer de mi mejor amigo y yo. —Tenso la mandíbula y mi respiración se acelera.

No quiero seguir escuchando cuánto ama a Bailey ni lo perfecta que es. Me lastima. Duele más que cualquier corte que me hayan hecho antes, es un corte en sí, profundo y lacerante en el centro de mi pecho. Me giro en la cama y, a pesar de la oscuridad, logro conectar mi mirada con la suya.

—Si vas a decirme que estás loco por ella, te pido por favor que me lo ahorres —susurro.

—Creí que Bailey te caía bien —replica.

—Y así es, pero también la envidio. Ella tiene algo que yo jamás lograré alcanzar.

—¿El qué?

«A ti», quiero decir, pero no lo hago. Solo niego con la cabeza y aparto la mirada.

—Lagos, eres un hombre perfecto, te mereces ser feliz.

—No soy tan perfecto —asegura tras unos segundos de silencio—. Quiero que me escuches con atención. Hay algo que debo contarte. —Carraspea y noto como sus dedos se mueven por mi costado. Le tiembla la mano—. Me hablaste del lugar donde Urriaga te llevaba cuando estabas en la finca.

—Sí, la sala del pecado.

—El sótano —aclara—. Cuando Zarco, Oscar, los demás y yo vivíamos en la finca, éramos conscientes de lo que pasaba en el sótano. Siempre había mujeres, las mantenía encerradas ahí abajo. La mayoría de los hombres de Urriaga se divertían con ellas antes de que las vendieran y trajeran otras.

—¿Nunca intentasteis liberarlas?

—No lo entiendes. Crecimos pensando que tener a mujeres encerradas en el sótano en contra de su voluntad era algo normal. Nadie nos enseñó nunca que eso estaba mal. Al llegar a la adolescencia, incluso nos animaban a que bajáramos y lo pasáramos bien.

«Mierda. No quiero seguir escuchando esto». Inspiro hondo por la nariz e intento tranquilizarme. «Lagos no, él es demasiado bueno».

—¿Lo hicisteis? —me atrevo a preguntar con un hilo de voz.

—Creo que Rai y Alex sí. Oscar estaba demasiado jodido para planteárselo siquiera, y Zarco… Bueno, él vio morir a su madre a manos de los mismos cabrones que violaban y maltrataban a esas chicas, así que la idea le resultaba repulsiva.

—¿Y tú? —Su mano vuelve a temblar y deja de respirar.

—Tenía quince años cuando mi padre me llevó a la fuerza. En ese entonces estaba más interesado en pasarlo bien con mis amigos que en las chicas, y alguien difundió el rumor de que tal vez era porque no me gustaban. Entonces él me arrastró al sótano y me hizo demostrarle que era un hombre de verdad.

—Te obligaron —susurro, y de alguna manera intento convencerme a mí misma de que él fue una víctima más.

—Esa primera vez sí, pero hubo más.

Cierro los ojos con fuerza y siento como una lágrima cae sobre mi mejilla.

—¿Cuántas?

—Acudí al sótano todos los días durante varios meses. Al principio lo hacía por obligación, después se convirtió en un hábito. —Exhala con fuerza antes de seguir hablando—. No estoy orgulloso de lo que hice, Ness. Cada día me arrepiento de haber dejado que mis jodidos instintos de mierda me controlasen. —Bufa y permanece en silencio varios segundos—. Zarco se enteró de lo que estaba pasando y vino a por mí. Me dio tal paliza que aún no sé cómo fui capaz de volver a caminar por mi cuenta. Desde ese momento, juré que el Arturo que era se quedaría enterrado en ese sótano para siempre.

Lagos

Durante un rato largo, Ness no dice nada, y yo tampoco me atrevo a hacer sonido alguno. Lo he hecho, le he confesado lo que hice y solo espero que algún día pueda perdonarme, porque si algo me ha quedado claro después de la conversación con Zarco es que no voy a permitir que se vaya sin presentar batalla.

—¿Me odias? —pregunto en un susurro.

La escucho suspirar y se incorpora en la cama. La luz de la lámpara que hay sobre la mesa de noche se enciende, iluminando toda la habitación. Pestañeo un par de veces, y cuando logro fijar la mirada en su rostro descubro que tiene las mejillas empapadas.

—Los odio a ellos, a tu padre, a Urriaga, a Sandoval… Solo han dejado vidas destrozadas a su paso por este mundo, y espero que se pudran en el infierno. —Solloza, y mi pecho se contrae con su dolor.

—Santo Cristo, Ness, no llores —digo, tirando de ella. La atraigo a mi regazo y beso su pelo mientras sus lágrimas empapan mi camiseta—. Aceptaré que me odies, pero no me pidas que te deje marchar.

—No puedo quedarme —susurra con la voz tomada por el llanto.

La aparto un poco para mirar su rostro. Quiero que entienda que no voy a permitir que lo haga. Es posible que esté siendo egoísta, sin embargo, sé que puedo hacerla feliz.

—Déjame demostrarte que puedo ser un buen marido. Iremos a por Maya y prometo tratarla como a mi propia hija.

A pesar de las lágrimas, esboza una media sonrisa que logra acelerarme el corazón. «¿De verdad tengo alguna duda de mis sentimientos por esta mujer?». No, ya no. Haría cualquier cosa por verla sonreír así el resto de mi vida. ¡Voy a hacerlo, maldita sea!

—Este eres tú, Lagos. —Acaricia mi pelo y cierro los ojos para disfrutar de ese leve roce de sus dedos en mi cabeza—. No importa lo que hayas hecho cuando eras un crío. Sé que te arrepientes, y tú mismo te has castigado por ello. Yo no soy nadie para juzgarte, y mucho menos para odiarte por ello. —Contengo el aliento y me atrevo a abrir los ojos. Su mirada está fija en la mía—. He conocido a verdaderos monstruos, y te aseguro que tú no te asemejas en nada a ellos.

—Entonces, quédate —pido.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque quedarme aquí contigo y tener que compartirte con Bailey terminaría destrozándome. —Toma una bocanada profunda y niega con la cabeza—. Ella tiene todo aquello que yo deseo.

—¿Y qué es eso? —pregunto, con el corazón a punto de estallar por lo fuerte que late.

—A ti, Arturo Lagos. —Desliza el dedo índice por el puente de mi nariz—. Te quiero a ti.

Sonrío de oreja a oreja y uno mi frente a la suya. Euforia, alegría, determinación, ansiedad, terror… Miles de sentimientos me invaden de golpe, y solo puedo pensar en una cosa: «La amo, joder. Esto sí es amor».

—Me tienes —afirmo justo antes de estrellar mi boca contra la suya.

FIN



Epílogo

Ness

¿Cuánto puede cambiar la vida de una persona en unas pocas semanas? Yo no tenía nada. Desde que me sacaron del mismísimo infierno, he sido un cascarón sin vida. Mi único objetivo era encontrar a mi hija. Ahora, después de un matrimonio concertado, muchas mentiras, problemas y encontrar en el lugar menos esperado a esa persona especial capaz de llenarte por completo con solo una palabra, una mirada o una caricia, voy camino de lograr lo que tanto he ansiado.

Casi cinco horas de vuelo separan Phoenix de Nueva York, cinco horas en las que Lagos y yo hemos aprovechado para conocernos mejor. Después de confesarle mis sentimientos y que él me haya hablado de los suyos, de ese espejismo que fue Bailey para él, tengo la sensación de que hemos derribado un enorme muro y al fin somos capaces de desnudarnos por completo, en cuerpo y alma, sin restricciones.

—¿Quién te enseñó a jugar al póker? —pregunta mientras juguetea con el anillo que rodea mi dedo anular, el mismo que él puso en ese lugar el día de nuestra boda.

—Haz otra pregunta —digo en broma. Frunce el ceño y sonríe, mordiendo uno de mis dedos con suavidad. No más secretos, eso es lo que nos hemos prometido. Tomo una respiración profunda antes de responder—. Viktor. Era uno de los guardias que nos custodiaban en el buque. No hay ni un solo recuerdo de mi infancia en el que él no esté presente. Durante las horas de navegación, que eran muchas, solíamos pasar el rato jugando a las cartas.

—¿Te trataba bien? —Me encojo de hombros, y su mandíbula se tensa—. ¿Alguna vez…?

—Sí. Todos los guardias tenían permitido jugar con los muñecos de la Zmeya, siempre y cuando no los rompieran.

—Dime que ese hijo de puta está vivo.

—Milena se lo cargó el día que me ayudó a escapar. No fue agradable de ver.

—Tu cuñada ya me cae un poco mejor solo por eso. —Besa el dorso de mi mano y le sonrío.

—Santo Cristo, sois tan dulces que vais a provocarme una caries. —Alex se deja caer en uno de los sillones que hay frente a nosotros y no tarda en llevarse la botella de tequila a la boca.

Lleva bebiendo desde que despegamos. Nos mira y sonríe de manera socarrona—. ¿Por qué no dejáis de hacer manitas y usáis la habitación privada del avión?

Ruedo los ojos y Lagos bufa con fuerza.

—¿No tienes nada mejor que hacer, Alex? Tal vez te apetezca emborracharte en otro lado, a poder ser, lejos de aquí —replica.

—No, estoy bien. —Se estira en el asiento y le da otro trago a la botella—. Me gusta tocar las pelotas.

—Eso no hace falta que lo jures —mascullo en voz baja.

El avión da un bandazo y Alex se sujeta a los reposabrazos con la mandíbula tensa.

—Odio estos cacharros —masculla, aunque enseguida cambia el gesto a uno mucho más relajado—. Eres muy graciosa, *Ryzhaya*. ¿También cuentas chistes?

—Me llamo Ness —lo corrijo.

Hace un gesto con su mano, y después de que la asistente de vuelo se acerque para pedirnos que nos abrochemos los cinturones para el aterrizaje, él la sigue con la mirada y esboza una sonrisa canalla.

—Bonito culo. Lo quiero —murmura, y se pone en pie de un salto—. Enseguida nos vemos, chicos. Mi polla está pidiendo que la saque a pasear un rato. —Me guiña un ojo con descaro—. Hasta ahora, *Ryzhaya*.

—Es Ness —siseo, aunque ya no me escucha porque está demasiado ocupado persiguiendo a la pobre chica.

Lagos vuelve a cogerme de la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿*Ryzhaya*? —pregunta.

—Odio ese maldito apodo. Así me llamaban en la Zmeya.

—¿Tiene algún significado?

—Pelirroja. —Estrecha su mirada sobre mí con gesto confuso—. Mi pelo está teñido de negro, pero soy pelirroja.

—No soy capaz de imaginarte así, aunque eso explica las pecas.

—¿Qué pecas?

Estira la mano que tiene libre y acaricia la parte superior de mis pómulos con el dedo índice.

—Aquí, casi no se ven, pero ahí están. —Besa la punta de mi nariz y sonríe contra mis labios—. Creo que me vas a gustar aún más de pelirroja.

—Arturo Lagos, ¿de dónde has salido y por qué no te he conocido antes?

Se encoge de hombros sin perder la sonrisa.

—Siempre he estado aquí, pequeña. Culpa tuya por haber tardado tanto en encontrarme.

Sacudo la cabeza sin poder contener la risa, y por primera vez en mi vida siento que estoy en el camino correcto. No soy tan ingenua para pensar que lo nuestro será un camino de rosas. Aún tenemos mucho camino que recorrer, conocernos bien y descubrir si encajamos el uno con el otro, no obstante, algo me dice que todo saldrá bien; al menos, estoy segura de que ambos lucharemos para que así sea.

Lagos

Mientras subimos por las estrechas escaleras del edificio de apartamentos en el que se supone que vive Angy con la hija de Ness, no puedo evitar pensar qué será lo que está sintiendo en este momento. Todo por lo que ha luchado durante los últimos años está a punto de hacerse realidad. Nos detenemos en el rellano de la cuarta planta y aprovecho para colocar mi mano en la parte

baja de su espalda. Temo por su seguridad. Conozco bastante a Angy como para saber que presentará batalla. Sin embargo, no hubo manera de convencer a Ness de quedarse en el coche.

—Saca tu pistola —susurro.

Lo hace enseguida, y sonrío por dentro al ser consciente de que la forma en la que la empuña es la correcta. Las clases con Bailey están dando sus frutos. Yo también agarro mi arma y espero a que Alex haga lo mismo. Creo que aún sigue ebrio, pero no lo suficiente como para tener que preocuparme por ello. Mira hacia la puerta por la que tenemos que entrar e inspira hondo por la nariz.

—¿A qué estamos esperando? —inquiere Ness. La ansiedad y el nerviosismo está patente en su tono.

—Estoy a punto a matar a la única mujer que he querido nunca. Creo que tengo derecho a tomarme unos segundos —farfulla Alex con la mandíbula apretada.

—Si no quieres matarla, no lo hagas.

Él mira a mi esposa con el ceño fruncido y niega con la cabeza.

—Hice una promesa, y los Urriaga podemos ser unos cabronazos, pero siempre cumplimos nuestra palabra. —Toma otra respiración profunda y, tras coger impulso, revienta la puerta de una patada.

Lo sigo con el arma en alto y vigilo por el rabillo del ojo que Ness no se aparte demasiado de mi espalda. Recorremos el pequeño apartamento hasta llegar a lo que parece ser la cocina. Nada más poner un pie en el interior, Alex se detiene de golpe; solo entonces veo el cañón de la pistola que tiene pegada a la sien.

—Llevo esperándote mucho tiempo —reconozco de inmediato la voz de Angy.

Alex se gira rápido y la encañona también. Ness va a levantar su pistola, pero no se lo permito. Esto es algo entre ellos dos. Se miran con fijeza sin dejar de apuntarse. El cabello castaño de Angy brilla bajo la luz fluorescente de la angosta habitación y tiene los brazos repletos de tatuajes al descubierto. Hace muchos años que no la veía, y puedo asegurar que apenas ha cambiado.

—¿Dónde está la cría? —inquiere Alex. Su voz es como una jodida cuchilla afilada cortando el aire.

Angy desvía la mirada en nuestra dirección solo un instante y esboza media sonrisa.

—Hola, Arturo, me alegra verte —saluda—. ¿Quién te acompaña?

—La madre de Maya —responde Alex antes de que yo pueda hacerlo.

Ella parece confundida durante un segundo, y después asiente. Tengo la sensación de que va a decir algo, pero antes de que pueda hacerlo, se escuchan unos pasos rápidos y ligeros. Angy echa un vistazo en dirección a una puerta que no había visto antes en el lado contrario de la cocina y chasquea la lengua, contrariada.

—Mierda —susurra. Baja la pistola y se gira a toda prisa para ocultar la de Alex de quien sea que esté a punto de entrar en la estancia. No pasan ni dos segundos cuando una niña pelirroja y de ojos azules asoma la cabeza mientras se frota el rostro con ambas manos—. Maya, cielo, vuelve a la cama —susurra Angy en un tono tan dulce y cariñoso que ni siquiera parece ella misma.

La niña pestañea un par de veces, mueve su mirada de Angy a Alex, que asoma sobre su hombro, después a mí y por último a Ness. Siento como la mano de mi esposa aprieta con fuerza la mía al reconocer a su propia hija, y deja de respirar.

—¿Qué está pasando? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Nada. —Angy fuerza una sonrisa, y justo cuando está a punto de guardar la pistola en la

parte baja de su espalda, Alex reacciona y se la quita con un tirón contundente. Ella mira hacia atrás y le lanza una mirada fulminante antes de agacharse un poco para quedar a la altura de la niña—. ¿Recuerdas lo que dijimos que pasaría cuando vinieran a por ti?

Maya parece pensarlo unos segundos y después asiente.

—¿Va a venir mi madre? —inquiere.

Ness exhala con fuerza por la boca y la atraigo a mi costado, rodeando su cintura con el brazo. Angy acaricia el rostro de Maya con suavidad y esboza una sonrisa tensa.

—Ya está aquí, cariño. —Rodea a la pequeña y, tras sujetarla por los hombros, da un paso en nuestra dirección. Su mirada y la de Ness se cruzan un instante, y ambas asienten—. Debes irte con ella.

Maya gira la cabeza para mirar a Angy, y hace una mueca con los labios.

—Yo quiero quedarme contigo y con…

—No puede ser —la corta—. Ya hemos hablado de esto, Maya. Debes regresar con tu madre.

La niña me mira a mí y después a Ness, ladea la cabeza y resopla con fuerza.

—¿Tú también vienes?

—No, cariño. Yo me quedo.

—Vale —murmura, haciendo un mohín.

Se gira un momento y abraza a Angy, ella besa la parte alta de su cabeza y le da un pequeño empujón para acercarla a nosotros.

—Es una niña muy especial. Espero que te la merezcas —farfulla en voz baja.

Ness solo asiente, y cuando Maya llega a su lado acaricia su rostro con suavidad.

—Hola, preciosa —susurra, mirándola a los ojos. Su voz se quiebra y carraspea—. Llevo buscándote mucho tiempo.

—Angy me dijo que vendrías a por mí. ¿Por qué has tardado tanto?

—Algún día te lo explicaré todo —responde con lágrimas en los ojos.

—Salid de aquí —ordena Alex, y todos lo miramos. Ness atrae a Maya hacia ella y le indico con un gesto de mi cabeza que salga del apartamento. La niña mira una vez más a Angy y ella le sonríe antes de que Ness se la lleve. Entonces, Alex levanta su pistola y vuelve a apuntar a Angy a la cabeza—. Te advertí que, si volvía a verte, te mataría.

—Has tardado cinco años. Esperaba más de ti —replica ella, alzando la barbilla de manera desafiante. Me mira a mí de reojo—. Arturo, cuando todo acabe, recoge todas mis pertenencias del apartamento, por favor, y no permitas que él se quede con nada. ¿Puedes hacer eso por mí?

Frunzo el ceño sin entender bien a qué se refiere.

—Alex, baja la pistola. No tienes por qué hacerlo.

Él respira hondo y tensa la mandíbula.

—Voy a cumplir una promesa. Sal de aquí, Lagos.

—Prométemelo —pide Angy. Hay un tono de súplica en su voz.

—Sí, lo prometo.

Aprieta los puños a cada lado de su cuerpo y da un paso hacia delante, hasta que su frente está casi pegada al cañón de la pistola.

—Que sea rápido —susurra.

Alex asiente. Puedo notar la duda en su mirada. Tira del percutor superior de la pistola y su dedo se mueve sobre el gatillo con suavidad. Aparto la vista y espero a que llegue la detonación, sin embargo, lo que escucho es algo muy distinto.

—¿Mamá? —Giro la cabeza hacia el origen de esa voz aguda y veo a un niño pequeño, de no más de tres o cuatro años, junto a la puerta. Lleva puesto un pijama de cuerpo completo y su

cabello oscuro asoma bajo un sombrero de vaquero.

Angy lo mira y niega con la cabeza.

—Lucas, vuelve a tu habitación —le ordena.

El niño parece dudar, alza la vista y sus ojos se abren mucho al ver la pistola que Alex empuña.

—¿Qué pasa? —pregunta con gesto asustado.

Alex se mueve despacio, ladea la cabeza, y tras unos segundos observando al crío, masculla una maldición y baja la pistola.

—Hija de puta… —sisea entre dientes. Agarra a Angy del brazo y la atrae hacia él con un tirón contundente—. ¿Es mío?

Ella vuelve a hacer ese gesto con la barbilla, desafiándolo, y se encoge de hombros.

—Supongo que esa información está a punto de morir conmigo. Ahora, termina de una maldita vez, pero no lo hagas frente a mi hijo. Arturo, espero que cumplas tu promesa. No permitas que nadie le ponga un dedo encima.

¿Esas son sus pertenencias? ¡Joder, lo normal es que alguien te deje un reloj o una reliquia familiar al morir, no un niño!

—Te crees muy lista, ¿verdad? —Alex la sujeta por la barbilla con una mano, apretando su rostro, y pega la pistola a su sien—. Tu ejecución acaba de ser aplazada. —La aparta con un empujón y señala al niño, que a cada segundo parece estar más asustado—. Coge al mocoso. Os venís conmigo.



Epílogo extra

Ness

Sentada en la sala de espera del hospital, observo como Maya y Lagos charlan en voz baja. Ella le enseña algo en su teléfono móvil y él suelta una carcajada y rodea sus hombros con el brazo. Es increíble lo bien que se llevan. Lagos cumplió su promesa. Siempre ha tratado a mi hija como suya. A veces es demasiado sobreprotector con ella, pero sé que lo hace porque la adora y teme que alguien pueda lastimarla.

No envidio la vida de mi hija. Es la hermana de tres de los hombres más peligrosos del Estado, sobrina postiza de un jodido demente dispuesto a matar a cualquiera que le ponga un dedo encima, además del futuro Pakhan de la Bratva, y su mujer, una asesina entrenada. Después está Bailey, la máquina de matar por excelencia y, por último, la hija del hombre más inteligente y sobreprotector que he conocido nunca. Le espera un futuro bastante interesante.

La puerta de la sala de espera se abre y un muy sonriente, aunque algo pálido, Zarco, entra y abre los brazos en cruz. Su alegría es palpable. Su primera hija ha llegado a este mundo de locos.

—Nadia acaba de nacer —anuncia, y todos corren a abrazarlo.

Tras la ronda de felicitaciones, en la que, por supuesto, participo, regreso a mi asiento y Lagos se acomoda a mi lado y entrelaza sus dedos con los míos.

—En algún momento vamos a tener que ser los siguientes —susurra.

Giro la cabeza en su dirección a la velocidad de un látigo y frunzo el ceño.

—¿Hablas en serio?

Se encoge de hombros y lleva mi mano a su boca para poder besar mis dedos uno a uno mientras me mira por encima de las gafas.

—Maya se hace mayor, y no creo estar preparado para decir adiós a la paternidad. ¿Qué me dices, pequeña? ¿Lo hacemos?

Sonrío y me acerco para besarlo.

—Si eso es lo que quieres de mí… Lo tienes —respondo antes de que su boca cubra la mía.

Agradecimientos

Si has llegado hasta aquí espero haber sido capaz de hacer que te enamores de Lagos tanto como yo lo estoy. Sé que esta segunda historia del Clan Z es muy distinta a la primera, pero no por ello menos importante. En la vida existen distintas formas de amar y nuestros chicos aún tienen mucho que aprender.

Jamás seré capaz de agradecer con palabras todo el cariño y ánimo recibido tras la publicación de Zarco. He publicado muchos libros, sin embargo, esta serie está siendo especial para mí. Adoro a los chicos malos y estoy disfrutando de ellos como una niña con vestido nuevo.

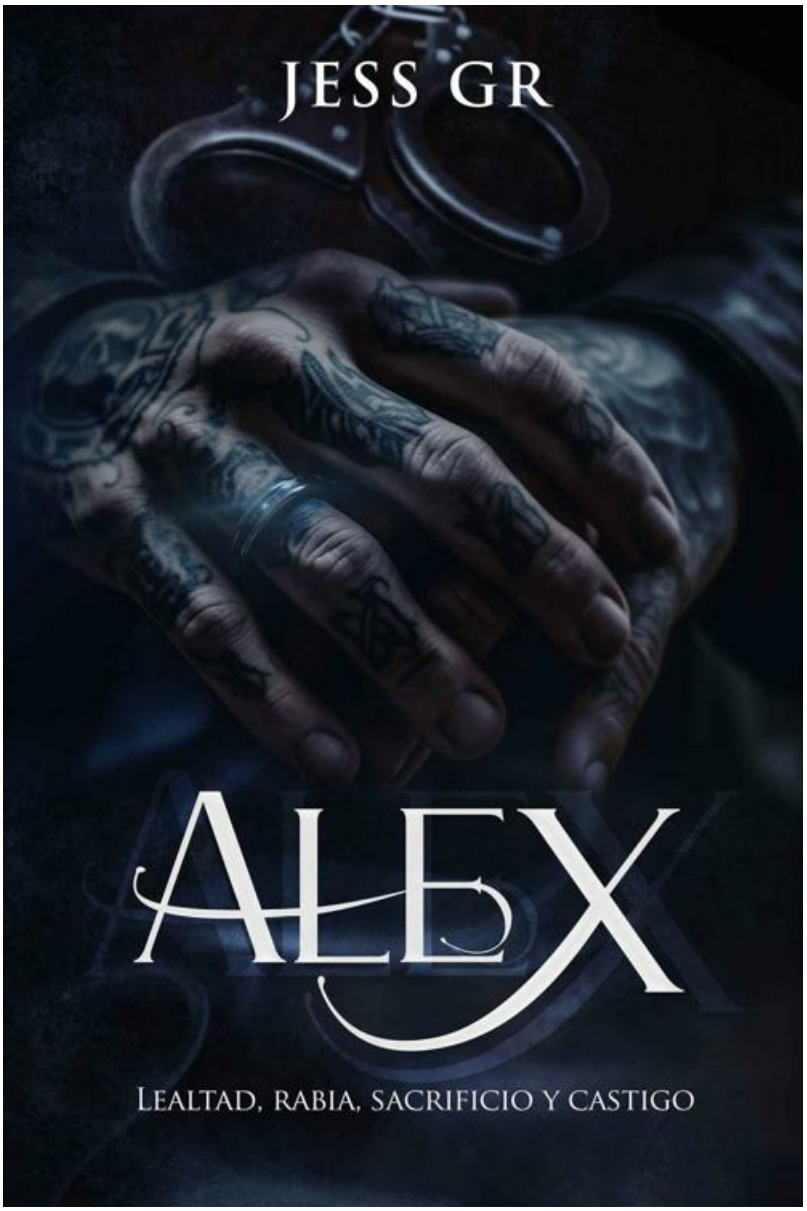
Poco más tengo que decir, solo quiero dar las gracias a todas esas personas que hacen que mi trabajo y esfuerzo valga la pena, empezando por mi gente cercana, mi familia de sangre y la escogida, esas lectoras cero: Laura, Irene, Jenny, Ale, Yoli y Mara… Sin ellas nada de esto sería posible. A mis pandas, hermanas de corazón y las que aguantan todas mis majaderías: Rach, Trili, Maripuri, Choche y Mara otra vez. Os quiero mundos, chicas.

Por último, gracias a ti por leer este libro y permitirme seguir soñando.

Próxima parada: ¿Beni? ¿Alex? ¿Oscar? ¿Luna? Lo sabremos muy pronto ;

YA ESTÁ DISPONIBLE EN PREVENTA LA TERCERA ENTREGA DE CLAN Z.

Link



---

[1] Traducción del ruso: Pelirroja.

[2] Traducción del ruso: Serpiente.

[3] Traducción del albanés: Cariño.

[4] Traducción del Albanés: Estás preciosa, cariño.

[5] Traducción del Ruso: Muñeca.

[6] Rakia: Bebida nacional de Serbia, Macedonia del Norte, Albania, Bosnia y Bulgaria. Licor destilado a base de frutas fermentadas.